

**Santa Angela de
Folligno**

**Libro de las
Visiones e
Instrucciones
de
Angela de
Foligno**

Ivory Falls Books

SANTA ÁNGELA DE FOLIGNO

**LIBRO DE LAS VISIONES E
INSTRUCCIONES DE ÁNGELA DE
FOLIGNO**

@2018 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

CONTENIDOS

PRIMERA PARTE. DE LA CONVERSIÓN Y EXPERIENCIA DE ANGELA
PRÓLOGO
LOS PASOS ESPIRITUALES.
PEREGRINACIÓN A ASÍS
TESTIMONIO DEL ESPÍRITU SANTO.-
LA VISIÓN DE CRISTO.
OMNIPOTENCIA DE DIOS
LA VISIÓN DEL VERBO DE DIOS.-
EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DEL ALMA.
LAS ENFERMEDADES DEL ALMA Y EL MÉDICO DIVINO.
LA BENDICIÓN DE DIOS SOBRE LAS LIMOSNAS.
DIOS PADRE Y SUS HIJOS LEGÍTIMOS.
LA POTENCIA DE DIOS.
GOZOS Y TRIBULACIONES
ENSEÑANZAS Y VISIONES.
JESUCRISTO
EL CALVARIO
PRESENCIA DE DIOS EN EL ALMA
DIÁLOGO ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO
CÓMO LAS PERSONAS ESPIRITUALES PUEDEN CAER EN ENGAÑO.
VISIÓN DE DIOS EN LAS TINIEBLAS
EL GOZO EN DIOS.
LOS TRONOS
VISIÓN DE DIOS SOBRE LAS TINIEBLAS.
SEGUNDA PARTE. ESTA SEGUNDA PARTE RECOGE LAS CARTAS, LAS ENSEÑANZAS
LLAMADO A SUS HIJOS ESPIRITUALES.
CARTA A UN HIJO ESPIRITUAL
CARTA ACERCA DE LAS PRUEBAS DEL ALMA
LA "COMPAÑÍA" DE CRISTO
SERVIR PARA AMAR.
LOS DOLORS DE CRISTO.
LA LUZ DE DIOS.
LA POBREZA Y SAN FRANCISCO
DONES DE DIOS
REVELACIONES Y CANSANCIOS.
MANSEDUMBRE Y HUMILDAD
LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE AMOR.
OPERACIONES DEL VERDADERO AMOR.
LA ENCARNACIÓN. CARTA DE NAVIDAD.
LOS SIETE DONES DE DIOS.
EL AMOR Y SUS PELIGROS.
LAS CULPAS Y LAS PENAS.
EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE NOSOTROS MISMOS.
EL LIBRO DE LA VIDA, LA CRUZ.
TERCERA PARTE. OTRAS DE SUS VISIONES, SU TESTAMENTO Y MUERTE
ÚLTIMA CARTA DE ÁNGELA
MUERTE DE ÁNGELA
TESTAMENTO DE ÁNGELA.

**PRIMERA PARTE. DE LA CONVERSIÓN Y EXPERIENCIA DE ANGELA Y DE
SUS MUCHAS Y DIVERSAS TENTACIONES.**

PRÓLOGO

En verdad, la experiencia de los creyentes comprueba, penetra y toca con la mano al Verbo de vida que se hizo carne. El mismo lo promete en el Evangelio: "Si uno me ama, guardará mi Palabra; y mi Padre le amará; y vendremos a él y habitaremos en él" (Jn. 14, 23), y también: "Al que me ama, a él me manifestaré" (Jn. 14, 21). Esa experiencia y la doctrina de la misma experiencia, Dios las concede con la máxima abundancia a los creyentes. Así lo hizo recientemente con una de las creyentes, concediéndole, para el bien espiritual de los suyos, esa experiencia y esa doctrina, las que, si bien en forma insuficiente, reducida y mutilada, se describen con toda verdad en las páginas que siguen. Más adelante, cuando relate cómo comencé a conocer estos hechos y a ponerlos por escrito, diré cómo y por qué yo secretario, si bien indigno, fui forzado por Dios mismo, como lo creo, a escribir, y cómo la sierva de Cristo fue del todo obligada a hablar.

LOS PASOS ESPIRITUALES.

Esta sierva de Cristo, hablando de Dios con una compañera, dijo que había contado, por haberlos experimentado, treinta pasos o mutaciones, que el alma realiza cuando se pone en marcha por el camino de la penitencia.

El primer paso es el conocimiento del pecado, por el cual el alma teme mucho la condenación al infierno, y llora lágrimas amargas.

El segundo es la confesión. En ella el alma prueba vergüenza y amargura, y todavía no siente amor, sino dolor. A este respecto me confió que a menudo había comulgado estando en pecado, porque por vergüenza no había hecho una confesión completa. Y por esto, día y noche era torturada por la conciencia. Y habiendo rogado al bienaventurado Francisco de Asís que le hallara un confesor experto en el discernimiento de los pecados, con el cual pudiese confesarse bien, esa misma noche se le apareció un fraile anciano, que le habló así: "Hermana, si me lo hubieras pedido antes, antes te hubiera complacido. Sin embargo, lo que pides te es concedido". Esa "experiencia", palabra-clave en todo el libro de Ángela, es percepción intuitiva, inmediata y gozosa de Dios y de sus misterios, a diferencia del normal conocimiento de Dios, mediato y discursivo. Para Ángela, "Dios no puede ser explicado" a través de libros o estudios. A Dios se lo experimenta, desde luego por la gracia de Dios. Hay que destacar que cuando Fray Arnaldo comenzó a recoger las confidencias de Ángela sobre sus experiencias, la santa ya había recorrido varios de esos pasos. He ahí la razón por la cual los primeros pasos están compendiados de manera sintética. Esta compañera de Ángela, que el libro nombra de vez en cuando sin darnos otros rasgos, se llama Pascualina, terciaria franciscana, una mujer simple, iletrada y fiel a la santa hasta la muerte. Al romper el alba, corrí enseguida a la iglesia de San Francisco [\[1\]](#), y prontamente volví. Pero al regresar, hallé a un fraile que predicaba en la iglesia de San Feliciano, y era capellán del obispo. Al instante decidí, con la gracia de Dios, hacerle una confesión general, con tal que tuviera la autorización del obispo, o que él mismo me llevara al obispo. Y le hice una confesión total. Después de haberme escuchado, el fraile dijo que, si yo no estaba contenta de él, relataría todos mis pecados al obispo, y añadió: "Te daré la penitencia que él te imponga, si bien tengo el poder de absolvete sin acudir al obispo [\[2\]](#). Pues bien, en este paso el alma experimenta todavía vergüenza, y no siente amor, sino dolor.

El tercer paso es la penitencia que el alma hace para satisfacer a Dios por los pecados: ella se halla todavía en el dolor.

El cuarto paso es el conocimiento de la divina misericordia. Cristo le otorgó esa misericordia y la arrancó del infierno. Ahora el alma comienza a ser iluminada, y llora y se duele más que en el pasado, y se entrega a penitencias más ásperas. Yo, fraile

amanuense, declaro que en todos estos pasos no relaté la admirable penitencia que se imponía la sierva de Cristo, porque la conocí después de haber escrito los pasos antedichos. En esa época ella no me refería sino lo que era necesario para distinguir un paso de otro. Y yo no quería escribir ni una palabra de más de cuanto me estaba dictando; más bien, omití muchas cosas que no podía escribir.

El quinto paso es el conocimiento de sí. El alma, ya un tanto iluminada, no ve en sí misma más que defectos, se acusa delante de Dios y se cree con certeza merecedora del infierno. Aquí halla todavía amargo llanto. Se entiende que entre uno y otro de estos pasos hay pausas. El alma sufre gran pena y gran tormento, porque se mueve hacia Dios con mucha lentitud, con torpeza y angustia, y sólo es capaz de pequeños progresos. Sé por experiencia que en cada paso me detenía y lloraba. No se me concedía realizar más pasos simultáneamente, si bien hallaba algún consuelo en el hecho de llorar en cada paso, pero era un consuelo amargo.

El sexto paso es una cierta iluminación de la gracia, por la cual se me concedía un profundo conocimiento de todos mis pecados. En esa luz veía que había ofendido a todas las creaturas que habían sido creadas para mí. Interiormente me volvían a la mente los pecados, como en la confesión que hacía de ellos delante de Dios. Suplicaba a todas las creaturas, que veía haber ofendido, que no me acusaran. Entonces se me daba la gracia de orar con gran fuego de amor. Invocaba a todos los Santos y a la bienaventurada Virgen María que intercedieran por mí, y suplicaran al Amor, que tantos bienes me había dado, para que, sabiéndome yo muerta, me devolvieran a la vida. Y me parecía que todas las creaturas y los Santos experimentaban compasión de mí.

Con el séptimo paso me era concedido contemplar la cruz, en la cual veía a Cristo muerto por nosotros. Sin embargo, era todavía una visión insípida, si bien experimentaba en ella gran dolor.

Octavo paso. Al contemplar la cruz, me ha sido dada una mayor comprensión sobre la muerte del Hijo de Dios por nuestros pecados. Entonces reconocí todos mis pecados con el máximo dolor, y sentí cómo yo misma lo había crucificado. Pero todavía no conocía cuál beneficio fuese mayor: si el haberme arrancado del pecado y del infierno y convertido a la penitencia, o el verlo clavado en la cruz por mí. Este conocimiento de la cruz me daba tanto fuego, que, estando a los pies de ella, me despojé de toda mi ropa y me ofrecí toda al Señor. Y si bien con temblor, con todo le prometí guardar una castidad perpetua y no ofenderlo con ninguno de mis miembros. Acusé delante de Él cada uno de mis miembros. Y le suplicaba que me ayudara a guardar esa promesa, es decir la castidad de todos los miembros y de los sentidos. Por una parte temía prometer, y por otra ese fuego me constreñía a hacerlo.

Con el noveno paso, Dios me concedió la gracia de buscar el camino de la cruz, para poder estar a sus pies, donde hallan refugio todos los pecadores. Y fui instruida e

iluminada, y me fue mostrado el camino de la cruz de esta manera. Recibí la inspiración de que, si quería ir a la cruz, debía despojarme para estar más expedita e ir desnuda hacia ella. En otras palabras, debía perdonar a todos los que me habían ofendido; debía renunciar a todo bien material y a todo hombre y mujer, a todo amigo y pariente, y a cualquier otro; debía renunciar a mi fortuna y a mí misma; debía dar mi corazón a Cristo, que me había concedido estos beneficios; y debía ponerme en marcha por el espinoso camino de la tribulación. Desde ese momento comencé a apartar los vestidos más lindos y a simplificar las comidas y los peinados. Pese a eso, todo me era muy amargo y penoso, porque todavía no sentía nada del amor. Vivía entonces con mi marido, y sufría mucha amargura, cuando se me agraviaba o se me injuriaba. Sin embargo, lo soportaba pacientemente, como mejor podía. En ese tiempo sucedió que, por voluntad de Dios, murió mi madre, que me era de gran obstáculo. Más tarde, en poco tiempo, murieron mi marido y todos mis hijos. Y como ya había entrado en el camino de la cruz y había rogado a Dios que murieran, a su muerte experimenté una gran consolación. Pensaba que para el porvenir, habiéndome Dios concedido semejantes gracias, mi corazón estaría siempre en el corazón de Dios, y el corazón de Dios estaría siempre en el mío.

Paso décimo. Pedía a Dios poder hacer lo que más le agradaba, y él mismo en su bondad, varias veces, tanto durante el sueño como estando despierta, se me apareció clavado en la cruz. Me invitaba a contemplar sus llagas y de manera maravillosa me mostraba cómo Él lo había padecido todo por mí. Esto sucedió varias veces, y mientras me mostraba uno a uno y de manera destacada todos los dolores que había sostenido por mí, me decía: "¿Qué puedes hacer por mí que te parezca bastante?". Así, muchas veces se me apareció estando despierta, y de manera más agradable que estando dormida, si bien su semblante era siempre de un hombre cargado de dolores. Y me repetía las palabras que ya me había dicho estando dormida, mostrándome desde la cabeza a los pies sus penas. Me hacía ver los pelos arrancados de la barba, de las cejas y de la cabeza. Y enumeraba los latigazos, subrayándolos uno tras otro, y me decía: "¡Todo esto padecí por ti!". Me venían a la mente de manera asombrosa todos mis pecados, y constataba que también en los últimos tiempos yo lo había herido con mis pecados; por eso debía tener un dolor más intenso. Y experimentaba por mis pecados un dolor que jamás había tenido. Igualmente, mientras contemplaba su pasión, Él me decía: "¿Qué puedes hacer por mí que te parezca bastante?" Entonces lloraba mucho, y las lágrimas brotaban tan abrasadas, que quemaban mi carne. Por eso debía después echarme agua encima para hallar un poco de refrigerio. Paso undécimo. Por todo lo dicho, me propuse hacer más ásperas penitencias.

Este paso, largo para ser descrito, está lleno de cosas admirables, que van más allá de las fuerzas humanas. Lo confirmo yo, fraile amanuense, por haber conocido más

tarde sus penitencias.

Paso duodécimo. Porque comprendía que, estando sumergida en las cosas del mundo, no podía hacer una penitencia suficiente, tomé la decisión de abandonar absolutamente todas las cosas, para hacer penitencia y llegar a la cruz, como me había sido inspirado por Dios. Esta inspiración me fue concedida, por la gracia de Dios, en forma maravillosa y del siguiente modo. Con todas mis ansias deseaba llegar a ser pobre, y con preocupación pensaba a menudo que podía sobrevenirme la muerte antes de serlo. Contemporáneamente me veía asediada por muchas tentaciones. Me veía joven y pensaba que el mendigar me podría ser de gran peligro y vergüenza, y que podría morirme de hambre, frío y desnudez. Todos me disuadían. Y he ahí que por la misericordia de Dios, en una oportunidad, mi alma fue grandemente iluminada, y con esa iluminación logré una tal firmeza que creí, y sigo creyendo, no poder perder jamás. En esa luz me predispuse y tomé la decisión de que si era menester morir de hambre, frío, desnudez y vergüenza —porque era o podía ser la voluntad de Dios—, de ninguna manera desistiría de mi propósito a causa de estos males, aun en la plena certeza de que caerían sobre mí. En fin, si me hubieran sucedido, habría muerto gozosamente en el Señor. Desde ese momento tomé una seria decisión.

Decimotercero. Entré en el dolor de la Madre de Cristo y de San Juan y les pedí que me alcanzaran un signo seguro de que siempre y continuamente tendría presente en la memoria la Pasión de Cristo. Nuevamente se me apareció la misma visión y en el sueño me fue mostrado el corazón de Cristo y me fue dicho: "En este corazón no hay mentira, en él todo es verdad". Y me parecía que estas palabras me fueran dichas, porque yo me había burlado de un cierto predicador.

Decimocuarto. Estando en oración durante la noche, Cristo se me apareció en la cruz más luminoso que de costumbre, es decir, me comunicó un más claro conocimiento de sí. Me llamó y me invitó a poner mi boca sobre la llaga de su costado. Me parecía ver y beber su sangre que brotaba viva de la herida, y me hacía comprender que de esta manera me hacía pura. Entonces comencé a experimentar una gran alegría, si bien la meditación de la pasión me produjera tristeza, y supliqué a Dios que me hiciera derramar toda mi sangre por su amor, como él lo había hecho por mí. Y me ofrecí toda a su amor. Deseaba que todos mis miembros padecieran la muerte, si bien distinta de la suya, y mucho más humillante. Imploraba y suplicaba que, si pudiera hallar a alguien que me matara —con tal que me fuera concedido morir por la fe, por el amor de Cristo— le pediría que me concediera esta gracia: a diferencia de Cristo crucificado en un madero, que a mí me crucificaran en una roca o en un lugar sórdido, y con un instrumento vil. Yo no me sentía digna de morir de la misma muerte de los santos, por esto le pedía me hiciera morir más míseramente y con una muerte más larga. Pero no podía imaginar una muerte tan abyecta como la que deseaba, y sufría mucho por no hallar una muerte tan

infame, que en nada se asemejara a la de los santos, de la que me sentía del todo indigna.

Decimoquinto. Penetraba en el alma de San Juan y de la Madre de Dios, meditando sus dolores, y les pedía que me alcanzaran la gracia de experimentar siempre el dolor de la Pasión de Cristo o al menos el dolor de ellos. Y ellos me lo alcanzaron, como todavía me lo alcanzan. Una vez San Juan me hizo sentir un dolor tan grande, que fue de entre los mayores que yo jamás haya probado. Comprendí que San Juan, por la pasión y la muerte de Cristo y por el dolor de la Madre de Cristo, soportó una pena tan grande, que juzgué y sigo juzgando, superior al mismo martirio. Desde entonces se me dio el deseo de despojarme de todo bien con tal voluntad, que, si bien fuera acometida y a menudo tentada por el demonio, para no hacerlo, y si bien me fuese prohibido por los frailes y por ti mismo y por todos aquellos a los que pedía consejo, de ninguna manera hubiera podido resistir, cualquier fuese el bien o el mal que me pudiera acaecer. Y si no hubiera podido dárselo todo a los pobres, lo hubiera igualmente abandonado todo, porque me parecía imposible retener algo sin cometer una falta grave. Pese a todo, mi alma vivía en la amargura por los pecados. Todavía no sabía si lo que hacía, era grato a Dios; y gemía y lloraba amargamente, gritando: "Señor, aunque fuere condenada, seguiré al menos haciendo penitencia; me despojaré de todo y te serviré". En ese tiempo todavía vivía en la amargura por los pecados y no experimentaba la dulzura divina.

Decimosexto. Fui liberada de este estado de la siguiente manera. Una vez fui a la iglesia y rogué a Dios que me hiciera alguna gracia. Mientras rezaba, puso en mi corazón el "Padrenuestro" con una comprensión tan nítida de la bondad divina y de mi indignidad, que cada una de las palabras hallaba realce en mi corazón. Y rezaba ese Padrenuestro con mucha lentitud y con pleno conocimiento de mí. Y si por un lado gemía por mi indignidad y por mis pecados que se me manifestaban, por otro experimenté un gran consuelo. Comenzaba a gustar algo de la dulzura divina, porque en esa oración, más que en cualquier otra, se me manifestaba la bondad divina, y también hoy en día sigo hallándola. Pero cuando en ese Padrenuestro me fueron indicados mis pecados y mi indignidad, me sentí tan avergonzada, que ni me atrevía a levantar los ojos. Me dirigí a la Virgen María, para que me alcanzara el perdón de los pecados. Todavía quedaba en la aflicción a causa de los pecados. En cada uno de los pasos me detenía largo tiempo, antes de pasar al sucesivo: en algunos más, en otros menos. Por esto esta sierva de Cristo exclamaba con asombro: "¡Oh! ¡A través de cuántas dificultades progresa el alma! Aunque no se escriba nada aquí, ¡cuántos impedimentos y apretadas correas atan los pies! ¡Qué perversa ayuda recibe del mundo y del demonio!

Decimosétimo. La esperanza. Después del paso precedente tuve la demostración de que la Virgen María me había alcanzado la gracia: me fue dada una fe muy distinta de la que tenía. En comparación, la fe anterior me parecía una cosa muerta y las lágrimas del

pasado casi fruto de la violencia. Desde entonces padecí con mayor eficacia la pasión de Cristo y el dolor de su Madre. Entonces, cualquier cosa que hiciera, aunque fuere grande, me parecía poca cosa y aspiraba a una mayor penitencia. Entonces me encerré en la pasión de Cristo, y se me dio la esperanza de que en ella podía alcanzar la libertad. Comencé a tener consuelo durante el sueño, y disfruté de hermosos sueños, de los que me venía gran consuelo. Y al pensar en Dios, comencé a sentir una constante dulzura en lo íntimo del corazón, tanto en vigilia como en el sueño. Pero como todavía no poseía la certeza, con el consuelo se mezclaba la amargura, y yo ansiaba recibir otros dones de Dios. De las muchas visiones durante el sueño me relató una, diciendo: Una vez, estando en la cárcel ^[4], en la cual me había encerrado para una cuaresma más dura, mientras meditaba y saboreaba una palabra del Evangelio, palabra de grandísima piedad y de excesivo amor, tenía junto a mí el misal. Ansiaba ardientemente ver al menos esa palabra escrita, pero hacía esfuerzos por frenarme y dominarme por temor a la soberbia, ya que me había obligado a no abrir el libro con mis manos, a causa del demasiado deseo y amor. Adormecida por una especie de sueño, me dormí con ese deseo. Al instante fui arrebatada en una visión y se me dijo que la comprensión de la epístola era una cosa tan sublime que si uno la comprendiera bien, olvidaría todas las cosas mundanas. El que me guiaba, me dijo: "¿Quieres probarlo?" Yo asentí, movida por el vehemente deseo de probarlo. Enseguida me condujo y me lo hizo probar. Y penetré con tanto deleite en los bienes divinos, que al instante me olvidé de todas las cosas mundanas. Después, el que me guiaba añadió que la comprensión del Evangelio era una cosa tan súper deliciosa que si uno lo comprendiera, se olvidaría no sólo de todas las cosas mundanas, sino también y en forma total de sí mismo. Y otra vez me guió y me lo hizo probar. Enseguida penetré con tal deleite en los bienes divinos que me olvidé no sólo de todas las cosas mundanas, sino totalmente también de mí misma. Experimenté una embriaguez tan divina que pedí a mi guía, que no me dejara salir más de ese estado. Me contestó que tal petición, no podía ser satisfecha; y enseguida me hizo volver en mí y abrí los ojos. Sentí un gozo incontenible por lo que había visto, pero sufrí mucho por haberlo perdido. También hoy, al recordarlo, me lleno de felicidad. Desde entonces se fijaron en mí tal certidumbre, tal luz y tal ardor de amor de Dios que repetía con pleno convencimiento que nada se predica del gozo de Dios. Los que lo predicán, no lo pueden predicar; y si lo predicán, no lo comprenden. Así me habló el que me guió en la visión.

Decimoctavo. El sentimiento de Dios. Más tarde tuve el sentimiento de Dios y experimenté un deleite tan grande en la oración que me olvidaba de comer y hubiera deseado no tener necesidad de comer para poder quedarme en oración. Se insinuaba aquí una especie de tentación de no comer, o, si comía, de comer poquísimo. Por suerte reconocí que era un engaño ^[4]. Era tan grande el fuego del amor de Dios en mi corazón, que no me cansaba ni de estar de rodillas ni de otras penitencias. A continuación llegué a

un fuego tan ardoroso que, con sólo oír hablar de Dios, gritaba ^[5]. Y si uno me hubiera amenazado con un hacha para matarme, no hubiera podido sustraerme. Esto me sucedió la primera vez cuando vendí mi finca, que era mi más linda propiedad, para distribuir el importe entre los pobres. Antes me burlaba de Pedrito ^[6], pero después de ningún modo podía hacerlo. Más bien, cuando la gente me decía que yo estaba endemoniada, porque no podía retener los gritos, sentía mucha vergüenza y convenía con ellos en que quizás estaba enferma y endemoniada; y no podía dejar satisfechos a cuantos hablaban mal de mí. Y cuando veía algún cuadro de la pasión del Señor, apenas podía soportarlo: me asaltaba la fiebre y caía enferma. Por eso mi compañera escondía los cuadros de la Pasión para que no los viera.

Decimonoveno. Durante el tiempo de la transcripción, después de la admirable visión y consuelo que experimenté en el Padrenuestro, tuve mi primer gran consuelo de la dulzura de Dios. Así sucedió. Una vez fui inspirada y arrebatada a considerar el deleite que se experimenta en la contemplación de la divinidad y de la humanidad de Cristo, y fue tan grande el consuelo que probé, que durante gran parte de ese día me quedé de pie, recogida y sola en la celda en la que estaba orando, y mi corazón estaba en ese gozo. Después me desvanecí y perdí la palabra. La compañera corrió a mí y pensaba que yo iba a morir y que ya me estaba muriendo; pero su presencia me importunaba, ya que me impedía el disfrute de ese grandísimo consuelo.

Una tarde, antes de llevar a cabo la distribución de todos sus bienes, si bien le quedaba muy poco para dar, mientras estaba en oración, se quejaba de que le parecía no sentir a Dios, y lo suplicaba, y gemía de esta manera: "Señor, lo que estoy haciendo, no lo hago sino para hallarte. ¿Te hallaré, pues, después de haberlo llevado a cabo?". Y muchas otras cosas decía en esa oración. Y se hizo oír una voz que la interrogó: "¿Qué deseas?" Y ella contestó: "No deseo ni oro ni plata; y aunque me dieras todo el mundo, no te deseo más que a ti". Y la voz siguió hablándole: "Apresúrate, porque apenas hayas llevado a cabo la obra, toda la Trinidad vendrá a ti". En ese momento me prometió muchas otras cosas, me sacó de toda tribulación y me dejó colmada de dulzura. Desde ese momento esperé que se cumpliera lo que se me había prometido. Relaté todo a mi compañera, que se hallaba muy perpleja por las cosas extraordinarias que se me había dicho y prometido. Pese a todo, Dios me dejó colmada de divina dulzura.

Vigésimo. Después de estos hechos fui a San Francisco de Asís, y en esa ocasión, a lo largo del camino, se realizó y se cumplió la promesa, como ya te lo relaté. No me parece que había terminado la distribución de todo lo mío a los pobres; ciertamente no lo había llevado totalmente a cabo, si bien quedaba muy poca cosa. Un hombre que iba de prisa al reino de las Pullas, para dividir su patrimonio con el hermano que vivía en ese reino, me había dicho que lo esperara. Efectivamente me había dicho que volvería pronto para dar toda la cuota de sus bienes a los pobres, y que junto conmigo haría la

donación total. Porque esa persona se había convertido y había sido fortalecida por la gracia de Dios a través de mis exhortaciones y deseaba hacer junto conmigo la donación total de sus bienes, por eso yo la esperaba. Más tarde, lamentablemente ese hombre murió durante el viaje, y me fue relatado que su sepulcro era muy venerado y que Dios había obrado milagros por su intercesión. Los siete pasos suplementarios Este paso, que aquí señalo como vigésimo, fue la primera cosa que yo, indigno fraile, escribí, después de haberla escuchado y aprendido directamente de los labios de la misma siervo de Cristo. Pero no voy a transcribir ni a completar aquí la descripción de este paso, porque se trata de un paso cuajado de cosas maravillosas, lleno de grandes revelaciones celestiales, muy largo y de mucho deleite y familiaridad con Dios, aunque el paso vigésimo primero sea aún más maravilloso. Suspendo, pues, lo comenzado y lo dejo para más adelante. Ahora relataré brevemente cómo yo, por la intervención admirable de Cristo, llegué a conocimiento de estos hechos y cómo fui enteramente forzado a escribirlos. Quiero subrayar que yo, fraile, con la ayuda de Dios, puse todo mi empeño en relatar los hechos desde el primer paso hasta este punto marcado con el paso vigésimo, o sea hasta el fin de la segunda revelación, donde se dice que Dios de manera admirable le manifestó que habíamos escrito todas las cosas según la verdad, sin ningún engaño, si bien fuesen mucho más ricas que lo que referí y si bien mi transcripción las haya disminuido y empobrecido.

Desde ese punto no supe continuar la transcripción, porque después raramente y en ocasiones distanciadas pude hablar con Ángela para narrar algo. Y porque desde el decimonoveno paso en adelante me fue difícil distinguir y numerar con claridad otros pasos, tome buen recaudo de recoger la materia que quedaba en siete pasos o revelaciones; así como conocí a la sierva de Cristo en la posesión de los dones de la divina gracia; y así como la vi progresar en dones y carismas; y en fin así como juzgué más conveniente y lógico hacer.

El primer paso, que sigue después de lo anterior, es la admirable revelación de la divina familiaridad, de los diálogos y de las enseñanzas de Dios. Hacia el fin del paso se contiene la respuesta que le fue dada por la Trinidad y cómo ella vio a Cristo en el sacramento del altar.

El segundo paso contiene la revelación de la divina unción, y de la entrega y visión de Dios hasta el paraíso. Se destaca en este paso cómo Dios pide al alma que lo ame sin malicia, y cómo le muestra con una larga exposición que Él es el amor del alma, si bien el relato se haga en forma breve y truncada. Dios quiere que el alma tenga o desee tener algo del verdadero amor, con el cual Él nos amó. Igualmente se prueba con testimonios que toda alma que quiere buscar y poseer la divina misericordia, la puede alcanzar, como María Magdalena. Igualmente se demuestra que esto procede del amor y de la bondad del Padre y de la confesión que el pecador hace de sus pecados. Por estos dos motivos,

cuanto más grande es el pecador, tanta mayor misericordia y gracia puede alcanzar. Además, le fue revelado que ella agradaba a Dios, y que Él se hallaba presente en las cosas que escribíamos, y que todo lo que habíamos escrito, era inmune de engaño. Y también cómo Dios, y luego la misma bienaventurada Virgen María, la bendijeron a ella y sus limosnas. Y también se relata el éxtasis que la arrebatava a la vista del cuerpo de Cristo.

El tercer paso contiene la revelación de la enseñanza divina a través de testimonios perceptibles por los oídos y a través de testimonios que pueden ser captados por el solo gusto del espíritu. Ahí se enseña cómo son verdaderos hijos de Dios los que buscan conocer quién sea ese Dios su Padre, que les había dado el don de la filiación; y lo hacen porque quieren agradecerse y agradecerle. También, este paso contiene lo que Dios les dice y cómo ellos reciben la gracia divina, al acercársele. Ahí se enseña también el modo de acercarse a Dios y la doctrina por la cual el hombre puede hacerse hijo legítimo de Dios. Se habla también de que hay hijos de Dios que son por Él reprobados. En fin se habla de cómo Ángela vio la divina sabiduría, que le dio la capacidad de juzgar con recto juicio.

El cuarto paso contiene la revelación de la propia bajeza, de la transformación y de la confirmación divina. En él se relata cómo Ángela vio al mundo y a todas las cosas como algo minúsculo, y a Dios que todo lo llenaba y sobrepasaba. Y por último cómo, arrebatada en éxtasis, vio la potencia y la voluntad de Dios, y cómo en esta visión halló respuesta a todas sus cuestiones: sobre los hombres que se salvarían y que se habían salvado, sobre los condenados, sobre los demonios y sobre todas las cosas. Quedó contenta y se le dio plena satisfacción sobre cada misterio, pero no sabe si en ese entonces se hallase en el cuerpo o fuera de él.

El quinto paso contiene la revelación de la unión con Dios y del amor. Ante todo viene la admirable revelación de la pasión del Señor y sigue el éxtasis de amor. Después, cómo vio a la bienaventurada Virgen rogar por el género humano, y cómo la gracia de Dios se le manifestaba en el sacramento del altar. Sigue una amplia explicación de cómo y de cuántas maneras el alma logra la certeza de que Dios viene a ella. Igualmente, cómo conoce el alma cuando ella es habitada por Dios, en lo cual hay gran diversidad. Además, el coloquio y la lamentación que el alma dirige al cuerpo o a los sentidos a causa de la contemplación. Por último se habla de cómo y en qué modo puede haber engaño en las personas espirituales, y cuáles son las cosas que pueden ser comunes a fieles e infieles.

El sexto paso ilustra el martirio de múltiples e intolerables padecimientos y angustias, tanto por las enfermedades del cuerpo como por las del alma, y los innumerables tormentos del cuerpo horrendamente provocados por muchos demonios. Este paso va junto al próximo, que es el sétimo, que es de entre todos el más maravilloso.

El sétimo contiene una revelación de la cual sólo se puede decir que está por encima de cualquier cosa que se pueda imaginar. Ni el paso de la familiaridad con Dios, ni el paso de la divina unción o de la enseñanza, ni los de la unión y del amor, ni todos los precedentes son comparables a éste. Cuando yo, fraile, pregunté a esa sierva de Cristo si las cosas descritas en el sétimo paso tienen para el alma mayores atractivos que las precedentes, ella contestó que sin comparación alguna tienen mayores atractivos que las precedentes. Y dijo: "Es tanto mayor que, lo que digo, me parece no diga nada o lo diga mal". Y añadió: "Todo lo que digo, me parece una blasfemia. Por eso me sentí del todo enferma cuando me preguntaste si tiene más atractivos que lo descrito hasta aquí, y contesté de esa manera". Este altísimo paso corre junto al sexto por algún tiempo. Poco a poco el sexto desaparece y queda el sétimo.

PEREGRINACIÓN A ASÍS

Aclaración de Fray Arnaldo.- Después de estas premisas, el relato que sigue inmediatamente, si bien por el orden convendría insertarlo en el paso que indiqué como vigésimo, sin embargo, es el principio y lo primero que yo, fraile, escribí sobre este libro de las palabras divinas.

Y comencé a escribir en una pequeña hoja de papel, de manera incompleta y descuidada, como si fueran unos apuntes personales, porque creía que era poco lo que iba a escribir. Poco tiempo después que yo la obligué a hablar, a la sierva de Cristo le fue revelado y ordenado que, para escribir, yo me procurara no una hoja minúscula sino un cuaderno grueso. Pero como yo no le creía, escribí con diligencia en dos o tres hojas que pude hallar libres en mi libreta. Más tarde, por obligación, me procuré un cuaderno de papel. Por esta razón, antes de seguir adelante, me parece oportuno referir cómo yo llegué a conocimiento de estas cosas y por qué causa me sentí absolutamente forzado a escribirlas, ya que era Dios quien me empujaba de su parte. La razón o el motivo personal que me indujeron a escribir fueron los siguientes. La sierva de Cristo había venido una vez a San Francisco de Asís, donde yo vivía como fraile conventual, y sentada en el umbral de la puerta de la iglesia, había lanzado fuertes gritos. De ese hecho yo, que era su pariente y de que soy muy lento para escribir y temiendo el juicio de los frailes, que murmuraban por el hecho de sentarme junto a ella en la iglesia para escribir, me daba mucha prisa para hacerlo. Hasta juzgo un milagro de Dios el escribir de manera ordenada lo que escribí. Esto será manifiesto por lo que le fue revelado en el paso vigésimo primero o en la segunda revelación de la divina unción. Y le fue revelado y dicho que había escrito cosas verdaderas e inmunes a toda falsedad, pero que mi transcripción era muy defectuosa. Y si de vez en cuando me ponía a escribir con la conciencia en desorden, tanto a mí como a ella nada nos salía bien; tampoco podía escribir nada en orden o correctamente. Por eso, en cuanto podía, me esforzaba por ir a hablarle y a escribir con la conciencia en paz. Algunas veces procuré hacer una previa confesión de mis pecados. Reconozco que por obra de la divina gracia, sobre cualquier pregunta que le hiciera bajo la inspiración de Dios, la respuesta fluía ordenada. Era la gracia divina que obraba maravillosamente, más allá de cuanto pudiera esperar. Sin embargo, estaba muy preocupado y angustiado, porque muchas cosas, merecedoras de ser escritas, las omitía, ya por la prisa y por mi incapacidad ya por temer a los frailes que me eran contrarios. A causa de las muchas críticas de los frailes fui reprendido por el padre guardián y también por el padre provincial, y se me prohibió severamente la redacción, sin duda porque ignoraban lo que estaba escribiendo y lo bueno que era. Quiero explicar cómo y cuándo comencé a escribir después que le sucedió a esa sierva de Cristo lanzar voces y estridencias en la iglesia de San Francisco, como se relató

precedentemente.

Vuelto de Asís a mi pueblo, que era también el de ella, comencé a preguntarle con insistencia y de muchas maneras y con todos los recursos que podía, hasta obligarle a decirme cuáles fueron las verdaderas causas y el motivo que la impulsaron a gritar y vociferar en la iglesia de San Francisco. Y Ángela, obligada de esta manera, después de recibir mi firme promesa de que yo no se lo manifestaría a ninguna persona viviente que la pudiera conocer, comenzó a relatarme que cuando iba a Asís, en esa oportunidad sobre la cual yo le hacía preguntas, iba rezando por el camino.

Entre otras cosas, había pedido al bienaventurado Francisco que rogara a Dios por ella y le alcanzara la gracia de sentir a Cristo, de practicar perfectamente la regla franciscana que acababa de profesar, y sobre todo de vivir y morir verdaderamente pobre. Había ella deseado tanto alcanzar la perfecta pobreza que con esta finalidad peregrinó a Roma, para rogar al bienaventurado Pedro que le impetrara de Cristo la gracia de hacerse verdaderamente pobre. Así en esa ocasión, mientras se dirigía a la iglesia de San Francisco, rogaba al santo que le alcanzara del Señor Jesucristo la misma gracia. Y me relató muchas otras cosas que había pedido en oración durante el camino. Y cuando llegó al pueblo de Spello y tomó el camino estrecho que está más allá de Spello y que sube hacia Asís, ahí en el cruce le fue hablado así ^[7]. "Tú rogaste a mi hijo Francisco y yo no quise enviarte otros mensajeros. Yo soy el Espíritu Santo que vine a ti para darte una consolación de la que tanto gustaste. E iré contigo, dentro de ti, hasta la iglesia de San Francisco, y nadie lo conocerá. Quiero seguir hablando contigo a lo largo del camino, y no daré término a mi conversación, y tú no podrás hacer ninguna otra cosa, porque yo te he arrebatado. Y no me alejaré de ti hasta que por segunda vez entres en San Francisco. Entonces te quitaré esta consolación; pero en adelante yo jamás me alejaré de ti, si me amas". Y comenzó a decir: "Hija mía, dulzura mía, hija mía, delicia mía, templo mío; hija, delicia mía, ámame, porque tú eres muy amada por mí, mucho más de lo que tú me amas". Y muy a menudo repetía: "Hija y mi dulce esposa". Y añadió: "Yo te amo más que a cualquier otra que viva en el valle de Spoleto. Y ya que yo puse mi morada y mi refugio en ti, ahora tú ven a morar en mí y descansa en mí. Tú rogaste a mi siervo Francisco. Porque mi siervo Francisco mucho me amó, yo hice mucho por él. Y si todavía hubiere una persona que me amase aún más, aún más haría por ella. Y yo haré por ti lo que hice con mi siervo Francisco; y más aún, ¡si tú me amas!" A estas palabras mi alma comenzó a dudar mucho y le dijo: "Si tú fueras el Espíritu Santo, no me dirías estas cosas, porque no es conveniente. Yo soy frágil y podría sentir vanagloria". Y respondió: "Ahora piensa si tú puedes sentir por todas estas cosas alguna vanagloria que te enorgullezca, y si puedes librarte de ellas". Y comencé a esforzarme por sentir vanagloria, para constatar si era verdadero lo que me decía, y si Él era el Espíritu Santo. Y comencé a mirar los viñedos para escaparme de ese discurso. Y

dondequiera mirara, El me repetía: "Esta es una creatura mía". Y experimentaba una dulzura divina, inefable. En ese momento afloraban a mi memoria todos mis pecados y vicios, y no veía en mí más que pecados y defectos. Y sentía en mi interior tanta humillación como jamás había probado. Y todavía se me decía que el Hijo de Dios y de la bienaventurada Virgen María se había inclinado delante de mí y decía: "Si todo el mundo viniera ahora a ti, tú no podrías de ningún modo hablarle, porque a ti ha venido todo el mundo". Y para asegurarme acerca de mi duda, decía: "Yo soy el que ha sido crucificado por ti, y tuve hambre y sed por ti, y derramé mi sangre por ti, porque te amaba mucho". Y recordaba toda la pasión y decía: "Pídeme cualquier gracia que desees para ti y tus compañeros y para quien quiera tú desees, y prepárate a recibirla".

Yo dije, o más bien mi alma gritó: "No quiero pedir, porque no soy digna". Y me volvían a la memoria todos mis pecados. Y el alma dijo: "Si tú fueras el Espíritu Santo, no me dirías cosas tan grandes. Y si lo dijeras, la alegría debería ser tan grande, que el alma no podría sostenerla". Me contestó: "Porque nada puede ser o hacerse sino lo que yo quiero, por esto no te doy alegría mayor que ésta. Cosas menores que éstas yo dije a otros; y aquel al que las dije se desmayó, sin poder sentir ni ver ^[8]. Tú caminas con tus compañeros, que no saben nada, y por eso no te doy un sentimiento mayor. Te doy esta señal: esfuérgate por hablar con tus compañeros, piensa en otras cosas, buenas o malas, y no podrás pensar en ninguna otra cosa fuera de Dios. Hago todo esto, pero no por tus méritos".

Entonces afloraban a mi memoria mis pecados y mis defectos, y reconocía ser digna del infierno más que nunca. El me repetía: "Lo hago a causa de mi bondad. Si hubieras venido con otros compañeros, no hubiera hecho estas cosas por ti" ^[9]. Porque ellos de algún modo advertían mi languidez —ya que en toda palabra alcanzaba un gran consuelo—, por un lado hubiera deseado llegar a la meta, por otro deseaba que este camino no acabara nunca por toda la eternidad. Y cuán grande fuesen la alegría y la dulzura que Dios me hacía sentir, no puedo apreciarlo, sobre todo cuando dijo: "Yo soy el Espíritu Santo que entra en ti". Igualmente, cuando me decía las otras cosas, experimentaba una inmensa felicidad. Yo decía en mi ardor: "Aquí se verá si eres el Espíritu Santo, porque vendrás a mí, como has dicho". Y Él me dijo: "Yo te quitaré esta consolación, cuando entres por segunda vez a San Francisco; pero no me alejaré de ti jamás, si tú me quieres". Y vino conmigo hasta San Francisco, como me había prometido, y no se alejó de mí cuando entré a San Francisco y me detuve en la iglesia, y continuó a estar conmigo hasta después de la comida, o sea, hasta cuando volví a entrar al templo. En esta segunda oportunidad, apenas me arrodillé en el umbral de la iglesia y vi a San Francisco pintado en el seno de Cristo ^[10], Él me dijo: "Así te tendré apretada, y mucho más de lo que tú puedas ver con los ojos del cuerpo. Ahora ha llegado el momento, hija dulce, templo mío, delicia mía, en que debe cumplirse lo que te dije. Te quito esta

consolación, pero no te dejaré jamás, si tú me amas". Si bien estas palabras fueron amargas, todavía experimenté en ellas una tal dulzura, que fue más que dulce, dulcísima. Y miré para ver también con los ojos del cuerpo y de la mente. Y como yo, fraile, insistía en preguntarle: "¿Qué es lo que has visto?", ella respondió: He visto una plenitud, una majestad inmensa, que no sé describir. Me parecía fuese el "Todo Bien". Al alejarse, me dijo muchas palabras de dulzura, y se alejó con indecible suavidad, lentamente, poco a poco. Fue entonces, al ausentarse, cuando comencé a lanzar voces y gritos, y sin ningún pudor vociferaba y clamaba, repitiendo esta frase: "Amor no conocido, ¿por qué me abandonas?". No era capaz de decir otra cosa, ni añadir palabra. Solo sabía gritar sin pudor la frase anterior: "Amor no conocido, ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?". Pero la frase estaba tan cubierta por el grito que no se entendía. Entonces me dejé con la certeza y sin ninguna duda de que Él era a todas luces Dios. Y yo gritaba por el deseo de morir. Estaba aplastada por un gran dolor porque no moría y me quedaba. Entonces todas mis juntas se desencajaban. De vuelta de Asís, iba por el camino hacia casa, colmada de esa suprema dulzura. Hablaba de Dios, y el callar me era gran pena; pero me esforzaba por abstenerme a causa de los compañeros. A la vuelta por el camino de San Francisco, Él me dijo entre otras estas palabras: "Te doy esta señal de que soy yo el que te habla y te ha hablado. Te doy la cruz y el amor de Dios dentro de ti. Y esta señal estará contigo eternamente".

Enseguida comencé a sentir esa cruz y ese amor, profundamente, en el alma; y esa cruz la experimentaba corporalmente, y sintiéndola, mi alma se derretía en el amor de Dios. Durante el camino, yendo a Asís, me había dicho: "Toda tu vida, tu manera de comer, beber y dormir, y tu vivir, todo me gusta". Vuelta a casa, sentía en ella una dulzura y una paz tan grandes que no sé cómo expresarlas. Deseaba morir, y me pesaba tanto el vivir, a causa de esa dulzura y de esa paz, serenas, amables, e inefables, que, para llegar a ellas —que por otra parte sentía ya en mí— y para no perderlas, deseaba morir a este mundo. El vivir me era un tormento, mucho mayor que el dolor por la muerte de la madre y de los hijos y más que todo dolor que yo pudiera imaginar. Y yací en casa postrada por ocho días en esta languidez y en este inmenso consuelo. El alma gritaba al Señor: "Ten piedad de mí y no permitas que yo quede más en este mundo". Este delicioso e inefable consuelo ya me lo había predicho por el camino yendo a Asís: "Cuando hayas vuelto a tu casa, sentirás una dulzura distinta, que jamás has gustado. No te hablaré, como hasta ahora, sino que experimentarás". Y comencé a experimentar esta dulzura, este inefable consuelo, una tal paz y una tal quietud que no sé cómo describir. Y quedé postrada por ocho días, tanto que apenas podía hablar, ni rezar el Padrenuestro, ni casi levantarme. Y me había dicho durante el camino yendo a Asís: "Yo estuve muchas veces con los Apóstoles. Me veían con los ojos del cuerpo, pero no sentían lo que ahora tú sientes. Tú no me ves y sin embargo me sientes". Y cuando advertí que estaban por

terminar estos coloquios, El mismo se alejó de una manera muy amable y dijo estas palabras: "Hija mía, querida a mí, más que yo a ti". Y repitió las frases ya mencionadas: "Templo mío, delicia mía". Y no quiso que en la despedida me hallara postrada, sino que en estas palabras estuviera de pie, y me dijo: "Tú tienes el anillo de mi amor, y estás prendada de mí, y jamás te alejarás de mí. Y que tú y tu compañera tengáis la bendición de Dios Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". Dijo esto en la despedida. Porque yo le había pedido una gracia para mi compañera, añadió: "A tu compañera voy a dar otra gracia". Cuando me dijo: "Jamás te alejarás de mí", el alma exclamó: "¿Y cuando cometa algún pecado mortal?". Y me contestó: "Yo no quería decirte eso". Y desde entonces, y a menudo, sentí inefables aromas.

Estas y otras cosas fueron tan grandes que me siento incapaz de relatarlas. Apenas puedo balbucear algunas palabras. Menos todavía puedo describir la dulzura y el gozo. Esta conversación se realizó muy frecuentemente, pero jamás con tanta paz, con tanta profundidad y con tanta dulzura.

TESTIMONIO DEL ESPÍRITU SANTO.-

Después que volvió de Asís y estaba postrada, como ya se dijo, su compañera, que era de admirable sencillez, candor y virginidad, oyó por tres veces una voz que le decía: "El Espíritu Santo esta en ti". Por eso corrió a ella y comenzó a preguntarle: "Dime lo que tienes, porque también a mí como a ti ha sido dicha la misma cosa". Y la sierva de Cristo respondió: "Si a ti también ha sido dicha, me alegro", y lo aprobó. Desde entonces la sierva de Cristo reveló a su compañera muchas cosas de los divinos secretos.

Además, su compañera me refirió a mí, fraile, que mientras una vez esa sierva de Cristo estaba recostada cerca de ella arrebatada en éxtasis, vio una especie de estrella perfectamente circular, de muchas y admirables variaciones, luminosa de mil colores. Y de ella salían rayos de cándida belleza, algunos, más densos, otros más sutiles. Los rayos partían del pecho de ella que yacía sobre su costado y se multiplicaban subiendo y elevándose hacia el cielo. Esto lo vio con los ojos del cuerpo estando despierta, y era casi la hora tercera. La estrella no era muy grande.

Una vez, yo, fraile, que indignamente transcribo estos mensajes divinos, le dirigí esta pregunta: "¿Por qué te fue dicho en la precedente revelación: "Yo soy el Espíritu Santo"; y poco después: "Yo soy el que ha sido crucificado por ti"? Después de esta pregunta, ella volvió a su casa. Más tarde retornó a mí y me contestó: "Apenas volví a casa, comencé a pensar, ya que me vino una duda acerca de lo que me preguntaste. Cuando se me insinúa alguna duda, yo también dudo, porque me considero totalmente indigna. Mientras yo estaba en la duda, me fue dada la respuesta en estos términos: "Pregúntale al fraile Arnaldo, pregúntale lo que te fue dicho: «Ya vino a ti la Trinidad». Le dirás: «Ya vino, ya vino a ti». Pregúntale cómo pudo venir". Y comprendí que, aunque hubiese venido a mí, sin embargo estaba en el cielo y no se alejaba del cielo. Y como todavía no comprendía plenamente y no me parecía que me hubiera contestado de manera comprensible y clara, entonces añadió: "Le dirás: que cuando te fueron dichas estas palabras: «Yo soy el Espíritu Santo»; y después: «Yo soy el que ha sido crucificado por ti», entonces estaba en ti el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo". Y como yo justamente de esto dudaba, o sea de cómo el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo viniera a mí que soy tan indigna, y pensaba que se me dijo esto para engañarme, entonces muchas veces me fue dicho y repetido: "La Trinidad ha venido a ti". Y por esto me decía: "Pregúntale cómo pudo venir". Y se me explicaba cómo en ése coloquio estaban presentes el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y me parece que por tres veces se me dijo que la Trinidad era una sola cosa reunida en uno. Y se me ofrecía el ejemplo del sol y también otro ejemplo, pero yo lo rechazaba, porque cuando se me dicen cosas tan grandes, yo las rechazo, temiendo no ser digna. Quisiera que Dios me diera la sensación de que no puedo engañarme en estas cosas. La frase: "Toda la Trinidad vendrá

a ti", transcrita hacia el fin del paso decimonoveno, se cumplió en el vigésimo.

LA VISIÓN DE CRISTO.

Una vez meditaba sobre el gran dolor que Cristo sufrió en la cruz, y pensaba en los clavos de las manos y de los pies, los que, como había escuchado, habían introducido trozos de carne hasta dentro de la madera. Deseaba ver al menos un poco de esa carne de Cristo que los clavos habían introducido en la madera. En ese momento experimenté un dolor tan grande por ese sufrimiento de Cristo que no pude tenerme de pie, sino que me doblé y me senté, e incliné mi cabeza sobre los brazos que extendí hacia el suelo. Fue entonces que Cristo me mostró su garganta y sus brazos. Entonces la tristeza de antes se transformó en una alegría tan grande que no me es posible decir cosa alguna. Era una alegría distinta de las otras, y no veía ni oía, ni sentía más que esa alegría. Y se encendió una tal luz en lo hondo de mi alma, que sobre esto no tengo dudas, ni podrá haberlas en el futuro. Y me dejó una señal tan cierta de alegría en el alma, que creo que no la perderé jamás. Había en ese cuello y en esa garganta una belleza tal que comprendí que esa belleza tenía origen en la divinidad. A través de esa belleza me parecía ver su misma divinidad y me parecía estar delante de Dios. Es todo lo que pude ver. Y ese esplendor no sabría compararlo a ninguna cosa o color del mundo. Sólo lo compararía al esplendor del cuerpo de Cristo que de vez en cuando veo durante la elevación.

Al salir de esa visión, comencé a pensar un poco en mí, y ese pensamiento no me daba casi ningún temor. Pero estoy segura de que al tener ese pensamiento ya me había alejado de esa visión.

"En la Eucaristía veo a Dios" Cuando yo, fraile, oí las palabras por ella pronunciadas, acerca del cuerpo de Cristo, enseguida tomé nota en mi corazón, y le pregunté y la obligué a decirme todo lo que hubiera visto en el cuerpo de Cristo. Y ella, tras mis insistencias, así me contestó: A veces veo la hostia, como vi la garganta y el cuello, con un esplendor y una belleza tan grandes, más que si fuese el esplendor del sol, que me parece provengan de la divinidad. Por esa belleza comprendo con certeza que estoy viendo a Dios sin ninguna duda, si bien, estando en casa, viera en esa garganta y en ese cuello una belleza aún mayor, tan grande que por el resto de mi vida creo que no podré perder jamás la alegría de esa visión. Y no sabría manifestarla sino mediante la comparación de la hostia con el cuerpo de Cristo, porque en la hostia aparece una belleza más hermosa y más grande que la del sol. Luego mi alma sufre gran pena, porque no puedo expresarme. Además me dijo que a veces ve la hostia con distintos aspectos, es decir ve en la hostia dos ojos luminosísimos y tan grandes que de la hostia sólo parecen quedar los bordes.

Una vez no en la hostia, sino en la celda de la custodia me fueron mostrados los ojos, y disfruté de tanta belleza y de tanto deleite que, como la garganta, jamás podré olvidarlo por el resto de mi vida. No sé si fue mientras dormía o velaba, sino que me

volvía a hallar con una alegría inmensa e inefable, tan grande que no creo poder perderla jamás.

Otra vez me dijo que vio en la hostia a Cristo niño, pero parecía grande y majestuoso, como quien tiene autoridad, y parecía tener en las manos algún signo de poder, y estaba sentado en un trono. No sabría decir lo que tenía en la mano. Y esto lo he visto con los ojos del cuerpo, como siempre me sucedía ver la hostia con los ojos del cuerpo. Entonces no me arrodillé cuando los demás se arrodillaron. No recuerdo bien si corrí para acercarme al altar o si me quedé clavada por el deleite y la contemplación. Sufrí un gran disgusto cuando el sacerdote demasiado pronto volvió a poner la hostia sobre el altar. Jesús resplandecía de belleza y de gracia, y parecía un niño de doce años. Me sentí tan colmada de alegría que, creo, no me olvidaré de ella por toda la eternidad. Y me comunicó tal certeza que no puedo dudar de nada y de ninguna manera. Por eso no es necesario que tú escribas esto. Y fue tanta la alegría que no le pedí que me protegiera, más aún, no le dije nada ni bueno ni malo. Todo mi gozo consistió en la contemplación de esa belleza inestimable.

OMNIPOTENCIA DE DIOS

El Segundo Paso.- Después del año de mi peregrinación a Asís en el cual me fueron dirigidos mensajes divinos, mientras me hallaba en oración y estaba por decir el Padrenuestro, de improviso vino a mi alma una voz que me dijo: "Tú estás llena de Dios". Entonces sentí que todos los miembros de mi cuerpo estaban impregnados de la delicia de Dios. Y deseaba morir, como me había sucedido antes yendo a Asís y cuando, ya de vuelta, yací postrada en mi celda. De manera similar otra vez yací postrada. Mi compañera me refería que me brotaban lágrimas de los ojos abiertos. Entonces la voz me decía —y yo lo experimentaba— que Dios abraza mi alma, y sentía que todo era verdadero. Cuanto estamos diciendo, me parece ser casi una mentira, porque todo sucedía de manera distinta de cómo se puede referir. Además, yo me avergüenzo de decirlo con más fuerza. En esa oportunidad, caminando hacia San Francisco, Él me había dicho: "Obraré en ti maravillas delante de los pueblos; y en ti seré conocido; y en ti mi Nombre será glorificado por muchos pueblos".

"Estarás abrasada en el amor de Dios". En otra oportunidad, un año después, mientras estaba en oración, de improviso me fueron dirigidas palabras muy deliciosas: "Hija mía, mucho más querida a mí que yo a ti, templo, delicia mía: el corazón de Dios omnipotente está ahora sobre tu corazón". Y junto a estas palabras me llegó un sentimiento de Dios tan fuerte, más que cuanto hubiera antes experimentado; ¡mucho más! Y también todos los miembros de mi cuerpo experimentaron ese deleite, y yo me postré con ellos. La voz me dijo: "Dios omnipotente puso en ti un amor más grande que en cualquier mujer de esta ciudad, y Él se alegra en ti. Dios está lleno de ti y de tu compañera [\[11\]](#): poned todo empeño para que vuestra vida sea luz para todos los que quieren mirar a ella. Para los que miran y no obran, habrá un juicio duro y severo". Mi alma comprendió que este implacable juicio tenía relación con los clérigos más que con los laicos, porque, si bien conocen las palabras de Dios a través de las Escrituras, las desprecian. "El amor que Dios omnipotente ha puesto en vosotras, es tal que continuamente reside en vosotras, si bien no con estos sentimientos. Ahora sus ojos están posados sobre vosotras". Y me parecía, con los ojos del alma, ver sus ojos y experimentaba una delectación indecible. Sufro ahora porque parece que decimos estas cosas en broma. Entonces, si bien fuese grande mi alegría, me volvían a la mente mis pecados, y no veía en mí nada que fuese bueno, y pensaba que en mi vida no había hecho nada que agradara a Dios. Recordaba todas mis culpas, y en la mente me surgía la duda de que justamente a mí se me dijeran cosas tan grandes.

Y comencé a preguntar: "Si tú eres el Hijo de Dios omnipotente, ¿por qué mi alma no percibe una alegría aún más grande que la que podría sostener, sintiendo que tú estás en mí, aunque yo sea totalmente indigna?". Me respondió: "No quiero que tú

experimentes en ti una alegría mayor, sino una moderada" y añadió: "Sí, en verdad, todo el mundo está lleno de mí". Y enseguida veía que toda creatura estaba llena de Él. Y me susurraba: "Yo puedo hacerlo todo: que tú me veas, como cuando conversaba con los apóstoles, sin sentir mi divinidad; como puedo hacer que tú me sientas, como me estás sintiendo, sin verme". Y aunque no me dijera con palabras estas cosas, sin embargo mi alma comprendía que decía estas cosas, y mucho más grandes aún. Y sentía que era así.

Y preguntándole yo, fraile escritor, cómo fuese posible, la sierva de Cristo me respondió: Yo había experimentado que mi alma sentía así. Y mi alma contestó y gritó: "Puesto que Tú eres Dios omnipotente y tus palabras son la verdad y tan grandes como tú dices, dame una señal para que tenga la certeza de que eres tú. Sácame de esta duda. Y me asombraba de que hubiera en mí alguna duda. Insistía para que me diese una señal corporal que yo pudiese ver: por ejemplo, que pusiera en mi mano una vela, o una piedra preciosa, o cualquier otra cosa que El quisiera. Y añadía: "Yo no mostraré a nadie esta señal, si tú no quieres". Y me contestaba: "Lo que tú buscas es una señal que te daría gozo al verla o al palparla; pero no te sacaría de la duda y por medio de esa señal podrías ser engañada". Al hablarme, comprendía lo que estamos diciendo más plenamente de lo que pueda referir, y comprendía con plenitud muchas más cosas que las que estamos diciendo, y con mayor claridad, con un gozo grande y amoroso, del que ni intento hablar. Y Dios quiera que no se me impute pecado, por referir los hechos tan mal y tan imperfectamente.

Después me dijo: "Te doy una señal mucho mejor que lo que me pides. Esta señal estará constantemente contigo dentro de tu alma: Siempre sentirás a Dios y estarás abrasada en el amor de Dios. Y comprenderás íntimamente que nadie más que yo puede hacerte esto. Y esta señal que pongo en tu alma, es mucho mejor que lo que me pediste. Te doy un amor de mí que continuamente abrasará tu alma. Será un amor tan ferviente que si alguno habla mal de ti, tú lo tomarás como una gracia y te reconocerás indigna de tal gracia. Esto lo tuve yo también. Y el amor que tuve por vosotros fue tan grande que todo lo soporté pacientemente.

Entonces reconocerás que yo estoy en ti. Y si nadie te hace alguna ofensa, todavía tú sentirías un gran deseo de ello. Y ésta es una señal veraz de la gracia de Dios, porque yo de esa manera todo lo soporté con gran humildad y paciencia. Y ahora mira: yo te unjo con un unguento «siricoso», con el cual fue ungido un santo llamado Sírico, y muchos otros santos" [\[12\]](#).

Enseguida sentí esa unción y experimenté una dulzura tan grande que deseaba morir, pero con una muerte cargada de todo suplicio corporal. Pero también pensaba que eso sería nada en comparación con todos los tormentos y martirios que padecieron los santos. Entonces deseaba y quería que todos los hombres me echaran ultrajes, y que mi muerte llegara con todas las torturas. Y me gozaba en rogar a Dios por todos los que me

causaran estos males. Y me asombraba de esos santos que rogaron a Dios por sus perseguidores y verdugos, porque no sólo debían rogar sino que debían pedir a Dios por ellos una gracia especial. Por eso hubiera querido yo rogar a Dios por esos hombres que me hubieran ultrajado y los hubiera amado con un gran amor.

Por esa unción experimenté entonces, dentro y fuera del alma, una felicidad tal que nunca experimenté tan grande en ningún día de mi vida. De ella no puedo decir ni poco ni mucho. Era un consuelo distinto de los demás. En los otros consuelos, mi deseo era morir enseguida, mientras en éste ansiaba que la muerte fuese larga y cargada con todo tormento y que todos los suplicios del mundo afligieran cada uno de los miembros. Sin embargo, todo esto me parecía absolutamente nada. Mi alma comprendía que este consuelo era apenas una pequeña chispa en comparación con todos los bienes que se me prometían. Mi alma sentía que todo era absolutamente verdadero. Si en ese momento todos los sabios del mundo hubieran dicho lo contrario, no les hubiera creído. Y si jurara que todos los que van por este camino, se salvan, siento que no diría ninguna mentira.

Y me dejó tan firmemente esta señal en el alma, una señal tan clara y luminosa que, pienso, sería capaz de enfrentar el martirio antes que tener alguna duda. Me dejó esta señal que siento continuamente y que es camino cierto de salvación: AMAR y QUERER SUFRIR POR SU AMOR.

LA VISIÓN DEL VERBO DE DIOS.-

Yo, secretario, le pregunté: "¿Quisieras que te dijeran injurias?" Y Ángela me respondió: Lo quisiera un poco, pero tuve vanagloria, cuando alguna vez se me injurió. El que hablaba en mí me dijo: "Si tienes alguna duda sobre esta señal, sobre esta unción, pregúntale al fraile fulano ^[13], al cual he comunicado esa unción y que llegó a comprenderla un poco. Y las palabras que escuchaste de mí son tan sublimes que no me desagrada que tengas dudas. De otra manera tu alegría sería demasiado grande. Me agrada que tengas deseos de estas palabras, que son muy sublimes. Si yo no quisiera que tú tuvieras esas ansias, no las tendrías". Y en ese momento he visto a Dios.

Yo, secretario, le pregunté cómo o de qué manera lo viera, y si lo veía en forma corporal. Ella me contestó: Veía una plenitud, un esplendor, del que me sentía tan colmada que no sé explicar. Tampoco sé dar alguna semejanza. No sé decirte si he visto algo corporal. Él era como es en el cielo. Lo único que sé decirte es que era la Belleza y el Todo Bien. Todos los santos estaban en presencia de esa majestad y le glorificaban. Pero me parece que en esta visión me detuve poco tiempo. Precedentemente, la primera vez, me había dicho: "Hija mía, querida por mí mucho más que yo por ti". A menudo me repetía: "Hija amada, dulzura mía; todos los santos tienen por ti un amor especial. También mi Madre lo tiene. Yo te voy a asociar a ellos". Y todo lo que me decía de los santos y de su Madre me parecía muy poca cosa, dado que yo estaba disfrutando plenamente de esa dulzura, que El me daba a gustar. Y Él me decía: "Del mucho amor que yo siento por ti, te escondo algo a causa de tu debilidad, porque no podrías sobrellevarlo".

A las preguntas que yo, secretario, le hacía, contestó: En esto puedes comprender que era el Todo Bien. Yo era invitada a mirar a los santos que estaban delante de esa majestad y también se me decía que mirase a los otros que estaban por encima de los santos. Pero como yo veía que toda la felicidad de los santos y de los ángeles venía de Él y en Él se fundaba y que Él era el Sumo Bien, me deleitaba sólo en Él y no atendía, ni podía atender, ni a los santos ni a los ángeles. El me repetía: "Del mucho amor que yo siento por ti te escondo algo". Y mi alma comprendía que era muy poco lo que me mostraba del amor que tenía por mí, casi nada en comparación.

Y cuando mi alma decía: "¿Por qué tienes un amor tan grande por mí que soy pecadora? ¿Por qué te complaces tanto en mí, que soy tan enormemente indigna? ¿Por mí que en toda mi vida no hice más que ofenderte?". Entonces veía que nunca había hecho algún bien sin cometer muchos defectos. Y Él me consolaba: "Es tan grande el amor que he puesto en ti que no me acuerdo de tus faltas. Mis ojos no las miran. En ti he escondido un gran tesoro". Y mi alma sentía que todo era absolutamente verdadero.

No tenía ninguna duda. Y sentía y veía que los ojos de Dios la miraban. En esa mirada el alma experimentaba una tal felicidad que ningún hombre, ni tampoco ningún santo de los que están arriba, si hubiese bajado, podría expresarla o manifestarla. Al decirme que me escondía su mucho amor, ya que yo no podría sobrellevarlo, mi alma le respondía: "Si tú eres Dios omnipotente, tú puedes hacer que yo lo pueda sobrellevar". El respondía: "Si tú alcanzaras lo que quisieras, no tendrías más hambre de mí. Por eso no te lo concedo. Quiero que en esta vida tengas hambre y deseo de mí, y que desfallezcas por mí".

EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DEL ALMA.

Además, en el camino hacia San Francisco, la primera vez que Dios me habló diciendo: "Hija mía, dulzura mía, ámame, porque tú eres amada por mí más de lo que tú me amas", y mientras yo me acordaba de mis pecados y de mis defectos y de que no era digna de esos grandes amores, entonces Él me dijo: "Muy grande es el amor que tengo por el alma que me ama sin malicia". Y me parecía que quería decirme que un alma debe arder del mismo amor que Él tuvo por nosotros, desde luego según la capacidad del alma. Y si un alma deseara tener ese amor, Él se lo daría. ¡Lastimosamente hoy los buenos son pocos!

Me había ya dicho en la primera conversación que la fe era escasa y me parecía que se quejara diciendo: "Es tan grande el amor que tengo por un alma que me ama sin malicia que hoy le concedería a ella —como a cualquiera que tuviera un verdadero amor por Mí— gracias mucho mayores que las concedidas a los santos de los tiempos pasados de los que se recuerdan las maravillas que Dios obró en ellos". Y ya que toda persona puede amarlo, no hay nadie que pueda hallar disculpas. Y El no busca otra cosa sino que esa alma lo ame, porque El la ama, mejor aún, Él es el amor del alma.

¡Qué profundas y abismales son estas palabras: Dios no pide al alma sino que lo ame! Si uno ama de veras, ¿podría reservar algo para sí? Que Dios ame al alma y que El mismo sea el amor del alma, fue El mismo a explicármelo con vivas razones, por su advenimiento y por su cruz, El que era tan grande. El mismo me explicaba estos misterios de su venida y de su pasión de cruz y cómo Él era tan grande. Y con ardientes razones me los mostraba, diciendo: "Mira si hay en mí algo que no sea amor". Ante todo me hizo comprender quién lo había enviado, y por qué Él había venido, y me descubrió su grandeza. Y hecho tras hecho, me exployó su pasión y su cruz y todo lo dicho anteriormente. Al fin yo veía, y mi alma lo comprendía con absoluta certeza, que Él no era más que amor. Y, me parece, se quejaba de que en estos tiempos hallara tan pocas personas, en las que pudiera derramar su gracia. Por esto me decía que habría concedido, a todos los que hallase dispuestos a amarlo, gracias mucho más grandes que las que había concedido a todos los santos que existieron hasta hoy.

A mí, fraile, me dijo: Tendría recelo de decir lo que digo si no me animara el mensaje que se me dio: se me dijo que cuanto más diga y repita estas cosas a los demás, tanto más quedará en mí.

Ayer y hoy ansiaba recibir muchos mensajes. Hoy se me dijo algo nuevo. Estando intranquila acerca de una frase que te había referido en relación con la señal que se me había otorgado, y que yo te había contestado que ya la tenía, y que amaba las tribulaciones, como has escrito, y mientras me preguntaba preocupada si fuera verdad todo lo que dije de mí y que tú escribiste, enseguida me llegó la respuesta: "Todo lo que

allí ha sido escrito, es verdadero, y no hay ni una palabra que sea falsa, pero esas palabras eran mucho más ricas, y habían sido expresadas mucho más ricamente". Pues bien, las cosas han sido referidas imperfectamente y el escritor las ha escrito empobreciéndolas y defectuosamente. Y El me confirmó que yo poseía esa señal, diciéndome: "Dios está presente en lo que estáis escribiendo y está con vosotros".

Mi alma comprendía y experimentaba que Dios se complacía en ello, pero la confirmación me fue dada en razón de la inquietud surgida a raíz de las muchas cosas que decía, acerca de las cuales no era necesario hacer indagaciones, dada su claridad.

LAS ENFERMEDADES DEL ALMA Y EL MÉDICO DIVINO.

Después de haber transcrito lo anterior. Ángela me dijo: Ahora se me dijo nuevamente esto, y tan claramente me lo hizo entender, y lo llevo tan grabado en mi corazón que con dificultad me esfuerzo por no proclamarlo y gritarlo a todos: "Nadie podrá ofrecer jamás objeciones a su salvación, porque no debe hacer más que lo que hace el enfermo, el cual muestra su dolencia al médico y se dispone a hacer lo que se le ordena. De la misma manera el alma no debe hacer más ni procurarse otros remedios. Sólo debe mostrarse al médico y disponerse a hacer lo que el médico ordene, cuidando de no mezclar nada que sea contrario". Mi alma comprendió que el remedio es su sangre que El da a todos, y que el enfermo no debe hacer otra cosa más que disponerse, y entonces el médico le da la salvación y cura la enfermedad. Y mi alma comprendió y vio que todos los miembros tenían una especial enfermedad, y anotaba los pecados de cada miembro. Y comenzó el alma a examinar todos los miembros y los pecados de cada miembro. Y, con asombro, vio que era capaz de individualizarlos y de juzgarlos. Y él lo escuchó todo pacientemente, y después habló con mucha alegría y en orden, mientras los miembros instantáneamente se curaban: "Esto experimentó María Magdalena: el dolor de hallarse enferma y el deseo de ser libre de la enfermedad. De manera similar, todo el que tuviere ese dolor y ese deseo, puede, como ella, hallar la salvación".

Y me ofreció otro ejemplo, si bien con cada uno de ellos yo tuviera materia de meditación y de aplicación durante todo el día. Me decía: "A mis hijitos que se apartan de mi reino por causa del pecado, y se hacen hijos del diablo, cuando vuelven al Padre, que es feliz por su vuelta, Él les reserva una alegría especialísima. Es tan grande la alegría que el Padre tiene por su vuelta y les da una gracia tan especial, que no da ni a las vírgenes ni a los que jamás se alejaron de Él. Esto sucede por el amor del Padre. Y porque ellos, después de su vuelta, sufren por haber ofendido una majestad tan grande y reconocen que son merecedores del infierno, llegan a un conocimiento tal del amor del Padre que por eso reciben una dicha especial".

Ángela me dijo estas cosas a mí, fraile, con palabras más abundantes y más eficaces y más plenas de luz, tanto que, cuando le releí lo escrito, ella me dijo que más que diluirlo, yo lo había restringido y exprimido, si bien me confirmara que había escrito según verdad. Y añadió que también le había sido dicho: Al final del escrito añade esto: se den gracias a Dios por todas las cosas que estáis escribiendo. Y todo el que quiera conservar la gracia, no retire los ojos de su alma, esté triste o alegre, de la cruz, que yo le doy o le permito.

LA BENDICIÓN DE DIOS SOBRE LAS LIMOSNAS.

Una vez, mientras rezaba antes de comer y rogaba a nuestra Señora que intercediera ante su Hijo, para que por los méritos de su santísima pasión me librara de todo pecado y me diera su absolución y su bendición, tanto a mí como a mi compañera; y para que, así como El bendijo cuando se puso de pie para consagrar el convite de los apóstoles y comió con ellos, así bendijera nuestra comida y bebida que estábamos por tomar, enseguida me fue contestado de esta manera: "Hija mía, dulzura mía, lo que pides te es concedido. Todo pecado te es quitado. Y os doy mi absolución y mi bendición". — Y al decir "os", estoy segura de que otorgaba el mismo favor tanto a mí como a mi compañera—. Y vuestra comida y vuestra bebida son siempre bendecidas por Dios omnipotente, mientras viváis en este mundo".

Me puse a considerar si las limosnas que la gente nos da, reciben la bendición cuando son ofrecidas, o sólo la reciben las limosnas que sirven para nuestro sustento. Enseguida me llegó la respuesta en estos términos: todas las limosnas que la gente nos da, reciben la bendición, de tal manera que, tanto a nosotros como a todos los que las comparten —por virtud de Aquél que las bendice y cuya bendición ya recibieron— nos serían de provecho, según la mayor o menor disposición de la persona. Y si los que las reciben, se hallaran en pecado mortal, también sacarían provecho, porque tendrían el deseo de convertirse más pronto a penitencia. Mi alma sentía en ese momento que Dios se hallaba en ella, y advertía que así era por la especial alegría y la divina dulzura que en toda verdad experimentaba de Dios. Ángela dijo que todavía, cuando reza antes de comer, quiere siempre estar segura de que las antedichas gracias sean dadas; y siente que Dios se alegra y más aún se alegra de que ella en su fervor pida siempre esa bendición. Y le parece que a él le agrada que no deje de pedir esa bendición, aun en la duda de que haya sido dada, si bien toda vez le sea confirmado que la bendición ha sido concedida. Y experimenta que Dios le muestra su rostro luminoso y que ella le está agradando. Por otra parte, llega a sentir una gran seguridad y certeza.

Éxtasis durante la elevación.- Me relató que a menudo se le dice: Pide, y pide bien, y te será concedido. Y siguió diciéndome: Estando en la iglesia, al llegar el momento de la elevación del cuerpo de Cristo cuando la gente se arrodilla, me fueron dichas estas palabras: "Hija mía, dulce hija mía, dulce a mi Hijo". Y la voz pronunciaba estas palabras con mucha humildad, amoroso sentimiento y suma dulzura. Y añadía: "¡Hija mía, dulce a mi Hijo y a mí! Mi Hijo ya vino a ti y recibiste su bendición". Y me hacía comprender que su Hijo estaba en ese momento sobre el altar, y era como si me comunicara maravillas de suma alegría, tanta que no sé cómo describirla, ni creo que nadie sería capaz de hacerlo. Más tarde, me asombré de cómo haya podido quedarme de pie mientras estaba embargada por una felicidad tan grande. Y me decía: "Ya que has

recibido la bendición de mi Hijo, es lógico que yo venga a ti, y te dé mi bendición. Como has recibido la bendición del Hijo, es lógico que recibas la bendición de la Madre. Recibe, pues, mi bendición, y que seas bendita de parte del Hijo y mía. Pon todo tu empeño en amar, porque tú eres muy amada, y llegarás a realidades infinitas".

Entonces mi alma fue invadida por una alegría tan grande como nunca la había recibido. Después que escuché esas palabras, el sacerdote levantó el cuerpo de Cristo, y yo me arrodillé y lo adoré, y mi alegría llegó al colmo. Antes, al escuchar esas palabras, no pude arrodillarme como hacían los demás, sino que me había quedado de pie. Yo, fraile, le pregunté si había visto alguna otra cosa en el cuerpo de Cristo, como alguna vez le sucedió. Contestó que no. Sólo sentía con toda verdad a Cristo en el alma. Volví a preguntarle: "¿Cómo sabes que está de veras?". Ella me respondió: Lo sé porque no hay nada que compenetre tanto el alma con el fuego ardiente, como cuando Cristo se halla en el alma y con delicia de amor. Entonces no se trata del fuego como suele arder, sino que es un fuego de suave amor. Yo no tengo dudas cuando un tal fuego está en el alma, porque ella conoce que de veras está Dios, y que ningún otro lo puede hacer. Entonces todos los miembros sienten un desligamiento, y yo quiero que así sea. Y todos los miembros sienten una sublime embriaguez, en la cual yo quisiera quedar siempre. Y también gritan los miembros cuando se desligan, y este desligamiento lo siento, sobre todo, durante la elevación del cuerpo de Cristo. Entonces las manos se desligan y se abren.

El tercer paso.- La sierva de Cristo dijo que una vez pidió a Dios que le diera algo de sí y se hizo la señal de la cruz. Y le pidió que le mostrara quiénes son sus hijos. Y Dios en lo íntimo del alma le dijo esta parábola: Había un hombre que tenía muchos amigos y los invitó a un banquete, e hizo sentar a su mesa a los que se adhirieron, porque no todos los invitados se presentaron. El hombre se disgustó por los que no se presentaron, porque había preparado el banquete con gran suntuosidad, e hizo sentar a los que llegaron. Él los amaba a todos y para todos había preparado el banquete; sin embargo, a los que más amaba, los hizo sentar a una mesa especial cerca de sí. Y con aquellos a los que más amaba comió en un mismo plato y bebió de una misma copa.

Yo pregunté con gran gozo del alma: "¿Cuándo es, Señor, que Tú invitas así a todos? Dímelo". Y me contestó: "Yo he llamado e invitado a todos a la vida eterna. Los que quieren venir, que vengan, porque nadie podrá justificarse por no haber sido invitado. Si quieres comprender cuánto los he amado y cuan ardientemente haya deseado que vinieran, mira a la cruz" Siguió diciendo: "Mira: los invitados están llegando y se sientan a la mesa". Y me hizo comprender que Él era la mesa y a la vez el alimento que ofrecía. Le pregunté: "Los invitados, ¿por qué camino llegaron?". Me respondió: "Por el camino de la tribulación, y son los vírgenes, los castos, los pobres, los pacientes y los enfermos". Y enumeraba muchas categorías de personas que se salvarían. Y yo en

toda palabra comprendía el contenido y la explicación, y disfrutaba enormemente. Hasta me esforzaba por no mover ni los ojos, para no perder esta felicidad. Y estos convidados son llamados hijos. Y sus palabras me explicaron que la virginidad y la pobreza y las enfermedades y la pérdida de los hijos y las tribulaciones y el despojo de los bienes... todas estas cosas eran dadas por Dios a sus hijos para su bien.

El enumeraba muchas cosas dando motivos y explicaciones y yo lo comprendía todo muy bien. Pero a veces los hijos de Dios no conocían esto ni lo apreciaban y al principio sufrían mucho, pero después lo soportaban en paz y reconocían que las tribulaciones venían de Dios.

DIOS PADRE Y SUS HIJOS LEGÍTIMOS.

Los que son invitados a una mesa especial, aquellos a quienes el Señor quiere cerca de sí para comer en un mismo plato y beber de una misma copa, éstos son los que desean conocer quién es este hombre tan bueno que los ha invitado, para poderle agradecer. Son los que saben que son muy amados por el omnipotente Dios y se reconocen indignos, y para mejor entender van hacia la cruz, en sus brazos se fijan, la contemplan y ahí encuentran el amor. A estas almas les es revelado cómo Dios Padre envió a su Hijo por amor, y cómo el Hijo estuvo de acuerdo en ese amor al venir, y cómo las buscó y las redimió. Y para obrar todo en orden, antes envió a los ángeles, y después, según nuestra manera de hablar, El abandonó al Padre, abandonó el cielo y su dignidad.

Y me escribió en cada detalle la pasión de todos sus miembros: los tormentos, los ultrajes y las crueles palabras. El abandonó en este mundo a su Madre —cosa que le produjo dolor enorme— y a sus Apóstoles. Al preguntarle yo cuál fue el mayor dolor de la Madre, me contestó que en el corazón. Y me dijo en compendio, ya que sería demasiado largo exponerlo: "A estos hijos, tan ligados a mí, les son manifestados todos los misterios del amor". En ese momento mi alma escuchaba y experimentaba esos misterios del amor mientras que su relato o la escucha del relato son una nada. Entonces a mi alma se le dijo: "Te asombras de este cuerpo de Cristo tan afligido y atormentado. ¡Cuánto más debieras asombrarte de la Divinidad que soportó que sucedieran todas estas maldades en su humanidad, que es como el velo que disfraza su divinidad!".

Para comprender mejor, me fue dicha otra parábola, la de un hombre nobilísimo que no puede ser ofendido en su persona, pero que es ofendido y destruido en su casa, o sea, que en lugar de la persona, es arrasada su casa. De esa manera se me mostraba que, aun siendo Dios impasible, sin embargo permitió que grandes ultrajes fueran arrojados contra la Divinidad en presencia de todos, ¡y esto por amor nuestro! Yo fraile, secretario, descuidé un poco esta parábola. Por la prisa y porque era demasiado amplia, recorté y compendí esta larga y hermosa exposición y su doctrina divina.

Entonces el alma se inflama de amor y considera casi poca cosa la pasión del cuerpo de Cristo en comparación con el amor de la Divinidad de Cristo. Y al alma se le dice: "Ya que Dios hizo todas estas cosas por ti, y quiso nacer por ti, es decir quiso bajar a tanta degradación e infamia por ti, es lógico que tú, alma, mueras a ti misma, a los vicios y a los pecados, y nazcas a Dios, que es subir a una gran dignidad".

Cuando el alma muere a sí misma y aprende a conocer un amor tan grande, entonces le es dada la vida de la gracia y ella vive en Cristo. Y a esos hijos, tan ligados a Él, Dios les permite grandes tribulaciones, y lo hace por gracia especial, para que coman con El en un mismo plato. "A este banquete yo también fui llamado —me decía Cristo— y sentí la amargura del cáliz que bebí, pero el amor lo hizo dulce".

De la misma manera para estos hijos que conocen estos beneficios y viven en gracia, aunque experimenten de vez en cuando amargas tribulaciones, por el amor y por la gracia que hay en ellos, lo amargo se torna dulce hasta sentirse más afligidos cuando menos sufren. Sólo se sienten felices y sienten la presencia de Dios cuanto más soportan tribulaciones y persecuciones.

Y me refirió otra parábola: Hay un padre que tiene hijos pecadores —y se me hace entender cuáles eran esos pecados— y, si bien inocente de las culpas de los hijos, sucede que por esas mismas culpas es injusticiado. Y se le muestra al alma el lugar donde fue matado, un cruce de caminos, donde aún se ven huellas de sangre. Es natural y lógico que los hijos se aflijan por la dolorosa ejecución del padre, hecha por la espada, y más aún se aflijan porque fue injusticiado de manera tan despiadada e infame por sus culpas. Estos hijos llevarán siempre en su corazón el dolor, y es tan grande este dolor que se cuidarán y evitarán pasar por ese camino. Y si les toca pasar no podrán pasar sin una enorme congoja, como si recientemente hubiera acontecido la ejecución del padre. Considera, alma, cuánto mayor debería ser tu dolor por la muerte de Cristo, El que es más que un padre terreno y ha muerto por tus pecados. Y yo me decía: "Sufre y padece, alma, cuando pasas cerca de la cruz en la cual Cristo fue muerto. Ese es el lugar donde debes estar y descansar, porque la cruz es tu salvación y tu lecho, y debe ser tu alegría, porque ahí está tu salvación".

Hay que admirarse cómo los hombres pasan tan apresuradamente delante de la cruz sin detenerse. Y me decía que si el alma ahí se detuviera, siempre hallaría sangre casi fresca. Y con este ejemplo me hacía comprender cuáles son los hijos legítimos. Después de esto, cada vez que pasaba delante de una cruz pintada o de un cuadro de la pasión, me parecía que lo pintado fuera una nada en comparación con la suprema pasión que en realidad El padeció y que me fuera mostrada y grabada en el corazón. Por esto no quería mirar ninguna pintura, porque todo me parecía muy poca cosa y nada.

Al interrogarla yo, secretaria, la sierva de Cristo quiso confirmarme la verdad de que los hijos de Dios en las persecuciones y tribulaciones, que padecen, sienten una dulzura divina —como ha sido dicho en la admirable conversación que Dios tuvo con ella y que ya he relatado—. Por esto me narró una experiencia personal. Un día fue afligida por los hermanos y por los vecinos, pero no le fue posible manifestar la dulzura que experimentó ni las lágrimas de alegría que sintió correr por su rostro.

El "lavatorio" del Jueves Santo.- Cuando terminó de relatarme lo que Dios le había comunicado acerca de los hijos de Dios, los que como hijos predilectos comen en un mismo plato y beben del mismo cáliz de Cristo y, aunque sientan lo amargo, esto se torna dulce tanto que llegan a preferirlo, yo comencé a hacerle objeciones sosteniendo que era un discurso demasiado áspero. Entonces la sierva de Cristo me refirió una experiencia personal, con la cual intentaba convencerme que no era áspero sino dulce.

Me dijo así: El Jueves Santo dije a mi compañera que juntas fuéramos a la búsqueda de Cristo: "Vamos al hospital y quizás hallaremos a Cristo entre esos pobres, cargados de mil penas y aflicciones". Y llevamos con nosotras las tocas que pudimos hallar, porque otra cosa no teníamos, y dijimos a Azucena, empleada del hospital, que las vendiera y comprara unos víveres para esos enfermos. Y ella, aunque al principio se resistiera mucho diciendo que nosotras nos burlábamos de ella, al final, gracias a nuestras insistencias, lo hizo. Y vendió las tocas de nuestras cabezas y compró unos pescados, mientras de parte nuestra añadimos todos los panes que nos habían dado para nuestro sustento. Ofrecimos a los enfermos las cosas, lavamos los pies de las mujeres, las manos de los varones y en particular de un leproso que tenía las manos muy podridas y purulentas tanto que se caían a pedazos, y bebimos de ese lavaje. Sentimos una dulzura tan grande que por todo el camino volvimos embargadas por una indecible suavidad, como si hubiéramos comulgado. Y de veras, por la inefable suavidad que experimenté, me parecía como si hubiese comulgado. Y porque un fragmento de esa carne llagada se me había adherido a la garganta, yo me esforzaba por tragarlo, y tenía escrúpulo de escupirlo, como si hubiese comulgado, si bien no quería escupir para tirarlo, sino para desprenderlo de la garganta.

La reprobación de Dios.- En el mismo día en que transcribí lo antedicho, si bien no todo, la sierva de Cristo volvió a su celda y comenzó a rezar el Padrenuestro de la pasión, según su costumbre. Al terminar, enseguida le fueron dirigidas estas palabras: "Todos los que son enseñados por Dios y son iluminados para que comprendan su camino, si tapan sus oídos a esta luz y a esta enseñanza que Dios de manera especial les ofrece, y no quieren escuchar ni prestar atención a lo que Dios les inspira en el secreto del alma, sino que endurecen su corazón y siguen una doctrina diversa de la que Dios les inculcó e insisten en llevar una vida ordinaria contra su conciencia, éstos reciben la maldición de Dios omnipotente".

Muchas veces le eran repetidas estas palabras porque ella rehusaba atenderlas, ya que le parecían demasiado duras y temía haber engaño en el hecho de que Dios maldijera a aquellos a quienes había dado la luz y la gracia. Y se le indicaba el ejemplo de una mujer que había comenzado a aprender y a hacer labores refinadas y que ponía todo su empeño, tanto que fue necesario cambiarle maestra. Y después se le dijo otro ejemplo y se le ordenó que me lo refiriera a mí, fraile, porque yo lo hubiera comprendido mejor que el otro de la mujer. Por esto a menudo se le repitió que me refiriera esas palabras y ese ejemplo. Explícitamente se le dijo: "¡Díselo!" Era el ejemplo de un estudiante enviado por el padre al colegio. El padre le pagaba los gastos, y lo distinguía en los trajes y la animaba a estudiar. Más adelante el padre se empeñó en buscarle un maestro aún más capaz. Pero sucedió que el estudiante se portó con negligencia. Por esto el padre lo devolvió a la vida del mundo y al trabajo de los campos y de todo lo que

había aprendido no le quedó nada. Así el cristiano, quien antes es instruido por la predicación y por la Escritura, y después en modo especial es enseñado por Dios que le comunica una luz particular para que comprenda cómo se puede seguir el camino de Cristo —y justamente para aprender ese camino el Padre lo había confiado antes a los maestros y después El mismo lo educo con particular doctrina y luz, que nadie podía enseñar sino solo El—, si este cristiano se comporta con negligencia y adrede se endurece, como se dijo, y, en lugar de ser luz para los demás según el deseo de Dios, desprecia la doctrina y la luz, Dios Padre le quitará la luz y la gracia y lo reprobará.

Y como yo, fraile, ponía en duda de que se pudiera llegar así a la maldición, la sierva de Cristo me dijo: Y una duda tan grande que me ha sido muy penoso escuchar. Por eso dije a mi compañera que no quería decirte nada por miedo a que pudiera haber engaño. Pero me fue ordenado que te lo dijera a ti, a causa de alguna palabra que te tocaba. Pero de esas palabras yo veía el aspecto positivo y no negativo, y en este sentido saqué una provechosa lección. La sierva de Cristo me precisó que otras veces Dios le había dado amplias explicaciones, como la que se acaba de relatar.

La soberbia.- Me refirió que una vez Dios le dijo y le demostró, de una manera eficaz y detallada, que ella era una nada, una creatura hecha de barro, y que en ella no hallaba ninguna bondad. Al contrario. Dios que la ama y al que ella puede amar, es una realidad sublime y perfecta. Cuando recuerda todo eso, la soberbia no halla lugar en ella y ella de ningún modo puede cometer pecado. Después que se le mostró la potencia de Dios y la vileza de ella, se le dijo: "¿No adviertes tú que yo he venido por ti?" Y cuando veía y comprendía lo que era y lo que llegué a ser a causa de mis ofensas contra Dios, sentía que no existe ninguna creatura más indigna que yo. Además, me contó que una vez, habiendo pedido a Dios en la oración que fuera su maestro, Dios le mostró cómo lo había ofendido en muchas cosas, y ante todo detallaba cómo lo había ofendido con los cabellos. Esta enseñanza era muy hermosa, larga y útil, pero yo no la pude transcribir porque se había hecho tarde y debíamos los dos salir de la iglesia. Más tarde ocupado en anotar otras experiencias, descuidé lo anterior.

Dios y las creaturas.- Yo, fraile, secretario, quise saber y aprender de ella cómo Dios puede ser conocido a través de las creaturas. Y le nombré a un santo fraile del cual se decía que conocía mucho a Dios a través de las creaturas, si bien yo me hallaba turbado por un escándalo que en ese entonces me había afectado. La sierva de Cristo así comenzó a decir y a explicar: Una vez me visitó uno que decía conocer a un hombre el cual tenía el conocimiento de Dios a través de las creaturas. Entonces comencé a pensar en este punto: si es más grande conocer a Dios a través de las creaturas o conocer a Dios en uno mismo, es decir en el alma. Después de Maitines rogué a Dios que me mostrara lo que le pedía. Entonces se me propuso una comparación, cuyos detalles ya no recuerdo bien, en la cual me parecía se hablaba de un hombre poderoso y nobilísimo,

que poseía amplias e innumerables riquezas y tenía también unos súbditos, que disfrutaban de esas riquezas. Estos súbditos, gracias a la abundancia y excelencia de sus riquezas, llegaron a conocer la bondad de su señor, del cual no recibían ni compartían más que cosas buenas. Pero de ese señor depende también otra categoría de hombres los que, si bien lo conocen por sus riquezas, sin embargo lo conocen mucho mejor a través de la bondad de su persona, que experimentan en sí mismos. Yo insistí para conocer más de este argumento. Ella me contestó que las respuestas a ésta como a otras cuestiones que yo le proponía, le eran como impedidas. Dejé, pues, de escribir.

Ubicuidad del cuerpo de Cristo.- Una vez le pregunté cómo el cuerpo de Cristo puede hallarse simultáneamente en todo altar. Ella me respondió que Dios así le había contestado: Este hecho sucede por la potencia divina; y esta potencia, de la cual habla la Escritura, no puede comprenderse en esta vida. Los que la leen, poco entienden, mientras entienden más los que tienen sensibilidad por las cosas de Dios; pero ni los unos ni los otros tienen plena comprensión en esta vida. Llegará el tiempo en que comprenderéis.

La restitución de los bienes ajenos.- Una vez le pedí que rogara a Dios por fray Domingo de las Marcas para que no sufriera engaño. Habiendo ella eficazmente orado, enseguida le vino la respuesta: Todo bien ajeno ha de ser restituido con mucha solicitud. Siempre, mientras uno vive, ha de guardar para sí sólo lo suyo. Con la misma solicitud con que uno ha de tener lo que es suyo, ha de devolver lo ajeno. Y ningún hombre debe mezclar lo propio con lo ajeno. Y se le mostró el ejemplo de la bienaventurada Virgen: "Toma el ejemplo de mi Madre, que siempre retuvo lo suyo y devolvió lo ajeno". Y me mostraba su ejemplo personal de cómo Él retenía lo suyo, si bien no tuviera ninguna necesidad, ya que Él está siempre en Dios Padre y Dios en Él.

La sabiduría de Dios y el recto juicio.- Una vez se me pidió que rogara a Dios por algunas cosas que quería conocer un fraile de las Marcas, el cual insistió para que le diera una respuesta. Yo no me atrevía a rogar a Dios por esas cosas; tampoco lo podía, ya que si bien con mucho gusto deseaba conocerlas, sin embargo, me parecía soberbia y necedad rogar a Dios por esas cosas que él quería saber. Mientras me hallaba entregada a estas reflexiones, de improvisto mi mente fue arrebatada y elevada hasta una mesa que no tenía ni principio ni fin. Fui colocada allí, no tanto para contemplar la mesa, sino para ver lo que se hallaba sobre la mesa. Veía una plenitud inenarrable, de la cual nada puedo decir ni contar. Sólo esto sé decir: veía al Todo Bien. Y sobre esa mesa veía la plenitud de la divina sabiduría, y en esa plenitud de la divina sabiduría veía que no era lícito indagar y querer saber lo que la sabiduría de Dios quiere hacer, porque eso sería anticipársele.

Desde ese día, cuando hallo a gente que quiere indagar esas cosas, me parece y entiendo que se equivocan. Desde aquel día, por lo que he visto desplegado sobre la

mesa, es decir la divina sabiduría, me quedó una especie de inteligencia que me permite juzgar personas y cosas espirituales, cuando oigo hablar de ellas o las oigo hablar. Y no juzgo con ese criterio con el cual solía en el pasado caer en error, sino con un juicio distinto y verdadero que bien entiendo. Por eso no tengo ni puedo tener conciencia de errar en ese juicio. Otra cosa no sé decir de lo que he visto. El alma me repite este vocablo "mesa" y el hecho de que fui puesta en pleno éxtasis delante de una mesa. De lo que pude ver sobre esa mesa no tengo nada más que relatar fuera de lo dicho.

El cuarto paso.- Una vez le fue dirigida esta palabra de Dios, Hijo y del Espíritu Santo. A veces me daba permiso enseguida, otras veces me hacía esperar un poco. Y esto duró tres días y tres noches.

Intrusión diabólica.- Terminada esta experiencia, un día mientras me hallaba perezosamente sentada en casa ^[14], me fue dirigida la palabra: "Yo que te hablo soy San Bartolomé que fui desollado". Y se elogiaba mucho y mucho me alababa. Entre otras cosas me decía que ese día se celebraba su fiesta. Pero mi alma se llenó de tristeza y de distracción, y no era capaz de orar ni de recogerme. Enseguida me di cuenta que había mentido porque no era la fiesta de San Bartolomé sino la de Santa Clara. Esa tristeza y esa distracción me duraron diez días hasta la octava de la Asunción, cuando llegué a Asís. Entonces ella se confesó lo mejor que pudo, para serenar su alma, y se preparó para comulgar. Mientras se cantaba la Misa, se puso cerca de la cruz entre las rejas. En ese momento Dios le dirigió su dulcísima Palabra que al instante serenó su alma: "¡Hija mía, dulzura mía!" y otras frases más preciosas. A decir verdad, antes de ese momento, Dios me había tranquilizado el alma con sus palabras divinas, en una de las cuales me dijo: "Hija mía, dulzura mía, ninguna creatura puede consolarte sino yo solo".

LA POTENCIA DE DIOS.

Después Dios me dijo: "Quiero mostrarte algo de mi potencia". Enseguida se abrieron los ojos del alma, y veía una plenitud de Dios, en la cual yo abarcaba todo el mundo, lo que hay aquí y más allá de los mares, y el abismo, y el mar y todo. En todo no discernía más que la potencia de Dios, si bien de manera indecible. Y el alma, embargada de suma admiración, lanzó un grito: "¡Este mundo está grávido de Dios!". Y veía que todo el mundo era una cosa pequeña. Todo lo que está aquí y más allá de los mares, y los abismos, y el mar y todas las cosas, todo me parecía una cosa pequeña; pero la potencia de Dios trascendía y lo llenaba todo, y me dijo: "Acabo de mostrarte algo de mi potencia". Y comprendí que después de esto podía entenderlo todo mucho mejor. Y me dijo: "Mira ahora mi humildad"; y veía la profunda humildad de Dios en relación a los hombres. El alma, comprendiendo su sublime potencia y su profunda humildad, quedaba estupefacta y sojuzgaba a sí misma absolutamente una nada, y no veía en sí misma más que soberbia. Entonces comencé a decir que no deseaba comulgar, porque me veía totalmente indigna, y en ese momento era totalmente indigna. Y me dijo después de haberme mostrado la potencia y la humildad: "Hija mía, ninguna creatura, si no por la gracia de Dios, puede llegar a ver estas cosas a las que tú has llegado". Y, estando próximo el momento de la elevación del Cuerpo de Cristo añadió: "Mira, la potencia divina está ahora sobre el altar, y yo estoy dentro de ti. Tú me recibes, porque ya me recibiste. Comulga con la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Yo soy digno, te hago digna". Entonces quedó en mí una dulzura inefable y una alegría enorme, de la que, creo, no voy a carecer durante mi vida.

De esto no quedó en mí ninguna duda. Creo que en ese día me fue concedido lo que había pedido a la Madre de Dios que me alcanzara de su Hijo. En ese momento quedé satisfecha como la Palabra de Dios me había prometido, y se me otorgó lo pedido.

GOZOS Y TRIBULACIONES.

Una vez mientras se hallaba enferma, le fue dicho: "El fraile tal ha sido nombrado guardián y ha sido confirmado de manera segura y cierta". Y después: "Di a tu compañera que efectivamente ha sido confirmado". Enseguida comprendí que si ese fraile no había sido confirmado guardián de los frailes, ese anuncio debía entenderse en sentido espiritual, o sea que había sido confirmado guardián en las cosas divinas. Me puse a pensar que para mí el anuncio era oscuro, pero la voz repitió: "Di al fraile que con seguridad ha sido confirmado guardián", y eso lo precisó porque yo estaba en duda de si comunicárselo a él. Y estando en cama enferma, se me dijo: "Levántate y ponte de rodillas con las manos juntas". Por la debilidad no confiaba en levantarme, sino que me

enderecé apoyándome en la cama. No hice lo que se me ordenaba, sino que me senté sobre el borde de la cama. Muchas veces se me dijo y se me repitió, mientras estaba acostada y me levantaba de esa manera cerca de la cama. Al final me ordenó: "Levántate y golpéate el pecho, y delante de tu compañera confiesa tu culpa, la de no haber obedecido". Entonces me levanté muy gozosa, tan ágil y alegremente, como si antes no hubiese padecido dolores ni enfermedades, y no sentía dolor ni debilidad. Enseguida confesé mi culpa a Dios bajo la mirada de mi compañera. Y me dijo: "Di estas palabras: "Sean alabadas y bendecidas la Santa Trinidad y Santa María, Virgen y Madre". Y repetí esta oración muchas veces con sumo gozo y deleite.

En ese tiempo estaba muy afligida, y me parecía no sentir más a Dios, y me sentía casi abandonada por Él. Tampoco podía confesar mis pecados. Por una parte pensaba que todo esto me sucedía por soberbia; por otra veía dentro de mí, hasta el fondo, mis muchos pecados, tanto que me parecía no poderlos confesar con la debida contrición, sino sólo a flor de labios. Me sentía impotente para manifestarlos. Tampoco podía alabar a Dios ni quedarme en oración. Me parecía que de Dios sólo me había quedado esto: que no sufría como debiera; que jamás me habría apartado de Dios con el pecado ni por todos los bienes ni por todos los males y todas las miserias de este mundo; y que jamás habría consentido en algún mal. Por más de cuatro semanas fui atormentada de manera tenaz y horrible. Durante este período la voz me dijo: "¡Hija mía, amada por Dios omnipotente y por todos los santos del paraíso! Dios puso su amor en ti, y tiene por ti un amor más grande que por cualquier otra mujer del valle de Spoleto". Mi alma estaba en duda y respondió con clamores: "¿Cómo puedo creer en tus palabras, mientras me hallo repleta de aflicciones y hasta me parece estar casi abandonada por Dios?". Él me contestó "Cuando te parece estar más abandonada, entonces eres más amada por Dios, y Dios está más cerca de ti".

Y como todavía buscaba mayor certeza y seguridad sobre estas cosas, la voz me dijo: "Mira, te doy una señal de que eres muy amada. Si ese fraile es elegido guardián, sabrás que todo es verdad". Al llegar la hora de la comida, rogué a Dios que me quitara todo pecado y me diera El mismo la absolución por los méritos de su santísima pasión, y diera su bendición a mí, a mi compañera y a ti. Entonces le fue dicho: "Te son quitados los pecados y os doy la bendición con la carne de esa mano que fue clavada en la cruz". En ese momento me parecía ver esa mano que bendecía, y comprendía que descendía su bendición sobre la cabeza de nosotros tres, y me gozaba en la contemplación de esa mano. Y Él dijo: "Recibid la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo por toda la eternidad". Y comprendía que era para nosotros tres. Y añadió: "Di a ese fraile que procure ser humilde", y también: "Dile que es muy amado por Dios omnipotente. Que se esfuerce, pues, por amar".

Ansias y entrega.- Después de ese coloquio, el mismo día, mientras estaba lavando

la lechuga, se insinuó en mí cierta palabra engañosa que decía: "¡Bien mereces lavar la lechuga!". Enseguida advertí que se trataba de un engaño, porque sembraba la duda sobre otras manifestaciones, y por esto contesté con indignación y tristeza: "Lo que merezco es que Dios enseguida me despeñe al infierno. ¡Sólo merezco recoger la boñiga!"

Después de esa amargura y turbación, un poco más tarde, me fue dirigida una palabra gozosa: "Es bueno suavizar el vino con el agua", y enseguida mi anterior tristeza fue aliviada y luego desapareció. Todo lo que relaté de ese coloquio sucedió un viernes y comenzó a eso de las tres de la tarde y duró hasta después de la cena. Hasta este día, por más de cuatro semanas, estuve siempre triste. Después siguió esa pausa de alegría de que hablé, la que sin anular del todo mi anterior tristeza la mitigó. Antes no tenía ninguna gana de confesarme, pero desde ese momento me retornaron el deseo y la voluntad de confesarme y comulgar. Y me fue dicho: "Me gusta que comulgues. Si tú me recibes, es porque ya me has recibido. Si quieres, comulga mañana con la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y hazlo en homenaje a Dios Omnipotente y a Santa María Virgen y a San Antonio" (cuya fiesta se celebraba el sábado, es decir la mañana siguiente). Y añadió: "Te será otorgada una nueva gracia que hasta ahora no has recibido". Y a la mañana del día siguiente esperé que ese fraile viniera a confesarme y yo pudiera comulgar, como se me había dicho en el coloquio. Al darme cuenta de que pasaba la hora de tercia y el fraile que debía venir, como yo esperaba, no venía, comencé a entristecerme junto a mi compañera, y mi compañera comenzó a llorar. Pero enseguida la voz me habló: "No te entristezcas porque ésta y las otras tribulaciones son un bien para ti y por tu bien te son dadas. Y la gracia que te fue prometida, no la perderás; y no recibirás menos sino más". Pero yo no daba crédito, sino que quedaba en la duda.

Dios que nos iluminara acerca de una duda anterior. Y le fue dicho: Pregúntale a ese fraile: " ¿Cómo se explica que en toda esa tribulación ella no amó menos sino más, si bien le pareciera haber sido abandonada?" Refiérele estas palabras: "Soy yo que la sostengo. Si yo no la sostuviera, ella se hundiría". Y dile que este hecho te estaba oculto". Y me dio un ejemplo, diciéndome: "Te doy un ejemplo humano, el de un padre que tuviera un hijo muy querido. Un padre que tuviera un hijo tan querido, le da los alimentos convenientes y él mismo los prepara para que le aprovechen aún más, y no le permite beber vino puro ni comer innecesariamente, para que no le hagan daño, sino que todo lo dispone para que se desarrolle bien".

La sierva de Cristo me dijo después: Después de lo dicho, Dios a menudo y repetidamente obra maravillas en el alma, y se comprende que ninguna creatura puede hacerlas, sino solo Dios. Enseguida se eleva el alma hacia Dios con una alegría tan grande que, si durara, opino que el cuerpo perdería al instante todos los sentidos y todos

los miembros serían aniquilados. Dios realiza a menudo este juego en el alma y con el alma. Cuando ésta intenta retenerlo, El enseguida se aparta. Con todo queda en el alma una alegría altísima, y con la alegría una certeza tal de que Él es Dios, que esa alma no tiene de ello ninguna duda, ni la más mínima. Sobre esa visión y sobre ese sentimiento no sé dar ninguna comparación, tampoco sé definirlos. En el pasado me solía suceder de manera muy distinta, aunque sea del todo inenarrable. Ahora todo es diverso. Siento una alegría nueva y diferente, y me sucede más a menudo. Ahí el alma no puede prenderse, sino que enseguida retrocede, pero le queda una gran alegría.

Mientras estaba escribiendo, la sierva de Cristo añadió: Todavía tengo esperanza de que me sea concedida una alegría más grande. Poco después de haber escrito lo anterior, la sierva de Cristo así contestó a algunas de mis más insistentes preguntas: Una vez asistía a vísperas y miraba hacia la cruz. Mientras contemplaba el crucifijo con los ojos del cuerpo, al instante mi alma fue abrasada por el amor, y todos los miembros del cuerpo lo sentían con desmesurada alegría. Y veía y sentía que Cristo dentro de mí abrazaba mi alma con ese brazo con el cual fue clavado en la cruz. (Y esto sucedió en ese momento o poco después). Y me gozaba en El con una alegría y una seguridad tan grandes que antes no solía experimentar. Desde entonces quedó en mi alma una gran felicidad que me hizo entender cómo este hombre, Cristo, está en el cielo; es decir, cómo vemos que esta nuestra carne forma una sola sociedad con Dios. Para el alma esa comprensión es una delicia que ninguna palabra, hablada o escrita, puede describir. Es una delicia sin fin. Y en mí quedó una tal certeza que, aunque todo lo que hemos escrito no fuese verdadero, con todo, no quedaría en mí ni una sombra de duda acerca de Dios y estaría segurísima que este estado viene de Dios. Me siento tan segura de Dios que, aunque todos los hombres me dijeran que habría motivos para dudar, no les creería; más bien, ahora me asombro al recordar cuando dudaba y buscaba seguridad, porque ahora siento que en mí no puede haber ni una sombra de duda acerca de esta certeza de Dios. Me gozo al contemplar esa mano que lleva las marcas de los clavos y que El mostrará a todos, cuando dirá: " ¡He ahí esa mano que ha padecido por vosotros!" Y la felicidad que aquí embarga al alma no puede absolutamente ser narrada. Ahora de ninguna manera puedo sufrir tristeza por la pasión. El contemplar y el acercarme a ese Hombre me son fuentes de gozo, y todo mi júbilo descansa en ese Hombre atormentado. A veces parece al alma entrar con gozo y deleite en el costado de Cristo, y penetrar en El hasta lo íntimo, con un gozo tan grande que jamás podrá ser descrito o narrado. Así por ejemplo, cuando tomé parte en la representación de la pasión de Cristo que se hizo en la plaza de Santa María y parecía que debiera llorar, entonces yo, al contrario, fui milagrosamente arrobada y colmada de tal alegría que perdí el habla y caí desvanecida después de haber experimentado ese inefable sentimiento de Dios. Entonces procuré retirarme de la muchedumbre y juzgué una gracia y un milagro el haber podido alejarme un poco. Caí

en tierra y perdí el habla y la sensibilidad. Me parecía que mi alma penetrara profundamente en el costado de Cristo. Y no había tristeza, sino gozo tan grande que no se puede describir. Ya en el pasado, antes de este hecho, a menudo lloramos yo y mi compañera. Tenía un gran deseo y el deseo era éste: no estar engañada y saber que no lo estaba. Y pensaba: "¡Ojalá pudiera estar segura de no ser engañada! En esto está todo mi tormento". Ahora en cambio tengo una certeza tan firme que no admito ninguna duda, ni puedo tenerla.

ENSEÑANZAS Y VISIONES.

Una vez, después de la relación anterior, a mi vuelta de Lombardía, yo, fraile, sometí a la sierva de Cristo una cuestión, que mi compañero y yo discutimos durante el viaje. Ya había prometido a mi compañero que recabaría de Ángela una opinión. Así ella me contestó: Una vez, estando en oración, le pregunté a Dios, no por tener dudas, sino para saber más: "Señor, ¿por qué has creado al hombre? Y después de haberlo creado, ¿por qué has permitido que pecáramos? Y ¿por qué quisiste sufrir tanto por nuestros pecados? ¿No podías mucho mejor hacer que estuviéramos sin pecados y que te agradáramos a ti, y que poseyéramos tanta virtud, como ahora la poseemos por tus méritos?" Mi alma comprendía, sin sombra de duda, lo que le pedía, a saber, que Dios sin su muerte podía hacernos partícipes de la virtud y de la salvación. Y me parece, mejor aún, me parecía sentirme forzada y obligada a hacer esas preguntas y a reflexionar sobre esos planteamientos, si bien, hallándome yo en oración, quería quedar en la oración sin ser distraída de ella. Pero Dios me forzaba, según creo, a hacerme esos planteamientos. Estas búsquedas se desarrollaron durante varios días, si bien, repito, no tuviera la mínima duda. Durante la investigación, llegaba a comprender que Dios lo hizo y lo permitió todo, porque así nos manifestaba mejor su bondad y porque era más conveniente para nosotros. Pero la respuesta no era del todo satisfactoria para que pudiera comprender plenamente. Y mientras intuía de manera absolutamente cierta que Dios hubiera podido salvarnos con otros medios, si lo hubiese querido, el alma fue una vez arrebatada en éxtasis y vio que la verdad que yo buscaba no tenía ni principio ni fin. Estando en esas tinieblas, el alma quería volver en sí pero no podía; más aún, no podía ir adelante ni retroceder para volver en sí. Después, repentinamente, el alma fue elevada e iluminada y veía la potencia de Dios así como veía su voluntad, en las cuales de manera absolutamente plena y cierta hallaba respuesta a mis planteamientos. Y enseguida el alma fue sacada de esas pasadas tinieblas. Antes, en esas tinieblas yo estaba tendida por tierra pero durante esa altísima contemplación me puse de pie, sobre la punta de los dedos. Y me sentí en tal alegría y agilidad física y en tal bienestar y frescura de cuerpo como jamás había experimentado. Estaba sumergida en tal plenitud de la divina luz que con indecible gozo llegaba a ver en la omnipotencia de la voluntad de Dios no sólo la respuesta a mis preguntas sino que comprendía —y me sentía plenísimamente satisfecha— la suerte de todos los hombres que se han salvado y que se salvarían, de los condenados y de los que se condenarían, y de los demonios y de todos los santos; pero trazar una descripción me es imposible y está por encima de todas las posibilidades humanas.

Entendía plenamente que Dios, si lo hubiera querido, habría podido hacerlo de manera diversa, con todo no llegaba a comprender, una vez conocidas su potencia y su

bondad, lo que mejor debiera hacer por nosotros y lo que mejor hubiera podido poner en nuestros labios. Desde entonces me siento tan contenta y tranquila que, si supiera de modo absolutamente cierto que debería ser condenada, por ningún motivo podría afligirme; ni trabajaría menos ni menos me esforzaría por orar y honrarlo. Dios dejó en mi alma tal paz, tal serenidad y tal estabilidad, que no recuerdo haberlas tenido tan plenamente en el pasado. Y en este estado vivo constantemente. Y todas las experiencias habidas en el pasado me parece que fueron poca cosa en comparación. Y me dejó en el alma el deseo de mortificar los vicios y la estabilidad de las virtudes, por las cuales amo todas las cosas benéficas y malélicas, sin sufrir disgusto.

Y me dijo a mí, fraile, que podía y debía comprender que en esa potencia y en esa voluntad de Dios, por ella contempladas, estaba la respuesta más satisfactoria sobre todas las cuestiones relacionadas con la salvación y la condenación de las almas, con los demonios y con los santos. Y aunque ella debiera cuidar más de sí misma que de cualquier otra creatura, sin embargo, si supiera que debería ser condenada, no se afligiría, ya que pudo conocer a fondo la justicia de Dios. Y después, cuando ya había visto la potencia y la voluntad de Dios, el alma fue arrebatada y elevada aún más arriba, como me parece. Aquí no veía ni la potencia ni la voluntad, como las había visto antes; sino que veía una cosa estable, firme, inefable, de la que no sé decir nada sino que era el Todo Bien, y el alma se gozaba con una delicia inenarrable. No veía el amor, sino que veía esa cosa inexpresable. Fui sacada del estado anterior y puesta en este estado sublime e inefable. Pero no sé si en este sublime estado me hallaba de pie, ni sé si estaba en el cuerpo o fuera de él. La cuestión que Dios de manera milagrosa manifestó a la sierva de Dios era casi la misma sobre la cual hemos hablado y discutido mi compañero y yo, retomando de Lombardía.

Yo, fraile, le había dicho que habría sometido la cuestión a la sierva de Cristo, y creo que Dios le concedió esa revelación en el momento preciso en que pensaba interrogarla.

JESUCRISTO

El quinto paso.- Esta visión de la pasión del Señor, que se describe aquí al comienzo de este paso de la Unción divina y del Amor, fue transcrita inicialmente, por mi mandato, por un muchacho, en lengua vulgar, dado que a mí, fraile secretario, por la prohibición de los superiores, no me era posible hablar a la sierva de Cristo para escribir. Por esto ha sido escrita de manera mutilada e infeliz, como la misma Ángela lo reconoció. Una vez, mientras se la leía, me dijo que era mejor destruirla, en lugar de transcribirla de esa manera. Lastimosamente yo, fraile, no tuve tiempo de corregirla con la sierva de Cristo; por eso la traduje al latín, sin ninguna añadidura, trazo por trazo, a la manera de un pintor, porque no la comprendía. Lo que sigue, pues, lo encontré en lengua vulgar.

Así me refirió la sierva de Cristo: Un día estaba meditando acerca de la pobreza del Hijo de Dios encarnado. Veía que su pobreza era tan grande, cuanto El mismo revelaba a mi corazón. Él quería que yo la considerara y que viera a los hombres por los cuales Él se había hecho pobre. Entonces sentí un dolor tan grande y tal indignación que mi cuerpo casi sufrió un desmayo. Además Dios quiso mostrarme mucho más de esa pobreza. Entonces lo veía pobre de amigos y de parientes, sobre todo lo veía pobre de sí mismo, tan pobre que parecía que Él no se pudiera ayudar. Se suele decir que en ese entonces la potencia de Dios estaba escondida por la humildad. Si bien se diga que la potencia de Dios estaba escondida por la humildad, yo digo que no lo estaba. Y Dios mismo me dio un testimonio de que no estaba escondida. Y porque en ese testimonio reconocí toda mi soberbia, entonces tuve y sentí un dolor mayor que nunca, tanto que después de eso no pude tener más alegría.

Estaba todavía meditando en la pasión del mismo Hijo de Dios encarnado —y meditaba con dolor—, cuando por voluntad de Dios me fue indicado que El me hacía ver de su pasión más de lo que había oído referir. Y Él se daba cuenta de que yo veía de su pasión más de lo que hubiera oído decir. Cristo veía a todos los corazones endurecidos por la impiedad levantarse contra El; veía a todos los miembros de los hombres destruir con gran empuje su Nombre, y cómo se acordaban de él sólo para eliminarlo. Y veía todas las artimañas que maquinaban contra El, que era el Hijo de Dios. Y veía sus proyectos, sus innumerables planes y sus desmedidos furores. Y veía todos los preparativos y todas las preocupaciones para hacerlo sufrir más cruelmente. — ¡Ah, muy crueles fueron los castigos de su pasión!—. Y veía todos los sufrimientos y los ultrajes y las infamias. Y mi alma veía de la pasión más de lo que quiera decir. Más aún, quiero callarme del todo. Entonces mi alma con todas sus fuerzas gritó: "Oh bienaventurada María, hazme partícipe de las penas de ese Hijo tuyo, que todavía me sean desconocidas, porque tu más que cualquier otro santo, lo has visto sufrir. Observo que tú lo has visto sufrir con los ojos del cuerpo y del alma. Tú siempre tuviste una

continua y ansiosa solicitud por ese amor tuyo". Y el alma, desgarrada por el dolor, aún gritó: "¿Hay algún santo que sepa decirme algo de esos sufrimientos, de los cuales no oigo hablar ni decir palabra? Mi alma los ve tan grandes que no puedo decir nada. ¡Qué desmesurados sufrimientos ha visto mi alma!"

La sierva de Cristo que me comunicó lo transcrito, vio muchas cosas de la pasión del Señor. María vio más que cualquier otro santo y penetró hasta los detalles. Sin embargo, la sierva de Cristo entendía que ni la Virgen María podría describirlas, ni ningún santo. Y si algún santo hubiese intentado describirla, ella le hubiera objetado: "¿Eres tú quizás el que la padeció?"

Y me dijo aún más: Entonces me hundí en un dolor tan profundo, más que cualquier otro jamás probado, tanto que si mi cuerpo hubiese muerto, no habría que extrañarse. Todavía no pude recuperar la alegría; más aún, he perdido la capacidad de estar alegre, y desde ese momento en adelante jamás pude ser feliz.

EL CALVARIO

Otra vez me fue mostrado el acerbo dolor que afligió el alma de Cristo. Y no me extraña la grandeza de ese dolor, ya porque su alma era nobilísima, y de por sí no merecía recibir ningún castigo —solo por su inmenso amor soportaba los castigos que se le infligían—, ya por el hecho de que la ofensa no partía tanto del cuerpo cuanto del alma del hombre. Por eso comprendo los tremendos motivos por los cuales el alma de Cristo fue desgarrada por tanto dolor. El pecado fue grande, y numerosos eran los hombres que lo cometieron; por eso debió ser grande el dolor. Y tu dolor nació del inmenso amor que tuviste por tus elegidos. Pero ellos no te conocían y su intento era el de destruirte. ¡Por eso comprendo el abismo de tu anonadamiento! Ese dolor es la mayor alabanza de la divina bondad y la mayor culpa de la humanidad. Si yo lo pudiera explicar, pienso que muchos lo juzgarían un error. Pues bien, el que no lo comprende, se contente con creer. Yo no añado nada más. Además, el alma de Cristo sufría por todos los dolores y todos los castigos que soportaba su cuerpo, ya que todo confluía en su alma. Este acerbo dolor, que fue tan excesivo que la lengua no basta para expresarlo ni el corazón para imaginarlo, fue querido por la voluntad de Dios. Veo en el alma del Hijo de Santa María Virgen un tormento tan grande que mi alma está desolada y se ha transformado en una aflicción tan aguda que jamás conocí igual. ¡Por eso no puedo hallar más alegría! Más adelante, la bondad de Dios me concedió la gracia de hacer de dos cosas una sola, tanto que no puedo querer otra cosa, sino lo que él quiere. El que hizo esta unidad, me ha demostrado una gran misericordia. Y creó en mi alma un modo de ser que no está sujeto a tantos cambios. Poseo a Dios en plenitud. Ya no me hallo más ahora como solía hallarme, sino que fui conducida a una gran paz en la cual vivo con El y estoy contenta de cualquier cosa ^[15]. Hasta aquí el texto escrito en vulgar.

"Vio al Amor que se le acercaba dulcemente." El Sábado Santo siguiente, la fiel sierva de Cristo me hizo el relato de algunos maravillosos gozos con que Dios la regalara. Entre otras cosas me refirió que el mismo día ella, arrebatada en éxtasis, estuvo en el sepulcro junto a Cristo. Y dijo que vio tendido el cuerpo de Cristo, con los ojos cerrados, como cuando yació muerto. Ante todo besó su pecho y luego su boca, que exhalaba un perfume de una dulzura admirable e inefable, que ella aspiraba. Después de una breve pausa, colocó su mejilla sobre la mejilla de Cristo y Cristo colocó su mano sobre la otra mejilla, y la estrechó contra sí. Y la sierva de Cristo escuchó estas palabras: "Antes de yacer en el sepulcro, así te guardé apretada a mí". Y aunque ella comprendiera que era Cristo el que le decía esas palabras, con todo lo veía tendido, inmóvil y con los ojos cerrados, como cuando yació muerto en el sepulcro. El gozo de su alma era supremo, indecible.

Una vez durante la cuaresma, como me lo confió, la sierva de Cristo atravesó una

gran aridez. Y rogaba a Dios que le diera algo de sí mismo, ya que se hallaba tan despojada de todo bien. Entonces se le abrieron los ojos del alma y vio al Amor que se le acercaba dulcemente. Veía el principio, pero no el fin; y era una cosa continua y de un color del que no sabría dar ningún ejemplo. Y cuando el Amor llegó a ella, le pareció ver con los ojos del alma más claramente que se pueda ver con los ojos del cuerpo, que se acercó a ella a semejanza de una hoz. La comparación no hay que entenderla de manera material, sino que era la semejanza de una hoz. El Amor no comunicó de sí sino lo suficiente para hacerse comprender y para que ella lo comprendiera, y luego se retiró. Esto le hizo sufrir mayor languidez. (Esa comparación no tiene sentido mensurable ni físico, sino espiritual según la inefable operación de la gracia de Dios). Y después, fue enseguida colmada de amor y de hartura inestimable, la cual, aun satisfaciendo, todavía engendraba una grandísima hambre, tan desmedida que todos los miembros en ese momento se desligaban, y el alma languidecía y ansiaba morir. No deseaba ver ni sentir a ninguna creatura.

No hablaba, y tampoco sabía si hubiera podido hablar exteriormente. En cambio, interiormente hablaba, gritando a Dios que no la hiciera languidecer de tal muerte, porque para ella la vida era una muerte. E invocaba a la Virgen, y después invocaba y conjuraba a los apóstoles, para que junto a la Virgen fueran a arrodillarse delante del Altísimo y le suplicaran que no le hiciese padecer esa muerte, que es la vida terrena, sino que la hiciese llegar a Aquél al que ella sentía. De la misma manera imploraba a gritos a San Francisco y a los evangelistas, y decía muchas otras cosas. Entre ellas destaco: Aquí me llegó la Palabra de Dios. Mientras yo me creía toda amor por el amor que sentía, Él me dijo: "Hay muchos que creen hallarse en el amor y están en el odio, y al contrario hay muchos que creen hallarse en el odio y están en el amor". Mi alma contestó enseguida, gritando: "Yo que soy toda amor, ¿estoy quizás en el odio?" Entonces no contestó con palabras, sino que me hizo ver y sentir claramente y con toda certeza lo que le pedía. Y yo me sentí inundada de felicidad, de la que no creo pueda carecer en el futuro. Y si cualquiera me dijera lo contrario, no le podría creer. Y aunque un ángel me dijera lo contrario, no le creería, sino que le espetaría: "¡Tú eres el que cayó del cielo!" Y veía que había en mí como dos partes, separadas por un surco. Por una parte veía todo amor y todo bien, cuyo manantial era Dios y no yo; por otra parte me veía a mí misma árida e incapaz de bien alguno. De esa manera me daba cuenta de que no era yo la que amaba, aunque fuese toda amor, sino que mi amor brotaba sólo de Dios. Y después de eso las dos partes se unieron, y de ellas brotó un amor mayor y más ardiente que antes. Y mi deseo era volar hacia ese amor.

Entre el primer amor, que es tan grande que en vano intentaría imaginar uno mayor (salvo el caso cuando interviene otro amor mortal), y el amor mortal y de máximo ardor, hay otro intermedio, del que no puedo decir nada, porque es un amor de tanta

profundidad, de tan sublime deleite y de tan inmenso gozo que me es imposible hablar ^[16]. Entonces no quisiera que nadie me hablara de la pasión ni me nombrara a Dios, porque en ese momento siento al Amor con tal embriaguez que cualquier otra cosa me sería de estorbo, porque resultaría inferior. Los comentarios del Evangelio y otras voces de Dios no me dicen nada porque veo cosas aún mayores.

Y aún después de que ese amor se retira, quedo tan contenta y con disposiciones tan angélicas, que llego a amar a reptiles y sapos, y también a los demonios ^[17]. Y por cualquier acción que viera cumplirse, aunque fuere un pecado mortal, no probaría disgusto, y creería que Dios lo permite en su justicia ^[18]. Y aunque un perro me despedazara, no me preocuparía, y hasta pienso que no me afligiría ni padecería dolor. Este grado es más elevado que estar al pie de la cruz, como estuvo el bienaventurado Francisco, si bien el alma pase fácilmente de un grado a otro. Y el alma ve y desea ver ese cuerpo muerto por nosotros y quiere llegar hasta Él; con todo, ya no experimenta dolor por la pasión, sino una altísima felicidad de amor.

Yo, fraile, le pregunté si en este paso había lágrimas, y me contestó que no, que absolutamente no las había. Una vez, con este amor se mezcló el recuerdo del precio inestimable, o sea de la preciosa sangre, por la cual —¡es ciertísimo!— nos ha merecido y nos ha dado el perdón. Y me extrañé como esos dos sentimientos podían estar juntos. Me dijo la sierva de Cristo que ahora raras veces prueba el dolor de la pasión. La meditación de la pasión le traza el camino y le da la enseñanza de cómo debe obrar.

Y siguió relatándome: "Veía una Plenitud, una Hermosura y Todo Bien" Mi alma fue arrobada, pero en ese momento no me hallaba en oración, sino que estaba haciendo la siesta después de la comida. Por eso no pensaba en lo que me sucedería. De repente mi alma fue elevada y vi a la bienaventurada Virgen en la gloria. Al reflexionar cómo esa mujer única fue revestida de altísima nobleza, gloria y dignidad, como lo fue la Virgen María, y cómo ella estaba rogando por el género humano, experimenté un gozo sobrehumano. La veía en sus encantos humanos y en el sumo esplendor de sus virtudes, y me sentía inefablemente dichosa. Mientras la miraba, de improviso apareció Cristo y se sentó junto a ella en su humanidad glorificada. Comprendí cómo ese cuerpo fue crucificado, torturado y ultrajado. Veía todas sus penas, y las injurias, y las humillaciones; y las comprendía de manera admirable; pero en ese momento no experimentaba ningún sufrimiento; más bien, disfrutaba de un gozo tan grande que no lo puedo describir. Perdí el habla y creí morir. Pero mi sufrimiento mayor era que no moría y que no llegaba, al instante, a ese Bien absolutamente inefable que yo contemplaba. Esta visión duró sin interrupción tres días. Y ninguna cosa me era de impedimento, ni la misma comida, si bien comía muy poco. Estaba siempre acostada y no hablaba con nadie. Y cuando se me nombraba a Dios, casi desfallecía por el excesivo gozo de Él.

Una vez la sierva de Cristo se confesó conmigo, como de costumbre, con tan perfecto conocimiento de sus pecados y con tal contrición y lágrimas, desde el principio hasta casi el final, y con tal virtud, que yo también lloraba, y pensaba en mi corazón con toda certeza que si todo el mundo pudiera ser engañado, Dios no permitiría que un alma de tal rectitud y sinceridad pudiera ser engañada: Y dentro de mí seguía reflexionando sobre ese pensamiento, dado que estaba pasmado por las cosas demasiado grandes que escuchaba de ella y que a veces ponía en duda o retenía imposibles de creerse. La noche siguiente Ángela tuvo una crisis y parecía que muriera. A duras penas por la mañana acudió a la iglesia de los frailes, donde yo celebré la Misa y le di la comunión. Después de la comunión, antes de que saliera, le pregunté con insistencia que me dijera si Dios le había concedido alguna gracia.

Me contestó así: Antes de comulgar y al acercarme al altar, Dios me dijo: "Querida, el Todo Bien está en ti, y ahora vas a recibir al Todo Bien". En ese momento, así me parecía, veía a Dios omnipotente.

Y yo, fraile, le pregunté si ella veía algo que tuviera alguna forma, y ella me contestó: Nada veía según alguna forma. Y como yo insistiese, ella añadió: Contemplaba una plenitud, una hermosura donde veía al Todo Bien. Y la visión sobrevino de repente, porque en ello no pensaba, sino sólo pensaba en orar y confesar mis pecados a Dios. Y lo suplicaba que la comunión que deseaba recibir, no fuera motivo de condenación sino de salvación. Entonces de improviso entendí esas palabras que ya te dije. Después comencé a reflexionar: "Si el Todo Bien está en ti, ¿por qué vas a recibir al Todo Bien?" ^[19]. Al instante oí una voz que me decía: "Una cosa no excluye la otra". Antes de entrar en el coro para comulgar, me fue dicho: "Ahora el Hijo de Dios está sobre el altar en su humanidad y divinidad, y está escoltado por multitudes de ángeles". Y porque tenía un gran deseo de verlo rodeado de ángeles, como me fue dicho, en ese instante me fueron reveladas esa plenitud y esa hermosura; y también cuando me acerqué al altar, veía a Dios en aquel modo. Y me fue dicho: "Así estarás delante de El en la vida eterna". Y me dijo que la había llamado: "Querida" y que a menudo la llama así.

"Un fuego, un amor y una suavidad" Me dijo que desde algún tiempo, al comulgar, la hostia se le dilata en la boca y que no tiene el conocido sabor de pan o de carne; tiene sí sabor de carne, pero un sabor especial, exquisitísimo: No sabría compararlo a ninguna cosa de este mundo. La hostia pasa entera con suavidad y no se fragmenta, como antes sucedía. Y me dijo también que la hostia consagrada a veces cambia de forma improvisamente y no es ya como antes. Más bien, pasa entera con tanta suavidad que si no se la debiera deglutir, como he oído decir, con gozo la retendría por mucho tiempo. Pero en ese momento recuerdo que me viene a la mente que debo deglutirla pronto. Y el mismo cuerpo de Cristo pasa pronto con ese misterioso sabor de carne, y pasa entero, sin que tenga necesidad de tomar algún sorbo de agua.

Una vez no era así: sino que debía cuidar para que no quedara ningún fragmento de la hostia entre los dientes. Ahora pasa rápida, y cuando baja a mi cuerpo, me provoca una sensación de extremado placer, que hasta se nota exteriormente, porque me pongo a temblar con tales estremecimientos que a duras penas puedo sostener el cáliz ^[20].

Y mientras yo, fraile transcribía sus palabras, como las podía recoger de sus labios, ella inopinadamente añadió: Escucha lo que se me acaba de decir: "Tú le has referido muchas cosas; pero si yo no quisiera, tú no le podrías decir nada". Y yo me esforzaba por no decírtelo, mas no pude dejar de comunicártelo. Mientras hablaba con ella y escribía, añadió: Cuando haces la señal de la cruz, ¿te sucede algo? Ahora a mí me sucede esta novedad. Si hago la señal de la cruz, de prisa, y no pongo mi mano sobre el corazón, no siento nada; pero si con la mano rozo antes la frente, diciendo: "En el nombre del Padre", y después la coloco sobre el corazón, diciendo: "Y del Hijo", repentinamente siento aquí un gran amor y una inmensa felicidad. Me parece que Aquél a quien nombro se halla ahí. Esto no te lo hubiera dicho si no se me hubiera aconsejado hacerlo.

Contestando a una pregunta que le había sido hecha acerca del Peregrino y contestando también a mí que le había preguntado si el alma puede recibir de Dios la seguridad de la salvación en esta vida, la sierva de Cristo dijo que sabía que el Peregrino venía al alma, pero no sabía si ella le hubiera dado hospitalidad. Entonces yo le pregunté cómo sabía que Él había venido al alma. Y ella replicó con una pregunta: "¿Viene Dios al alma, sin que el alma lo llame?". Yo contesté: "Creo que sí".

Y Ángela retomó el discurso: A veces Dios viene al alma, sin que ella lo llame, y pone en ella un fuego, un amor y a veces una suavidad. El alma entiende que esto procede de Dios y se regocija; pero no sabe todavía que Dios está en el alma; o sea no lo ve en el alma, sólo ve su gracia en la cual se regocija. Dios vuelve todavía al alma y le susurra palabras dulcísimas en las que mucho goza llegando a sentir a Dios. En esta experiencia se deleita intensamente, pero sufre todavía alguna duda, aunque pequeña, porque el alma no tiene la plena certeza de la presencia de Dios en ella. Pienso que esto suceda por la excesiva presencia del mal y por un defecto de la creatura más que por la voluntad de Dios, como si El no quisiera hacerla más firme y segura.

Aquí el alma se da cuenta de que Dios se halla en su interior, porque lo siente como jamás antes le sucedía; lo siente con tal redoblado sentimiento, con tal amor y fuego divino que pierde todo temor de alma y cuerpo. Y habla de cosas que no escuchó de nadie y las comprende con extrema claridad, y le es penoso callarlas. Pero si las calla, las calla para no disgustar al Amor. Ella sabe con certeza que nadie podría comprender esas cosas sublimes, ya que cuando habla de ellas, ve y constata que no es comprendida. Y por eso ella no quiere decir: "Yo siento cosas sublimes", para no contristar al Amor. A mí me sucedió a veces que, abrasada por el deseo de la salvación del prójimo, he revelado

algo, pero fui amonestada con estas palabras: "Hermana, vuelve a la Sagrada Escritura, porque esto no se halla en la Sagrada Escritura y no te comprendemos". A veces mientras callaba, consumiéndome por ese excesivo amor, comencé a preguntarme si el alma puede recibir de Dios la seguridad de la salvación en esta vida y te puse al tanto de lo que experimentaba, pero tú me amonestaste y me enviaste a la Escritura.

Con ese sentimiento por el cual el alma se da cuenta de que Dios está en ella, le es dada al alma la voluntad perfecta de querer a Dios. En esa voluntad el alma anda de acuerdo de modo verdadero y sincero, y no veleidoso como cuando el alma decía sólo de palabra que quería a Dios. Entonces el alma quería a Dios, pero de manera insincera, ya que ese deseo no abarcaba la totalidad del alma ni de manera total; por eso en algo no era sincera. Ahora con el alma andan de acuerdo todos los miembros del cuerpo; el alma se hace una sola cosa con el corazón y con todo el cuerpo; y responde por ellos. Entonces en ella hay un solo querer que le es dado por la gracia. Después de esto se le pregunta al alma: "¿Qué quieres?". Y el alma responde: "Quiero a Dios". Dios entonces le dice: "Yo llevaré a cabo este querer tuyo", dado que hasta ahora el alma no quería de manera verdadera y total. Pero este querer le es dado por gracia. Por eso ella conoce que Dios se halla en ella y forma unidad con ella. Le es dada esa unidad de querer y ella siente que ama a Dios con el mismo amor verdadero con que Dios nos ama. Y el alma siente que Dios se ha compenetrado con ella y ha formado unidad con ella. También le es dado ahora ver a Dios, ya que Dios mismo le dice: "¡Mírame!" Entonces el alma ve a Dios compenetrado con ella, y lo ve de manera más clara de lo que un hombre puede ver a otro, porque los ojos del alma ven una plenitud espiritual, no corporal, de la que es imposible decir algo.

En esa contemplación el alma vibra de gozo, y es una señal segura y manifiesta de que Dios está en ella. Y el alma no puede mirar absolutamente a ninguna otra cosa sino a Dios solo, y Dios la colma sin medida. Y esa mirada es tan profunda que el alma no puede mirar hacia ninguna otra cosa, y me es doloroso no saberlo describir. Pero no es cosa tangible ni imaginable, sino inefable.

PRESENCIA DE DIOS EN EL ALMA

El alma, sin duda, en muchos modos conoce cuándo Dios viene a ella. Señalaré dos.

El primero es una unción particular que enseguida hace nueva al alma, y a todos los miembros del cuerpo los hace dóciles y en armonía con el alma. Ella no podría ser rozada ni herida por cosa alguna que la pueda inquietar en algo. Ella siente y comprende que Dios le habla. En esa tan grande y tan inefable unción el alma capta con toda certeza y claridad que Dios está en ella y que esto no es obra de algún santo del paraíso ni de un ángel. Pero es una experiencia tan inefable que sufro por no poder explicarme con alguna comparación. Y Dios me perdone esta ansia de decirlo. Mi anhelo era manifestar a todos la bondad de Dios, siempre que fuere de su agrado.

El segundo modo con el que el alma conoce que Dios se halla en su interior, es el abrazo que Dios hace al alma. Jamás madre alguna abraza a su hijo, ni jamás persona alguna puede soñar que abrace con tanto amor, como Dios abraza el alma. ¡Lo hace con un amor increíblemente mayor! Y la aprieta contra sí mismo con tal dulzura y tal ardor que nadie lo puede entender si no lo experimenta.

Y como yo, fraile, me oponía un tanto a esa afirmación, la sierva de Cristo así respondió: Podrías quizás creer, pero no de esa manera... Dios trae consigo un fuego que abrasa totalmente al alma en Cristo. Trae consigo una luz tan intensa que le hace ver la desbordante plenitud de la bondad de Dios, esa bondad que El muestra y le hace experimentar dentro de sí; ¡y mucho más! El alma ahora tiene la seguridad y la certeza de que Cristo se halla en su interior. Pero ¡todo lo que se dice es nada frente a la realidad!...

Yo, fraile, le pregunté si en ese entonces el alma tiene lágrimas. Ella me contestó que el alma no tiene lágrimas ni de gozo ni de otra cosa, porque distinto y muy inferior es el estado en que el alma tiene lágrimas de gozo. También Dios trae al alma una tal sobreabundancia de felicidad que el alma no sabría pedir más y hallaría aquí su paraíso, si durara. Y esa felicidad se transparenta y se derrama por todos los miembros del cuerpo. Y toda amargura, o injuria, o aflicción, se le hacen dulces. Todo esto no lo pude esconder a mi compañera.

En otro momento hice algunas averiguaciones con la compañera y ella me contó que una vez, mientras las dos caminaban por la calle. Ángela se volvió blanca, luminosa, deslumbrante de dicha y de fuego, y sus ojos se hicieron tan grandes y resplandecientes, que ya no parecía ella misma. La compañera me confió: "Yo me hallaba preocupada y temía que alguna persona, varón o mujer, nos observara y la viera. Yo le decía: "¿Qué provecho sacas cubriéndote el rostro? Tus ojos brillan como dos focos". La compañera, que era una mujer tímida y muy simple y no conocía todavía los dones de la gracia de Ángela, se desesperaba, se daba puñetazos, se golpeaba el pecho gritándole: "Dímelo:

¿por qué te suceden estas cosas? Corre y escóndete bajo la tierra, porque no podemos pasear así por las calles". Y a la pobre mujer, en su ignorancia, se le escapaban estas exclamaciones: "¡Madre mía! ¿Qué haremos ahora?". Pero Ángela la animaba diciéndole: "No te preocupes. Si encontramos a alguno, Dios nos ayudará". Estos hechos se repitieron muchas veces tanto que la compañera no sabía decirme el número.

Luego Ángela me explicó: Esa felicidad no cesa durante muchos días; más aún, creo que algunos de esos gozos durarán eternamente. Siento que se me ha colmado y ahora no ando escasa de ellos en mi vida. Y cuando sobreviene alguna tristeza, enseguida me acuerdo de esos gozos y toda inquietud desaparece. Añadió que en muchos otros modos el alma llega a un conocimiento cierto de que Dios se halla en ella; pero no nos es posible tratarlos detenidamente. Ángela me dijo que en todos los modos mencionados, el alma experimenta que Dios vino a ella; pero todavía no hemos dicho nada acerca de cómo el alma lo haya acogido. Todo lo que se pueda decir, es mucho menos que cuanto experimenta el alma al dar hospitalidad al Peregrino.

Me dijo la sierva de Cristo: Cuando el alma sabe que ha dado hospitalidad al Peregrino ^[21], llega a un conocimiento tan alto de la infinita bondad de Dios que, vuelta a mí, comprendí de manera clarísima que las almas que más sienten a Dios, menos llegan a hablar de Dios. Por el hecho mismo de que más penetran en el conocimiento de Dios infinito e indescriptible, tanto menos pueden hablar de Él. Al hacerle yo alguna crítica. Ángela me contestó: ¡Ojalá que cuando tú estés por predicar, comprendieras, como yo lo comprendí, cuando conocí que había dado hospitalidad al Peregrino! En ese momento yo no habría podido decir absolutamente nada de Dios, y todo hombre, en ese caso, no podría sino callar. Poco después, yo quisiera acercarme a ti y decirte: "Hermano, háblame ahora algo de Dios". Y tú nada de nada sabrías decir de Dios ni tampoco pensar, hasta tal punto su infinita bondad te sobrepasaría a ti y a todo lo que quisieras pensar o decir. Esto no depende de que el alma pierda el conocimiento o el cuerpo pierda el sentido: éstos gozan de plena integridad. Si esto sucede, estoy segura de que tú dirías a la gente: "Id con la bendición de Dios, porque de Dios no sé decir nada". Desde luego, no se trata de incapacidad física y el hecho a mí me pasó una sola vez. Por consiguiente comprendo que todas las verdades que fueron dichas por la Escritura o por todos los hombres desde el principio del mundo, me parece que ni han rozado la sustancia divina y que son menos que medio grano de trigo en relación con todo el universo.

DIALOGO ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO.

Más adelante, la sierva de Cristo me dijo a mí, que cuando el alma alcanza de Dios la seguridad, también el cuerpo alcanza seguridad y dignidad, y es recreado junto al alma, si bien en proporción mucho menor. También el cuerpo participa de los bienes del

alma. Y el alma habla con el cuerpo, y a él se da, y con mucha dulzura le muestra la gracia que por medio de ella el cuerpo ha recibido, suavemente diciendo: Considera los muchos bienes que tú experimentas por mi mediación y cómo son infinitamente más grandes que los que tú podrías alcanzar con tus propios medios. Ya sabes que te son prometidos bienes mucho más grandes, si te adhieres a mí. Reconoce también cuántos bienes hemos perdido juntos, porque tú no estabas unido a mí, sino que me contrariabas. Entonces el cuerpo se somete respetuosamente al alma y promete que para el porvenir obedecerá en todo al alma. Confiesa que se siente obligado a ella por los grandes bienes del alma que son muy superiores a los que él jamás con sus medios Podría conocer o desear o tan sólo pensar en poder alcanzar. Por eso el cuerpo se somete respetuosamente al alma, se profesa su siervo y le promete que le obedecerá en adelante. Y el cuerpo así habla al alma: "Mis gustos eran materiales y bajos; pero tú, que fuiste elevada a tan sublimes gozos divinos, no debías consentirme y hacerme así perder tus inmensos tesoros". Y la queja del cuerpo contra el alma se dilata en un lamento largo y suavísimo, mientras experimenta las inefables dulzuras del alma, superiores a las que El jamás hubiera podido imaginar.

CÓMO LAS PERSONAS ESPIRITUALES PUEDEN CAER EN ENGAÑO.

La sierva de Cristo me explicó que las personas espirituales pueden caer en engaño en varios modos.

El primer modo es cuando el amor no es puro, sino que la persona mezcla con él algo de lo suyo, de su voluntad. Y cuando la persona confunde en ese amor algo de lo suyo, tiene algo del mundo. Y el mundo invita a esa persona y la seduce, pero toda invitación del mundo es falsa, ya que el mundo no puede invitar sino falsamente. Y en la seducción y atracción del mundo se acrecientan cada vez más las lágrimas y las dulzuras y los estremecimientos y los gritos, que se manifiestan cuando el amor espiritual no es puro. Y si bien en ese amor no puro el alma prueba lágrimas y dulzuras, sin embargo, éstas no nacen dentro, en el alma, sino en el cuerpo; ni ese amor penetra en el alma; por eso esa dulzura decae y muy pronto el alma la olvida. Más aún, cuando la persona se da cuenta de ese estado, sufre amargura. Todo esto lo constaté yo misma.

Yo no hubiera sabido discernir estas ambigüedades, si mi alma no hubiera llegado a la certeza de la verdad. Porque, cuando el amor es puro, el alma no tiene ningún aprecio de sí, se juzga que está muerta, que es nada; y así como se halla muerta y deshecha, se entrega a Dios y no se acuerda de las alabanzas recibidas ni del bien cumplido. Más aún, se juzga tan mala que cree que ningún santo la puede plenamente liberar, sino Dios solo, si bien a veces ruegue a los santos para que impetren por ella delante de Dios, ya que por su indignidad no se atreve a dirigirse a Dios. Y confía en la Virgen y en los santos para que la ayuden. Y si alguien le dirige alguna alabanza, la considera como un engaño. Y ese amor puro y verdadero viene de Dios y está profundamente arraigado en el alma, y le hace ver sus defectos y a la vez la bondad de Dios. Y las lágrimas y las dulzuras que de Él fluyen, no aportan nunca amargura, sino certeza. Ése amor lleva al alma hasta la intimidad de Cristo, y el alma comprende que ahí no hay ni puede haber engaño. Y en ese amor puro de ninguna manera puede mezclarse algo del amor del mundo.

Inspirado por sus palabras, yo, fraile, comencé a recordarle un detalle de la historia de Moisés, cuando él golpeó la roca (Ex. 17, 6); pero Ángela me interrumpió: Hay otro modo que Dios permite para engaño de las personas espirituales y es éste: cuando la persona sabe que es amada por Dios, siente que tiene en sí unos bienes espirituales y es capaz de realizar obras espirituales y de hablar de ellas; no obstante, se siente demasiado segura y pasa la medida; por eso Dios permite justamente que en ella suceda algún engaño, para que reconozca su trasgresión. Cuando acabé de relatarle la historia comenzada, me dijo que según esa perspectiva ella comprendía lo acaecido a Moisés.

Hay todavía un tercer modo. Cuando la persona espiritual experimenta intensamente a Dios, se halla en un amor bueno y puro, obra con sentimientos óptimos, y decide no agradar más al mundo, sino agradar con todas sus fuerzas a Cristo. De ahí que ella vive

totalmente en el interior de Cristo con un gozo sumo e inefable y se siente totalmente abrazada por Él; con todo, para que el alma sepa conservar lo que es suyo y devolver a Dios lo que es de Dios, a veces Dios permite que ella caiga en algún engaño: lo hace para guardarla, porque Él anhela que el alma no cometa ninguna transgresión... Pero todo lo señalado no basta al alma. Ella ansía que Dios la lleve hasta el pleno conocimiento de sí misma y hasta el pleno conocimiento de la bondad de Dios. Ahí no puede haber ningún engaño, sino que el alma es llevada al pleno conocimiento de la verdad. Pleno conocimiento significa esto. El alma se siente tan colmada, ante todo del conocimiento de sí misma, que le parece no poder recibir más. Le parece que no podría llenarse más, ni descubrir ni recordar otras cosas. En ese momento, súbitamente, llega al conocimiento de la bondad divina, y ve simultáneamente las dos realidades, la humana y la divina, de manera absolutamente imposible de describir. Todavía todo lo dicho parece insuficiente. Pero Dios, que tiene solicitud del alma, permite que ella pase por las tribulaciones. Pobreza y soberbia Ángela me dijo que en un coloquio que Dios le concedió, oyó el elogio de la pobreza como óptima maestra y tesoro seguro, que sobrepasa nuestra comprensión. Dios le dijo: "Si no fuese un bien tan grande, yo no la hubiera amado. Si no fuese tan noble, yo no la hubiera asumido". Además, la sierva de Cristo así me dijo: La soberbia sólo puede hallarse en las personas que creen ser dueñas de algo. El ángel y el primer hombre se enorgullecieron y por eso cayeron, porque pensaron y se convencieron ser dueños de algo. Pero ni el ángel ni el hombre ni nadie posee el ser, sino uno solo: Dios. Y la humildad se halla sólo en esas almas que son tan pobres que notan que no son dueñas de nada. Y porque todos los males que permite, los permite para que sirvan para los buenos, Dios hizo que su propio Hijo, al que todo pertenece, fuese más pobre que cualquier santo o cualquier hombre. Quiso que fuese tan pobre, como si no poseyera el ser ^[22]. Esto fue creído por los pecadores que eran ciegos ante la verdadera Luz, no así pareció ni parece a las personas que comprenden. Esta verdad es tan profunda —la verdad de la virtud de la pobreza y de cómo la pobreza es madre y raíz de la humildad y de todo bien—, que no puede describirse. El que la posee, jamás puede caer o precipitarse en el engaño. Y el que la comprende y comprende cuánto ama Dios la pobreza verdadera, jamás podría retener algo para sí.

Esta enseñanza deriva de la divina sabiduría que a la persona, ante todo, le hace ver sus defectos y le hace descubrir su pobreza y qué pobre es. Y después de haberla iluminado con el don de la divina gracia, le revela la bondad de Dios. Entonces al alma se le borra toda duda acerca de Dios; y así ella comienza a amar a Dios con todo su ser; y, como ama, así obra; y pierde toda confianza en sí. El que posee esta verdad, no podría ser engañado ni por los demonios ni por cualquier otra cosa. De esa verdad el alma sabe sacar una concepción muy clara y muy luminosa de toda la vida, de tal manera que mientras posea esta verdad, jamás podrá equivocarse. Por esto comprendo que la

pobreza es la madre de todas las virtudes y emblema de divina sabiduría. La divina sabiduría en la encarnación de Cristo fue maestra de la Virgen: ante todo la hizo llegar al conocimiento de sí misma. Después que ella llegó a conocerse le fue borrada toda duda acerca de Dios y enseguida ella puso toda su confianza en la bondad de Dios. Y reconociéndose a sí misma en la bondad de Dios, exclamó: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra" (Lc. 1, 38).

De manera semejante, la sabiduría de Dios nos aleccionó en la humanidad de Cristo. El, aun siendo Dios, quiso que su humanidad estuviera sujeta a obedecer al Padre y a cumplir en todo su voluntad. Por esto, toda la sabiduría y todos los sabios del mundo, si no se empapan de esta verdad, son absolutamente nada y se encaminan hacia la condenación. Cuando el alma acoge esa verdad, entonces obra sin segundos fines y sin pretensiones de algún mérito.

Sexto Paso: "Horribles tinieblas pobladas de demonios" El sexto es el paso de la múltiple pasión, tejida de enfermedades del cuerpo y de innumerables y horribles tormentos del alma y del cuerpo, provocados por los demonios. Confieso yo, fraile secretario, que no presté mucho cuidado a este paso ni supe transcribirlo bien, relatando tantos hechos que eran interesantes y merecían ser conocidos. Sólo intenté referir unas pocas palabras o algunas experiencias de la sierva de Cristo durante sus sufrimientos, como podía captarlas de sus labios. Las anotaba rápidamente como pinceladas, porque no podía comprenderlas en orden. La sierva de Cristo me confió que no creía pudieran ser descritas las enfermedades del cuerpo, y menos todavía las enfermedades o sufrimientos del alma que decía, eran incomparablemente mayores. Sólo con respecto a los padecimientos del cuerpo la oí decir que no le había quedado parte del cuerpo que no sufriera horriblemente.

Acerca de los tormentos del alma, causados por los demonios, no sabía hallar otra comparación que la del hombre ahorcado, el que, con las manos atadas a la espalda y con los ojos vendados, colgado del patíbulo, continuara viviendo; un ahorcado al que no se prestara ningún socorro, ni apoyo, ni re medio. Y añadía que de manera aún más desesperada y cruel era torturada por los demonios. A este propósito quiero citar la opinión de un fraile menor, persona digna de todo crédito, el cual, al escuchar de la misma sierva de Cristo cuan atrozmente fuese atormentada, se quedó pasmado y le tuvo compasión. Más aún, el mismo fraile, por revelación que Dios le hizo, vio que era verdadero todo el martirio de esos atroces tormentos de que ella se quejaba, y en medida aún mayor que lo que dijera la sierva de Cristo; y por eso guardó siempre para con ella una gran piedad y una profunda devoción. Y todo lo que pude anotar, un tanto de prisa y esquemáticamente, es lo siguiente.

Decía, pues, la sierva de Cristo: Veo a los demonios que cuelgan a mi alma de tal modo que, así como al ahorcado no le queda ningún apoyo, así tampoco le queda a mi

alma alguna ayuda. Todas las virtudes del alma sufren una subversión bajo la mirada del alma que ve, constata y queda atónita. Cuando el alma ve este trastorno y este aniquilamiento de todas sus virtudes y su impotencia para resistir, el alma experimenta tal dolor, y su pena y su ira son tan desesperadas, que apenas puedo llorar a causa de la ira y de la aflicción excesiva. A veces lloro sin reaccionar; otras veces, me sobreviene un furor tal que me siento impulsada a desgarrarme. A veces no me puedo retener y me golpeo cruelmente la cabeza y otras partes del cuerpo que llegan hasta la tumefacción. Cuando el alma ve caer y perderse toda virtud, entonces estallan el miedo y el llanto. Levanto hacia Dios mis gritos y alaridos muchas veces, sin pararme: "¡Hijo mío, hijo mío, no me abandones, hijo mío!"

Ángela me confió que en su cuerpo no le queda parte alguna que no haya sido golpeada y castigada por los demonios. Por esto dijo que no creía se pudieran describir los sufrimientos del cuerpo, y menos todavía los del alma. Afirmó que en este paso todos los vicios vuelven a nacer: no es que tengan vida larga, pero aportan y causan una gran pena. También los vicios jamás conocidos se manifiestan en el cuerpo y provocan un extenuante tormento, si bien no duradero. Cuando desaparecen me procuran un gran alivio. Advierto que había sido entregada a muchos demonios que hacen rebrotar los vicios desaparecidos y añaden otros que jamás poseí. Entonces, al recordar que Dios fue castigado y despreciado y pobre, quisiera que todos mis males y aflicciones fueran duplicados. Mientras me hallo en medio de esas horrendas tinieblas pobladas de demonios, donde parece que falta toda esperanza de bien y la oscuridad grava pavorosa, vuelven a brotar esos vicios que sabía ya muertos en lo íntimo del alma. Son los demonios los que desde afuera los avivan y suscitan otros que jamás existieron. En el cuerpo los sufrimientos son menores; sin embargo, en tres partes de él, si bien no en las partes verecundas, siento un fuego tal que a veces para apagarlo apliqué fuego natural, hasta que llegó tu prohibición ^[23].

Mientras me hallo en esas tinieblas, creo que preferiría ser asada en lugar de padecer esos sufrimientos; más aún, grito e invoco la muerte por cualquier medio que Dios quiera enviármela. En ese momento digo a Dios que, si debiera arrojarme al infierno, no lo retrase, sino que lo haga enseguida. Le grito: "Visto que me has abandonado, remata tu obra y húndeme en el abismo". Pero comprendo que todo es obra de los demonios, que esos vicios no viven en el alma porque el alma jamás los consiente, sino que son impuestos con violencia al cuerpo, el cual es atormentado por tal angustia y tal asco que preferiría morir en lugar de soportarlos. Por su parte el alma ve que le es quitado todo poder. Y si bien no consiente, con todo no tiene fuerza de resistir a los vicios y, aunque reconozca que están contra Dios, cae en ellos.

Hay un cierto vicio que se me ha impuesto abiertamente, pero que jamás conocí. Claramente advierto que Dios ha permitido que se manifestara en mí. Y es un vicio tan

grave que supera cualquier otro. Pero también Dios me ha otorgado abiertamente una virtud contra ese vicio, la que enseguida lo derrota, y con una tal fuerza que, si no tuviera por otros motivos una fe segura en Dios, sólo por esto me quedaría en el alma una fe inmovible y sólida, de la que no podría tener ninguna duda. La virtud persevera siempre y el vicio queda vencido. Y la virtud se adueña de mí y no me deja caer en el vicio y es una virtud de tal fortaleza que no sólo me sostiene, sino que me infunde tanto ánimo y aliento que en esto reconozco la intervención de Dios.

Ninguna tentación de la vista ni del oído ni ninguna otra inclinación al mal podrían desviarme de esa virtud hacia algún movimiento pecaminoso. Y aunque todos los hombres del mundo y todos los diablos del infierno me tentaran con todos los medios y se coligaran contra mí, no podrían empujarme hacia la más pequeña culpa. Este hecho deja en mí una profunda fe en Dios, justamente porque el vicio es tan grave que me avergüenzo de manifestarlo, y es tan imperioso que, cuando esa virtud está oculta o me parece que me abandona, no hay nada, ni vergüenza, ni castigo, que me podría detener de despeñarme en el pecado. Pero en ese momento sobreviene la mencionada virtud que felizmente me libera y me impide que por todos los males y los bienes de este mundo pueda caer en pecado.

Yo, fraile, he visto sufrir a esta sierva de Cristo mucho más horrendamente de lo que se pueda describir. Pero este sexto paso duró poco: apenas dos años, y en su última fase se desarrolló junto al sétimo, el que entre todos es el más admirable y que comenzó algún tiempo antes de que el otro terminara. Pude constatar que el sexto paso, después de breve tiempo, cesó por extinción, pero no del todo ni totalmente, especialmente en relación a las muchas enfermedades del cuerpo, que la afectaron permanentemente. También pude constatar que la sierva de Cristo quedó en el sétimo paso muchísimo tiempo sin que lo precisemos, creciendo constantemente en Dios. Y aunque estuviera siempre muy enferma y comiera muy poco, sin embargo, era corpulenta y rozagante, si bien los miembros del cuerpo y las articulaciones estuvieran hinchados y llenos de dolores. Con mucha pena podía moverse, caminar o sentarse, pero todas las enfermedades del cuerpo las consideró siempre muy llevaderas.

Más tarde, hallándose ya la sierva de Cristo en el sétimo paso después de haber completamente abandonado el sexto, me refirió algunas cosas sobre el sexto paso:

Humildad y soberbia.- En mi alma solían reñir una cierta humildad y una cierta soberbia, de mucho fastidio. La humildad consiste en que me veo decaída de todo bien y careciendo de toda virtud y de toda gracia. Y advierto en mí un tal mar de defectos y de pecados que no llego a pensar que Dios en el futuro quiera tener piedad de mí. Y me juzgo morada del diablo, e instrumento y discípula de los demonios. Me veo su hija, alejada de toda virtud y de toda rectitud, y digna del más profundo infierno. Esta humildad no tiene nada que ver con la otra humildad, que alguna vez poseí y que hace

feliz al alma y la conduce a la comprensión de la bondad de Dios. Esta humildad no me acarrea más que innumerables males. Me parece que el alma está completamente rodeada por demonios. Veo defectos en el alma y en el cuerpo. Dios me parece inaccesible y oculto en todos sus aspectos. De ninguna manera me puedo acordar de Él ni de su memoria ni que todo sucede por su permiso. Y pese a verme condenada, de ninguna manera me preocupa mi condenación. Lo que me preocupa y me pesa es el haber ofendido a mi Creador al que, por todos los males y los bienes que existen, no quisiera haber ofendido ni ofender jamás. Veo todas mis innumerables ofensas y lucho con todas mis fuerzas contra los demonios, para poder vencer y dominar mis vicios y defectos. Pero no lo logro de ninguna manera; ni hallo pasarela o brecha por la cual escaparme; tampoco hallo algún remedio que me pueda ayudar. Me parece haberme precipitado en un abismo.

Después entra en juego la soberbia, la cual me hace toda ira, toda tristeza, una mujer amargada e hinchada. Otros motivos de extremada aflicción me provienen de los bienes que Dios me ha dado. Su recuerdo no me es de ayuda, sino que se retuerce en daño y en estupor doloroso. Me pregunto cómo hubiera podido existir en mí alguna virtud. Tampoco entiendo la razón de que Dios así lo haya permitido. Así todo bien me está oculto y excluido y yo me vuelvo toda ira, toda tristeza; me convierto en una mujer amargada e hinchada y afligida. Me es imposible describir mi estado. Si todos los consoladores y los sabios del mundo y si todos los santos del paraíso me dirigieran la palabra para consolarme y me prometieran todos los bienes y todos los gozos que se pueden imaginar, y si el mismo Dios me hablara —a menos que no cambie mi condición u obre diversamente en el alma—, no me brindarían ningún consuelo ni ayuda; ni yo les daría ninguna confianza. Más bien, todo serviría para acrecentar mis males y para causar mayor ira y despecho, tristeza y dolor, más de lo que se puede contar.

Para lograr la conmutación de tales tormentos y para que Dios los aleje de mí, con mucho gusto elegiría y querría sufrir todos los males, las enfermedades y los dolores, que se presentan en todos los cuerpos de los hombres, segura de que serían menores y más llevaderos que mis penas. Ya lo dije muchas veces: en comparación o en conmutación de esos tormentos de los que quisiera liberarme, preferiría soportar como un alivio todo género de martirio. Este estado de tribulaciones comenzó algún tiempo antes del pontificado del Papa Celestino y duró por más de dos años, durante los cuales no tuve descanso ^[24]. Todavía no me siento completamente libre de esos tormentos, si bien los advierto en medida menor y sólo exteriormente, no interiormente. Al presente, después de la precedente experiencia, reconozco que del choque entre la humildad y la soberbia deriva una total purificación del alma. Sin humildad nadie puede salvarse; y cuanto mayor es la humildad, tanto mayor es la perfección del alma. En el choque entre la humildad y la soberbia el alma es quemada y martirizada. El verdadero conocimiento

de las culpas y defectos, que a través de la humildad uno descubre, la soberbia y los mismos demonios, todo coopera para que el alma sea castigada, dilacerada y purificada. Por eso, cuanto más abatida, empobrecida y humillada es el alma, tanto más se purga, se purifica y se dispone a ser más elevada. Ningún alma puede elevarse sino en la medida en que se humilla y se rebaja. Lo dicho hasta ahora es un lindo indicador.

VISIÓN DE DIOS EN LAS TINIEBLAS

Sétimo paso: Visión de Dios en las tinieblas. ^[25] Un día mi alma fue arrebatada y vi a Dios en tal luz y en tal plenitud y en modo tan perfecto, como jamás lo había visto. Y no veía al Amor. Entonces perdí el amor que llevaba conmigo y me convertí en no-amor. Después de esto vi a Dios en unas tinieblas, y justamente en unas tinieblas, porque es un Bien mayor que todo lo que se pueda pensar o comprender. Y todo lo que se podría pensar o comprender, no llega ni a rozarlo ni a acercársele. Entonces fueron dadas a mi alma una fe indubitable, una esperanza segura y solidísima, una constante certeza de Dios, que borraron de mí todo temor. En ese Bien que se me aparecía en las tinieblas, me recogí toda. Y llegué a tal certeza de Dios que no puedo dudar de Él ni de su segura posesión. Y en ese Bien, que es de absoluta eficacia y que se transluce en las tinieblas, descansa mi esperanza inamovible; firmísima y segura.

Una vez yo, fraile, le sometí una cuestión, tratada por san Agustín en un libro que había leído y en el cual algunos discípulos le preguntan: "Cómo están o estarán los santos en el cielo". Alegando la visión de san Esteban: "Veo a Jesús que está a la derecha de Dios" (Hc. 7, 35), visión que parece probar que en el cielo no hay lugar donde estar sentados o de pie, llegan a agudas argumentaciones. Mientras yo le proponía la cuestión, la sierva de Cristo repentinamente fue arrebatada en espíritu y parecía que no escuchara más mis palabras. En ese momento le fue concedida una gracia especialísima. Después de una cierta pausa, volví a importunarla con el mismo problema, que no parecía comprender. Entonces, sin dar respuesta al planteamiento, me refirió: Súbitamente mi alma fue elevada y me sumergí en tal felicidad que es absolutamente inefable. En esa visión, todo lo que quería conocer, lo conocía plenamente; todo lo que quería poseer, lo poseía plenamente; y contemplaba al Todo Bien. El alma no llega a pensar mínimamente en que pueda perder ese Bien ni alejarse de Él, ni que ese Bien pueda abandonarla. Ella tiene su felicidad en ese Todo Bien. Ella no ve nada que pueda ser expresado con palabras y tampoco con el corazón. No ve nada y lo ve absolutamente todo. Ahora mi esperanza no descansa en ningún bien que pueda ser imaginado o descrito. Mi esperanza está en un Bien secreto, segurísimo y escondido, que comprendo en medio de tan grandes tinieblas. Yo, fraile, no comprendiendo esas tinieblas, le hice algunas objeciones; pero la sierva de Cristo insistió en sus mismos conceptos: Ese Bien era para mí tanto más cierto y tan superior a todo, cuanto más lo contemplaba en las tinieblas y totalmente oculto. Y lo veo en las tinieblas precisamente por esto: porque supera todo bien. Y todo lo que existe y cualquier otra cosa son tinieblas. Y todo lo que puedan apetecer el alma o el corazón, es inferior a ese Bien. Todas las experiencias transcritas: el alma que, al ver las cosas creadas, ve que Dios lo llena todo; el alma que ve la potencia de Dios; el alma que ve la voluntad de Dios; todas estas maravillosas e inefables experiencias, al decir de

la sierva de Cristo, son inferiores a ese Bien escondido. Lo que veo en las tinieblas es el Todo; las otras cosas son partes ^[26]. Aunque todas esas realidades no puedan ser descritas, todavía aportan felicidad. Confieso que esa visión de Dios en las tinieblas no aporta risas a los labios, ni devoción, ni fervor, ni amor apasionado, porque ni el cuerpo ni el alma se estremecen o se agitan, como suelen hacerlo. Mientras el alma no ve nada y lo ve todo, el cuerpo duerme y la lengua calla. Comprendo que todas las numerosas e inefables pruebas de amistad que Dios me concedió y todas las palabras que Dios me dictó y que tú escribiste hasta ahora, son cosas tan absolutamente inferiores a ese Bien, al que veo en las tinieblas, que no pongo en ellas mi esperanza, ni mi esperanza corre en pos de ellas. Digo más: si por un imposible todas esas experiencias no fueran verdaderas, de ninguna manera disminuiría ni sería mellada mi firmísima esperanza que está radicada en ese Todo Bien que yo veo en medio de tantas tinieblas.

La sierva de Cristo me confió que a este altísimo y del todo inefable modo de ver a Dios en tantas tinieblas, su alma fue elevada tres veces por gracia especialísima y sumamente admirable. Numerosísimas otras veces ella había visto a ese Todo Bien, siempre en tinieblas, pero jamás en modo tan sublime y en tan grandes tinieblas.

Una vez Ángela, estando enferma, me dijo: Por una parte está el mundo con sus espinas que me rechaza, porque todo lo que estimo en el mundo, se convierte para mí en espinas y amarguras.

Por otra parte están los demonios que me molestan y persiguen de continuo, porque tienen sobre mí, sobre mi alma y sobre mi cuerpo, el poder que Dios quiso poner en sus manos. Pero, si bien pueden afligir el cuerpo, no pueden atormentar o castigar el alma, porque el alma les es menos accesible que el cuerpo. A veces me parece verlos casi físicamente con los cuernos apuntados en contra de mí.

Por otra parte está Dios que me atrae a sí. Y si dijera que me atrae con dulzura o con amor o con cualquier otra cosa que se pueda decir, pensar o imaginar, diría una falsedad, porque no me atrae con ninguna de esas cosas que pueden ser dichas o pensadas por el más sabio de los hombres. Definirlo como el Todo Bien es disminuirlo. Y me parece hallarme y estar tendida en medio de esa Trinidad a la que veo en tan grandes tinieblas. Esa realidad me atrae más que cualquier otra cosa que yo haya poseído y más que cualquier bien del que haya hasta ahora hablado. Digo más: no hay alguna comparación. Y todo lo que digo, parece nada o mal dicho. Me parece una blasfemia. Cuando tú me preguntaste si una visión me atrae más que otra, me parece que esto sea blasfemar ^[27]. Por eso, cuando antes tú me preguntaste, yo te contesté de esa manera y caí enferma. Cuando me hallo en ese estado, no me acuerdo de otras mentes humanas, ni del Dios Hombre, ni de cualquier otra cosa que tenga forma. Entonces lo veo todo y no advierto nada. Ya quedando en el mismo estado, ya alejándome, veo al Dios-Hombre que atrae mi alma con inmensa ternura y a veces le susurra: "Tú eres yo, y yo soy tú". Y

veo sus ojos y su rostro tan amables y tan condescendientes como en el gesto de abrazarme. Y lo que se irradia de esos ojos y de ese rostro, es precisamente ese Todo Bien que, como dije, veo en esas tinieblas, de cuyo trasfondo se desprende. Y esa visión me colma de tal felicidad que no sé cómo expresar. Y el alma vive estando en ese Dios-Hombre y en El estoy casi continuamente. Y este estado permanente comenzó esa vez cuando me fue dada la certeza de Dios y de que nada se interponía entre Él y yo. Y desde entonces no hubo en mi vida ni un día ni una noche en que no disfrutara ininterrumpidamente de la felicidad de su humanidad. Me siento presa del deseo de cantar para alabarlo; y así entono:

"Te alabo, oh Dios querido; en la cruz puse mi lecho; por almohada y cabecera, hallé la pobreza; por descanso al otro lado del lecho, hallé el dolor y el desprecio".

Cuando yo, fraile, le pedí que me explicara mejor su pensamiento la sierva de Cristo añadió: En ese lecho yo hallo descanso porque en ese lecho Él nació, vivió y murió; y porque Dios Padre amó ese lecho aún antes que el hombre pecara. El Padre tanto amó esa compañía —pobreza, dolor y desprecio— y la prefirió con tal amor que la quiso dar a su Hijo. Y el Hijo quiso continuamente descansar en ese lecho y siempre lo amó y estuvo de acuerdo con el Padre. Por eso, ese lecho es mi lecho, porque en ese lecho, que es la misma cruz de Cristo, que El llevó en su cuerpo y mucho más en su alma, yo hallo mi lugar y mi reposo. Por eso, ese lecho es el mío, y en él quiero morir, y por él confío en que me salvaré. Y la felicidad que espero de esas manos y de esos pies y de esas llagas de los clavos que traspasaron esas manos y esos pies sobre ese lecho, no puede ser narrada.

Entonces me pongo, a cantar y así me dirijo al Hijo de Santa María:

*"Lo que siento, no sé decir;
de lo que veo, no quiero partir;
por eso mi vivir es morir;
atráeme, pues, a ti".*

Pero al decir esto y al recordar a Aquél del cual o al cual hablaba, repentinamente no puedo hablar más y la lengua enmudece. Más tarde, al volver en mí de ese estado, el mundo y todas las cosas que en él hallo, me apremian para anhelar mayormente lo que he visto. Por eso el deseo de morir es mi pena mortal.

EL GOZO EN DIOS.

Yo, fraile, constaté y lo supe de la misma Ángela que la pena, que consistía en su deseo de morir y que mucho la torturaba, le fue quitada. No se trataba de que no tuviese deseo de morir, sino que ya no estaba tan atormentada como antes. Su alma muy a menudo se elevaba hacia Dios tanto que ella me decía que los éxtasis se enlazaban los unos con los otros, y que casi siempre eran nuevos, ya que lo que experimentaba en un arrebato, no lo experimentaba en el siguiente, sino de manera casi siempre diversa, porque experimentaba algo nuevo. Ni la comida ni la conversación ni otras actividades obstaculizaban la elevación de su mente o de su espíritu en Dios. Por esto su compañera con toda solicitud la asistía mientras comía, porque a menudo se olvidaba y había veces en que muy poco podía tragar.

También advertí que lo que me decía hoy, apenas lo recordaba al otro día. Mientras me hablaba, durante el mismo discurso se olvidaba de las palabras que acababa de pronunciar tanto que no era capaz de repetir las. Estos hechos se manifestaron, como me parece, en el sétimo paso.

Después de lo ya transcrito. Ángela me dijo que su alma estaba en el gozo y nadaba en el gozo porque había comprendido que el amor es medida y que el espíritu es dado según medida. Me repetía: "Mi alma está en el gozo y en él nada". Y como yo, apoyándome en la Escritura (Jn. 3, 34), le hacía alguna objeción, así me contestó: Desde luego es verdadero cuanto dice la Escritura divina y no se opone a lo mío. Es verdadero lo que ella dice: que Dios no da el espíritu con medida; todavía mi alma nada en el gozo, porque a todos los santos y hasta al propio Hijo de Dios da con medida [\[28\]](#).

Y añadió: No hay nada que me permita conocer más completamente a Dios que el conocimiento de Dios a través de sus continuos juicios. Cuando por la mañana o por la noche le rezo a Dios mi oración: "Oh Señor, líbrame por tu venida, por tu natividad y por tu pasión", mi mayor gozo consiste en repetir con confianza; "Oh Señor, líbrame por tus santos juicios". Aquí, yo fraile, comprendí que ella decía las cosas más asombrosas del mundo. Algunas cosas comprendía; pero si bien ella se esforzaba por explicármelas, no llegaba a explicármelas del todo, ni yo llegaba a comprenderlas para transcribirlas. Quiero subrayar aquí y encarecerlo a la memoria del lector un pensamiento que fue revelado a Ángela cuando comenzamos a escribir. Y yo lo relaté en el mismo punto donde ella me indicó, es decir, en el segundo paso de la divina unción. En ese entonces me dijo: Oí una palabra que Dios me dirigió y que decía: "Haz anotar al fin del libro que estáis escribiendo que, de cuanto escribís, sean dadas gracias a Dios. Y todo el que quiere conservar la gracia, no quite los ojos del alma de la cruz que yo, tanto en la alegría como en la tristeza, le doy o le permito.

Por eso digo a Dios: "Líbrame por tus santos juicios", porque no advierto mayor bondad de Dios en un hombre bueno y santo ni en muchos hombres buenos y santos, que en un condenado o en una multitud de condenados. Este misterio no me fue revelado sino una sola vez, pero jamás me olvidé de él y de su alegría. Y aunque todos los argumentos de la fe se desvanecieran, este sólo me bastaría: la verdad de Dios en sus juicios, es decir, de la justicia de sus juicios. ¡Oh! ¡Cuán profunda es esta verdad! Pero todo coopera para el bien de los buenos, ya que toda alma que tuviere el conocimiento de esos juicios y de su profundidad, sacará fruto de todo, como también del conocimiento del nombre de Dios.

La inteligencia del alma puede explayarse ampliamente, pero eso es nada en comparación a lo que el alma entiende cuando es elevada por encima de sí misma y es colocada en el seno de Dios. Entonces se goza y descansa en esos bienes divinos que están por encima de toda comprensión humana y por ende son indecibles. Allí el alma nada; allí el alma entiende el sentido de las palabras de Cristo que a veces parecen duras y misteriosas. Y, además, comprende por qué el alma de Cristo padeció un dolor sin medida. Cuando el alma se ha transformado en la pasión de Cristo, encuentra en ella un dolor tan grande que no puede hallar ningún alivio.

Por esto, mi alma meditando sobre ese dolor no puede hallar ninguna alegría. Cosa que no le sucede cuando medita sobre la pasión del cuerpo, porque entonces después de la tristeza halla la alegría. Pero el alma sabe recoger esta diversidad, como se ha dicho. Y así comprende el agudo dolor del alma de Cristo, mientras se hallaba en el seno de la Madre, y los dolores que vendrían después, si bien no hubiere tenido experiencia. Y así penetra los juicios de Dios.

Una vez, mientras asistía a la Misa conventual. Ángela oyó unas palabras de Dios que aquí no están escritas. Al acercarse el celebrante al momento de la comunión, ella oyó al Señor que le decía: "Hay muchos que todavía me hieren y hacen brotar, sangre de mi costado". Y veía y comprendía que esas palabras le eran dichas desde la hostia, que el celebrante acababa de partir. Entonces ella pensó y oró: "Señor, ¡que este sacerdote no sea así!" Dios contestó: "¡No lo será jamás!".

Después ella dijo: Mientras mi alma, sumergida en el gozo, se hallaba en el seno de la Trinidad, dentro de ese sagrario en el cual se deposita el cuerpo de Cristo, comprendía que Él se halla en todo lugar y lo llena todo. Entonces el alma, presa de admiración porque se sentía derretir de delicias en el sagrario — ¡experimentaba de verdad un inmenso júbilo!—, embelesada de felicidad preguntó: "¿Por qué me gozo tan intensamente en este sagrario? Ya que tú, Señor, te hallas en todo lugar, ¿por qué no experimento igual alegría en todo lugar?". Él me contestó con palabras tan oscuras que no las recuerdo bien. Pero dijo: "Estoy preso en esta celda a causa de las palabras que hago pronunciar, y lo hago por un milagro singular".

Un día yo, fraile, le di la comunión, y como la sierva de Cristo en cada comunión estaba acostumbrada a recibir una nueva gracia, le pregunté si estaba contenta de esa comunión. Me contestó que, si se pudiera, quisiera comulgar todos los días, y añadió que en esa comunión le había sido concedida una gracia de divina consolación. Había comprendido y experimentado con toda certeza que la comunión hace pura al alma, la hace santa, la hace fuerte y la alimenta. Estas cuatro cosas, más que en el pasado, su alma las había comprendido y experimentado en esa comunión. Y añadió que fue la palabra de Dios a explicarle cómo la comunión aprovecha tanto a las almas según esos cuatro modos.

Una vez mientras celebraba la Misa, durante la elevación, el alma de Ángela fue inundada por una inmensa felicidad y le fue dicho; "Este es el Hombre que fue crucificado", y mi alma lo veía. Después de escuchar esas palabras, mi alma no se detuvo en ellas sino que súbitamente fue arrebatada. Instantáneamente se realizó en mí una misteriosa operación, que es operación de silencio, porque no se puede describir. El alma fue elevada más allá y quedó envuelta en la divinidad. Y una voz le habló: "¡Este es toda la alegría de los ángeles; Este es todo el gozo de los santos; y Este es toda tu felicidad!". Estas palabras eran mucho más agradables que las que tú transcribiste, tanto que casi ni las reconozco.

Otro día, siempre durante la Misa, le fue dicha una palabra que no recordaba exactamente, pero cuyo sentido era éste: son bienaventurados no tanto los que leen la Escritura, cuanto los que la ponen en práctica. Y decía que ella había comprendido que toda la Escritura halla su cumplimiento en la vida de Cristo.

Una vez, en la iglesia de San Francisco, mientras fray Apico celebraba la Misa y yo conversaba con ella, me refirió cosas altísimas, jamás oídas, muy sublimes, que le habían sido reveladas durante la Misa. Eran palabras tan preciosas que un fraile, al que yo y Ángela se las habíamos comunicado, y que estaba con nosotros, cuando ella las relató, me exhortó a escribirlas. Pero como estaba por partir, no pude escribirlas en ese momento. Después de muchos días, deseando ponerlas por escrito, rogué a Ángela que me las dijera de nuevo; pero, no recordando ella los detalles, ni yo tampoco, sólo le fue posible hacerme una breve reseña: Mi alma fue elevada hacia una felicidad tan grande y novedosa que jamás había experimentado antes ni por ese camino ni de esa manera. Me fue dirigida la Palabra de Dios, y también escuché la voz de San Francisco, dulcísima y novedosa. Así me pasó. Mientras se celebraba la Misa, mi alma estaba y se alegraba en esos gozos que experimentó su alma cuando salió del cuerpo; como me parecía. Entonces estalló en mi alma una exultación tan grande e indecible que, si ya no supiera que Dios lo hace todo con medida, me atrevería a decir que esa alegría fue suma y sin medida. En aquel momento oí decir: "Yo soy Francisco enviado por Dios. ¡La paz del Altísimo esté con vosotros!". Y llamándome me dijo: "¡Oh luz, hija de la Luz, que es la

Luz de todas las luces!". Y me dijo otras cosas que aquí no se escriben. Y añadió: "Encaréceles mi testamento, o sea la herencia que yo he dejado —aludía a la pobreza que había dejado a los suyos para que la guardaran—, y encomienda a los que me siguen, que amen lo que yo amé". Y comprendiendo que era la voz del bienaventurado Francisco, se me acrecentó la alegría. Y después de una larga conversación con el Santo llegó la operación divina que solía suceder en mi alma y que confirmó sus palabras. Y hasta que quedé en Asís, por más de diez días, diariamente disfruté de las palabras de san Francisco.

LOS TRONOS

En ese mismo día tuve un arrobamiento tan noble y una comprensión tan clara de la venida de Dios en el sacramento del altar, que ni antes ni después tuve jamás semejante experiencia. Y me fue mostrado de qué modo Cristo viene con su compañía. Y llegaba a complacerme en Cristo y en su compañía, mientras no estoy acostumbrada más que a gozarme en Cristo. Y quedé estupefacta al ver cómo podía deleitarme en El y en su compañía. A Él y a su compañía los comprendía de manera diferente, pero igualmente gozaba de ellos. Me fue dicho que los de esa compañía eran Tronos, si bien no comprendía lo que significara la palabra: Tronos. Y vi que esa compañía estaba formada por un cortejo tan numeroso que, si no supiera que Dios hace todas las cosas con medida, hubiera creído que esa compañía fuera sin medida e innumerable. Y me fue dirigida esta Palabra de Dios: "Hay almas a las que yo llego, pero paso"; y después: "En muchas ciudades no hay almas en las que yo pueda descansar, como descanso en tu alma". Y me fue dado un elenco de esas ciudades; pero no lo recuerdo.

Entonces yo, fraile, le pregunté si ese ejército, ya que se trataba de un ejército, tenía alguna medida a lo largo o a lo ancho. Ella me contestó que no tenía medidas de longitud ni de latitud, sino que era una cosa inefable.

VISIÓN DE DIOS SOBRE LAS TINIEBLAS.

Algún tiempo después de lo transcrito, la sierva de Cristo así respondió a algunas de mis preguntas: En la cuaresma pasada sin darme cuenta me hallé toda en Dios de una manera más plena que lo acostumbrado. Y me parecía hallarme en medio de la Trinidad, como jamás me había sucedido, recibía mayores regalos que de costumbre y en ellos me hallaba sumergida constantemente. Y hallándome en Dios de esta manera, yo estaba colmada de gozo, embriagada de felicidad. Mientras disfrutaba de esos bienes y de esos gozos sublimes e indescriptibles —que van mucho más allá que toda anterior experiencia—, se realizaban en el alma operaciones divinas tan inefables que ningún santo ni ángel podrían narrarlas o explicarlas. Me doy cuenta y comprendo que esas operaciones divinas, de una profundidad abismal, no pueden ser comprendidas ni por ángeles ni por nadie, por inteligentes y capaces que sean. Pero lo que digo lo digo tan mal y tan bajamente que me parece estar blasfemando. Y fui sacada y apartada de todas las cosas de las que antes disfrutaba y en las que descansaba todo mi gozo, y que eran: la vida y la humanidad de Cristo; la contemplación de esa misteriosa compañía que el Padre desde toda la eternidad tanto amó hasta donarla a su Hijo, compañía formada por el desprecio, el dolor y la pobreza de Cristo y por la cruz que se había convertido en mi descanso y en mi lecho. En todos estos bienes mi alma estaba acostumbrada a embriagarse de felicidad.

También fui privada de ese modo de ver a Dios en medio de las tinieblas lo que constituía todo mi gozo. Y fui sacada de ese estado anterior con un tránsito tan suave y adormecedor que no lo percibí. Ahora sólo recuerdo que no poseo más los bienes de antes. En la cruz que ha sido toda mi delicia, mi descanso y mi lecho, nada más hallo. En la pobreza del Hijo de Dios nada más hallo. Y nada hallo en todas las operaciones espirituales que se realizan en el alma. En toda esa dinámica sobrenatural, ante todo, Dios se presenta al alma para realizar en ella operaciones divinas e inefables; luego se comunica al alma manifestándosele y regalándola con dones aún mayores. Y el alma goza de una certeza mayor y de una claridad inefable.

Dios se presenta al alma de dos maneras. En el primer modo se presenta en lo íntimo de mi alma. Comprendo que está presente y comprendo que está presente en toda creatura y en todas las cosas que tienen el ser: tanto en los demonios como en los ángeles buenos, tanto en el paraíso como en el infierno, tanto en el adulterio y en el homicidio como en toda obra buena y en todo lo que existe o de cualquier manera posea el ser, tanto en lo hermoso como en lo vergonzoso. No lo veo menos presente en un demonio que en un ángel bueno. Estando en esta verdad, no me gozo menos en Dios viendo y considerando a un demonio o a un adúltero, que viendo y considerando a un ángel o una obra buena. De esta manera Dios está constantemente presente en mi alma. La presencia de Dios aporta al alma luz, verdad y gracia divina. Y cuando el alma lo ve

así presente, no puede ofenderlo en nada y alcanza muchos favores celestiales. El alma, advirtiéndolo su presencia, mucho se humilla, sufre confusión por sus pecados y recibe preciosos dones de sabiduría y un intenso consuelo de alegría divina.

En el otro modo, Dios se presenta al alma de una manera muy especial y muy diversa de la anterior y comunica una felicidad distinta, ya que Él me acoge enteramente en sí. Y realiza en el alma muchas operaciones divinas con gracias aún más grandes y con una profundidad tan insondable e inimaginable, que esa sola presencia de Dios, aun sin los demás dones, constituye ese Bien, que los santos gozan en la vida eterna.

Acerca de los dones en el paraíso, algunos santos tienen más, otros menos; y estos dones — aunque no pueda describirlos porque mi palabra es más capaz de devastar y blasfemar que de expresar—, son expansiones del alma, por medio de las cuales el alma se hace más capaz de acoger y poseer a Dios. Apenas Dios se presenta al alma, inmediatamente se le manifiesta y se le revela, dilata esa alma y la regala con dones y dulzuras que jamás había experimentado y con una profundidad sin precedentes. Entonces el alma es liberada de toda tiniebla y llega a un conocimiento de Dios que va más allá de toda expectación, con tal luminosidad, con tal certidumbre y con tal insondable profundidad que no hay mente humana que lo pueda pensar o comprender. Tampoco mi corazón podría volver más tarde a pensar o a comprender algo de esas verdades, a menos que Dios otorgue al alma elevarse hasta ellas, porque de ninguna manera el corazón humano podría llegar hasta ahí ^[29]. Nadie tiene la posibilidad de decir nada, absolutamente, porque no hay palabra que pueda comunicar o expresar esta experiencia, ni hay inteligencia ni pensamiento que pueda llegar a captarla, tanto supera ella a todo. Como sucede con Dios, que no puede ser explicado por nada. ¡Realmente Dios no puede ser explicado por nada!

La sierva de Cristo afirmaba resueltamente que Dios no puede ser explicado de ninguna manera. Y decía: La divina Escritura es tan sublime que no hay hombre sabio en el mundo, incluso si está dotado de inteligencia y de espíritu para comprenderla, que la pueda entender tan a fondo que ella no lo desborde, y, sin embargo, algo llega a balbucear. Pero, acerca de esas inefables operaciones divinas que suceden en el alma cuando Dios se manifiesta, absolutamente nada se puede decir o balbucear.

Como mi alma a menudo es introducida en los secretos divinos y contempla los misterios de Dios, comprendo cómo se ha formado la Escritura; cómo sea difícil y fácil a la vez; cómo parece decir y contradecir; cómo algunos no sacan ningún provecho de ella; cómo los que no la observan se condenan, y ella se cumple en ellos; y cómo los que la guardan se salvan. Pero yo me encuentro por encima de todo. Y cuando vuelvo de los secretos de Dios, sólo puedo balbucear unas pocas palabras, del todo exteriores. Esas palabras son extrañas a esas divinas e inefables operaciones que suceden en el alma y de ningún modo pueden acercárseles. Mi decir las echa a perder: por eso digo que blasfemo.

Si todas las alegrías espirituales, las consolaciones divinas y toda la felicidad celestial, que todos los santos que existieron desde el principio del mundo hasta hoy afirman haber recibido de Dios; y si todas las demás delicias espirituales, que fueron muchas y que ellos podían narrar y no narraron, me fueran dadas; y si me fueran añadidas todas las alegrías de la tierra y todos los placeres buenos y malos del mundo pero convertidos en placeres buenos y espirituales; y si éstos duraran hasta su plena consumación, y me condujeran hasta el bien inefable de la manifestación de Dios: pues bien, yo no daría ni cambiaría algo de ese Bien absolutamente indescriptible, aunque fuere un simple pestañeo, por todos esos gozos y felicidades ^[30].

Te digo todo esto y de esta manera, casi metiéndotelo en la boca, para hacértelo entrar en ti. Este Bien indescriptible que yo poseo, supera infinitamente todo esto de que hablamos. Y yo poseo este Bien, no sólo durante un pestañeo, sino a menudo por un largo espacio de tiempo. La posesión de ese Bien unas veces es más intensa, pero menos frecuente; otras veces es menos intensa, pero casi constante. Si bien yo puedo recibir del exterior gozos y tristezas, según los días y con medida, con todo, dentro de mi alma hay una celda en la cual no entran ni gozo ni tristeza ni deleite de virtud ni placer de ninguna cosa. En esa celda habita el Todo Bien fuera del cual no hay otro bien. Y en ese despliegue de Dios, si bien yo blasfemo al hablar de ello y al hablar tan insuficientemente dado que es inexpresable, digo que en ese despliegue de Dios consiste toda la verdad. En esa manifestación de Dios veo y poseo toda la verdad que hay en el cielo, en el infierno, en todo el mundo, en todo lugar y en toda cosa; y también toda felicidad que se halla en el cielo y en toda creatura; y lo poseo con tal certeza y tal verdad que de ninguna manera y a nadie podría creer diversamente. Y aunque todo el mundo dijera lo contrario, yo me burlaría de él. Y contemplo a Aquél que es el ser y del cual procede el ser de todas las creaturas; advierto cómo me hace capaz de comprender estas realidades en modos mucho más interesantes que en el pasado, cuando lo veía en medio de las tinieblas, las que por otra parte me hacían tan feliz. Me veo sola con Dios, toda pura, toda santa, toda verdad, toda rectitud, toda segura y toda celestial en él. Cuando me hallo en tal estado, no me acuerdo de ninguna otra cosa.

A veces, hallándome en ese estado, Dios me dirigió su palabra: "Hija de la divina sabiduría, templo del Amado, delicia del Amado e hija de la paz. En ti descansa toda la Trinidad, toda la verdad. Tú me tienes a mí y yo te tengo a ti". Entre las operaciones del alma, una me hace comprender con gran intensidad y con inmenso gozo de qué modo Dios desciende en el sacramento del altar, rodeado de su compañía. Y cuando salgo de ese sublime estado, en el cual no me acuerdo de ninguna cosa, reconozco que estoy unida a todos los bienes de que he hablado. Pero a la vez me veo repleta de pecados y esclava de ellos, falsa y sucia, toda engaño y error. Sin embargo no pierdo la paz. Y me queda una constante unción divina, que es la más alta entre todas y superior a todas las

unciones que jamás haya recibido en mi vida. A este estado yo fui conducida y elevada por Dios. No llegué con mis fuerzas, porque yo no sabía ni quererlo, ni desearlo, ni pedirlo. Y ahora en este estado me hallo de continuo. Con mucha frecuencia mi alma es elevada por Dios, sin pedir mi consentimiento. A veces sin siquiera pensarlo ni desearlo, repentinamente mi alma es arrebatada por Dios y desde lo alto domino y comprendo todo el mundo. No me parece estar más en la tierra, sino en el cielo, en Dios. Este estado en que ahora me hallo es sublime y muy superior a los demás estados experimentados. En él se halla mayor plenitud, claridad y certeza y es tan noble y tan extenso que creo que ningún otro estado del pasado puede comparársele.

La sierva de Cristo me dijo que había experimentado esa inefable manifestación de Dios miríadas de veces y siempre de manera nueva. En cada ocasión había sido una experiencia del todo nueva y distinta de las precedentes. Mientras perduraba la indecible manifestación de Dios en el alma una vez, en la fiesta de la Candelaria, durante la cual se distribuyen las velas benditas para recordar la presentación al templo del Hijo de Dios, mientras se realizaba en mí esa indecible manifestación de Dios, sucedió en mi alma la representación de sí misma. Y el alma se vio elevada a tanta dignidad y altura que jamás, en adelante, podía pensar o comprender que mi alma o las almas que están en el paraíso fuesen o pudiesen ser de tanta nobleza.

En esos momentos el alma no pudo comprenderse a sí misma: ¿cuánto menos podrá comprender a Dios creador, inmenso e infinito? Entonces mi alma se mostró a Dios con la mayor felicidad que jamás haya probado, con una nueva y sublime alegría y con tan novedoso y esplendoroso milagro como jamás había captado mi alma, ya que en ese momento se realizó en mi alma el encuentro supremo: ME ENCONTRÉ CON DIOS. Y comprendí y a la vez experimenté la inenarrable manifestación de Dios al alma y la renovada manifestación y presentación del alma al mismo Dios. Y estalló en el alma un deleite embriagador distinto de todos los precedentes. Y me fueron dictadas palabras sublimes que no quiero las escribas.

Cuando, después de eso, volvió en sí, descubrió un hecho nuevo: ahora le gustaba soportar toda injuria y todo castigo por Dios, y sentía que en adelante ninguna cosa, que fuere dicha o hecha, podría separarla de Dios. Por eso mi alma lanzó un grito y dijo: "Señor, ¿puede haber algo que en el futuro me separe de ti?" Y comprendí que se me decía: no hay nada que pueda separarme de Dios. Y ahora vibro de gran regocijo al pensar en el día de la muerte, y nadie puede imaginar cuánto gozo al pensar en ese momento.

Después de todo lo transcrito, la sierva de Cristo me dijo que le fue revelado por Dios, con palabras más maravillosas de las que ella pudiera referir, que ese Bien inefable, de que habló, es el mismo que los santos poseen en la vida eterna. Ese Bien que los santos poseen en la vida eterna, no es más que el mismo Bien de que habló, pero con

distinta experiencia. En la vida eterna se verifica una experiencia distinta, tan distinta de lo que se dijo, que el más pequeño santo, que menos posee en la vida eterna, tiene más que todo lo que pueda ser concedido a cualquier alma existente en esta vida antes de la muerte del cuerpo. Y dijo que su alma lo comprendía muy bien. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios! ¡Amén!

Me dijo también la sierva de Cristo: Una vez le pregunté a Dios: "He ahí que tú estás en el sacramento del altar. ¿Dónde están tus devotos?" Él contestó abriendo la inteligencia de mi alma: "Dondequiera yo esté, conmigo están mis devotos". Y yo misma me daba cuenta de que era así. Descubría con toda claridad que me hallaba donde Él estaba. Pero estar internamente en Dios no es lo mismo que estarlo exteriormente ^[31]. Y Él es el único que se halla en todo lugar, abarcándolo todo.

Aquí aclaró su pensamiento delante de mí, fraile: "No entiendo esto de todo creyente". Con ello daba a entender que se refería a los creyentes santos. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios! ¡Amén!

Aprobación de Dios. Yo, fraile, después de haber escrito casi por entero este manuscrito, solicité con insistencia a la sierva de Cristo que suplicara a Dios y le pidiera que, si hubiera transcrito algo erróneo o superfino, en su misericordia Él se lo revelara e indicara a ella, para que conociéramos del mismo Dios la verdad de lo escrito. Y ella me contestó así: Antes que tú me lo pidieras, yo muchas veces rogué al Señor para que me hiciera saber si en todo lo que dije y tú escribiste, hubiera algo erróneo o superfluo, para que al menos pudiera acusarme. Me contestó que todo lo que te dije y que tú escribiste, es todo auténtico, y que no había nada de erróneo o superfluo. Más bien, añadió que me había comportado con moderación, porque había callado muchas cosas que Él me había dicho y que habría podido referir. Y además dijo: "Todo lo que está escrito, es según mi voluntad y de mí procede". Y añadió: "Yo pondré mi sello". Y como no comprendía el significado de la frase: "Yo pondré mi sello", El me lo aclaró diciendo: "Yo lo rubricaré".

En fin, yo, fraile secretario, escribí con gran temor y reverencia y también con mucha prisa las palabras que podía captar de los labios de la sierva de Cristo, mientras, ella conversaba conmigo, no añadiendo nada mío, desde el principio hasta el fin. Sólo lamento haber omitido muchas de esas preciosas palabras que ella decía, porque no podía ni comprenderlas con mi mente ni transcribirlas.

Ella hablaba de sí en primera persona, pero a veces sucedía que yo escribía en tercera persona por la prisa, sin luego corregir. Y desde el principio hasta el fin no transcribí nada sino es su presencia y cuando ella hablaba. Escribía lo más rápidamente posible, mientras ella pronunciaba sus palabras, ya que estaba fuertemente obligado a apresurarme por las dificultades de los frailes y por las prohibiciones. Me esforzaba por transcribir exactamente sus palabras, según podía comprenderlas; ni quise jamás escribir después de haberme alejado de ella, ya que me sentía incapaz de escribirlas por temor y

por escrúpulo, para que no sucediera que yo añadiera una sola palabra no dicha por ella. Por el mismo motivo, todo lo que escribía se lo leía y releía a ella muchas veces, con el fin de referir sólo y únicamente sus palabras. Además, con la ayuda de Dios, otros dos frailes menores, confidentes de la sierva de Dios y dignos de fe, escucharon de sus labios y vieron todo el escrito, y con ella lo examinaron ampliamente y a menudo lo sometieron a discusión. En fin, hay un motivo de mayor valor, esos frailes recibieron la gracia especial de que Dios mismo lo certificara, como luego con las palabras y las obras dieron fiel testimonio.

**SEGUNDA PARTE. ESTA SEGUNDA PARTE RECOGE LAS CARTAS, LAS
ENSEÑANZAS Y LAS EXHORTACIONES DE ÁNGELA A SUS "HIJOS
ESPIRITUALES"^[32]**

LLAMADO A SUS HIJOS ESPIRITUALES.

Oh hijos de Dios, transformémonos juntos en el Dios-Hombre crucificado. El tanto os amó, oh hijos, que por vosotros se dignó morir de una muerte infame, sumamente dolorosa y amarguísima. ¡Y todo esto sólo por tu amor, oh hombre! La verdadera señal de los hijos legítimos de Dios es ésta: amar perfectamente a Dios y al prójimo. En cambio el que mucho ambiciona ser servido, es totalmente esclavo. Considerad, pues, oh hijos de Dios, cuánto este Dios-Hombre paciente os ha amado con toda pureza y fidelidad, sin tener lástima de sí mismo sino sacrificándose totalmente por vuestro amor. Este amor puro y esta humilde fidelidad, en cuanto sea posible a nosotros pobres creaturas, quiere que le sean correspondidos por sus hijos legítimos. Por eso, siempre buscó y quiso tener almas que con fe viva y con fidelidad incommovible sirvieran a Dios que es siempre fiel.

Oh hijos de Dios, este Dios-Hombre atormentado, casi continuamente me va repitiendo que yo os exhorto a que seáis fieles a Aquél que con vosotros es fidelísimo. Y el que es fiel a Dios, es fiel también al prójimo. El Dios-Hombre atormentado nos amó con un amor puro, sincero y fiel, del que dio clarísimo testimonio a través de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Sin embargo, por nuestra infidelidad, no consideramos que por nosotros nació en la pobreza, en el dolor y en el desprecio; no nos detenemos a meditar amorosamente sobre su vida tan mansa y tan divina, tan pobre y humilde, enteramente gastada, por nuestra salvación; no nos anonadamos en su muerte tan desgraciada, tan humillante, cuajada de dolores, ultrajes y desprecios. ¿Quién de entre nosotros corresponde a tan divina y constante fidelidad con una fe siquiera pequeña, pero viva y dinámica? Al contrario, como si el nombre de Dios no fuese santo, echamos a nuestras espaldas estas divinas realidades.

Considerad, pues, hijos, con toda vuestra atención, cómo debemos ser totalmente fieles al Dios-Hombre torturado, tan fiel con nosotros. Movidlo de un amor puro y fiel por nosotros, Él se sometió con toda humildad no sólo a las creaturas racionales, sino también a las privadas de razón y de sentido. Si bien Dios sometió todas las cosas a la creatura racional, sin embargo, propiamente hablando están sujetas a su Creador. Pues bien, este Creador, sólo por tu amor, tanto se anonadó, tanto se rebajó y humilló que no sólo a las creaturas racionales sino también a las privadas de razón y de sentido les dio pleno poder para que lo ejercieran sobre El.

Concedió a las espinas el poder de clavarse y perforar cruelmente su cabeza divina; concedió a las cuerdas el poder de atarlo a la columna, de apretarlo y de asegurarlo en ese lugar. Dadme alegría, oh hijos de Dios, quedando fieles a este Dios fidelísimo. Emocionaos profundamente ante esa humildísima fidelidad que guardó por nosotros. El autor de toda vida, sólo por ti, tanto se humilló para exaltarte, que permitió que las cosas

materiales lo golpearan y lo desgarraran a El que es el Creador de todo, y lo clavaran a El que es el inmenso.

Concedió a los velos el poder de velarlo a El que es verdadera luz y del cual deriva toda luz y sin el cual todo es tiniebla. Concedió a los látigos el poder de castigarlo durísimamente. Concedió a los clavos el poder de atravesar y dilacerar sus manos y sus pies divinos —¡manos y pies de Aquél que todo lo creó!—. Concedió a ese patíbulo, que se llama cruz, el poder de sostener a su Hacedor y Señor, todo ensangrentado y llagado. Concedió a la esponja, al vinagre, a la hiel y a muchas otras cosas materiales el poder de ultrajar a su Señor y de tener pleno dominio sobre El. Concedió en fin a la lanza el poder de vulnerar, atravesar y desgarrar su divino costado.

Esas creaturas debían, y podían, obedecer a su verdadero Señor y Hacedor y no al hombre que de ellas abusaba. ¡Oh sí! ¡Que la profunda, fiel e insondable humildad de esa Suma Majestad abata y confunda la soberbia de nuestra nada! El que es el autor de la vida, El que sólo es, quiso ser sometido y aniquilado por creaturas y cosas privadas de vida, para que tú, que estabas muerto y hecho insensible a las cosas divinas, por su anonadamiento, alcanzaran la vida.

Y tú, oh hombre, que eres nada, fuiste amado de manera tan pura y fiel por Aquel que es el ser, por Aquél, que, sólo por tu amor y para darte el ser perfectísimo, quiso hacerse nada. Esa lanza debía, y podía, doblarse y no obedecer al hombre que abusaba de ella y no perforar y atravesar el costado divino de su propio Hacedor y Señor. Igualmente las demás cosas materiales debían, y podían, no obedecer al hombre que las movía contra su Señor y Hacedor, pero habían recibido el poder de obrar en contra de Él.

Concedió al mismo diablo el poder de tentarlo y de rodearlo. Concedió a los hombres plenos poderes en contra de Él; a sus corazones, la libertad de maquinarse cosas perversas y maléficas en contra de Él; a sus sentidos, de blasfemar, de hacer planes, de dar órdenes, de golpear, de desgarrar y de crucificarlo y matarlo en medio de inmensos dolores. Por eso, oh hijos de Dios, no apartéis nunca vuestros ojos de esa fiel humildad que el Dios-Hombre llagado tuvo por vosotros. ¡Qué perfecta fue la fidelidad del Creador hacia su creatura por la cual se hizo obediente hasta a las cosas materiales! ¡Por ti solo, oh hombre, se plegó a todas las tribulaciones, a todas las injurias, a todas las infamias, a todas las penas, a todo dolor, a toda muerte!

CARTA A UN HIJO ESPIRITUAL.-[\[33\]](#)

Hijo mío querido, deseo ardientemente que tú renazcas y te renueves. Deseo que apartes totalmente de ti toda pereza y toda negligencia; deseo también, hijito mío, que no

dejes de orar y velar y hacer toda obra buena, tanto si te fuere quitada la gracia como si la poseyeras. Es cosa buena, hijo mío, y muy agradable a Dios que con el fervor de la gracia divina tú ores y veles y trabajes y te esfuerces en toda obra buena; pero es más grato y agradable a Dios si, al disminuir la gracia de Dios o al serle quitada, no reduzcas tus oraciones, tus vigiliias y las demás obras buenas. Realiza sin la gracia las mismas cosas que realizabas con la gracia. De tal manera, hijo mío, si el ardor del fuego divino te solicita y te apremia a veces a orar, velar y obrar, cuando a Dios agrade quitarte ese ardor o ese fuego, por culpa tuya, como sucede a menudo, o para que su gracia en ti se dilate más y aumente, entonces debes esforzarte lo mismo por no rezar menos, ni velar menos, ni disminuir tu empeño en toda obra buena. Y también si te sobrevinieran la tentación y la tribulación —cosas éstas que sirven para castigar y purificar a los hijos de Dios—, y si te fuese quitada la gracia, entonces esfuézzate lo mismo por no disminuir la oración, la vigilancia, el empeño en hacer el bien, en resistir y luchar contra las tentaciones, para que puedas ganar la batalla. Así, con la continua oración, con tus velas, con tus lágrimas, con tus obras buenas, con tu tenaz insistencia obligarás a Dios a devolvete el fervor y el fuego de su gracia. Tú, hijo mío, haz tu parte, y Dios hará la suya. La oración esforzada y violenta es muy agradable a Dios, hijo mío. He puesto en el Dios encarnado una devoción inefable, dulce y consoladora. Y el mismo Dios en su inmensa piedad me hace volver a ti y mirarte. Me parece que Él quiere mostrarme lo que está dentro y fuera de ti, tanto que con renovado e indescriptible gozo me siento identificada contigo y no puedo quitar los ojos de tu persona.

Has de saber, hijo, que este amor es tan intenso que ruego a Aquél que lo hizo, que lo modere, porque me parece que ya no me pertenezco a mí sino a ti. Por eso digo dentro de mi corazón: "¿Para qué escribirte, dado que tú eres yo y yo soy tú?" Si tú, hijo mío, pudieras ver mi corazón, te sentirías completamente obligado a hacer todo lo que Dios quiere, porque mi corazón es el corazón de Dios y el corazón de Dios es mi corazón. Anhelo que siga acrecentándose la alegría que por ti experimento, y que hallará su cumplimiento en el paraíso. Lo que más afianza al alma en Dios es el amor, y lo que la hace tierna es el amor. Todo amor tiene su momento oportuno. Pero no te voy a explicar estas cosas, porque sin duda ya las sabes.

Has de saber, hijo, que yo vivo en la más grande languidez. Y esto deriva del amor, porque cuanto más se ama una cosa tanto más se desea poseerla. Y porque yo con toda mi alma deseo verte ante su divina majestad, por eso languidezco. Además, este amor engendra una gran preocupación, y tal preocupación me causa pena, y sufro. Constantemente y con todas las fibras de mi alma siento el temor de que en ti haya algo que te sea impedimento en el camino hacia Dios. Y por eso con toda mi alma te ruego que no apartes los ojos de tu alma del Dios-Hombre llagado. Si los tienes fijos en El, El sabrá inflamar toda tu alma. Y si no los tienes dirigidos a Él, esfuézzate con todo tu ser

por reconducirlos allí y fijar en El tu mirada.

Aún más, hijo mío. Deseo con todo mi corazón que tu mente se eleve a la contemplación del Dios-Hombre torturado. Y esto me llena de alegría. Pero si tu mente no se eleva a la contemplación de ese Dios-Hombre crucificado, vuelve atrás y, comenzando de la cabeza o de los pies, rumia todos esos caminos de la pasión y de la cruz del Dios-Hombre ajusticiado. Y si no puedes retomar y hallar de nuevo estas cosas con el corazón, repítelas frecuentemente y amorosamente con los labios, porque lo que a menudo se repite con los labios, da calor y fervor al corazón.

Si bien necia, yo te suplico, hijo, que el mundo no sea tu sostén. No te apoyes en el mundo, porque el que se apoya en el mundo sufrirá decepciones, dado que el mundo es totalmente falso. Tu apoyo sea el Dios-Hombre que padece. Afirmo con toda certeza que si alguien, por gracia de Dios, llegara a ver al Dios-Hombre paciente, tan pobre y tan colmado de indecibles y continuos dolores, tan enteramente despreciado y aniquilado, sin ninguna duda lo seguiría, aceptando la pobreza y todas las penas de la vida y todo desprecio y toda bajeza. Acerca de la gracia divina, nadie puede disculparse por no hallarla y poseerla. Dios, que es generoso, con desbordante generosidad la entrega a todos los que la piden y la buscan.

En fin, hijo mío, sólo ansió que tú estés lleno únicamente del Dios encarnado, y que en tu mente no haya otra plenitud sino la plenitud del Dios encarnado. Y si esa plenitud del Dios encarnado no la puedes tener, al menos procura alcanzar y poseer la plenitud del Dios-Hombre crucificado. Si una y otra te fueran quitadas, no descanses hasta hallar y poseer al menos una de esas plenitudes, porque de ninguna manera se puede vivir sin una de estas plenitudes ^[34].

¡La luz, el amor y la paz del Altísimo Dios estén contigo! ¡La bendición del Altísimo Dios esté siempre contigo, hijo mío! Te saludo en el Dios-Hombre Jesucristo y en la Virgen su Madre. Reza por mi compañera que está muy enferma y que escrupulosamente cumple lo que te prometió. Reza también por mí, vilísima creatura, y por todos tus hermanos y hermanas. Nos sentimos eternamente obligadas al venerable Padre nuestro y vuestro, Fray Juan, ministro general ^[35], por el gran beneficio concedido a nuestras indignas y abyectas personas. El Señor, que sabe recompensar, lo recompense, y te recompense a ti también, hijo.

CARTA ACERCA DE LAS PRUEBAS DEL ALMA ^[36].

Por las pruebas que sufrís, siento por vosotros dolor y envidia. Es signo seguro de que los que están atormentados y atribulados interior y exteriormente son elegidos de Dios. Así fue tratado nuestro Maestro, como lo sabéis mejor que yo. La tribulación que

nuestro Maestro experimentó en su alma, ninguna lengua la puede describir, ni corazón pensar; nuestras tribulaciones, en cambio, son muy distintas de las de Él. Pese a que nos sintamos flaquear bajo el peso de esas pruebas, hagamos todo esfuerzo por soportarlas pacientemente, para salir victoriosos. Hasta debiéramos alegrarnos por las tribulaciones temporales, que terminan pronto, y amarlas de todo corazón.

Cuando recibimos una tribulación, es señal de que el Amado nos ama y que nos da una prenda de su predilección. Mirad el dolor de ese Hombre desolado y hallaréis el remedio para vuestros dolores: El Hijo de Dios recibió mal por bien.

Tres frutos de santificación produce en el alma la santa tribulación, frutos que desconocemos. El primero es el que conviene al alma. Y si ésta ya está convertida, la afirma más en su conversión y la hace adherir más a Dios. El segundo la hace crecer. Como una buena tierra bien preparada, si viene la lluvia, germina y fructifica, así el alma santa, cuando viene la prueba, crece en las virtudes. En tercer lugar, la purifica, la conforta, y le da paz, tranquilidad, y quietud.

La tribulación es una cosa santa y nos es muy útil; y por eso no cambiéis lo que Dios hace. Ella es útil para vosotros, para nosotros y para muchos. Creo con toda mi alma que os recuperaréis con toda certeza y que estas tribulaciones, benditas si bien desconocidas, serán vuestros abogados dignos y nobles y vuestros testigos veraces que serán muy escuchados en presencia de Dios. Estoy convencida de que nada nos ayuda tan bien delante de Dios como la tribulación. Ni hay nada que nos tenga tan unidos a Dios y a Él nos conduzca como la tribulación. Por eso, si tengo por vosotros una santa envidia, no os extrañéis.

Os suplico: no os olvidéis de mí, como yo jamás me olvido de vosotros. Estoy firmemente convencida, hijos míos, de que la nobleza que nace de la santísima tribulación, es desconocida, porque, si no la buscaríamos afanosamente. ¡La luz de los afligidos esté con vosotros! ¡El amor y la paz del Altísimo estén con vosotros! ¡La bendición del Altísimo Dios, hijitos, esté siempre con vosotros y con nosotros! Todos nuestros augurios se cumplan en Aquél que es la única salvación. Os saludo en el Dios-Hombre llagado y en la Virgen su Madre, y no les seáis desagradecidos. Rezad por mi compañera que está más enferma que nunca, y por mí, vilísima creatura.

Como se debe amar a Dios.- Nuestro Dios, el Dios increado, el Dios encarnado, el Bien sumo y perfecto, es todo amor, y por eso ama con todo su ser y quiere ser amado de la misma manera. Y quiere que sus hijos se transformen totalmente en El por el amor. Y llamo hijos suyos, especiales, predilectos, a los que viven con pleno amor, en la gracia y en la caridad, en unión con Dios, Bien perfecto. Todos nosotros somos sus hijos por la creación; pero hijos especiales, predilectos, son aquellos en los que este Dios, que es el Sumo Bien, se complace de manera peculiar por hallar en ellos su propia semejanza. Esa semejanza en el alma de cada uno de los hijos de Dios la conceden, la realizan y la

forman, la gracia y el perfecto amor de Dios. Ya que Dios es bueno y generoso por naturaleza, quiere la totalidad del corazón de su hijo y no una parte, y no admite condiciones o compañías que se le opongan. Pero Dios es tan respetuoso hacia el alma, que si el alma le da todo su corazón, todo lo toma; si le da una parte, toma una parte, si bien el amor perfecto naturalmente exija la totalidad y no una parte. Sabemos que el esposo, amando a la esposa, en lo íntimo de su corazón, no puede soportar de compartirla con algún otro. Así si el hijo de Dios conociera y saboreara a ese Amor divino, al Dios increado, al Dios encarnado, al Dios crucificado, que es el Sumo Bien, se daría completamente a él, y no sólo se despojaría de las demás creaturas sino también de sí mismo; y con todo su ser amaría a ese Dios de amor, hasta totalmente transformarse en el mismo Dios-Hombre, sumamente amado.

Por eso el alma, si quiere llegar a esa perfección del amor perfecto —que se da todo, y sirve a Dios no en vista de un premio que espera alcanzar en este mundo o en el futuro, sino que se da a Dios y sirve a Dios por Dios mismo que es totalmente bueno y todo Bien, merecedor de ser amado por sí mismo— esa misma alma ha de entrar por el camino recto y caminar con los pies de un amor puro, verdadero y ordenado.

El primer paso o peldaño que el alma que quiere llegar a Dios debe hacer cuando entra por este camino, es el de conocer a Dios en la verdad. Digo conocimiento de Dios en la verdad, no conocimiento exterior, sacado de las lecturas de libros, de palabras, de imágenes o de la semejanza de alguna creatura. Este modo de conocimiento, al decirlo con claridad, es un conocimiento sencillo de Dios. Conocer a Dios en la verdad, significa conocerlo en sí mismo; comprender su esencia, su belleza, su dulzura, su sublimidad, su virtud, su bondad; llegar al Sumo Bien a través de Él, Bondad Suprema. Un hombre culto conoce las cosas en su realidad, mientras una persona simple las conoce en su apariencia. Sobre esta diferencia se puede analizar un ejemplo o una comparación. Si por un camino se tiraran dos monedas, una de oro y otra de plomo, una persona sencilla recogería la moneda de oro, atraída por su belleza o su brillo y río porque conociera el valor del oro. En cambio, una persona instruida, que sabe distinguir el valor del oro y del plomo, recogería con gran solicitud la moneda de oro y descuidaría la de plomo. Así pasa con el alma: conociendo a Dios en verdad, intuye y comprende que Dios es bueno, y no sólo bueno, sino que es el sumo y perfecto Bien. Y descubriendo que Dios es bueno, lo ama por su bondad; y amándolo, desea poseerlo; y deseándolo poseer, está dispuesta a dar todo lo que tiene y puede tener, y hasta a entregarse a sí misma, con tal de poseerlo a Él. Y poseyéndolo, siente y experimenta su dulzura; y poseyendo, sintiendo y gustando con inenarrable gozo ese Sumo Bien y su infinita dulzura, entonces el alma, enamorada de ese dulcísimo Amado, desea conservarlo; y deseando conservarlo, lo abraza; y abrazándolo, lo aprieta a sí, y se hace una con Dios y Dios se hace uno con ella en una embriaguez de dulzura y de amor. Entonces la virtud del amor

transforma al amante en el Amado y al Amado en el amante. El alma, inflamada de amor divino, por la potencia del amor, se transforma en su amado Dios, al que ella ama con toda dulzura. Como un trozo de hierro incandescente acoge en sí la naturaleza del fuego y se apodera de su calor, de su color, de la fuerza y de la virtud del fuego y casi se vuelve fuego, y se da todo y no en parte, y en esa total entrega de sí mismo queda substancialmente incandescente; así el alma, unida a Dios y con Dios a través del fuego perfecto del divino amor, se ofrece toda y se arroja en Dios; y transformada en Dios, sin cambiar la propia substancia cambia toda su vida en Dios y por el amor se vuelve casi toda divina ^[37]. Es necesario, pues, que preceda el conocimiento, y luego siga el amor que transforma al amante en el Amado, es decir, transforma el alma que ha aprendido a conocer en la verdad y a amar ardientemente, en el Bien conocido y ardientemente amado. Este conocimiento el alma no puede alcanzarlo con sus fuerzas ni a través de otras creaturas. Sólo lo logra a través de la luz divina y de un don especial de la gracia de Dios ^[38]. Esa luz y esa gracia divina el alma no las puede alcanzar de Dios, Sumo Bien y Sumo Amor, más rápidamente y más fácilmente, que a través de una oración devota y pura, humilde, constante y violenta. Y entiendo una oración no sólo de la boca, sino de todo el ser, de la mente, del corazón y de todas las potencias del alma y de los sentidos del cuerpo. El alma que quiere y desea descubrir esa luz divina, recurre a tal oración, estudiando, meditando y leyendo continuamente en el libro de la vida, que es la misma vida de Cristo, hasta que vivió en esta vida mortal. Entonces Dios, el Padre Altísimo, muestra y enseña al alma la forma, el modo y el camino a través de los cuales ella pueda llegar al conocimiento del mismo Dios y llegar a su encuentro a través del amor. Y ese camino y ese magisterio el Padre altísimo los indica y los enseña en su Hijo muy amado.

La mortificación.- Digo más, y lo digo con segura verdad. El mismo Hijo de Dios Padre, por un acto de su caridad divina y por el infinito amor que nutre por la creatura racional, es decir, por el alma que es capaz de poseerlo, Él mismo se hizo camino y sigue siéndolo durante nuestra vida. Él es el camino verdadero, recto y corto, a través del cual toda alma que lo desee, puede caminar con Dios y hacia Dios con breves y limitados esfuerzos y con moderadas penitencias.

Toda alma, que posee la fe, puede ver y conocer cuan pequeña y modesta sea la mortificación en relación a la culpa del hombre y a su merecido castigo, como también en relación al premio que esperamos y a la gloria que nos ha sido prometida.

Nuestra culpa fue y es infinita, como es infinita la majestad de Dios que ha sido ofendida; por eso el castigo debería corresponder a la culpa. Pero la majestad de Dios, queriendo llamar al alma a su misericordia, le perdona ese infinito castigo y le dice: "Para poder venir a mí, haz tanta penitencia cuanta yo, el Hijo de Dios, hice en este mundo para salvarte. Entonces yo borraré tus ofensas, perdonaré tus culpas y te libraré de todo castigo". A todas luces se trata de un gran pacto que la bondad de Dios establece con el

alma: "No has de hacer por mí más que lo que yo hice por ti. Y tú no sufres por mi culpa, sino yo por la tuya; y yo sin la esperanza de recibir algún bien, tú con la esperanza de recibir un premio infinito".

Si quieres, pues, conocer la pequeña, modesta y limitada mortificación que Dios quiere de ti, oh alma, te diré: Él te pide tanta cuanto convenientemente puedes hacer. Y quiere que esta mortificación dure mientras vivas en esta vida mortal, no más. Si vives una hora, haz mortificación por una hora; y si vives más, haz más mortificación, porque Él quiere que tú te mortifiques mientras vivas y no más, según cuanto está establecido por su justa y ordenada voluntad.

El ejemplo, el modo y la forma de tal mortificación nos son dados y enseñados de manera verdadera y perfecta por la vida de Cristo, por la mortificación que Él practicó y por la compañía peculiar que Cristo se escogió durante su vida terrenal. Desde el momento en que el alma de Cristo fue creada e infundida en su sagrado cuerpo, en el seno de su santísima Madre, hasta la última hora en que su alma salió de su sagrado cuerpo por la despiadada muerte de cruz, jamás vivió sin esa compañía. Y en esta tierra jamás le llegó a faltar esa compañía. Lo cual no aconteció ni a los apóstoles ni a alguno de sus discípulos, ni a Juan el evangelista, ni a su misma Madre, la santísima Virgen María. ¿Hubo quizás otra compañía que le fuera más fiel, más constante y más amorosa que ésta? Pienso que fue esa compañía la que Dios Padre, según su beneplácito, dio a su Hijo durante su vida terrenal: la compañía de la perfecta, constante y suma pobreza; la del perfecto, constante, y sumo desprecio; y la del perfecto, constante y sumo dolor. Esta fue la compañía que siempre acompañó a Cristo durante su mortificada existencia. Y esa mortificación duró cuanto su vida en el mundo, y gracias a ella subió al cielo según su humanidad. Y según ella el alma puede y debe caminar hacia Dios y en Dios.

Fuera de ese camino no hay otro. Los miembros deben recorrer el mismo camino que ha recorrido la Cabeza. Los miembros deben asociarse a esa misma compañía que siempre estuvo junto a la Cabeza.

LA "COMPAÑÍA" DE CRISTO.

La primera compañera de nuestra Cabeza, como se dijo, fue la pobreza voluntaria, constante, suma y perfectísima. La pobreza tiene tres modalidades: una grande; otra mayor y unida a la primera; la tercera, suma y perfectísima, y unida a la primera y a la segunda. Y si bien esta pobreza tuviera en Cristo los tres grados, todavía en Él fue suma y perfectamente una.

El primer grado de la perfecta pobreza de Cristo —que es el camino y el maestro del alma— consistió en que Él quiso vivir y ser pobre de todas las cosas temporales de este mundo. No guardó para sí ni casa, ni terreno, ni viñedo, ni posesiones, ni dineros, ni

fincas, ni utensilios de cocina, ni otras propiedades. Y de las cosas de este mundo no tuvo ni quiso poseer otra cosa sino la extrema indigencia de su vida corporal, con penuria y hambre y sed; con frío y calor y mucha fatiga; y con austeridades y asperezas. No utilizó cosas refinadas y costosas, sino bastas y ordinarias que todos utilizaban, según la estación, la ocasión y el lugar, en ese país en el que Cristo habitó y vivió paupérrimamente.

La segunda pobreza, mayor que la primera, consistió en que quiso vivir y ser pobre de parientes y de amigos y de todo afecto temporal. Por eso no tuvo ni un amigo ni un pariente por cuya gracia se le ahorrara al menos una punzada de los clavos, o un latigazo, o una acusación o una injuria. Y tanto se despojó del amor de los parientes y consanguíneos que ni por la madre, ni por un hermano, ni por un amigo, se sustrajo, ni quiso sustraerse a ninguna cosa que agradara o pudiera agradar a la voluntad de su Padre, el Altísimo.

La tercera y suma pobreza consistió en que se despojó de sí mismo, es decir, se hizo pobre de la propia potencia, de la propia sabiduría, de la propia gloria. El que era el Dios increado, el Dios-Hombre, el Dios encarnado y el Dios crucificado, quiso mostrarse y vivir en el mundo como un pobre tipo, sin pujanza, sin prestigio y sin cultura humana, hombre con todos los límites y del más bajo nivel.

¡Oh pobreza despreciada! ¡Oh pobreza expulsada hoy de la tierra casi con clarines por gente de toda condición! ¿Puede hoy hallarse una creatura que pueda gloriarse de estar asociada a tal y tan perfecta compañía? Bienaventurada esa creatura que por su mortificación puede gloriarse de esa compañía, que Cristo en persona quiso acoger para darnos ejemplo.

Pero cómo nos comportamos nosotros, lo vemos y lo sabemos bien. No sólo arrebatamos para nuestras necesidades las cosas temporales con aviesa amplitud, sino que, no contentos de ello, ansiamos lo superfino. ¡Ay de mí! ¡Sabemos bien cómo el Hijo de Dios estaba vestido, y conocemos en qué lecho fue puesto y descansó en la cruz! ¡Y sabemos con qué bebida fue aliviado y cómo fue asistido, defendido y ayudado por sus amigos y a quién fue asociado! ¡Y sabemos cómo quiso defenderse, y encumbrarse y darse importancia y glorificarse de su poder y de su sabiduría! De todas veras lo hubiera podido hacer porque en sí y por sí poseía la potencia, por esencia, gracia y naturaleza. En cambio, nosotros delante de los demás hacemos ostentación hasta de lo que no poseemos. Y por eso nuestra mortificación no sigue el camino justo, porque abandona y se aleja de la primera compañera de Cristo: la santa pobreza.

La segunda compañera, a la cual estuvo constantemente asociada la vida de Cristo en este mundo, fue el voluntario y perfecto desprecio. Quiso vivir en este mundo, y vivió, como un esclavo rechazado, vendido y no rescatado. Y no sólo como un esclavo, sino como un esclavo malo y perverso, cubierto de oprobios y de burlas, atado,

golpeado, apaleado, flagelado, y sin motivo condenado y muerto. Y si alguno quería tributarle algún homenaje temporal, siempre lo rechazó con las palabras y con los hechos. Siempre rehuyó los honores mundanos y sólo buscó la humillación y el desprecio, no ofreciendo, de su parte, ni motivo ni ocasión plausible. ¿Se halla hoy alguna persona que prefiera esa compañera y huya de los honores y ame el desprecio? ¿Que quiera ser envilecida y despreciada por el bien que realiza y rechace toda alabanza y elogio? Por lo que sé, no las hay, con excepción de las que, a través del perfecto amor, están unidas a Cristo, su Cabeza.

El alma, llena del amor de Cristo, viendo que su misma Cabeza quiere y ama a esa compañera, también ella la ama y la desea. A veces se encuentran almas que dicen: "Yo amo a Cristo y quiero amarlo; y no me importa si el mundo no me quiere honrar; pero no quiero ni deseo ser despreciada ni pisoneada. Así vivo en constante lucha y temor de que los hombres me traten mal y que Dios lo permita". Esta alma manifiesta señales de poca fe, poca justicia y poco amor.

Esa alma o cometió alguna culpa por la cual merece soportar castigo, confusión y desprecio — cosa de la que pocos pueden andar exentos— o no la cometió. Si pecó con obras manifiestas o escondidas, debe prepararse a soportar la pena con paciencia y con gozo y con aceptación del alma y del cuerpo. Y esto por dos razones: en primer lugar, porque en ese castigo y en esa humillación el alma se purifica de la pena que debe soportar por su propia iniquidad; en segundo lugar, porque ese castigo y esa humillación, soportados y aceptados con paciencia, satisfacen a Dios y al prójimo, según la decisión de la divina justicia. Pero si no cometió culpa ni con la intención ni con la acción, el alma, si Dios permite tal prueba, debe aceptarla cien veces más con mayor agrado y mayor alegría. Esa pena, esa confusión y esa vergüenza redundan todas en el aumento de la gracia. Y creciendo el mérito de la gracia, crecen el premio y el don de la gloria.

Pero nosotros tememos que Dios, que es bueno, no nos haga crecer más y no tememos que nuestra culpa nos haga disminuir y decrecer. En verdad es así cómo crecen las almas de los santos y de los amigos de Dios. Por eso Cristo amó la humillación y rehuyó los honores, y quiso ser, según el querer de Dios y sin haber cometido ninguna falta durante toda su vida, voluntariamente desechado y despreciado, para enseñar a sus amigos cómo a través del amor se puede crecer en mérito y en gracia. Esta es la segunda y constante compañera de la vida de Cristo, el cual la amó tanto que jamás quiso separarse de ella. Si queremos examinar el primer período, el intermedio y el último y todo momento de la vida de Cristo, el Hijo de Dios, no hallaremos más que humildad, una vida sin honores en este mundo y cuajada de desprecios.

La tercera compañera de Cristo, más constante y sentida, fue el dolor altísimo, al cual el alma de Cristo fue enseguida asociada. Su alma, unida con su cuerpo a la divinidad, fue colmada de toda sabiduría. Pero a la vez que Cristo todo lo comprendía,

comenzó a recorrer el camino humano ^[39]. Desde el seno materno su alma santísima comenzó a sufrir los más exquisitos dolores, debiendo satisfacer perfectamente a Dios no por sus culpas, sino por las culpas humanas, sintiendo, viendo, conociendo y comprendiendo en conjunto y singularmente, todas las penas, y cada una de ellas, que El, luego, debía experimentar y padecer tan dolorosamente en su alma y en su cuerpo. Su alma santa veía y conocía todos los cuchillos de las lenguas de los hombres, es decir, las palabras cortantes de todas y cada una de las lenguas, por las que debía ser acuchillado en el futuro. Y sabía cuándo, y cuánto, y cómo, y por quién y en cuál lugar debía ser atacado. Y Cristo veía y conocía cómo El, en cuanto hombre, debía ser traicionado, prendido, vendido, abandonado, renegado, atado y ridiculizado, apaleado y flagelado, juzgado y condenado como ladrón, conducido a la cruz, despojado, crucificado, muerto, blasfemado, atravesado por la lanza y herido en su costado. Conocía todos los golpes de los martillos, todas las heridas de los clavos, todos los dolores, todos los suspiros, todos los llantos y todos los lamentos desgarradores de su Madre. Estas cosas su alma santa siempre las tenía en su corazón y las tenía delante de los ojos y las meditaba. Por esto toda la vida de Cristo fue acompañada por un constante dolor.

¿Cómo, pues, puede acercarse a Cristo, que es camino de dolor, esa alma desgraciada que en este mundo siempre quiere tener placeres? En verdad, el alma que estuviera enamorada del Amado, en esta vida no quisiera otro lecho que aquel en el que El descansó. Estoy segura de que María, su Madre, viendo a su Hijo amoroso llorar y morir en la cruz, no le pidió al Hijo sentir dulzura sino dolor. Así un alma que pida a su Amado sentir en este mundo algo que no sea dolor, demuestra tener poco amor. Toda alma puede comprender bien que a un amo noble le gustan más los servicios de un pobre que fielmente le obedece por amor, sin recompensas ni ventajas, que los servicios de un rico que diariamente recibe abundantes gratificaciones y lo sirve con la esperanza de alcanzar especiales beneficios. Así el alma, si corre por amor en pos de Dios, cuando experimenta y gusta las divinas dulzuras, tiene menor mérito que el alma que corre en pos de Dios y lo sirve con igual amor, pero sin dulzura alguna y en continuo sufrimiento.

Estas enseñanzas creo que me vienen de la luz divina de la vida de Cristo, que es el camino que conduce, a través del amor, a Dios y en Dios. Ese camino lo recorrió nuestra Cabeza; ese camino deben también recorrerlo las manos, los brazos, los hombros, los pies, las piernas y todos sus miembros. El alma, a través de la pobreza material, hallará riquezas eternas, y a través del desprecio y de la humillación, el más alto honor y la cumbre de la gloria. A través de la mortificación, sufrida con pena y dolor, poseerá a Dios, sumo y eterno Bien, con gozos y consuelos infinitos, si bien, como ya se dijo, el alma debe servir a Dios sólo por El mismo, que bien merece ser amado y servido por toda creatura racional, únicamente por su bondad. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios!

¡Amén!

SERVIR PARA AMAR.

Hijo, con toda mi alma deseo que tú seas uno que ama y a la vez busca el dolor. Con toda mi alma deseo que tú seas privado de todo consuelo temporal y espiritual. Este es mi consuelo, y ruego sea también el tuyo. Yo no entiendo servir ni amar en vista de un premio. Entiendo amar y servir a Dios por su bondad incomprensible. Anhele, pues, que tú renazcas y crezcas en la aspiración de ser privado de todo consuelo, por el amor del Dios-Hombre desolado. No te digo nada más que esto: que crezcas en la unión con Dios y que, mientras vivas, sufras hambre y sed.

Una vez, la sierva de Cristo me confió que Dios le había comunicado que, a aquellos por los cuales El padeció, les es leve el sufrir por El. A aquellos por los cuales quiso sufrir el desprecio, les es fácil sufrir el desprecio por El. A aquellos por los cuales quiso morir, les es dulce morir por El.

Dios bendice a los discípulos de Ángela.- En la fiesta de las Cadenas de San Pedro ^[40], mientras esperaba comulgar durante la Misa que uno de vosotros debía celebrar en el altar junto al púlpito que está por el lado derecho de la iglesia de San Francisco, de repente me fue dicho: "Mira: viene el fraile fulano", —(Ángela se refiere a uno de los nueve hijos que estábamos cerca del altar junto a ella)—. Cuando la voz dijo: "Mira: viene el fraile fulano", yo, dudando, no quise levantar la cabeza para mirarlo, pero volviendo del altar lo vi. Me fueron dichas muchas cosas relacionadas con ese fraile en particular. Luego de todos en general se me dijo: "Por éstos y por muchos otros tendrás alegría", ya que había pedido que todos fueran purificados y colmaran mi corazón de alegría. Entonces Dios los purificó a todos y me dijo: "A estos tus hijos, presentes y ausentes, les daré el fuego del Espíritu Santo que a todos los abrasará, y por el amor los transformará totalmente en mi pasión. Pero entre todos habrá una gran diferencia. Los que más se acuerden de mi pasión, tendrán más de mi amor. Y los que tengan más amor, estarán más unidos a mí". Habló mucho más acerca de esa diferencia; pero ya no lo recuerdo.

Mi alma estaba sumergida en una embriagadora felicidad y en ese momento fue súbitamente arrobada. Y vi a la majestad de Dios de modo totalmente indescriptible, como nunca me había sucedido. Veía que Dios abrazaba a todos estos hijos. A algunos los tenía a su lado; y a otros más cerca de su pecho y de su rostro; a otros los tenía completamente abrazados. Y esto pasaba según su diferente transformación en la pasión de Cristo y en su amor. Tanto los primeros como los segundos y los terceros, todos gozaban de Cristo; pero aquellos a quienes tenía totalmente abrazados y estaban con el rostro dirigido a Dios, gozaban inmensamente más que otros. Y yo estaba colmada de dicha.

A la mañana siguiente quise entrar en la iglesia de la Virgen gloriosa de la Porciúncula, para lucrar la indulgencia. Para ayudarme a entrar en la iglesia, me sostenía de la mano de una mujer. Apenas puse el pie sobre el umbral, mi alma de repente cayó en éxtasis, mientras el cuerpo por las apreturas se detuvo sin poder moverse. Y me solté de esa mujer que delante de mí me ayudaba. Y vi una iglesia de maravillosa belleza y grandeza, súbitamente ampliada por obra de Dios. En ella no había nada de terrenal, sino que todo era inefable. Mi alma se extrañaba de cómo tan de repente, en el mismo instante en que pisaba el umbral, la iglesia se ensanchara. Yo sabía bien que la capilla de Santa María de la Porciúncula era muy pequeña ^[41].

Las hijas de la soberbia.- Nada nos es necesario fuera de Dios: hallarlo a Él y reconducir a Él nuestra mente. Para que el alma sea reconducida a Dios, es necesario interrumpir toda relación superflua, toda charla vana y toda familiaridad inútil, y no tener curiosidad por toda novedad. En una palabra, el alma debe desprenderse de todo lo que la distrae y entrar en sí para pensar en el abismo de sus miserias. Piense en cómo se portó en el pasado y cómo obra en el presente y examine cuál bien podrá ofrecer a Dios. No pase ningún día sin este examen; y, si pasa el día, no pase la noche.

Alma, vuélvete a considerar la misericordia de Dios, cómo Jesús se ha comportado contigo en todas tus miserias. Tengan cuidado de demostrarle tu gratitud, y no olvides nunca los beneficios recibidos. Guárdate de toda soberbia. Lucha contra todo deseo de honores espirituales y temporales, toda vanidad, contra la gula y la avaricia. No quieras poseer nada, ni mucho ni poco, que te haga avaro. No vayas en busca de cargos; ni desees la autosuficiencia. Estas cosas son hijas de la soberbia y no permiten al alma elevarse hacia lo alto.

LOS DOLORES DE CRISTO.

En Cristo hubo un dolor indecible, múltiple y misterioso, sumamente desgarrador, que le fue destinado por la inefable sabiduría de Dios. La voluntad de Dios, que es incomprensible y que está eternamente unida a Cristo, reservó para El la cumbre de todo dolor. Cuanto más admirable fue la voluntad de Dios, tanto más intenso y profundo fue el dolor de Cristo. Fue un dolor tan desgarrador, indescriptible, inmenso y dispensado por la voluntad de Dios, que ninguna mente es tan grande y tan capaz de poderlo comprender. La voluntad de Dios fue la fuente de origen de todos los dolores de Cristo: de ella derivaron y en ella se cumplieron.

Él Cristo tuvo también un dolor que se derivaba de la inefable luz divina que El poseía. Dios, luz inefable, iluminando a Cristo de manera inimaginable, uniéndolo a sí y a su eterna voluntad de manera inexpresable y transformándolo con su misma luz divina, le procuraba un dolor tan grande que es del todo indescriptible. Cristo veía que se le

daba una medida infinita de dolor, que, por ser tan excesivo y tan inexpresable, quedaría impenetrable a toda creatura. De ese dolor iluminado por la luz divina, la voluntad de Dios fue la fuente y el origen.

En Cristo hubo también un dolor intensísimo y desgarrador, proveniente de la compasión sobrenatural que Él tuvo por el género humano, al que amaba tan profundamente. Cristo con sumo dolor tenía compasión de cada uno, según la medida de los pecados y de los castigos en los que sabía con toda certeza que incurrían o habían incurrido. Cristo amó a cada uno, Cristo también tomó sobre sí ese dolor. Y también este dolor tuvo su fundamento en la voluntad de Dios.

En Cristo hubo también el dolor de compasión por los apóstoles y discípulos. Tuvo compasión por la inmensa aflicción que ellos debían sentir por la pérdida de su dulcísima presencia física que los colmaba de tanta felicidad. Esa presencia corporal era para ellos fuente de admiración, de amor y de cordialidad. Por eso la muerte de Jesús precipitó en un abismal dolor a su Madre, a los apóstoles y a todos los discípulos. También este dolor tomó sobre sí Jesús, el Dios-Hombre.

En fin, en Cristo hubo el dolor vehemente y desgarrador por su propia alma, tan gentil, noble y delicada. Cuanto más noble y delicada era esa alma, tanto más agudo e intenso fue el tormento que la afligía. Y esa alma nobilísima estaba afligida por los máximos dolores. Todos estos dolores tuvieron su origen en el altísimo e incomprensible designio de Dios.

Y tú, madre también añadiste: Todos estos dolores de manera indescriptible confluyeron en un inmenso dolor que dilaceró tan intensamente el alma de Jesús, que todo dolor rebotó en su cuerpo, para atormentarlo vivísimamente.

Los cinco cuchillos.- Jesús, el Dios-Hombre, fue acuchillado por cinco clases de cuchillos.

La primera clase de cuchillos fue la despiadada crueldad de los corazones endurecidos contra Él. Su obstinación era tan continua y violenta que sólo estaban ansiosos de cómo pudieran exterminarlo de la tierra de la manera más cruel e ignominiosa.

La segunda clase fue la de las lenguas de los hombres que vomitaban contra Él perversas injurias. Sus corazones llenos de odio no se aplacaban jamás. Por esto decían contra Él palabras venenosas y malignas, que rebotaban de sus corazones.

La tercera clase fue la de las iras desmedidas sin ninguna moderación. Sus corazones empedernidos mataban continuamente a Cristo, sus lenguas lo mordían mortalmente, así desahogaban sus iras feroces contra Él. Cuántos eran los pensamientos contra Cristo, otros tantos cuchillos se clavaban continuamente en su alma. Cuantas eran las injurias y cuantos eran los furores despiadados contra Él, otros tantos puñales atravesaron su alma constantemente.

La cuarta clase de cuchillos fue la obra que llevaron a cabo las malditas maquinaciones, porque se ensañaron con El a su capricho.

La quinta clase fueron esos horrendos clavos que lo clavaron en la cruz. Escogieron clavos gruesos, bastos, ásperos y cuadrados, para que de tal forma los clavos resultaran una tortura inmensa y su malicia quedara saciada. De esa manera Jesús, el Dios-Hombre, nos manifestó algo de su excesivo y del todo indescriptible dolor y nos enseñó que también nosotros debemos compartir su dolor desde lo íntimo del corazón.

Jesús abandonado.- Por tres razones gritó Cristo en la Cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt. 27, 46). Su grito fue ante todo oración, poniendo de manifiesto a Dios y al Hombre. Como Dios, no podía ser abandonado; pero El, cuando gritó que Dios lo había abandonado en sus tormentos, se manifestó como hombre. Su grito fue también la síntesis de los dolores súper desgarradores e indescriptibles que El padeció por nosotros. Dios Padre conocía bien los dolores del Hijo, y el mismo Jesús los conocía porque los experimentaba. Entonces sólo por nosotros lanzó ese grito para indicarnos que El soportaba esos constantes y súper desgarradores dolores no por sí mismo, sino por nosotros; y para enseñarnos que debemos compartir sus martirios.

La creación y la formación del cuerpo de Cristo, la infusión del alma y la unión del Verbo se realizaron conjunta y simultáneamente. Por la unión de estas súper admirables realidades el alma de Cristo fue colmada de la más alta e inefable sabiduría, que le permitía tener presentes todas las cosas con una presencia misteriosa y perfecta. Por eso contempló por disposición de la sabiduría divina, en el primer instante de su concepción, el inmenso e inexpresable dolor que lo esperaba inevitablemente, lo soportó y lo llevó durante toda su vida hasta el momento en que su alma y su cuerpo se separaron. De ello dan testimonio sus mismas palabras, cuando a menudo dice que El lleva la cruz y carga con ella; y también cuando dice a sus discípulos —por el bien de ellos y nuestro, como ya se dijo, para que saquemos provecho para nuestra salvación, y no por sí: —"Mi alma está triste hasta la muerte"(Mt. 26, 38). Con ello insinúa a todos, y de manera especialísima a sus hijos legítimos, que siempre deben compartir sus dolores.

En fin, Jesús emitió ese grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", para darnos la esperanza y alentarnos. Si nos tocara ser afligidos y atribulados, y si hasta nos sintiéramos abandonados en algunas angustiosas situaciones, no debemos ceder por un acto de desesperación, sino que debemos ver con toda claridad a través de su ejemplo, que Dios nos hace sacar provecho de la misma prueba, y que está siempre dispuesto a correr en nuestra ayuda.

LA LUZ DE DIOS.

Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección. Si quieres comenzar a poseer esa luz de Dios, reza. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, reza. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz, para poder permanecer en ella, reza. Si quieres la fe, reza. Si quieres la esperanza, reza. Si quieres la caridad, reza. Si quieres la pobreza, reza. Si quieres la obediencia, reza. Si quieres la castidad, reza. Si quieres la humildad, reza. Si quieres la mansedumbre, reza. Si quieres la fortaleza, reza. Si deseas alguna virtud, reza. Y reza de esta manera: leyendo en el libro de la vida, a saber, en la vida del Dios-Hombre Jesús, que fue pobreza, dolor, desprecio y perfecta obediencia.

Y cuando hayas entrado por ese camino de perfección, serás molestado de muchas maneras y serás afligido horrendamente por infinitas tribulaciones y tentaciones de parte de los demonios, del mundo y de la carne. Pues bien, si quieres vencer, reza.

Cuando el alma quiere rezar, es necesario que acuda con la pureza de la mente y la del cuerpo, con pureza y con rectitud. Es necesario que cambie el mal en bien y no haga como muchos perversos que cambian el bien en mal. Así el alma se ejercita en esta pureza y se acerca con mayor confianza a la confesión que la liberará de las culpas. Y para que en el alma no quede nada impuro, ella se impone algunos interrogantes: se aísla en la oración, considera el bien y el mal que ha hecho, examina la intención con la que obró el bien: los ayunos, las oraciones, las lágrimas y toda otra buena acción cumplida; y discierne cómo obró con poca sinceridad, es decir, de manera insuficiente y con omisiones.

No hagamos como los malos. Confiesa tu pecado y haz penitencia. En esa confesión el alma halla la pureza. Después vuelve a la oración, y no te afanes en otras ocupaciones una vez que comiences a sentir cerca a Dios con mayor plenitud que en el pasado. Tu paladar ahora está dispuesto mejor que en el pasado a saborear a Dios, y te es dada una luz potentísima para ver a Dios en sí mismo.

Cuídate de darte a alguno si antes no has aprendido a desprenderte de los demás. Desconfía de los que usan palabras dulces y se hacen agradables con sus discursos espirituales y ostentan revelaciones. Estas son las trampas con que el diablo arrastra a otros en pos de sí. Cuídate de tus fervores, es decir, del espíritu que te acompaña durante el fervor. Antes de seguirlo, examínalo y considera qué principio, qué medio y qué fin persigue. Sólo sigue lo que concuerda con el libro de la vida, y nada más.

Además, desconfía de los que dicen tener el *espíritu de libertad* ^[42] y que se despliegan abiertamente contra la vida de Cristo. Dios Padre quiso que estuviera sujeto a

la ley el Hijo suyo, el cual no estaba obligado a la ley, sino que era superior a la ley y más aún, era el autor de la ley. El que era libre, se hizo esclavo. Por eso, los que pretenden seguir a Cristo, es necesario que se conformen a su vida, no procurando eximirse de las ataduras de la ley y de los mandamientos de Dios, como hacen muchos, sino sometándose a la ley y a los mandamientos de Dios y también a sus consejos. Estos se hacen un círculo que les da la orden: es decir, el Espíritu Santo les ordena un sistema de vida y los ata. Ellos podrían hacer lícitamente muchas cosas que no son contra la conciencia, pero el Espíritu Santo no se lo permite hacer por sus muchos llamamientos. Por eso, los que quieren recibir esos llamamientos, recen [\[43\]](#).

Cuídate, y no cedas espacio a los enemigos desistiendo de orar. Cuanto más tentado seas, tanto más persevera en la oración. Es en virtud de tu continua oración que mereces ser tentado. El oro ha de ser purificado y fundido. Y es en virtud de la continua oración que mereces ser liberado de las tentaciones. La oración ilumina, libera de las tentaciones, purifica y une a Dios. La oración no es más que la manifestación de Dios y de uno mismo. En esta doble manifestación, de Dios y de uno mismo, consiste la verdadera y perfecta humildad.

La humildad.- El estado de humildad se consigue cuando el alma ve a Dios y se ve a sí misma. Entonces se halla en la más perfecta humildad. Por esa humildad la gracia de Dios penetra más profundamente y crece en el alma. Cuanto más la gracia de Dios abisma el alma en la humildad, tanto más desde ese abismo de humildad aumenta la gracia de Dios, y cuanto más aumenta la gracia de Dios, tanto más el alma se hunde en los abismos de la humanidad y ahí descansa.

La perseverancia en la humildad hace aumentar en el alma la luz de Dios y la gracia. Y la luz de Dios y la gracia hunden cada vez más el alma en los abismos de la humanidad, a través de la lectura, como se dijo, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo. Llegar a la manifestación de Dios y de sí mismo: no conozco cosa más grande. Pero la gracia de esa manifestación de Dios y de sí mismo la merece únicamente la oración de los hijos legítimos de Dios. Delante de estos hombres que saben rezar se pondrá el libro de la vida, es decir la vida del Dios-Hombre, Jesucristo, en el cual hallarán todo lo que anhelan. Y serán colmados de la bendita sabiduría de Dios que no hincha, y allí hallarán toda la doctrina necesaria para ellos mismos y para los demás. Si quieres, pues, llegar a las cumbres de la iluminación y de la enseñanza de Dios, lee en ese libro de la vida. Si lo lees bien, y leyéndolo meditas, serás iluminado e ilustrado acerca de todo lo necesario para ti mismo y para los otros, cualquiera que sea tu estado. Si lo lees atentamente y no de prisa, serás inflamado por el fuego de Dios de tal modo que acogerás como gran consuelo toda tribulación; y te considerarás muy merecedor de tribulaciones.

Y además, lo que es aún más grande, si te tocan en suerte alguna prosperidad o alguna alabanza de los hombres por los dones que Dios ha puesto en ti, no te hincharás

ni te alzarás en soberbia, porque, leyendo en el libro de la vida, podrás ver y reconocer en verdad que la alabanza no te pertenece. Uno de los signos por los cuales el hombre puede conocer que está en gracia de Dios es éste: por ninguna cosa se hincha y se ensoberbece, sino que en todo halla motivo de humillarse.

La oración es de tres especies: corporal ^[44], mental y sobrenatural. La oración está allí donde se halla a Dios. Hay tres clases o partes de la oración, fuera de las cuales es imposible hallar a Dios. Y son la oración corporal, mental y sobrenatural. La oración corporal es la que se hace con sonidos de palabras y con ejercicios del cuerpo, como las genuflexiones y actos semejantes. Yo jamás descuido este tipo de oración. Hubo veces en que deseaba ejercitarme en la oración mental; pero advertí que la pereza y el sueño se burlaban de mí y estaba perdiendo el tiempo; por eso volvía a la oración corporal.

La oración corporal introduce en la oración mental. Pero debe hacerse con atención. Cuanto tú recitas el "Padrenuestro", considera lo que estás diciendo y no corras, preocupado de alcanzar cierto número, como hacen las mujercitas que realizan tareas a destajo.

La oración mental se alcanza cuando la meditación de Dios ocupa tanto nuestra mente que a ninguna otra cosa se dirige el espíritu, sino a Dios. Si alguna otra cosa penetra en la mente, esa oración no puede llamarse ya mental. Y esta oración traba la lengua, que así no puede hablar más. La mente está totalmente henchida de Dios, y ninguna otra cosa puede distraerla, ni pensamiento ni conversación que no sea Dios.

De la oración mental se pasa a la sobrenatural. Es sobrenatural la oración en la que el alma, por la dignación de Dios que la colma, tanto se eleva, que se dilata por encima de su misma naturaleza. Comprende a Dios más que lo que podría comprender con su misma naturaleza y conoce que no puede comprender. Y lo que conoce, no lo puede explicar, porque casi todo lo que contempla y experimenta trasciende su naturaleza ^[45]. En estos tres grados el alma aprende a conocerse a sí misma y a Dios. Y en proporción a cómo conoce a Dios, lo ama; y en proporción a cómo lo ama, desea poseer lo que ama.

La sabiduría de Dios, que es ordenada y ha impuesto a todas las cosas un orden, estableció con su suprema sabiduría que nadie pueda llegar a la oración mental sin que antes posea la corporal, y que a nadie sea concedida la oración sobrenatural sin que antes posea la corporal y la mental. Y esta sabiduría ordenadísima exige que las oraciones de las Horas le sean tributadas a la hora prescrita, a menos que uno esté totalmente impedido por alguna enfermedad física, o a menos que de la oración mental y sobrenatural sobrevenga una tal alegría que la lengua carnal quede completamente absorbida. Además, la oración debe hacerse, en lo posible, con el alma tranquila, y, ¡ojalá!, en la soledad y en el recogimiento corporal.

Cuanto más reces, más iluminado serás. Y cuanto más seas iluminado, tanto más

profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más lo ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. Por último, llegarás a la plenitud de la luz, porque comprenderás que no puedes comprender. De esta espléndida oración, en la cual debemos perseverar, tenemos un ejemplo que nos viene del mismo Hijo de Dios, quien nos enseñó a orar de muchas maneras con las palabras y con las obras.

Nos exhortó con sus mismas palabras a orar, cuando dijo a los discípulos: "Velad y orad para no caer en la tentación" (Mt. 26, 41). Y en muchas partes del Evangelio hallarás que nos instruyó de muchas maneras sobre esta santa oración, y a todos nos hizo entender que le era muy querida, y muchas veces nos exhortó. Como nos amaba de verdad y de corazón, para que no tuviéramos disculpas acerca de la santa oración, el mismo Jesús quiso orar para que, siquiera arrastrados por su ejemplo, la amáramos sobre toda cosa. Dice el evangelista: "Después de haber orado largamente, su sudor se condensó en gotas de sangre que fluían por la tierra"(Lc. 22, 43). Coloca delante de tus ojos este espejo, y esfuérate con todo tu ser por alcanzar algo de esa oración, ya que El rogó por ti, y no por sí mismo.

Oró también cuando dijo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se cumpla mi voluntad sino la tuya" (Mt. 26, 42). Considera cómo Jesús somete su voluntad a la voluntad de Dios. Obra tú también según ese ejemplo.

Oró también cuando suspiró: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc. 23, 46). Pues bien, ¿qué más? ¿Por qué descuidas la oración, si nada se puede lograr sin la oración? Jesús, que era verdadero Dios y verdadero Hombre, rogó por ti, no por sí mismo, para que tomes el ejemplo de la auténtica oración. Si de El deseas algo, es absolutamente imprescindible que reces. Sin la oración nada lograrás.

Tenemos además el ejemplo de la Virgen gloriosa, Madre santísima del Dios-Hombre, Jesús. ¿Tendríamos en poco aprecio su oración y la de su bendito Hijo? Y si no, ¿por qué no la imitamos? Ella nos enseñó a orar, proponiéndonos el ejemplo de su santa oración. Ella oró cuando ofreció a Dios la propia virginidad. Y mientras estaba absorta en esta oración, la luz divina descendió en ella más abundante. Y en fuerza de esa luz divina y con mayor esplendor consagró a Dios junto con su virginidad también su alma y su cuerpo. Y con esa luz divina la Virgen llegó a la perfecta manifestación de Dios y de sí misma. Su oración, es decir esa doble manifestación, fue siempre su altísima contemplación.

Los hombres oramos de dos maneras de las que la Virgen no tuvo necesidad. Rezamos para ser liberados de la pena eterna que merecimos por nuestros pecados y también rezamos para que, por la abundancia de su misericordia, seamos purificados de los mismos. La Madre de Dios no tuvo necesidad de hacer estas dos peticiones.

Rezamos también para ser iluminados y para crecer en las virtudes y en los dones de la gracia que la Madre de Dios poseyó en grado sumo. Si bien la Virgen María procediera de nuestra corrompida humanidad, sin embargo fue elegida de manera singular por el Padre y por El embellecida de un privilegio especial, glorioso y grande: el de no tener necesidad de ser purificada ni liberada de la pena ^[46].

La Madre de Dios fue tan privilegiada por singulares virtudes e inefables dones que jamás, ni por breve tiempo, pudo ser separada de esa unión con Dios. Y vivió siempre unida a la divina e inefable Trinidad, tanto que, ya en esta vida, gozó de esa beatitud que los santos gozan en el paraíso: la beatitud de la incomprendibilidad ^[47]. Los santos comprenden que no pueden comprender. Y en tal comprensión, desde la tierra, se sumergió feliz el alma de la bienaventurada Virgen, si bien no pudiera disfrutar en este mundo de la experiencia del paraíso.

LA POBREZA Y SAN FRANCISCO.

El primer hombre cayó por causa de la pobreza, y por causa de la pobreza nos salva el segundo hombre, el Dios-Hombre, Cristo. La peor pobreza es la ignorancia. Adán cayó por ignorancia, y todos los que se pierden, han caído, caen o caerán por ignorancia.

Por eso es necesario que los hijos de Dios se levanten y resuciten por obra de la opuesta pobreza. El ejemplo de esa pobreza nos lo da el mismo Jesucristo. Este Dios-Hombre nos levantó y nos redimió por la pobreza. Sin duda practicó una pobreza inefable cuando escondió su gran poder y su divina nobleza. Se dejó blasfemar, despreciar, vituperar, encarcelar, arrastrar, flagelar y crucificar. Y siempre se portó como hombre impotente. Esa pobreza es el modelo de nuestra vida.

De esa pobreza debemos sacar ejemplo: no porque nos toque esconder el poder que no tenemos, sino porque es imprescindible que reconozcamos y manifestemos toda nuestra impotencia. De esa pobreza tenemos otro ejemplo en la gloriosa Virgen y Madre de Dios, la que de modo manifiesto nos lo enseñó en la respuesta pronunciada en el misterio de la Anunciación, cuando confesó pertenecer a nuestra masa humana corrompida, definiéndose en esa bajísima expresión: "¡He aquí la esclava del Señor!" (Lc. 1, 38). Lo que era un nombre muy vil.

Esa pobreza agrada mucho a Dios. Y un ejemplo lo tenemos en el mismo ladrón que fue crucificado junto al Dios-Hombre, Jesucristo. Si bien tuvo una mala vida y cometió acciones perversas, al recibir la luz de Dios que le permitió ver la bondad de Dios en la verdad, al instante reconoció su pobreza y enseguida la confesó, amonestando al otro ladrón que vomitaba insultos: "¿Tampoco tú tienes el temor de Dios, tú que padeces la misma pena? Nosotros sí que merecemos la condenación por nuestros delitos,

pero El no cometió ningún mal. Oh Señor, cuando estés en tu Reino, ¡acuérdate de mí!" (Lc. 23, 40-42). Y al instante se salvó.

Pienso que la más grande alegría que nosotros pecadores podemos dar a Dios, es la de reconocer totalmente nuestra pobreza. Cuando el alma reconoce su completa miseria, no espera el juicio de Dios, sino que se juzga a sí misma y se condena; y enseguida procura buscar nuevas modalidades de mortificación para poder reparar, sin poner límites a la propia penitencia y al propio dolor.

¡Oh maravilla! Tenemos un modelo perfecto en nuestro glorioso padre San Francisco, el que acerca de esa pobreza recibió luces inefables. Francisco estuvo colmado hasta rebosar de esa luz, para poder recorrer ese singular camino y mostrárnoslo. No puedo mirar hacia algún otro santo, que de manera más especial me manifieste el camino del libro de la vida, es decir, el modelo de la vida del Dios-Hombre, Jesús. No conozco a otro santo que tan peculiarmente fijara su mirada sobre ese modelo y que jamás removiera de él los ojos del alma. Ese hecho tuvo un reflejo también en su carne. Y ya que San Francisco se fijó totalmente en El, fue colmado de una altísima sabiduría; y de esa sabiduría llenó el mundo entero y lo sigue llenando.

Dos cosas nos enseñó de manera especial nuestro buen padre San Francisco.

La primera es recogernos en Dios y sumergir nuestra alma en su infinitud divina. San Francisco fue tan abundantemente colmado del Espíritu Santo, que en todos sus actos y obras fue guiado por la gracia del Espíritu Santo, el cual realizó en él estas operaciones: lo purificó en el alma y en el cuerpo, lo hizo santo por dentro y por fuera, lo fortificó en todo, lo guió en todo según la verdad y lo unió a Dios con una unión continua e inefable. El Espíritu Santo, en su admirable designio, dispuso tan estupendamente su alma que la hizo morada de Dios y dispuso también el cuerpo de manera perfecta. Y yo lo veo pobre como nadie; lo veo como nadie enamorado y seguidor de la pobreza. Él fue pobre interior y exteriormente. Más aún, como nadie lo veo transformado en la pobreza misma. La pobreza no sólo se la impuso a sí mismo, sino que la predicó a todos, y esta enseñanza la sacó del libro de la vida, es decir, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo. Pues bien, confiemos en él, pues sus consejos no fueron falsos ni él oró inútilmente.

La segunda cosa que San Francisco nos enseñó fue la pobreza, el dolor, el desprecio y la verdadera obediencia. Él fue la pobreza misma, encarnada interior y exteriormente, y en ella vivió y perseveró. Y todo lo que el Dios-Hombre, Jesús, despreció, también él totalmente lo despreció y todo lo que ese Dios-Hombre Jesús amó, también él lo amó de manera entrañable e inmensa, siguiendo con indescriptible-perfección sus huellas, para poder conformarse en todo a Él. Y porque vio a Dios de modo perfectísimo a través de una misteriosa visión lo amó de manera indecible. En todo obraba de acuerdo a la completa transformación que se había realizado en él.

Lo que mucho se ama, mucho se desea poseer, y cuanto más se ama, tanto más se desea poseer. Y todo lo que amó el Dios-Hombre, Jesús, lo amó también Francisco, el pobrecillo. Y siempre buscaba purificación sobre purificación, y continuamente se purificaba gracias a la visión de Cristo presente en su alma. Y ya que Dios lo había llamado con un llamamiento especial ya en favor de sí mismo ya en favor de los demás, por eso le otorgó dones singulares. Más aún, fue el mismo Dios increado quien nos manifestó la verdadera plenitud que tuvo nuestro padre San Francisco, plenitud que nosotros no llegamos a comprender. Y Francisco mereció esos dones y esa plenitud a través de una oración profunda y constante. Pues bien, cuando te salga al encuentro uno de esos tipos que se jactan de tener el espíritu de libertad y te diga: "¿Por qué pretendes juzgarme? ¿Qué puedes saber tú lo que tengo en el corazón?", le puedes responder con seguridad y reprender animosamente, amonestándolo: "El Espíritu Santo nos enseña a juzgar si las obras son malas". Efectivamente, el Espíritu Santo, apenas es infundido en un alma, la pone en orden de manera perfecta, y según la perfección con que regula el alma, así regula el cuerpo. Decir de otra manera es decir una cosa falsa.

Cuanto más perfecta y puramente vemos, tanto más perfecta y puramente amamos. Así como vemos, así amamos. Por eso, cuanto más vemos de ese Dios-Hombre, Jesucristo, tanto más nos transformamos en él por el amor. Y así como nos transformamos por el amor, así nos transformamos por el dolor, que el alma contempla en ese Dios-Hombre.

Lo que he dicho del amor —que cuanto el alma ve tanto ama—, lo digo también del dolor. Cuanto más ve el alma del misterioso dolor de ese Dios-Hombre, tanto más es capaz de sufrir y de transformarse en El. Cuanto más ve el alma la nobleza y la delicadeza de ese Dios-Hombre, y cuanto mayor es esa visión, tanto más el alma se transforma en El por amor.

Por eso, cuanto más ve el alma el dolor inefable de esa visión, tanto más el alma se transforma en Él por el dolor. Así como el alma se transforma en Jesús por el amor, así se transforma en Él por el dolor. Una vez que el alma ve esa grandeza y esa nobleza infinitas de Dios —¡al nombrarlas me parece más bien blasfemar que definir!— y luego mira a los hombres tan mezquinos con los cuales esa inaccesible altitud divina se dignó estrechar lazos de amistad y de consanguinidad; cuanto más profunda y claramente el alma considera estas cosas, tanto más entrañable y profundamente se transforma en el dolor del Dios-Hombre, Jesús.

El alma, inefablemente sumergida en la infinita bondad de Dios, ve a la creatura tan cuajada de defectos que, al verlos, queda como enceguecida. Advierte que no puede comprender nada de esos defectos en comparación de lo que son. Y cuanto más lípidamente el alma ve estas cosas, tanto más dolorosamente se transforma en el dolor del Dios-Hombre, Jesús.

Más tarde, cuando el alma, dilatada por la luz de Dios, se da cuenta de que ella misma es y fue causa de ese extremo y casi infinito dolor, entonces ella también se transforma en ese sumo dolor. Y cuando el alma considera que la súper infinita bondad de Dios se humilló por ella, creatura vilísima, hasta el punto de hacerse hombre mortal y de ser atormentado por un dolor constante e incomprensible mientras vivió, y que Él, quien es el Creador del cielo y de la tierra, quiso morir de manera tan ignominiosa, entonces el alma se transforma aún más en El por el dolor.

Si en todo tiempo el hombre procura brindar sus cuidados a otro hombre, lo hace con mayor solicitud en el momento de la muerte. Pero el Rey de reyes, cuya vida no fue más que una cruz indescriptible por el dolor constante que soportó, en la muerte tuvo como cámara dorada y lecho de púrpura la abominable cruz. Y ya no hubiera tenido más fuerzas para sostenerse en esa cruz infame si no hubiera sido sostenido por los ganchos de los clavos. Y esos clavos lo retuvieron en la cruz por las manos y los pies: de otra manera no hubiera podido sostenerse en ese patíbulo corto e insuficiente. Por servidores, todos solícitos y hacendosos para servirlo, tuvo a los satélites del diablo, muy atentos y siempre dispuestos para atormentarlo con más crueldad e infligirle profundas heridas. También en la muerte le negaron un sorbo de agua cuando lo pidió y hasta gritó por la sed (Jn. 19, 28).

Cuanto más clara y nítidamente ve el alma estas cosas, más íntima y entrañablemente es absorbida y transformada en ese misterioso y constante dolor del Dios-Hombre, Jesús. En fin, cuando el alma se da cuenta de que cayó por la pobreza, y que el Dios—Hombre, Jesús, la levantó por la pobreza contraria; cuando se da cuenta de que había incurrido en los tormentos eternos y que el Dios-Hombre, Jesús, quiso sufrir un constante y casi infinito dolor para liberarla de esos tormentos; cuando se da cuenta de que había caído en el desprecio de la suma e inefable divinidad y que el Dios-Hombre, Jesús, quiso ser despreciado, injuriado y aparecer abyecto a los ojos de todos para liberarla de esos desprecios; entonces se transforma en el inmenso e indescriptible dolor del Dios-Hombre, Jesús.

Todos estos aspectos de la pobreza los hallamos de manera altísima, perfecta e inefable en nuestro bienaventurado padre Francisco, hacia el cual debemos mirar para imitarlo.

DONES DE DIOS. [\[48\]](#)

En el nombre de la Santísima Trinidad y de la bienaventurada Madre de nuestro Señor Jesucristo. Aquí se habla de una serie de dones que el Altísimo concedió al alma de una sierva de Cristo. Estas cosas las pude aprender de su boca con gran esfuerzo y

muchas súplicas y máximo empeño, si bien yo estuviera vinculado a ella por una gran amistad y caridad en Cristo. Por su grandísima y admirable discreción acerca de los dones de Dios, nada ciertamente yo habría podido saber. Pero el gran pesar que le mostré por mi alejamiento imprevisto y prolongado y el incierto retomo para volver a verla, la movieron a una gran compasión. Muchas veces me repitió que sentía que no debía decir nada y, entre las numerosas y virtuosas justificaciones, alegaba también la imposibilidad de expresarse. No se podía transcribir en palabras humanas las experiencias sensibles e imaginativas que la sierva de Cristo vivió hasta ese momento. Menos todavía podía hablar de las otras experiencias espirituales, relacionadas con algunos frailes o con los éxtasis habidos. Y en toda verdad se trata de realidades inefables. Aquí diré unas pocas cosas como las aprendí de su misma boca y el Señor me concede recordar.

Si bien esa alma bendita goza de luces que la tienen continuamente absorta en Dios, según modalidades para nosotros incomprensibles pero para ella constantes e ininterrumpidas, con todo, del infinito mar de la divina bondad esa alma recibe dones siempre nuevos, jamás experimentados antes, y en general más altos que los precedentes, y que la introducen más y más en el infinito abismo de Dios.

El domingo anterior a la fiesta del Perdón de Asís, durante la Misa que se cantaba en el altar de la Virgen, en la iglesia superior de San Francisco, hacia la elevación del Cuerpo del Señor, mientras los órganos acompañaban el himno Angélico: "Santo, Santo, Santo...", su alma fue arrebatada y absorbida por la majestad del Dios encarnado en la luz increada, y cayó en éxtasis. Fueron tan grandes la iluminación y la visión de su mente, que son del todo indescriptibles. Cuanto aquí se dicen palabras, es absolutamente nada, y ninguna lengua humana puede decir algo acerca de esa bendita atracción del omnipotente Dios encarnado. Después de esa abismal inmersión en Dios y quedando ella todavía absorta en Él, se le apareció la figura del Dios-Hombre crucificado, como si en ese momento fuera bajado de la cruz.

Su Sangre estaba todavía fresca y fluía roja de las llagas, como si en ese momento brotara de recientes heridas. Además, todos los miembros y las juntas del cuerpo parecían desarticuladas y disueltas, a causa de la despiadada tensión y horrorosa contracción de los miembros virginales provocadas por las manos homicidas de los perversos sobre el patíbulo de la cruz. Y los nervios y las juntas de los huesos de ese cuerpo santísimo parecían del todo distorsionados de su natural conexión. Sin embargo, en su piel no se veían rasgaduras. Ante tan desgarradora vista, las entrañas de la sierva de Cristo se sintieron traspasadas por una compasión tan aguda que parecía toda transformada, en alma y cuerpo, en los dolores de la cruz. Y se sentía herida al ver los miembros cruelmente distorsionados a causa de la dolorosa tensión muscular más que al ver las llagas recién abiertas, porque en ellos se iluminaba más el alma penetrando el secreto de la pasión y la ciega inhumanidad de los verdugos. El aspecto del cuerpo

martirizado del bueno y amado Jesús la movía a tal compasión, que todas las junturas producían nuevas torturas en la vidente y la movían a un nuevo sentimiento de dolor que le traspasaba el cuerpo y el alma.

La sierva de Cristo quedaba pasmada por la influencia divina, porque el Dios encarnado alimentaba su mente con las inefables ilustraciones y con los abismales esplendores de su Dulce divinidad; y el mismo bendito Jesús, Dios-Hombre, la traspasaba de parte a parte con la manifestación de su crucifixión y los piadosos dolores de su cruel muerte. Parece en verdad que el bendito y glorioso Jesús haya concedido a esa alma, de manera perfecta y con un acto invisible, el doble estado de su vida: la contemplación perfecta de la vida y de la crucifixión del cuerpo, y la compasión por la propia muerte que transforma el alma.

Y esa sierva de Cristo, más que cualquier otra alma que yo haya conocido, se esfuerza por ser en todo conforme a la vida de Cristo, con el empeño de todo su ser. Pero dejemos todo elogio, que sería completamente insuficiente para describir sus virtudes y sigamos nuestro relato.

Mientras, toda absorta en la divina felicidad y traspasada por la visión del Crucificado, estaba a la vez gozosa y afligida, impregnada de mirra y de miel, deificada y crucificada: he ahí que súbitamente aparece alrededor de ese bendito Jesús dolorido la multitud de hijos de esa madre. Jesús abrazaba amorosamente a cada uno de ellos y les daba a besar la llaga del costado, mientras con las manos atraía sus cabezas. El gozo, derramado en el corazón de la madre por tan entrañable amor demostrado por el Dios-Hombre crucificado, le hizo olvidar los íntimos dolores que le habían atravesado el alma ante una visión tan insufrible. Le pareció también que hubiera varios grados en el abrazo de los hijos y en el beso del costado. A algunos, Jesús estrechaba más, a otros menos; a algunos los acercaba repetidas veces; a otros los absorbía corporalmente de manera más íntima. Sobre sus labios aparecía un esplendor de sangre roja que coloreaba todo el rostro de algunos, según el grado del abrazo. Sobre cada uno derramaba sus abundantes bendiciones diciendo: "Descubrid, oh hijos, el camino de la cruz, de la pobreza y de mi dolor, porque ahora especialmente son numerosos los que lo esconden. Este es el fin para el cual os he elegido uno a uno: para que por vuestro medio —con vuestras palabras y vuestras obras— aflore a la luz mi verdad, pisoteada y escondida".

Esa alma bendita comprendía que así como todos esos signos aparecían según grados diversos, así las palabras pronunciadas habían de ser interpretadas por los hijos de manera diversa, según los distintos grados. Y si bien ella viera a cada uno de ellos en su propio grado, sin embargo, no lo quiso revelar jamás expresamente acerca de ninguno, ni a mí me pareció oportuno interrogarla al respecto.

Que cada uno, pues, se modele cuanto más pueda sobre ese bendito Crucificado y acoja su mandamiento de seguir el camino del desprecio, de la pobreza y de la cruz con

toda sus fuerzas. Dijo también que le era del todo imposible expresar el amor secreto que resplandecía en los ojos de Jesús por esos hijos y que se manifestaba en su abrazo, en el arrimo a su sagrado costado, y en todos los signos de bendición y en las palabras que se referían a ellos. Pero creo que estos hermanos, que el Altísimo quiso fueran los hijos de las entrañas de tan santa madre, deben prestar particular atención a cuanto ella me confió: que los dones y los beneficios que Dios le concede, comienzan con el arrebató y el éxtasis de amor y se concluyen con la contemplación en Dios de todos sus hijos. Con tal hecho Dios le hace ver claramente que ella es para nosotros la raíz impetratoria de todo bien, y nosotros somos su gozo y su corona en el Señor. Así la raíz de su ardiente amor se expande y crece en nosotros como en sus retoños.

REVELACIONES Y CANSANCIOS.

Es también muy digno de meditación lo que me dijo: que su elevación en Dios increado y su transformación en el Crucificado ponen a su alma en un estado constante de transformación en Cristo y de abismamiento en Dios, que cree que jamás podrá perder. Por mi parte estoy convencido, no sé si rectamente, de que todas las palabras semejantes a éstas, que ahora y otras veces han sido pronunciadas, demuestran que esa alma bendita se halla en un proceso de continua transformación en Dios, luz toda infinita y en un sentimiento, hasta ahora no experimentado, de Jesús crucificado y doliente. Y tal proceso, si bien constante y jamás interrumpido, casi a manera de costumbre o hábito, a mi parecer, recibe también el aumento de nuevos fervores, de gozos, de felicidades y de nuevos sentimientos, como sucedió por la primera y continua iluminación. Este estado en su conjunto es constante, pero en cuanto a la intensidad puede a menudo modificarse. Por esto se dice que permanece el mismo. Y, sin embargo, se puede decir también que con respecto a los modos de mayores ardores y felicidades e iluminaciones, él se renueva.

Sobre este problema sería más oportuno interrogarla a ella, que por haberlo experimentado, lo explicaría mejor que yo que balbuceo y no sé expresar exactamente los conceptos. Hice esta precisión porque ella se refirió a la procesión como a algo nuevo respecto del primer estado y yo lo interpreté en el modo antedicho, en relación con esos hechos en los que tal estado concuerda con el precedente ^[49].

Todo su estado es tan indescriptible que apenas puedo balbucear algo. Y no es de extrañarse, porque ella misma, experta y maestra de estas cosas, confiesa que nada puede decir de lo que es. En efecto se trata de experiencias inefables. Y cuando intenta expresar lo que es inexpresable, le parece casi blasfemar. Pero de vez en cuando cediendo a mis insistencias, ya que lleva entrañas de madre, se deja vencer, si bien con mucha y pasmosa pena. A diferencia de cualquier otra alma que he conocido, una de sus frases habituales es ésta: "¡Mi secreto para mí, mi secreto para mí!"

El día de la procesión, mientras todos nos dirigíamos a la iglesia de la Porciúncula y ella estaba en el cortejo, advirtió esa atracción abismal hacia el Dios increado, de que hemos hablado, en un modo esplendoroso y del todo inefable. Vio a Dios Trino y Uno en toda su majestad habitar en las almas de sus hijos, transformándolos en sí, de manera diversa, según los grados antedichos. Para ella, el contemplar en ellos esa inhabitación divina era un inmenso paraíso. Y embargada de amor, veía que Dios se transfundía en ellos con tal amor, que ella no llegaba a saciarse de mirarlos.

Yo que escribo, doy fe de haber visto con mis ojos que ella tenía el rostro todo transformado en una angélica, deslumbradora y gloriosa felicidad. Eran tan grandes las

bendiciones que el Dios increado derramaba sobre sus hijos y estaban pronunciadas con tanta dulzura y ternura que por inefables se honran mejor con el silencio. Entonces ella pedía a sus hijos: "Hijos amadísimos, transformaos para mí en un total holocausto con toda vuestra alma y con todo vuestro cuerpo. Considerad, hermanos, con qué afecto y con cuáles obras debemos amar a Aquél que se entrega a nosotros tan entrañablemente y va en busca de nosotros con tan grande amor y ansias de posesión."

Entonces le fue concedida la contemplación del Dios-Hombre, como ya describí, que provocó por la tortura y la dislocación de los miembros que no llego a expresar. Y El, sin la ayuda de ninguna mano, era transportado delante de sus ojos, por el aire, a lo largo del trayecto de la procesión. Entonces, delante del Crucificado, por el deseo de la madre, se congregaron todos sus hijos, presentes y ausentes, y Jesús los abrazaba a todos, como ya se describió, los apretaba contra su pecho y les decía: "Yo soy el que quita los pecados del mundo; y he quitado todos vuestros pecados, que serán borrados para siempre- He aquí el baño de vuestra purificación; he aquí el precio de vuestra redención; he aquí la morada donde viviréis. No temáis, oh hijos, de descubrir y de defender esta verdad, que muchos impugnan, de que soy el Camino y la Vida. Yo estaré siempre con vosotros, y seré vuestra ayuda y vuestro defensor".

Entonces le fue señalada —como muchas veces en el pasado— la purificación de su Hijos según estos tres grados. Existe una purificación general de toda culpa; y existe para algunos una purificación especial, que consiste en otorgar una gran gracia de fortaleza, para evitar fácilmente los pecados. El alma recibe un brillo peculiar en cada purificación, pero en la segunda logra una belleza sublime y deleitosa. En la tercera el alma disfruta de tal exceso de belleza, que no tengo palabras para describirla. La misma sierva de Cristo me dijo que es del todo inefable. Y como yo la importunaba e insistía para que me aclarara algo me contestó: "¿Qué quieres que te diga? Estos hijos parecen como transformados en Dios. Así que casi nada veo en ellos sino a Dios, a veces en su gloria, otras en su pasión. Me parece que estos hijos han sido por Dios totalmente transubstanciados y abismados en El"

Después, al acercamos nosotros a la iglesia de la Virgen y Madre de Dios, he ahí que la Reina de la misericordia y Madre de toda la gracia, que antes había aparecido elevada hacia el cielo, se inclinó sobre estos hijos e hijas en una forma del todo nueva y gentil, y repartió a todos sus más dulces bendiciones. A todos besaba sobre el pecho, a algunos más, a otros menos; y a otros, además de besarlos, los apretaba entre sus brazos con tal amor que, apareciendo toda luminosa, parecía absorberlos en una luz casi infinita, dentro de su pecho. Pero no le parecía que la Virgen tuviera brazos de carne. Veía una luz estupenda y dulcísima en la que la Virgen los encerraba dentro de su pecho y los absorbía con infinito, maternal amor.

La mañana del día de la indulgencia, mientras se celebraba la Misa junto al púlpito,

el Altísimo obró en ella muchas cosas. Entre otras se le apareció el bienaventurado Francisco, resplandeciente de gloria, que le dirigió su acostumbrado saludo: "¡La paz del Altísimo esté contigo!". Y la voz de él era suave, humilde, graciosa y cariñosa. Alabó mucho el propósito de algunos hijos, ardientes de celo para observar la regla de la pobreza y los exhortó a crecer en las obras, diciendo: "La bendición eterna, abundante y completa, que yo tuve del eterno Dios, descienda sobre la cabeza de estos amadísimos hijos, tuyos y míos. Diles que me ayuden, siguiendo el camino de Cristo y haciéndolo conocer a los demás con las palabras y con las obras. Y no teman, porque yo estoy con ellos y el eterno Dios es su ayuda". Con mucho afecto alababa el buen propósito de estos hijos y los estimulaba a proceder con seguridad, y a ayudarlos en sus designios. Y los bendecía tan amorosamente que parecía derramar sobre ellos todo su amor.

Vio también muchas otras cosas inefables acerca de sí misma y de los hijos, pero no pude arrancárselas. Y lo poco que escribí —que es mucho en valor y sustancia—, lo relaté con toda fidelidad, como pude, si bien achicándolo con mis palabras. Al fin, con mucha dificultad y casi sufriendo, cediendo a mis insistencias, añadió: ¿Por qué queréis saber tantas cosas? El Dios bendito y su dulce Madre derraman todo su amor sobre vosotros. Uno y otra han querido llevar sobre sí todo el peso de vuestra penitencia. Sólo os piden que seáis luminosos ejemplos de su vida de dolor, de pobreza y de desprecio. Quieren verlos muertos, aún viviendo, y desean que vuestra habitación esté en el cielo y que sobre la tierra sólo tengáis el uso del cuerpo. Así como un muerto no se inquieta ni por los honores ni por los adornos, así tampoco vosotros habéis de inquietaros por vuestro ser exterior. Debéis predicar a los demás con la mortificación de vuestra vida más que con discursos polémicos. En todos vuestros actos, vuestra mente esté siempre en el cielo, en el bendito Dios increado y en el Hombre crucificado. Así ya hablando, ya comiendo, ya realizando cualquier acto exterior, en vuestro interior estéis constantemente unidos al bendito Dios que quiere llevaros siempre en su corazón y asistirlos en todas vuestras acciones.

Que Dios, quién en su misericordia se ha complacido en pedimos estas cosas, se digne cumplirlas en nosotros, por los méritos de su gloriosa Madre y por la intercesión de su predilecta sierva, en cuyos merecimientos quiso injertarnos como retoños. Por su mediación, como a través de una escala de ejemplos saludables y de méritos radicales, podamos ascender continuamente hacia la cumbre de su santísima vida y llegar, como ella, a la transformación de la sagrada pasión, hasta que en compañía del bendito Jesús podamos entrar en el seno del Padre y con Él descansar allí donde está todo el descanso de los santos, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

MANSEDUMBRE Y HUMILDAD.

Considerad, hijos míos benditos, y meditad el ejemplo de vida del Dios-Hombre llagado, y de El sacad el modelo de toda perfección. Mirad la vida de Jesús, aprended su doctrina, y con todo el amor de vuestra alma corred en pos de Él, para que podáis llegar felizmente, bajo su guía a la cruz. Fue el mismo Jesús el que se ofreció a nosotros como ejemplo y el que con el cariño de su alma nos exhorta a mirarle, diciendo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11, 29).

Hijos míos, considerad y ved, y con profunda atención meditad el abismo de esta doctrina, la sublimidad de esta enseñanza, y dónde tiene su fundamento y sus raíces. Jesús no dijo: "Aprended de mí a ayunar", si bien, para darnos ejemplo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches. No dijo: "Aprended de mí a despreciar las cosas mundanas y a vivir en pobreza", si bien Él vivió en la pobreza más grande y quiso que sus discípulos vivieran en pobreza. No dijo: "Aprended de mí a hacer milagros", si bien El por propia virtud obró muchos milagros y mandó a sus discípulos que obraran milagros en su nombre. Dijo solamente: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón".

Con toda razón, Jesús puso esta humildad del corazón y esta mansedumbre del cuerpo como fundamento y raíz solidísima de todas las virtudes. Para nada valen ni la abstinencia, ni la aspereza del ayuno, ni la pobreza exterior, ni la abyección del vestido, ni el hacer obras aparentemente virtuosas, ni el realizar milagros, sin la humildad del corazón. Pero entonces será bendita la abstinencia, será bendita la aspereza del ayuno, será bendita la pobreza del vestido, serán benditas y vivas todas las obras, cuando se asienten sobre este fundamento.

La humildad del corazón es la matriz en la cual son engendradas y de la que proceden todas las demás virtudes y las operaciones de las mismas virtudes, como el tronco y las ramas brotan de la raíz. La virtud de la humildad es tan preciosa, y es tan inmovible su fundamento sobre el cual se alza toda la perfección de la vida espiritual, que el Señor quiso que debiéramos aprenderla principalmente de Él. La humildad del corazón es raíz y custodia de todas las demás virtudes. Por eso María, casi olvidada de todas las demás virtudes existentes en su alma y en su cuerpo, de esta sola se felicitó consigo misma y afirmó que Dios se había encarnado en ella sobre todo por esa virtud, al decir: "Dios miró la pequeñez de su esclava" (Lc. 1, 48).

En esta humildad, oh hijos míos, procurad con todos vuestros esfuerzos poner vuestro fundamento y afianzaros firmemente, para que, así como los miembros están unidos a la cabeza con una conexión natural y verdadera, así en el Cristo y por El podáis hallar la paz para vuestras almas. ¿Y dónde, oh hijos míos, una creatura puede hallar paz y descanso sino en Aquél que es la paz suprema, el descanso la pacificación y la suprema serenidad de las almas? A El ninguna alma puede llegar si no está fundada en la humildad, sin la cual todas las virtudes, que podrían hacernos correr hacia Dios, nos

parecen y son de veras una nada.

La humildad del corazón, que el Dios-Hombre quiso que aprendiéramos de Él, es como una luz vivificante y clara, por medio de la cual la inteligencia del alma se abre para conocer la propia nada y bajeza, y a la vez la inmensidad de la bondad de Dios. Y cuanto más un alma conozca la grandeza de esa bondad, tanto más avanzará en el conocimiento de sí misma. Y cuanto más conozca y descubra su nada, tanto más se elevará en el conocimiento y en la alabanza de la inefable bondad de Dios, que ella comprende tan nítidamente a través de la humildad. De ahí comienzan a nacer las virtudes.

La primera de todas las virtudes, que es el amor de Dios y del prójimo, tiene su origen en esta luz. El alma, descubriendo su nada y viendo que Dios se humilló y se rebajó por una nada tan indigna, y hasta se encarnó en su nada, se inflama en amor, e inflamada en tal amor se transforma en Dios. Así transformada en Dios, ¿puede haber creatura que esta alma no ame con todas sus fuerzas? Sin duda, por el amor hacia el Creador, en el cual se transformó, ella ama a toda creatura como conviene, porque en toda creatura ve, comprende y conoce a Dios. De ahí viene que se alegra y goza en los bienes del prójimo, y se aflige y se entristece en sus males. ¿Cuál es la razón? Porque se hizo comprensiva. Y así viendo los males físicos y espirituales del prójimo, no se atreve a juzgarlo ni a despreciarlo, ni se vanagloria de sus propios bienes espirituales.

Iluminada por esta luz, el alma sabe verse de manera perfecta, y descubriéndose, se da cuenta y conoce que ella también cayó en los males semejantes a los del prójimo; y si no cayó, intuye y comprende que con sus solas fuerzas no habría sido capaz de resistir. Sólo lo ha podido con la ayuda de la gracia que la tomó de la mano y la fortaleció contra el mal. Por eso al juzgar no se ensalza, sino que se humilla más, porque en el defecto del prójimo vuelve en sí y nota con toda claridad los males y los defectos en los que cayó o habría podido caer, si no hubiera sido sostenida por Dios. Y los males físicos que descubre en el prójimo, por el sentimiento de amor que la transforma, los considera como suyos y los compadece, así como dice el apóstol: "¿Quién está enfermo sin que yo también esté enfermo?" (2 Cor. 11, 29).

Así como la virtud de la caridad tiene su origen y su raíz en la humildad, así podría decirse de la fe, de la esperanza y de toda virtud que, según sus propiedades, tienen su origen y su nacimiento en el fundamento de la humildad. Hablar de cada una en particular sería muy largo. Es mejor quizás que cada uno de vosotros se detenga a meditar en silencio.

Os he dicho esto, hijos míos, para que os afirméis en este fundamento, en él os arraigéis y os esforcéis por crecer. El que está verdaderamente arraigado en la humildad, tiene una conducta enteramente angélica, pura, benigna y pacífica. Por el hecho de ser comprensivo, agrada a todos y con todos se muestra amable, especialmente

con los predestinados, para cuya conversión ha sido puesto como luz y ejemplo. Las almas más fácilmente se convierten a través de la mansedumbre y de la comprensión. Y porque es hombre de paz y posee la paz en su interior, no se turba por ninguna contrariedad y con toda verdad puede decir con el apóstol: "¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, la angustia, el hambre, la persecución, los peligros?..." (Rm. 8, 35). Poneos pronto en búsqueda de ella, hijos queridos, y en esa búsqueda no descanséis hasta hallar este fundamento sin el cual no podéis avanzar en el camino de Dios. Esta búsqueda os es muy útil y necesaria, porque me doy cuenta de que sin esta humildad las virtudes son nada. Oh hijos, satisfaced mi deseo: afirmaos en este fundamento. Saciad mi sed, hijos, y en la hondura de ese fundamento estudiad más a fondo el conocimiento de vosotros mismos y de vuestra miseria. Realizad mi deseo, por el cual estoy en ascuas, sedienta y hambrienta, para que, partiendo del conocimiento de vuestra nada, os abisméis en la inmensidad de la bondad de Dios. Si totalmente os sumergiereis en el piélago de la inmensidad de Dios y del conocimiento de vosotros mismos, entonces con toda verdad poseeréis como fundamento la humildad de que he hablado. Entonces no seréis tan proclives a las riñas y a las contiendas, sino que estaréis en compañía del Dios-Hombre crucificado, como sordos que no oyen y como mudos que no saben ya hablar. Y así seréis verdaderos miembros del cuerpo de Cristo, cuya vida, según la palabra del apóstol, no provoca ninguna contienda (Rm. 13, 13).

¡Oh cuántos bienes produce esta humildad, que vuelve pacíficos y mansos a los que la poseen! Ellos están tan pacificados por la paz interior que, si oyen cosas hirientes contra ellos mismos o contra alguna verdad, no saben contestar sino con pocas y sumisas palabras. Y si alguna cosa les parece falsa, prefieren confesar su ignorancia o su incapacidad de comprender, antes que replicar con litigios. Este corte neto de la lengua me parece que tiene su raíz en el doble abismo, el de la inmensidad de Dios y el del conocimiento de la propia miseria. A ese abismo el alma llega a través de la luz de la humildad.

Examen apremiante.- Pero ¿dónde hallar esta humildad y la conciencia de nuestra miseria? ¿Dónde hallar esta luz, este abismo y este corte neto de la lengua? Todas estas cosas se hallan en la oración fervorosa, pura y constante. En esa oración el alma, principal y especialmente, aprende a mirar y a leer el libro de la vida: la vida y la muerte del Dios-Hombre crucificado. Al contemplar la cruz, el alma llega al perfecto conocimiento de sus pecados, y en ellos se humilla. Y en esa cruz, mientras por un lado ve el gran número de sus pecados y como con cada uno de los miembros ha ofendido a Dios, por el otro descubre también el indecible amor y la entrañable misericordia de Dios hacia ella.

Ve cómo el Dios-Hombre por los pecados de cada miembro padeció en cada miembro de su cuerpo bendito los castigos más crueles. En esa mirada a la cruz el alma

considera cómo ha ofendido a Dios con la cabeza, o sea lavándose, peinándose, perfumándose, para agrandar a los hombres en contra de Dios, y luego comprende que el Dios-Hombre por tal género de pecados hizo expiación en su cabeza, y soportó un castigo muy grave. En lugar del lavado, del peinado y de los perfumes, de los que el alma abusó, la santa cabeza de Jesús fue depilada, pinchada por las espinas, horadada, toda ensangrentada con la preciosa sangre y hasta golpeada con la caña.

Ve también el alma cómo ha ofendido a Dios con todo el rostro, y especialmente con los ojos, con los oídos, con el olfato, con la boca y con la lengua; y considera cómo Jesús fue ultrajado en el rostro en expiación de esos pecados. Por los cuidados del rostro, con los cuales el alma sabe que ofendió a Dios, ve a Jesús castigado con bofetones y ensuciado con escupas. Por haber mirado deshonestamente, deteniéndose en cosas vanas y nocivas, y por haberse complacido en esas miradas contra Dios, ahora descubre que por tal género de pecados Jesús tuvo los ojos vendados y bañados de sangre que brotaba de la cabeza a través de los agujeros de las espinas, y también bañados por las lágrimas que Jesús derramó en la cruz.

Y por haber ofendido a Dios con los oídos escuchando cosas vanas y nocivas, y hallando gusto en tales palabras, ve ahora a Jesús soportar por esos pecados un atroz castigo. Con sus propios oídos Él tuvo que escuchar esa horrorosa gritería de los que vociferaban contra Él: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" (Jn. 19, 6). Y para redimir a la humanidad, debió escuchar su condena de labios de un hombre perverso y las burlas y las blasfemias de los impíos. El alma descubre que ha ofendido a Dios con la boca y con la lengua, pronunciando palabras vanas y llenas de muerte y deleitándose con los refinamientos de los alimentos; ahora ve a Jesús que tiene la boca sucia por los salivazos, la lengua y el paladar acibarados por la hiel y el vinagre.

Y por haber disfrutado de olores suaves, ve que ofendió a Dios, y ahora piensa en los apuestos olores de salivazos que Jesús debió soportar por nosotros con su olfato. Al fin, el alma mirando a la cruz, considera como con su cuello ofendió a Dios, agitándolo por furia y soberbia en contra de Él, y por tal pecado ve a Jesús cruelmente torturado por las bofetadas. El alma ve también que ha ofendido a Dios con abrazos deshonestos y con movimientos de hombros; y ahora ve cómo Jesús también de esto hizo expiación, apretando la cruz con sus sagrados brazos y llevándola sobre sus hombros con gran ignominia.

Ve cómo ofendió a Dios con el tacto y con el caminar, alargando sus manos para arrebatar lo ilícito y moviendo sus pies en contra de Él; por causa de eso ve a Jesús sobre la cruz, extendido y violentado, tironeado de una parte a otra como cuero de curtir, con las manos y los pies clavados en la cruz, cruelmente heridos y atravesados por horrendos clavos.

Considera luego cómo ha ofendido a Dios con su rebuscado y vanidoso atuendo; y

por esto ve a Jesús despojado de sus vestiduras y elevado en la cruz, mientras los soldados sorteaban sus vestidos. Al fin, el alma ve que ofendió a Dios con todo su cuerpo, y por esas ofensas ve todo el cuerpo de Jesús de muchas maneras y horriblemente dilacerado por los latigazos, traspasado por la lanza y todo bañado en su preciosa sangre.

Y cómo el alma se complació en su interior por cada uno de los pecados, ve que ahora Jesús en su alma santísima padece tormentos innumerables, diversos y horrorosos, o sea, los dolores de su pasión física, por los que su alma fue también inefablemente crucificada; los dolores por la compasión de su santa Madre; y los dolores por las afrentas hechas a la divina Majestad; y en fin, los dolores con que tuvo compasión por nuestra miseria. Todos estos dolores simultáneamente unidos en el alma bendita de Jesús, la torturaron de manera horrible e indescriptible.

Venid, pues, oh hijos benditos, y mirad esa cruz, y conmigo llorad a Jesús que sobre ella murió por nuestros pecados. ¡Fuimos nosotros la causa de tan grande dolor! Los que no ofendieron a Dios con todo su ser, como lo ofendí yo que soy toda pecado, lloren y se duelan lo mismo. No fueron ellos los que resistieron al pecado, sino la gracia de Dios que los protegió; y, pese a esa ayuda, no expresaron su gratitud a Dios. Por eso también ellos tienen motivos de llorar.

Si hay en fin algunos que nunca ofendieron mortalmente, a Dios, también ellos se duelan y lloren. En su estado de integridad y de pureza, no se esforzaron por agradar a Dios como debieran, ni fueron de ayuda a los demás con el ejemplo como debieran, y así en algún modo empañaron su pureza. Por eso, todos debemos llorar, todos debemos dolernos, debemos levantar los ojos del alma hacia la cruz, sobre la cual el Dios-Hombre, Jesús, realizó tan dura expiación y soportó tan despiadado castigo por nuestros pecados. En la contemplación de la cruz, a la cual el alma no puede llegar sino a través de una auténtica y constante oración, como se dijo, se alcanza el pleno conocimiento, el dolor y la contrición de los pecados, y la luz de la humildad.

En esa contemplación de la cruz, el alma, viendo sus propias culpas, en conjunto y en detalle, como se dijo, y viendo cómo Cristo por todos y por cada uno de los pecados padeció aflicciones, tormentos y la misma pasión, también sufre y se entristece, y en su pena empieza a castigar y a refrenar cada uno de los miembros y de los sentidos con los que ofendió a Dios. Y aquí recibe la circuncisión verdadera y espiritual que Cristo quiso prefigurar en su circuncisión. Cristo fue circuncidado, principalmente, para darnos el ejemplo de la circuncisión espiritual que el alma recibe en la contemplación de la cruz.

También vosotros, oh hijos queridos, esforzaos por lograr semejante circuncisión de modo que el que ofendió a Dios con los ojos, mirando cosas inútiles y nocivas, circuncide sus ojos y castíguelos sustrayéndolos de las miradas ilícitas y compeliéndolos a llorar todas las noches. Los que, arrastrados por la gula, saben haber ofendido a Dios,

circuncidan y castiguen su boca, absteniéndose de los manjares refinados y conservando la sobriedad del cuerpo y del alma. Los que ofendieron a Dios con la lengua y con la boca, hablando con soberbia, sembrando escándalos y calumniando a los demás, teniendo discursos tontos o quizás blasfemando, circunciden y castiguen su lengua y boca, confesando sus pecados, dirigiendo al prójimo palabras de paz y de santa exhortación, dedicándose con constante oración a la alabanza de Dios y, guardando, en cuanto les es posible, el silencio.

Así, hijos míos, gobernando todos vuestros miembros, vuestros sentidos y los movimientos del alma, procurad consagrarlos a Cristo, el Señor. El recuerdo de haber ofendido a Dios con vuestros miembros transforme el montón de vuestros pecados en un montón de méritos. Para un mejor aprovechamiento, someted vuestra vida a un examen diario, y al menos una vez por día recogeos en este examen, y evocad ante los ojos del alma todo vuestro tiempo pasado. Si de este pasado recordáis algún bien alabad a Dios; en caso contrario, llorad y gemid. Esta es la verdadera circuncisión del alma, prefigurada en la circuncisión del Señor.

Ser pequeños.- Oh queridos hijos de mi alma, deseo para vosotros lo que deseo para mí y para mi compañera: que tengáis todos la misma unidad de espíritu y que no surjan entre vosotros divisiones. Lo que une a los discordes en un solo corazón, eso deseo que esté en vuestras almas; y lo que une es el ser pequeño.

El ser pequeño no hace desear la suficiencia que viene del estudio ni de capacidades naturales, sino que inclina al alma a ver sus defectos y sus miserias; y la impulsa a cuestionarse para combatir sus imperfecciones y a enmendarse.

El ser pequeño no fastidia a nadie, ni hace a uno pesado ni polémico en su hablar, si bien su conducta hiera a todos los que son contrarios a esta pequeñez. Y eso es lo que deseo de vosotros, oh entrañas de mi alma: que vuestra vida, aún sin hablar, en este camino de la pequeñez, de la pobreza y de la discreción en el celo y en la compasión, sea un espejo luminoso para los que la quieren seguir y una espada afilada para los enemigos de la verdad. Oh confidentes míos, perdonad mi soberbia si yo, creatura por demás soberbia e hija de la soberbia, me atrevo a amonestaros y a induciros por el camino de la humildad, mientras soy todo lo opuesto a esta virtud. Pero me hacen hablar el celo y la certeza.

Os hablo con la misma seguridad con que me hablo a mí misma. Y si bien haya hablado orgullosamente, con todo os ruego me perdonéis por razón de mi confianza. Queridísimos, mi alma se tranquilizaría mucho si, haciéndonos pequeños, llegáis a ser un solo corazón, un solo cuerpo y una sola alma. Sin esa unidad no me parece que podáis agradar a Dios [\[50\]](#).

LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE AMOR.

En el santo sacrificio debemos ver y meditar atentamente tres cosas, que son tres grandes verdades. No tengo la mínima duda, sino que tengo la certeza de que toda alma que conozca estas tres verdades, no podría quedar tan árida que no se colme en seguida de amor, al considerar cómo fue amada por Dios. Es necesario que el alma penetre hasta lo íntimo del Dios-Hombre y descubra su plan de amor, actuado en el santo sacrificio. El alma debe mirar a ese inefable amor de Dios que lo impulsó a excogitar todo medio, para quedarse totalmente con nosotros. Y quiso este sacramento, no sólo en memoria de su muerte que es nuestra salvación, sino también para quedarse con nosotros, todo y siempre. Y el que quiera sondear este abismo de amor, es necesario que tenga buenos ojos.

Y ahora os hablaré de esas cosas que es necesario que veamos, es decir, los dos aspectos poseídos por el Dios-Hombre y cómo el alma llegó a conocerlos.

El primer aspecto consiste en considerar el inefable amor que Él tuvo por nosotros; y cómo rebosaba todo de amor por nosotros; y cómo todo lo entregó a nosotros y para siempre.

El segundo aspecto consiste en considerar el indecible dolor que padeció por nosotros. Debemos considerar cómo en el momento del alejamiento, al separarse de nosotros —¡y partía hacia una muerte tan dolorosa— debió aceptar tormentos increíblemente agudos, en los que debía ser abandonado. Pienso que esta verdad ha de ser escudriñada por todos los que quieren celebrar y recibir este sacrificio. De ahí no se aleje el alma, sino que se detenga y quede, porque la mirada que el Dios-Hombre dirigió al género humano era tan amable que es absolutamente necesario destacar ese inefable amor, cuando decidió inmolarse todo por nosotros en el santo sacrificio. Deteneos a considerar quién es el que quiso quedarse en este sacrificio.

"Él es el que es". Y Él que es todo el ser, se quedó todo en ese sacramento. Por eso nadie se extrañe de cómo puede existir simultáneamente en tantos altares, aquí y más allá de los mares, y allá como acá, y acá como allá. El habló así: "Yo soy Dios, incomprendible para vosotros. Todo lo hice sin vosotros, y obro sin vosotros. Frente a lo que no comprendéis, inclinad la cabeza, porque para mí nada es imposible".

¿Hay algún alma tan insensible que, contemplando esa mirada tan amorosa y tan sincera, al instante no se transforme toda en amor? ¿Hay algún alma que pueda sostener esa mirada tan cargada de tristeza y de amargura —¡qué abandonado debió sentirse en su dolor que era la síntesis de todos los dolores visibles e invisibles!— sin que al instante no se transforme toda en amor? ¿Y puede haber algún alma tan escasa de amor que, al ver cómo ha sido amada y cómo El dispuso todas las cosas para quedarse totalmente con nosotros en el santo sacrificio, no se transforme toda en amor?

Esa mirada que posó sobre nosotros era tan sumamente amante que, aunque tuviera delante de los ojos la presencia de la muerte y experimentara tormentos inefablemente agudos, mortales e incomprensibles, y estuviera aplastado por todos los sufrimientos del alma y del cuerpo, casi olvidado de sí, no renunció a su propósito, ¡tan grande era el amor que tenía por nosotros.

El amor de Dios tiene este designio: atrae a sí las cosas que ama. Las saca fuera de ellas mismas y de toda cosa creada, y a todas las une en el Increado. Entonces el alma llega a comprender cómo toda la Trinidad tuviera el propósito de preparar este santísimo sacrificio. Entonces el alma se dirige a contemplar este aspecto del Dios-Hombre: la presencia de la muerte y de todos sus dolores. Y así como el alma se transformó en amor por la mirada amorosa de Él, así se transforma en dolor por la mirada dolorosa del Amado abandonado.

El alma, meditando sobre esa mirada cargada de amargura, se transforma toda en dolor y rechaza todo alivio y consuelo; y ¡llega a ser el mismo dolor! Y todos los que quieren ser hijos fieles del santo sacrificio, no descuiden de meditar esta verdad. Y cómo Jesús, mientras nos miraba con su mirada triste, estaba todo y solamente en cada uno de nosotros; y también cuando nos miraba con su mirada amante y fiel, se daba todo y solamente a cada uno de nosotros; por lo tanto cada uno de nosotros debe ser todo y sólo de Él.

Si no existiera la visión de la mirada cargada de amargura y de tristeza, tal serían el gozo y la felicidad de la mirada de amor que el alma desfallecería. Y si no existiera la visión de la mirada amorosa y fiel, tan grande sería el dolor de la mirada amarga y triste que también el alma desfallecería. Una cosa suaviza la otra.

Proyecto de amor.- Una vez se le hizo a Ángela una pregunta acerca del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que el sacerdote sacrifica sobre el altar. Ella respondió así: Si el alma quisiera comprender y hablar de Dios, sumo y ordenador, ser increado y encarnado, y quisiera conocer algo de Él y de las cosas divinas, y sobre todo del altísimo y santísimo Sacramento que Él estableció se celebrara diariamente a través de la boca del sacerdote, su ministro, el alma debería transformarse toda en Dios por el amor. Y así trasformada en Él, debería ponerse en su presencia, entrando y quedando en la intimidad de Dios y no permanecer extraña. A esto llamo presencia e intimidad con Dios: considerar y contemplar a Dios, sumo y ordenador y Bien increado.

En primer lugar el alma considere quién es ella y qué vale en sí misma. Después, elevada sobre ella misma en Dios, podrá contemplar a Aquél que es invisible, y conocer a Aquél que es el incognoscible, y sentir a Aquél que está más allá de toda cosa sensible, y comprender a Aquél que es el incomprensible. Así ella ve, conoce, siente y comprende a Dios, Luz invisible, Bien incomprensible, y Bien desconocido. Y comprendiendo, viendo, sintiendo y conociendo a Dios, según su capacidad, el alma se dilata por el amor

en Él, es colmada de Dios, se sumerge en la felicidad de Dios; y Dios en ella y con ella. Entonces el alma posee y saborea una dulzura mayor por lo que no comprende que por lo que comprende; por lo que no ve que por lo que ve; por lo que no siente que por lo que siente; por lo que no conoce que por lo que conoce.

Y la razón, a mi parecer, es la siguiente. Por perfecta que sea el alma, y aun perfectísima como el alma de la Virgen, cuanto comprende, ve, siente y conoce de Dios, ordenador, encarnado e infinito, es nada en comparación de lo que ve, siente, conoce y comprende que no puede comprender, ni ver, ni conocer, ni sentir. El alma, pues, debe ver, considerar, pensar, sentir y comprender acerca de este misterio y del altísimo Sacramento, quién es su ordenador increado.

El alma debe todavía ver y considerar en Él lo que hace el orden, a saber cuánto hizo y hace el Ordenador de este misterio. Yo no sé más que esto: que Él no se impone a sí mismo sino un amor sin medida, ya que Él es el Ordenador, Dios bueno, Amor infinito.

Además, el alma debe ver y considerar el fin para el cual tal orden fue orientado y para qué esa suma e infinita Bondad quiso destinar este misterio. Y descubre que Dios quiso unirnos a sí e incorporarse a nosotros, e incorporarnos a Él. Quiere que lo llevemos dentro de nosotros, para que Él nos lleve y nos consuele y nos fortifique. Este es el primer aspecto de este misterioso y sublime Sacramento que el alma ve y debe ver penetrando en Dios.

Luego el alma, desprendiéndose de esa realidad más grande, ve y considera en este misterio otra realidad más pequeña pero trabada con la mayor, y ve, siente y comprende que la realidad más pequeña está en la más grande y la más grande en la más pequeña, porque descubre que el Dios increado es el Dios humanado, es decir que la divinidad y la humanidad están unidas en la única persona de Cristo. A veces, en la vida presente, el alma recibe mayor gozo de la realidad menor que de la mayor, porque el alma es más capaz y más apta para entender la realidad menor que contempla en el Dios encarnado que la realidad mayor que ve en Cristo, Dios increado.

El alma es una criatura que es vida de la propia carne y de todos los miembros de su cuerpo. Así descubre que el Dios increado es el Dios humanado, y que Cristo es a la vez creador y criatura; y halla en Cristo un alma unida a la carne y a la sangre y a todos los miembros de su santo cuerpo. Y así, una vez que la inteligencia humana descubre, ve y conoce de ese misterio que Cristo-Hombre y Cristo-Dios juntos lo han proyectado, se regocija y se expande en el Cristo, porque, como ya dije, ve que el Dios increado es lo mismo que el Dios humanado, que se hizo conforme y semejante a ella. Y el alma humana ve el alma de Cristo, y los ojos, y la carne y el cuerpo de Cristo.

Cuando considera y ve y conoce y comprende la realidad más pequeña, no se aleja de la mayor, porque descubre y ve en este abismo humano-divino no sólo la infinita

bondad de Dios, sino también el sumo e increíble amor humano. Las dos cosas proceden del mismo Cristo ordenador, que es a la vez Dios y Hombre en este misterio. Saborea, lo repite, el más alto amor humano junto con la suma bondad de Dios. Y el alma puede descubrir y ver esa bondad infinita y ese altísimo amor; y los advierte y los halla cuando medita y piensa en lo largo y duro de este misterio: es decir, meditando y pensando, el alma descubre cuándo y por qué fue establecido este misterio. Y descubre que el largo está muy cerca, y no sólo cerca, sino junto a la dureza. Y contempla y ve que ese misterio fue instituido durante la cena del Señor, por la tarde, casi al anochecer. Digo "largo" en relación a su larga pasión, y descubre su larga pasión junto con su dura muerte. Por eso digo que fue un misterio largo y duro: dos aspectos que el alma puede y debe meditar y considerar en la institución de este misterio.

En verdad fueron un gran amor y una suma bondad los que impulsaron a Cristo, Dios-Hombre, a proyectar e instituir en tal hora y en tal día un misterio tan nuevo, tan maravilloso, tan extraordinario, tan peculiar y tan perfecto, tan amoroso y tan precioso para consuelo de toda alma fiel, y para aliento y ayuda, durante esta vida terrenal, de toda la Iglesia militante.

Misterio nuevo y antiguo.- Habiéndolo definido "Nuevo", se le preguntó si en Dios ordenador de este misterio, hubo alguna novedad. Ella contestó: En Dios no puede suceder ninguna novedad, porque Dios no varía ni se muda. La novedad de la obra divina puede ser y es sólo de parte de la creatura que la recibe y en la cual Dios produce un nuevo efecto una nueva e insólita operación. En este sentido este misterio fue y es nuevo, si bien desde muy antiguo fuese indicado en la Sagrada Escritura.

Entonces puede decirse misterio nuevo y antiguo: antiguo en su prefiguración, nuevo en relación a la realidad de tal Sacramento que realiza en la creatura siempre nuevas transformaciones. Nosotros sabemos y por la fe vemos, de manera cierta e indubitable, que ese pan y ese vino benditos, por el infinito poder de Dios, a través de las palabras santísimas que Cristo ordenador y Dios encarnado pronunció y el sacerdote repite y debe repetir, se vuelven substancialmente Cristo-Dios y Hombre, en la consagración de este misterio. El color y el sabor, la forma y la virtud, el modo y toda la calidad de ese pan y de ese vino permanecen, pero no en Cristo, sino que por el poder de Dios y en un modo que trasciende su misma naturaleza permanecen en sí mismos, o sea que el color, el sabor, la forma y la calidad subsisten en sí mismos. A todas luces puede definirse extraordinaria esta novedad que la sabiduría de Dios, en su inmensa e infinita bondad y caridad, realiza en una creatura, sin contar muchas otras especiales y particulares novedades que el sagrado cuerpo y la sangre del Señor Jesús obran en sus amigos y elegidos.

Manantial de todo bien.- Se le preguntó si los ángeles, los santos y los bienaventurados reciben y disfrutan en este bendito misterio de algún nuevo gozo o de

alguna nueva felicidad. Contestó que los ángeles y los otros santos poseen, ven y experimentan ese misterio, y lo saborean, y están cerca de él, y están en lo íntimo de Dios, Bien infinito, que los hace a todos dichosos, porque ellos viven perpetuamente en presencia del Dios increado y humanado.

Si en este nuevo misterio reciben nuevo gozo y nueva felicidad, y si disfrutan de un nuevo jubilo, pienso que eso puede ser por la armonía y por la comunicación que tienen con la cabeza y con sus miembros, a saber, con Cristo que es la cabeza y el Dios encarnado, y con sus miembros, justos y fieles. Ellos ven, experimentan y conocen que Cristo se goza de este misterio: es decir, muestra y manifiesta que tiene una singular complacencia por el bien y en el bien de sus devotos y fieles amigos. Por eso, todos los santos y los bienaventurados, cada uno en particular con Cristo, se gozan en este misterio, y exultan en un júbilo que siempre se renueva, y le rinden a su modo un honor siempre nuevo en esta incesante novedad. Lo que agrada a la Cabeza, puede y debe agradar a los miembros; y lo que agrada al Padre, debe agradar también a los hijos; y lo que agrada al buen Señor, debe agradar a toda su familia.

Por eso todos los santos y los bienaventurados gozan a su modo de todo lo que agrada a su Cabeza, Padre y Señor, Dios increado y Dios encarnado. Los santos y los bienaventurados, que reinan en la patria celestial, gozan también y pueden gozar considerando el bien y la utilidad que de este Sacramento reciben todas las almas santas de la Iglesia militante. El altísimo beneficio, concedido a todos en este misterio, es causa, materia y camino de gozo y de felicidad no sólo para las almas devotas y santas de la Iglesia militante, sino también para todos los santos que reinan con Dios en la gloria. Por eso, cada uno debe meditar largamente cuando se prepara a recibir tan grande beneficio en este santísimo misterio.

Debería pensar en "a quién va, y cómo va, y por qué va". Él va a recibir ese Bien que es Todo Bien, y causa de todo bien, y dador y hacedor y poseedor de todo bien. Él es el único bien, y sin ese bien no hay algún bien. Y ese bien satisface, colma y sacia a todos los santos y espíritus bienaventurados que reinan en la gloria y a todas las almas y a todos los cuerpos santificados por la gracia.

Además, va a recibir ese bien, que es el Dios-Hombre, que sacia, supera, sobreabunda y alegra a todas las creaturas, y se extiende más allá y por encima de toda creatura, sin límites ni medida. La creatura no puede conocer ni poseer semejante bien, si no en cuanto Él lo quiere. Y ese Sumo Bien en tanto lo quiere en cuanto la creatura es capaz de recibir en sí, según su ser, algo de Aquél que es el Ser y crea a todo ser, y trasciende todos los seres. Va a recibir ese Bien, más allá y fuera del cual no hay otro bien. ¡Oh Bien no estimado, no conocido, no amado, pero hallado por los que te quieren todo entero y que todo entero no pueden poseerte!

Si todo hombre se detiene a considerar con atención el pequeño bocado que lleva a

la boca, ¿cómo no debería el alma detenerse para considerar y meditar, antes de recibir ese Bien eterno e infinito, creado e increado, que es la comida sacramental, verdadero alimento, arca y fuente de nuestra alma y de nuestro cuerpo? En verdad, ese es el Bien que contiene todo bien. Por eso el hombre debe acercarse a tal y tan grande bien y a tal mesa, con gran reverencia, con toda pureza, con gran temor e inmenso amor. El alma debe acercarse toda gozosa y engalanada, porque se dirige a Aquél que es el Bien de toda gloria; a Aquél que es la perfecta beatitud y la vida eterna; a Aquél que es la belleza, la sublimidad y la dulzura; a Aquél que es todo el amor y la misma dulzura del amor.

Pero ¿por qué debe el alma ir a ese Bien? Os contesto según lo que pienso: debe ir a recibir para ser recibida. Debe ir pura para ser purificada; justa para ser justificada; viva para ser vivificada; unida y ligada a Dios, para ser incorporada a Él y con Él y por Él, Dios increado y encarnado, que se ofrece a nosotros en este santo y sublime misterio por las manos del sacerdote. Siempre demos gracias a Dios. ¡Amén!

OPERACIONES DEL VERDADERO AMOR.

La primera señal del verdadero amor es que el amante somete su voluntad a la del Amado. Y este especial y singularísimo amor tiene tres operaciones.

La primera operación es que si el Amado es pobre, procura hacerse pobre; si es vil, procura hacerse vil.

La segunda operación de este amor es que hace abandonar cualquier otra amistad que le pueda ser contraria; hace dejar al padre y a la madre, al hermano y a la hermana, y todo otro afecto que sea contrario a la voluntad del Amado.

La tercera operación de este amor es que nada oculto puede haber en uno sin que el otro lo sepa. Y esta tercera operación, a mi criterio, se identifica con la perfección, síntesis y complemento de las otras operaciones, porque en esa revelación de los secretos los corazones se abren y más perfectamente se ligan uno al otro. La oración, la pobreza y la mortificación En el nombre del Señor Jesucristo torturado. ¡Amén!

Esta es la señal del amor auténtico: el que ama no se transforma parcialmente, sino totalmente en el Amado. Y ya que esta transformación no es continua ni dura largo tiempo, el alma se dedica con todas sus ansias a buscar los medios que la puedan transformar en la voluntad del Amado, para retornar otra vez a esa visión. Y busca lo que ama, es decir a Aquél al que ella ama. El Padre nos trazó el camino a través del Amado, que es su Hijo y al que hizo hijo de la pobreza, del dolor, del desprecio y de la verdadera obediencia. Y ya que no hay peor pobreza que la de no conocer a Dios —y es la soberbia, por la cual el hombre cayó—, nos ha sido enseñada otra pobreza que debemos seguir. Esta pobreza se divide en tres clases.

La primera es la pobreza de las cosas temporales, que Cristo practicó de manera perfecta. Todo cristiano, que puede, lo debe imitar a la perfección; y el que no puede hacerlo totalmente, como por ejemplo un noble o una persona con familia, al menos debe amar con todo el corazón esta pobreza y despojarse de todo apego a las cosas terrenales.

La segunda es la pobreza de los amigos, que también tuvo Cristo, tanto que no halló a ningún amigo o pariente de la familia de su Madre, que le hiciera ahorrar siquiera una bofetada. Del mismo modo también nosotros debemos ser pobres de amigos y de toda creatura que podrían ser un obstáculo en la imitación de Cristo.

La tercera pobreza, que también existió en Cristo, es que Él también fue pobre en sí mismo. Aun siendo el Omnipotente, quiso aparecer débil, para que lo imitáramos; por cierto, no escondiendo la omnipotencia que no poseemos, sino meditando atentamente y llorando nuestros defectos, nuestras infamias y nuestra miseria. En conclusión el alma que busca hacer la voluntad del Amado, manifestada en su ejemplo de pobreza, se

esfuerzo por transformarse en la misma pobreza, lo más perfectamente que puede.

Además, el alma quiere transformarse en los dolores que El soportó. Dios Padre lo hizo Hijo del dolor, y vivió siempre en el dolor. Desde el instante de su concepción experimentó la más sublime felicidad y la más profunda tristeza, porque desde entonces la sabiduría divina le mostró todo lo que debía padecer. Y este dolor comenzó entonces y duró hasta que su alma se separó del cuerpo. Nos lo ha mostrado con la oración que pronunció: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mt. 26, 38). Y al decir que la muerte marcaba el fin del dolor, daba también a comprender el principio, que fue el instante de su concepción. Por haber sido la causa de estos dolores, debemos transformarnos en dichos dolores: cosa que llegaremos a hacer según la medida de nuestro amor. A través de sus dolores debemos ir al encuentro de todos los dolores, para que estemos siempre en el dolor. Y si no los tenemos, deseémoslos y pacientemente soportemos todo lo que sobrevenga, ya sean ultrajes de palabra o de hecho, ya sean tentaciones. Soportemos pacientemente estas tentaciones, que el Señor permite, pero sin consentirlas. También soportemos las tribulaciones, las tristezas y cualquier otra cosa. Y cuando no las tenemos, las debemos desear, para imitar al Amado que vivió siempre en el dolor, con la salvedad de que no las merezcamos con nuestras culpas.

Jesús fue también Hijo del desprecio, porque fue despreciado, ultrajado y abandonado por todos. En eso debemos imitarlo, si lo amamos, porque el amor hace desear las mismas cosas. Y el que de veras considera la pobreza de Jesús, y es de veras pobre, es también afligido, y por consiguiente despreciado. De ahí, pues que la pobreza es la raíz de todas estas virtudes.

Jesús fue también Hijo de la obediencia, porque la obediencia lo trajo del seno del Padre, al que obedeció hasta la muerte. En ella debemos imitarlo para ser obediente no sólo a los Mandamientos de Dios y de nuestros superiores —si los tenemos—, sino también a todas las manifestaciones de su voluntad, como las inspiraciones que Dios nos comunica. En todo debemos obedecerle sin demora. No sólo en lo que hemos dicho, sino también en las otras virtudes debemos imitar al Señor Jesús: en la paz, en las palabras, en las actividades y en toda nuestra conducta. Siempre permanezcamos serenos; pero no en los defectos ni en las cosas que son contrarias a nuestra alma. ¡Todo lo contrario! Para rechazarlos debemos luchar como leones. Y también debemos imitar al Señor en su benignidad y en su mansedumbre, no sólo hacia los nuestros, sino hacia todos, como mejor les convenga.

Con los perversos no debemos tener demasiada familiaridad, sino en vista de su recuperación: en este caso debemos también ponernos a su servicio. Tengamos también benevolencia y mansedumbre para no contestarles de mal modo o para pagarles mal por mal. Seamos tolerantes y pacientes.

Ofrezcamos también algunas atenciones a los que nos han injuriado de hecho o de

palabra. Hagámoslo con serenidad de espíritu y no con malhumor, para que pase desapercibida la injuria. Debemos brindar nuestras atenciones a los que nos ofenden, con rostro apacible y ánimo sosegado, como personas que gustosamente besarían los pies de los ofensores. Para alcanzar estas virtudes miremos cómo Cristo soportó todo con ánimo benigno. Si miramos este ejemplo, tendremos la fortaleza para dominar la indignación.

En una última cosa debemos imitarlo: debemos ser rectos en las palabras y en las obras, sin recurrir a dobleces o a simulaciones.

Fragmentos.- Nos dijo una vez: Dios tiene un amor entrañable por las almas, y por eso les concede mimos: dulzuras, tiernos sentimientos y atractivos semejantes; pero el alma no debería ansiarlos. Sin embargo, no hay que despreciarlos, porque hacen correr al alma y forman su alimento. A través de ellos el alma se eleva hasta amar a Dios y se esfuerza por transformarse en el Amado.

Otra vez se le preguntó por qué es necesario aceptar la pobreza, el dolor y el desprecio. Ella respondió así: Es necesario que el hombre conozca a Dios y se conozca a sí mismo. El conocimiento de Dios presupone el conocimiento de sí: el hombre debe considerar y ver quién ha sido el ofendido y quién ha sido el ofensor. De esta segunda consideración y de este segundo modo de ver derivan gracia sobre gracia, visión sobre visión, luz sobre luz. De ahí se encamina al conocimiento de Dios; y cuanto más lo conoce, tanto más lo ama; y cuanto más lo ama, tanto más lo desea; y cuanto más lo desea, tanto más obra audazmente. El obrar del alma es señal y medida de su amor. En esto se conoce si el amor es puro, auténtico y recto: si uno ama y hace lo que ha amado y hecho Aquél a quien ama. Y Cristo, a quien ama, poseyó, amó y practicó estas tres cosas mientras vivió. Pues bien, el que lo ama, debe siempre poseerlas, amarlas y practicarlas.

Otra vez nos dijo: Si uno solo practicara todas las mortificaciones que hacen todos los hombres de la tierra, eso no bastaría para merecerle los bienes prometidos y esperados. Por eso todo cristiano debe esforzarse por hacer ocultamente cuantas más mortificaciones puede, y desear las que no puede hacer; y hacerlas también en público, con tal que en su intención no busque la ostentación. No practicar el bien para no ser visto es señal de tibieza, y por ninguna razón hay que descuidarlo. Para ello, tenemos el ejemplo del Maestro que obró muchas cosas que jamás fueron conocidas; y con todo fue tan grande su amor que obró muchas cosas también en público.

Un día dos frailes menores, digamos de fe, la interrogaron sobre una frase de San Agustín: "Recibir diariamente la Eucaristía...". Respondió así: El bienaventurado Agustín era un hombre santo y sabio. Al constatar que los buenos están mezclados con los malos, no quiso hacer el elogio de esta práctica para no provocar la osadía de los malvados, y no la prohibió para no desalentar a los buenos. Los malos sacan su osadía de las alabanzas ajenas, mientras los buenos tienen la seguridad de su buena conciencia,

con tal que no merezcan el reproche de un santo.

Mientras Fray Arnaldo celebraba la Misa en la iglesia de San Francisco de Asís, le fue dicho a la sierva de Cristo: "La bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo descienda sobre este hijo tuyo y mío, del que te vas a alegrar mucho". Y añadió: "Tu tendrás otros hijos tuyos, y todos reciban esta bendición, porque todos tus hijos son mis hijos, y todos los míos, tuyos."

Después de mi retorno a Foligno, mientras comulgaba en la última Misa celebrada por el mismo fraile, me fue dicho de él: "De este hijo te vas a alegrar mucho. Confirмо la eterna bendición que ya le di. Yo soy el que quita los pecados, y fuera de mí nadie más puede quitar los pecados. Y yo he quitado de él la culpa y la pena". Como de ningún modo era capaz de comprender estas frases, las repetí al mismo fraile después de la Misa. Y él, después de haber oído la frase: "Yo he quitado de él la culpa y la pena", se sacó la capucha, bajó la cabeza y lloró.

También San Francisco me dijo del mismo fraile: "Dale cariños a Fray Arnaldo, mi hermano". Las señales con las que Dios Padre manifiesta su amor al alma a la que ama, son seis: la primera es la bendición. Ante todo, Dios Padre bendice al alma a la que ama. Luego le comunica sus bienes. Luego la amonesta. Luego la corrige. Luego la guarda y la defiende. En fin, la confirma.

LA ENCARNACIÓN. CARTA DE NAVIDAD.

Oh queridísimo y confidente de mi alma, deseo con todo mi ser que en mis oídos resuene el eco de ti; y que en tu alma florezca ese deseo, que tenían y tienen los santos de este Niño, que ahora está por venir y nacer; y que El nazca dentro de tu alma, como yo deseo. Oh querido de mi alma, esfuérzate por tener el conocimiento de ti mismo, porque de veras no creo exista en la tierra virtud mayor que ésta. Procura alejar de ti cualquier otro pensamiento o imaginación que puedan dañar tu alma; y prepárate según mi deseo a recibir al Hijo de Dios que está por nacer, porque será El quien dará a tu alma el conocimiento de sí misma. Y será sólo El, quien colmará tu alma, como lo deseo desde lo más profundo de mis entrañas. Y ¡que el Consolador te consuele, oh alma mía!

Muchísimo me asombré por las palabras que me escribiste acerca de las tribulaciones que padeciste estando en Spello. Yo no me quedé desedificada, sino más bien edificada porque lo que tú consideras odio, yo lo tengo por amor. Después reflexioné que éste es un sentimiento de santa envidia que de vez en cuando experimento, cuando juzgo que un alma está más unida a Dios que la mía. Has de saber, alma mía, que en mí no surgió ninguna indignación, sino por compasión hacia ti. Por eso, tu tribulación ha sido más mía que si yo la hubiera sufrido. Te ruego, en cuanto puedo, no te preocupes más por esta tribulación, sino que la desalojes definitivamente de ti. Cuando te sea quitada, me será quitada también a mí.

Experimenté una gran pena al leer la carta que me escribiste. Acuérdate, hijo querido, que jamás ninguna creatura me conquistó ni por odio ni por amor, y jamás sucederá. Por esto no te detengas ante las manifestaciones exteriores que a veces no son verdaderas. Hay un amor que puede manifestarse con signos, y hay también un amor que no se manifiesta con signos. Te suplico, hijo queridísimo, sumérgete en ese amor, que es inefable y no necesita de signos exteriores. Deseo con todo mi ser que te hagas nuevo en el amor y en el dolor del Dios-Hombre crucificado. También deseo con todo mi ser que tú experimentes este amor sin necesidad de que yo te lo exprese. Lo que es nuevo para ti, es nuevo también para mí. El amor de Dios, la paz de Dios y su eterna bendición estén contigo. ¡Amén!

LOS SIETE DONES DE DIOS.

El que puede merecer estos dulcísimos dones de Dios, sepa que ya está consumado y perfecto en el dulcísimo Señor Jesús, y que se ha hecho otro dulce Jesús por la gracia de la transformación. Y cuanto más avance por este camino, tanto más en Él crecerá el ser del dulce Jesús.

El primer don es el amor de la pobreza. Por él el alma se despoja del amor de toda creatura y no quiere poseer ninguna otra cosa más que al Señor Jesús, ni confía en la ayuda de nadie en esta vida. Y todo esto lo muestra con las obras.

El segundo don es el deseo de ser despreciada, vilipendiada y ultrajada por toda creatura; y que todos la crean digna de los insultos, de tal manera que nadie se compadezca de ella; y que no quiera vivir en el corazón de ninguna creatura, sino sólo en el de Dios; y que por ninguna razón ambicione algún aprecio de nadie.

El tercer don es el deseo de ser afligida y castigada y llenada y colmada con todos los dolores del cuerpo y del corazón experimentados por el dulce Jesús y su dulcísima Madre. Y desea que toda creatura le procure estos dolores sin pausa. El que no es capaz de desear estos tres primeros dones, sepa que está muy lejos de la dulce semejanza con Cristo bendito, porque pobreza, dolor y desprecio lo acompañaron en todo lugar y en todo instante y en todos sus actos. La misma compañía de pobreza, dolor y desprecio tuvo su Madre, ¡y en grado sumo!

El cuarto don consiste en que el alma sabe que es indigna de tan grandes bienes, y que jamás podría alcanzarlos por su propio medio. Y cuanto más posea estos bienes, tanto más le parece tener poco, porque el que demasiado presume de tener lo que ama, al fin pierde el amor. Por eso jamás piense haber alcanzado la meta, sino que más bien sienta que debe comenzar de nuevo, ya que hasta ahora no hizo nada y que nada posee de estos bienes.

El quinto don consiste en el continuo esfuerzo de pensar que estos bienes pertenecieron al Señor Jesús, y en la incesante y continua oración con la que pide al Señor que comunique e infunda en su corazón esos mismos bienes, que fueron su vestidura y su compañía. Para sí no pide nada más que esto: que su vida y su gozo sean una perfecta transformación en estas virtudes. Y se esfuerce por elevarse a pensar en qué modo el corazón del dulcísimo Jesús fue súper colmado de estos bienes, hasta lo infinito, mucho más de lo que haya demostrado en su vida exterior.

El sexto don es el de rehuir, como la más temible pestilencia, todo lo que pueda alejar al alma de estos bienes, ya se trate de persona espiritual, ya carnal; y de evitar, tener en horror y despreciar, como si fuera una serpiente, todo lo que en la vida espiritual le aparezca contrario y en oposición a estos bienes.

El séptimo don consiste en abstenerse de criticar a otros, y en no entrometerse en juicios sobre los demás, como nos lo aconseja el Evangelio, sino en juzgarse más vil que todos los demás, aunque fueren hombres perversos e indignos de la gracia de Dios. Pero ya que el alma es todavía muy débil y no es capaz de servir a Dios sin la esperanza de un premio, sepa que tales dones le merecen poseer a Dios plenamente en la patria celestial; más aún, sepa que por ellos el alma se transforma totalmente en Dios. Y esto es tan cierto que desde esta vida Dios opera gran parte de esta transformación en el alma que ya se ha transformado en sus desprecios, miserias y dolores. Sin embargo, no debe el alma desear en esta vida semejantes consuelos divinos, sino para animar su debilidad. Para sí debe sólo anhelar la perfecta crucifixión con Cristo, con sus dolores, su pobreza y su desprecio.

EL AMOR Y SUS PELIGROS.

Invitada a menudo a hablar de Dios, la sierva de Cristo comenzó a señalar las falsedades, los peligros y los engaños que pueden existir en el amor espiritual, aunque bueno. No existe nada en el mundo, ni hombre, ni diablo, ni cosa alguna, que yo considere tan sospechoso como el amor, porque el amor penetra dentro del alma más que cualquier otra cosa. Tampoco hay nada que tanto ocupe y ate nuestro corazón como el amor.

Por eso, si no se dispone de armas para regularlo, el alma fácilmente se precipita y cae en un gran desastre. Desde luego, no me refiero al amor malo, porque el amor malo debe ser absolutamente evitado por todos como cosa diabólica y peligrosa. Me refiero al amor bueno y espiritual, que fluye entre Dios y el alma, y entre prójimo y prójimo. Sucede a menudo que dos o tres varones o mujeres, o varones y mujeres, se aman muy entrañablemente y nutran mutuamente grandes y singulares afectos. Se brindan recíprocamente muchas y muy cordiales atenciones, desean estar casi siempre juntos, y lo que quieren los unos lo quieren los otros. Esto es muy digno de reprensión y muy peligroso, aunque se haga espiritualmente y por Dios, si no se poseen las armas indicadas. El amor que el alma tiene por Dios si no está armado, sino que sólo se sostiene con el sentimiento, o llega pronto a faltar, u obra en modo tan desordenado que a la larga no puede durar.

El amor por el prójimo o sea el que surge entre devotos y devotas, si no es regulado por esas armas, o se hace amor carnal, o por el mucho conversar se vuelve una gran pérdida de tiempo, porque sus corazones están vinculados recíprocamente de manera demasiado indiscreta. Por eso, por miedo al amor malo, considero sospechoso el amor bueno.

Las armas que deben regular el amor bueno son ofrecidas por la transformación del alma. Y tal transformación se realiza de tres maneras: a veces el alma se transforma en la voluntad de Dios; otras veces con Dios; y otras en Dios y Dios en el alma.

La primera transformación se realiza cuando el alma se esfuerza por imitar las obras del Dios-Hombre crucificado, porque en ellas se manifiesta la voluntad de Dios.

La segunda transformación se realiza cuando el alma se une a Dios, y experimenta elevados sentimientos y grandes dulzuras, que vienen de Dios y pueden ser pensados y expresados con palabras.

La tercera transformación se realiza cuando el alma con unión perfectísima se transforma en Dios y Dios en ella. Entonces el alma experimenta y saborea cosas altísimas de Dios, tales que de ningún modo pueden ser pensadas o expresadas con palabras.

La primera transformación no está relacionada con el presente tema del amor. La segunda basta para regular el amor si está bien viva. Pero la tercera es la más alta. En la tercera, y también en la segunda si bien imperfectamente, se infunde en el alma por gracia una particular sabiduría con la cual el alma sabe gobernar el amor de Dios y del prójimo. El alma entonces sabe equilibrar tan sabiamente los sentimientos, las dulzuras y los favores de Dios, que el amor perdura y puede perseverar en sus empresas y no ostenta sus gozos con risas, saltos y gestos del cuerpo.

De modo análogo, en el amor del prójimo o de amigos devotos, sabe portarse de manera tan sabia y madura que cuando haya que condescender, consiente; y cuando no, no consiente. La razón de todo es que Dios es inmutable, mientras el alma puede cambiar. Cuanto más unida a Dios está el alma, tanto menos está sujeta a cambios. En esa unión con Dios el alma alcanza la sabiduría, más aún, una cierta madurez de sabiduría, un agradable discernimiento y una luz interior.

Con esas armas sabe gobernar el amor de Dios y del prójimo, tanto que no puede ser engañada ni caer. El que no posee esa sabiduría, jamás debería meterse con algún varón o alguna mujer en tal amor particular y profundo, aunque lo haga por Dios y con buenas intenciones, por los peligros que pueden derivar de semejante amor. Y nadie debería vincularse con los demás, si antes no aprendió a desprenderse de los demás.

El amor tiene varias propiedades. A causa del amor, el alma se ablanda, luego se debilita, pero al fin se fortalece. Cuando experimenta el fuego del amor divino, grita y se queja, como hace la piedra que, colocada en el horno para que se transforme en cal, cuando es rozada por el fuego, crepita; pero cuando está bien cocida, no hace más ruido. Así le pasa al alma: al comienzo va en busca de consuelos; pero si le son quitados, languidece y grita contra el mismo Dios y le lanza su queja diciendo: "Tú eres la causa de mi sufrimiento. ¿Por qué obras así?". O algo semejante. Este languidecer nace de una cierta seguridad que el alma toma con Dios. Y en este estado está contenta con los consuelos y con otros dones semejantes. Pero cuando se la priva de ellos, entonces crece el amor, y el alma comienza a buscar al Amado. Si no lo halla, cae enferma, y no se contenta más con esos consuelos, porque busca sólo a su Amado. Y cuanto más recibe de Dios sentimientos y consuelos, tanto más crece el amor y tanto más se siente enferma si no goza de la presencia del Amado.

Cuando el alma está perfectamente unida a Dios y establecida en la sede de la verdad, porque la verdad es la sede del alma, no grita ni se queja ya con Dios, ni se entenece ni se enferma. Más bien, llega a reconocerse indigna de todo bien, de todo don de Dios, y merecedora de un infierno más profundo que el que está creado. Logra una especial sabiduría y madurez, y se vuelve tesonera, ordenada y fortalecida por Dios, capaz de enfrentar la muerte. Y posee a Dios en plenitud, según su propia capacidad, y Dios la dilata para que se haga capaz de los dones que Él quiere darle. Entonces

contempla a Aquél que es. Y ve que todas las cosas son una nada, y que todo lo que son, lo reciben de Aquél que es. Considera todo lo que ha poseído hasta ahora como una nada, en comparación, y una nada todas las cosas creadas; ni se preocupa más de la muerte ni de las enfermedades, ni de los honores ni de los desprecios. Así alcanza la paz y la quietud: no desea más nada, y pierde todo deseo, y no puede obrar más porque está vencida. En la luz que posee, ve cómo hace Dios todas las cosas con orden y equidad, tanto que aun en su ausencia no se debilita más. Se vuelve tan conforme a la voluntad de Dios que, aun cuando Dios se sustrae, ella no lo busca más, y está contenta por todo lo que Él haga, y le confía todas sus cosas.

Entonces se puede realizar la verificación: cuando posee con tal plenitud la visión de Dios, el alma se siente fuerte y serena, y en ese amor pierde todos sus deseos, ni es capaz ya de obrar. Pero cuando esa visión de Dios le es quitada —porque a ningún alma se le concede perseverar para siempre en ese estado— se le da un nuevo deseo que le permite ejecutar sin fatiga y hasta con mayor vigor las mismas acciones de antes. La razón consiste en que este estado es más perfecto que los otros.

La perfección tiene la virtud de obrar de este modo: cuanto más crece el alma, tanto más se esfuerza por imitar al Maestro de toda perfección, que es el Dios-Hombre y este Dios-Hombre no tuvo en toda su vida más que un solo estado, el de la cruz. En la cruz comenzó, en la cruz perseveró y en la cruz acabó. Vivió siempre en la cruz de la pobreza, del dolor constante, del desprecio y de la obediencia total, y de todas las otras arduas pruebas de mortificación. Y porque la herencia del padre debe pasar a los hijos — y Dios Padre ha dado a su Hijo Unigénito esta herencia de la cruz y de la mortificación —, todos los hijos de Dios, cuanto más son perfectos, tanto más deben recibir esta herencia y perseverar en ella durante toda su vida, porque el Dios-Hombre crucificado, mientras vivió en la tierra, vivió en compañía de la mortificación y de la amarguísima cruz. La duración y el término de la mortificación son éstos: mientras uno vive. La grandeza de todo hombre está en la medida en que sabe sostenerla.

En esto consiste la transformación del alma en la voluntad de Dios. Cuando el alma se transforma en Dios y habita en El y ha llegado a la perfecta unión y a la plenitud de la visión de Dios, no busca nada más. Cuando desciende de ese estado, se esfuerza por transformarse en la voluntad del Amado hasta que vuelva nuevamente a esa contemplación. Pero el Amado manifiesta su voluntad en las pruebas de la mortificación y de la cruz, que siempre Él tuvo en sí mismo. Por eso, cuanto más es uno perfecto, y más ama a Dios, tanto más se esfuerza por hacer lo que Él hizo y evitar todo lo que de algún modo puede ser lo contrario. Podemos constatar que cuando uno ama perfectamente a otro, se esfuerza por asemejarsele en todo y por obrar como mejor agrade a aquél al que ama.

Y si algunos, como los que se definen seguidores del "espíritu de libertad", llegan a

afirmar que saben vivir en el desapego de todo deseo y que ya no tienen apetencias, que de ninguna manera y en ningún momento son capaces de obrar, no hay que darles crédito porque mienten ^[51]. Más bien, reflexionen, si no están cometiendo cosas ilícitas, como bailar, jugar, comer y beber de manera refinada y desordenada, y realizar actos deshonestos e ilícitos. Si pueden realizar éstas y otras malas acciones y si las pueden desear, con mayor razón podrían y deberían, si amaran a Dios, desear y hacer lo que es bueno y que agrada a Dios.

Miren al bienaventurado padre Francisco el que aun siendo espejo de toda santidad y perfección y modelo de cuantos quieren vivir según el espíritu, hallándose hacia el fin de su vida en la cumbre de tal estado y en la unión más íntima con Dios, iba repitiendo: "Hermanos, comencemos a servir a Cristo, porque hasta ahora hemos hecho pocos progresos." ^[52]

Lamentablemente muchos creen estar en el amor y están en el odio de Dios; y muchos creen poseer el amor de Dios, y sólo tienen el amor de la carne, del mundo y del demonio. Así, uno ama a Dios para que lo preserve de las enfermedades y de las tribulaciones físicas y de los peligros temporales. Este se ama a sí mismo de manera desordenada porque hace del cuerpo su alma y su dios. Ama también las cosas temporales por la utilidad de su dios que es el cuerpo. Y ama a los amigos y parientes de modo desordenado, por su provecho y honor. Ama sin duda también a los hombres espirituales, pero no porque de veras los ame por su bondad, sino para pavonearse de su santidad. Y ya que un tal amor no es puro, sus frutos son carnales con todos los vicios sensuales y espirituales. Gusta también tener habilidades culturales, como saber leer y cantar bien y otras cosas semejantes, para agradar a los demás. Y ama poseer una gran ciencia para vencer a los demás con la fuerza de la razón y no con la caridad, corregirlos con altivez y ser estimado importante.

Hay otros que creen amar a Dios y lo aman, pero con un amor mínimo e imperfecto. Lo aman para que les perdone los pecados, y los libre del infierno y les dé la gloria del paraíso. Lo aman para que los conserve buenos de modo que no lo ofendan más y no pierdan el paraíso. O lo aman para lograr dulzura y consuelo divino. En resumen, lo aman para ser amados por Dios. Aman también de manera espiritual a amigos y parientes y desean que sean personas espirituales y buenas, pero lo hacen por sí mismos para sacar ventajas y honores. Los cultos aman a Dios para que les conceda el sentido, la ciencia y la inteligencia de las Escrituras; y los iletrados anhelan la habilidad de hablar provechosa y espiritualmente para el bien de los demás: unos y otros lo hacen para ser más amados y honrados. Y aman a las personas espirituales, para agregarse a su círculo y lograr su amistad, en vista de la propia ventaja espiritual y del propio honor. Y aman poseer la pobreza, la humildad y las demás virtudes para destacarse por ellas sobre los demás y distanciarlos en la perfección. Y como en el camino del espíritu no soportan

iguales, pecan a semejanza de Luzbel que no quiso que ninguna creatura lo igualase.

No faltan algunos que para tener una gran fama de santidad y ser universalmente alabados, prodigan elogios a todos, sean o no espirituales. No falta también alguno que ama a las personas devotas con un amor espiritual y perfecto: las ama totalmente en Dios como a sí mismo. Y este amor crece, y creciendo desea la presencia del amado: si no la alcanza languidece; y si la alcanza el amor crece. Y creciendo predispone al alma para una mayor languidez cuando el amado está ausente. Y creciendo en este amor, el alma se transforma totalmente en el amado, tanto que lo que agrada a uno agrada al otro, y lo que desagrada a uno desagrada al otro.

Pero el alma no tiene armas suficientes para gobernar el ardor del amor que crece cada vez más y no está perfectamente ordenado y por eso necesariamente el amor se convertirá en desorden. Y si el amado sufre el mismo desorden y carece de las armas necesarias y está herido también el con la espada del amor, entonces puede temerse lo peor. Comienzan a comunicarse sus secretos, y manifiestan su amor recíproco y llegan necesariamente a un mutuo intercambio de sus sentimientos.

Confiesa uno a otro: "No hay persona en el mundo que yo ame tanto y lleve tanto en mi corazón como tú". Y anhelan por devoción y por provecho espiritual acariciarse recíprocamente, y piensan que no les sea de daño. Pese a todo, la conciencia, no estando del todo ahogada, se opone a esos gestos. Más adelante, la conciencia y el espíritu, convencidos de que esos contactos no dañan, llegan a permitirlos. Desde ese momento los dos comienzan a bajar, a hundirse, a desfallecer poco a poco y a precipitarse de su estado de perfección. Después de haber ahogado la conciencia, comienza a razonar y a decir: "Esto puede hacerse porque no es gran pecado" y también otras culpas juzga lícitas repitiendo: "Esto puede hacerse porque no es gran pecado". Por el ardor del amor, que se transforma en la persona amada, la lengua y las demás potencias se vuelven impotentes, tanto que no saben negarse a los deseos del amado. Y porque por el desorden de que se habló, éste podría desear el mal, el alma no sabe oponerse al mal si está invitada, y si no lo es, ella misma se ofrece. En estas condiciones se aleja de la oración, de la abstinencia, de la soledad y de todas las demás virtudes en las que solía ejercitarse, y trueca el amor divino por este amor terrenal.

Mientras tanto, la pasión llega al hervor y crece, porque la presencia y las palabras del amado, que antes bastaban, ahora no la satisfacen más. El amante desea saber si el amado también está herido por la saeta del amor como él; y si llega a saberlo, entonces el peligro amenaza a los dos. Luego, dado que la presencia y las palabras no bastan más, ambos, el amante y el amado, se entrega a toda obra viciosa. Por eso repito que el amor ha de considerarse extremadamente sospechoso, porque en el amor se contiene todo mal. Hasta que no se llega al amor perfecto, todo amor debe tenerse por sospechoso.

El amor perfecto.- El amor perfecto y óptimo y sin defecto es aquel en el que el

alma es guiada y conducida a la visión del ser de Dios. Entonces el alma, guiada y conducida a la visión del ser de Dios, contempla cómo toda creatura recibe el ser del que es el Ser sumo; y que también ella y todo lo que existe, recibe el ser de Él; y que no hay otro ser; y que no hay cosa alguna que tenga el ser que no derive del Ser supremo.

El alma, guiada y conducida a tal visión, saca de ella una sabiduría inefable, ponderada, madura. En la visión del Ser supremo, el alma comprende que todo lo que deriva de Él es óptimo y que nada es objetable, porque ve claramente que todo lo que deriva de Él es a todas luces perfecto, mientras el mal se realiza cuando nosotros queremos destruir las cosas que han sido creadas por Él.

La visión del Ser supremo suscita en el alma un amor correspondiente y adecuado a Él. Este Ser supremo nos enseña a amar a todo lo que tiene el ser, es decir, todas las creaturas racionales e irracionales, con el mismo amor que Él tiene por ellas. Sobre todo, nos enseña a amar a las creaturas racionales, en particular a las que el alma ve que son amadas con amor de predilección por el Señor. Viendo que el Ser Supremo se inclina hacia esas creaturas con un acto de amor, de manera similar ella también se inclina hacia ellas. Esto me impulsa a amar a estas almas enamoradas de Dios, que se pueden conocer por algunos signos.

Lo que distingue a los amigos de Dios y a los verdaderos seguidores del Hijo Unigénito es esto: ellos elevan siempre los ojos de su mente para amar, seguir y transformarse todos y totalmente en la voluntad del Amado. Y porque su alma en la visión del Sumo Ser aprendió a amarlo, el amor es estimulado por esa visión. Y por conocer y amar a este Ser supremo, el alma conoce y sabe amar a las creaturas como conviene y según la mayor o menor inclinación de este Ser hacia ellas y en ninguna cosa puede violar el orden.

Por eso, todo lo que se relaciona con el amor ha de ser absolutamente considerado sospechoso hasta que el alma no reciba de Dios un tal amor después que el alma haya recibido la visión del Ser divino y del amor correspondiente y adecuado a este Ser, queda consolidada, tanto que aunque sobrevengan otras visiones y elevaciones, no cambiará más. Y no sólo los que han alcanzado esa inefable unión con Dios, sino también los que tienen un constante pensamiento del Ser supremo, tienen la suficiente aptitud para rechazar la malicia de cualquier otro amor y son capaces de resistir al cuchillo del amor.

Se le concede también al alma la visión del Increado. Esta visión deja en el alma un amor increado, en relación al cual el alma no sabe obrar más por sí misma y queda como impotente, porque es el amor mismo que obra en ella. Cuando el alma tiene la visión del Increado, no puede obrar más, porque queda totalmente absorta en esta visión; y así en el amor increado, el alma queda inactiva. Hay que destacar que cuando tal visión fue dada al alma, ella obraba; y con todo su ser anhelaba hacerse una con el Ser increado, y buscaba con todas sus fuerzas de qué manera pudiera unirse mejor a Él. Entonces el

mismo Increado obraba en el alma y le inspiraba a alejarse de toda cosa creada, para unirse mejor a Él. Es pues el Amor el que obra y realiza él mismo todas las operaciones del amor.

La primera de estas operaciones es la de iluminar y también de dar un nuevo y ardiente deseo. Se trata de un amor nuevo y fuerte, en relación al cual el alma obra y no obra nada, porque es el mismo Amor increado que obra en ella ^[53]. Él es el autor de todo bien que nosotros hacemos, mientras somos nosotros los autores del mal que obramos. Se trata de un auténtico anonadamiento: reconocer en la verdad que nosotros no somos obradores de ningún bien. Y los que ven esta verdad, tienen el espíritu de verdad.

El verdadero amor no admite risas en los labios, ni desórdenes en la comida y bebida, ni vanas alegrías. El amor verdadero, al obrar, no afirma: "No estoy sujeto a ninguna ley", sino que se somete cada vez más a la ley. Más aún, allí donde no hay ley, se impone una.

El amor de Dios nunca queda ocioso, aun siguiendo corporalmente el camino de la cruz. Este es el signo con que el verdadero amor obra: él confía la cruz al alma que quiere seguir a Dios, es decir, la mortificación larga hasta que viva y grande y severa según su capacidad. Cuando el alma haya realizado las operaciones de la cruz y de la mortificación viva, larga y severa, entonces en verdad debo reconocerme como una sierva del todo inútil. Y si quiero pedir algo, lo pediré en hombre de la penitencia que El mismo practicó en mí y por mí.

El espíritu de verdad tiene este signo: conocer de veras que Dios es todo amor y nosotros todo odio. Llegada a esta verdad, necesariamente el alma es impulsada a hacer penitencia corporal. Cuando el alma hace alguna penitencia que le parece pesada, y a veces tan pesada que le parece insoportable, entonces tiene la impresión de que es ella la que obra; y en verdad no es ella la que obra, sino el Increado, que obra en ella y por ella. Otras veces El hace que la penitencia sea ligera, y también esto lo permite para su bien. No debemos extrañarnos si el que obra nos carga con la penitencia. El, que es verdadero Maestro, vino para hacer penitencia por nosotros, y durante todo el tiempo de su vida soportó por nosotros una constante y amarga cruz y mortificación.

Y los que se elevan a la visión del Increado y del Ser de Dios, si perseveran en la cruz y en el empeño por la virtud, donde quiera estén, descansan, y con nuevo y más abrasado amor llegan a obrar más animosamente. Los que no viven según este espíritu de verdad, con sus obras virtuosas se fabrican unos ídolos; y fabrican el primer ídolo con la luz divina que les es dada.

LAS CULPAS Y LAS PENAS.

Yo soy una mujer ciega, envuelta en tinieblas y sin la verdad. Por eso, hijos míos, todas las palabras que escucháis de mí, consideradlas sospechosas, como de una persona mala. Examinadlas bien todas y no deis crédito a ninguna si no están conformes a las huellas que nos ha dejado Cristo Jesús. En estas condiciones no me gusta escribir pero me siento obligada a responder a vuestras muchas cartas.

Hoy quiero hablaros de una verdad que recientemente se grabó en mi alma: "Con el vicio con que el hombre ofende a Dios, con ese mismo será castigado" (Sab. 11, 17). Ante todo os hablaré del vicio de la soberbia, que es la raíz de todo los males. Cuando el alma, por la gracia de Dios, es humillada, con todas sus fuerzas procura alejar de sí la soberbia. Y cuando renace en Dios, se vuelve humilde y desea con todo su corazón hallarse sin soberbia. Pese a todo, la soberbia brota en el alma sin su querer. El pecado se origina cuando junto al impulso de la soberbia se añade nuestra complacencia; pero cuando la soberbia surge sin nuestra complacencia, el alma entonces se amarga y se aflige.

Cuando no hay complacencia de parte nuestra, el alma entonces descansa en la sede de la verdad, en la cual es incapaz de soberbia. Pero la soberbia, aun sin el consentimiento del alma, brota para castigarla por los consentimientos del pasado. Por eso, hijos míos, consolaos y sed fuertes, porque Dios quiere castigar en vosotros todo defecto con el mismo defecto.

Lo mismo sucede con el vicio de la avaricia. El alma, al ver la abundancia divina, se hace generosa, pero es estimulada por el mismo vicio a castigar las culpas pasadas. Igualmente pasa con el vicio carnal. No sólo han de ser castigados los que cometieron pecados carnales, sino también los que por su negligencia asintieron a pensamientos impuros.

Pues bien, hijos queridos, no debemos extrañarnos si somos castigados por las tentaciones, porque necesariamente toda culpa debe tener su castigo. Y ¿no os dais cuenta de que no se puede del todo rechazar la vanagloria y la hipocresía? Esto sucede o por nuestras culpas pasadas o para acrecentar los méritos del alma. Pues bien, cualquier cosa que pase, estemos contentos si salimos victoriosos, ¿No habéis observado, hijos, cuando uno recita las Horas y no sabe recogerse en oración? Cuando uno ha de estar atento a lo que hace y se niega, ¿no merece ser castigado? Por eso, recitando sus Horas, se puede decir que reza y no reza, dado que no está completamente presente, y por eso se cansa y vuelve a comenzar. ¿Su conducta no merece ser castigada? E insistiendo, quiere meditar lo que dice, pero enseguida se distrae y ya no se acuerda más. Esto sucede para castigo de nuestra malicia. Dios quiere que cuando oremos, oremos correctamente y no distraídamente. En la oración, debemos ofrecer a Dios un corazón

entero y no dividido, porque, si nos aplicamos con un corazón dividido, perderemos el fruto de la verdadera oración. En las demás acciones que realizamos, como comer, beber, pasear, y cumplir otros menesteres..., no necesitamos estar enteros. Mientras hacemos estas cosas exteriores y si queremos sentir el fruto de la verdadera oración, debemos mantener nuestro corazón unido a Dios. En cambio, en la oración sufrimos tentaciones, porque no tenemos nuestro corazón perfectamente unido a Dios.

En toda tentación debemos considerar dos cosas. Ante todo, la justicia de Dios que obra en nosotros su venganza. Al ver la justicia de Dios debemos alegrarnos mucho, porque todo lo que haga en nosotros, lo hace rectamente.

En segundo lugar, consideremos que somos tentados, justamente, porque somos tentados por nuestras culpas; y en esto deberíamos dolernos mucho por haber ofendido a Dios de manera tan infame. Si queremos quedar libres de las tentaciones, debemos transformarnos completamente en Dios Amor y buscar su voluntad; y buscándola debemos unirnos a Él; y uniéndonos debemos estudiar todas sus virtudes; y estudiándolas debemos ejercitarnos cumplidamente en ellas. Y cuando estemos virilmente ejercitados en ellas, ningún vicio podrá quedar en nosotros.

Las cualidades de los que aman.- Tres son las cualidades que debe poseer el que ama. La primera consiste en ser transformados en la voluntad del Amado. Esta voluntad, a mi parecer, es el camino que el Amado nos muestra a través de sí mismo. Nos muestra la pobreza, el dolor, el desprecio y la auténtica obediencia. Cuando el alma se ejercite en estas virtudes, ningún vicio ni tentación podrán entrar en ella.

La segunda cualidad consiste en el anhelo ardiente del alma de transformarse en las propiedades del Amado. De esas propiedades quiero subrayar sólo tres, ya que vosotros las conocéis mejor que yo. La primera es el amor, es decir, amar a todas las criaturas como conviene. La segunda es ser verdaderamente humilde y benigno. La tercera propiedad que Dios concede a sus hijos legítimos, es la inmutabilidad. Cuanto más cerca de Dios está el alma, tanto menos sujeta está a las mutaciones. Por eso nos avergonzamos cuando nos dejamos mover por algo mezquino; y en esto hemos de reconocer nuestra miseria.

La tercera cualidad consiste en ser totalmente transformados en Dios. Entonces el alma está fuera de toda tentación, porque no vive en sí sino en Aquél que es. Pero cuando retornamos a nuestra miseria, desconfiamos de todas las criaturas y también de nosotros mismos. Yo os ruego que os pertenezcáis a vosotros mismos y que no os deis ni en todo ni en parte a ninguna criatura; más bien, entregaos a Aquél que es.

Cuando alguno de vosotros predica o confiesa o aconseja, su espíritu no esté con las criaturas, sino con el Creador. No hagamos como los necios, para los cuales donde está el ojo, ahí está su corazón. Y si se os acerca algún adulador, varón o mujer, que os dice: "Hermano mío, ¡por tus palabras me he convertido a penitencia!", no os detengáis a

mirar a esas creaturas, sino al Creador y dadle gracias por el bien obrado. Numerosos son los predicadores de la falsedad que hablan por codicia de los honores o de la fama o del dinero. Hijitos míos queridos, yo anhele con todo mi ser que vosotros seáis predicadores de la santa verdad y que vuestro libro sea el Dios-Hombre. Y no os digo esto para que arrinconéis vuestros libros, sino que tengáis una voluntad dispuesta tanto a guardarlos como a dejarlos. No quiero que seáis predicadores de palabras sólo empapadas de ciencia, recitando mecánicamente las historias de los santos, sino que quiero que pongáis el mismo divino sabor que tuvieron aquellos cuyas gestas relatáis. Los que se predicán a sí mismos con ese sabor, saben hablar bien también a los demás.

Hay otro remedio especialísimo contra todas las tentaciones: recordar amorosamente la virginidad y la pureza que brillan particularísimamente en la Virgen Madre de Dios y recordar cómo la Virgen las amó y las vivió; y cómo ella las ama perfectamente en todos los hijos de Dios. Debemos también considerar cómo estas virtudes fueron amadas por el Dios-Hombre. Esta consideración produce dos frutos: aleja de nosotros toda tentación y nos enseña a circuncidarnos interior y exteriormente. Hijos míos, que el recuerdo de estas virtudes de la Madre de Dios permanezca siempre en vuestra alma. ¡Amén!

EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE NOSOTROS MISMOS.

No os extrañéis, hijos míos queridísimos, si no he contestado a las muchas cartas que me enviasteis, porque estoy tan atada que ni a vosotros ni a otros puedo remitir escritos, ni hablar de cosas espirituales, si no son las ordinarias vivencias. En el mundo entero nada me agrada tanto como hablar de estas dos cosas: el conocimiento de Dios y el conocimiento de sí mismo. Lo que equivale a decir: habitar continuamente en nuestra celda interior sin jamás salir de ella. Y si alguno sale de su celda, se empeñe por volver con dolor y verdadera contrición. Pienso que el que no sabe permanecer y vivir en su celda, no salga para buscar otros bienes, si antes no los busca en sí mismo.

Hijos míos, ¿para qué sirven las revelaciones, las visiones, los sentimientos, las dulzuras, la sabiduría, los éxtasis, las contemplaciones, si uno no posee el exacto conocimiento de Dios y de sí mismo? Os digo en verdad que todo esto es nada. Por eso me asombra que me pidáis cartas porque no llego a comprender en qué mis escritos o palabras deban o puedan consolaros. Creo que no podéis recibir ningún consuelo de ellos, sino de ese conocimiento. De ello me agrada hablar y no de otras cosas. Me impuse guardar silencio en todo menos en esto. Encarecidamente os ruego pidáis a Dios que nos conceda este conocimiento a mí y a toda mi familia; y que nos conserve siempre en él.

Añado algo más. La visión del Increado, el amor que nace de la visión del Increado, custodia tal contemplación. El amor y la misma caridad a veces no guardan bien los secretos de esta visión, dado que el amor tiende a expandirse, por eso nos es dado otro custodio, que es el santo celo, que nace de la verdadera visión y que protege mejor que el amor. Por la esmerada vigilancia con que nos protege, el santo celo hace inciertas las cosas ciertas y muda el blanco en negro.

Finalmente surge la misma visión, pone aparte el amor y el celo, y se cuida sola ^[54]. Por eso, hijos, disculpadme. Esta es la atadura que me impuso y me impone silencio. Y si bien me disculpe, yo a mi vez acuso la recta visión, porque ella sabe lo que dice y me hace decir sólo lo que es útil a vosotros y a los demás. Todos nuestros saludos hallen su cumplimiento en la resurrección del Señor y en la renovación que El realiza en las almas de los más perfectos, sus predilectos. ¡Amén!

EL LIBRO DE LA VIDA, LA CRUZ.

Oh hijo amadísimo, si anhelas la luz de la gracia de Dios, si quieres alejar tu corazón de todos los afanes, si quieres domar las nocivas tentaciones, y si deseas ser perfecto en el camino de Dios, no tardes en correr a la cruz de Cristo. En verdad no hay otro camino reservado a los hijos de Dios, a través del cual puedan hallar a Dios, y una vez hallado, conservarlo, a no ser el camino y la vida del Dios-Hombre crucificado. Lo repito a menudo, y lo afirmo una vez más: Él es el libro de la vida, a cuya lectura nadie puede acercarse sino a través de la continua oración. La oración constante ilumina al alma, la eleva y la transforma.

Illuminada por la luz captada en la oración, el alma ve claramente el camino preparado para Cristo y hollado por los pies del Crucificado. Cuando el alma lo recorre con el corazón dilatado, no sólo se aleja de las abrumadoras preocupaciones del mundo, sino que se eleva también por encima de sí misma hasta saborear las dulzuras de Dios. Y así elevada, se inflama con el fuego de Dios; y luego así iluminada, elevada e inflamada, se transforma en el Dios-Hombre. Todo esto se halla en la meditación de la Cruz.

Por eso, oh amadísimo, corre en pos de la cruz para alcanzar pleno conocimiento de ti mismo y pide a Aquél que por ti en ella muere, que te ilumine. Y una vez abismado en el conocimiento de tu miseria, podrás elevarte hasta un conocimiento más pleno de la dulzura y de la bondad de Dios, que te parecían incomprensibles, cuando, tan cargado de miseria, Él te tomó por hijo y prometió ser tu Padre.

No te muestres, pues, desagradecido hacia Él, sino esfuérzate por cumplir en todo la voluntad de un Padre tan grande y amable. Si los hijos legítimos de Dios no cumplen la voluntad del Padre, ¿la cumplirán quizás los hijos bastardos? Llamo hijos bastardos a los que andan descarriados en las concupiscencias de la carne, fuera de la disciplina de la cruz. En cambio, son hijos legítimos los que en todo procuran ser conformes a su Maestro y Padre, por ellos crucificado: en la pobreza, en el dolor y en el desprecio. Estas tres virtudes, queridísimo hijo, has de tenerlas por fundamento y cumbre de toda perfección, ya que con ellas el alma se ilumina, se purifica y se perfecciona, preparándose de manera aptísima para su transformación en Dios.

"No te he amado en broma".- El miércoles de la Semana Santa meditaba sobre la muerte del Hijo de Dios encarnado y me esforzaba por alejar de mi mente cualquier otra inquietud, para tener el alma toda recogida en la pasión y muerte del Hijo de Dios. Y estaba, repito, toda ocupada en la búsqueda y en el ansia de cómo mejor liberar mi espíritu de cualquier otro pensamiento, para entregarme más plenamente a la meditación de la pasión y muerte del Hijo de Dios. Mientras me hallaba en esta actitud, súbitamente la Palabra de Dios resonó en mi alma, diciendo: "¡Yo no te he amado en broma! Estas palabras me golpearon con dolor mortal. Enseguida se me abrieron los ojos del alma y

comprendí toda la verdad de esa afirmación. Y vi las obras de ese amor y todo lo que hizo el Hijo de Dios por ese amor. Contemplaba todas las pruebas; que el Dios-Hombre crucificado soportó en vida y en muerte por su indescriptible y desmedido amor. Y como veía en El todos los signos del más auténtico amor, comprendía la absoluta verdad de esas palabras, ya que Jesús no nos amó en broma, sino con un amor perfecto y total.

En cambio, veía en mí todo lo contrario, porque yo no lo amaba más que en broma y mentirosamente. Esta comprobación me produjo una pena mortal, y la tortura eran tan intolerable que creía morir. Entonces me fueron dirigidas otras palabras que acrecentaron mi dolor. Después de decirme: "Yo no te he amado en broma" —y yo comprendí que todo era verdad en El y en mí todo lo contrario y sufrí tanto dolor que creía morir—, El añadió: "¡No ha sido fingido mi servicio!". Y después insistió: "¡No te he sentido en distancia!". Entonces mi pena y mi dolor llegaron hasta el espasmo, y mi alma lanzó un grito: "Oh Maestro, lo que dices que no se halla en ti, se halla todo en mí. Yo no supe amarte más que en broma y con ficción; y en verdad jamás quise acercarme a ti, para compartir los dolores que tú experimentaste y soportaste por mí. Y no te serví sino con simulación y con mentira".

Veía que me había amado según verdad; veía en El todos los signos y las obras del verdadero amor; veía cómo se había inmolado todo y totalmente para servirme; veía que se había acercado tanto a mí hasta hacerse hombre, para cargar en verdad sobre sus hombros, mis dolores y padecer. Y al ver en mí todo lo contrario, sufrí una pena tan atroz que creía morir; y sentía que por ese dolor supremo las costillas del pecho se me partían y me parecía que el corazón estuviera por estallar. Mientras volvía a pensar en esas palabras; "¡No te he sentido en distancia!", El añadió: "Soy más íntimo a tu alma, que tu alma a ti misma". Esto acrecentó mi dolor porque me había alejado de Él.

Después añadió otras palabras que me manifestaron su inmenso amor. Y dijo: "Si alguien quisiera sentirme en su alma, yo no me sustraería de él; y si alguien quisiera verme, con júbilo le concedería que me viera; y si alguien quisiera hablar conmigo, con gran alegría le hablaría. Estas palabras suscitaron en mí el deseo de no querer sentir ni ver ni hablar de cosa alguna en la cual pudiera haber ofensa de Dios. Y es esto lo que Dios pide de manera especial a sus hijos. Ya que han sido llamados y elegidos por El para verlo, sentirlo y hablarle, exige que se alejen de todo lo que se opone a ese fin. Al comienzo, cuando me mostró las cualidades de sus hijos, Dios dijo: "Todos los que amen y guarden la pobreza, el dolor y el desprecio, éstos son mis hijos legítimos. Y éstos también son tus hijos, y no otros. Y todos los que tengan su espíritu orientado hacia mi pasión y muerte, donde está en verdad la salvación y no en otras partes, éstos son mis hijos legítimos. Y éstos son también tus hijos y no otros".

TERCERA PARTE. OTRAS DE SUS VISIONES, SU TESTAMENTO Y MUERTE

Jesús visita a Ángela enferma ^[55].- Un día, mientras estaba enferma, escuché estas palabras que me dirigió el Dios-Hombre crucificado: "¡Ven a mí, oh hermosa por los más deliciosos colores"; y añadió: "Quiero que tú seas para mí una pequeña mártir". Y cuando pedí la santa unción, los frailes dijeron que había alguna murmuración entre ellos, porque algún tiempo antes mi compañera había recibido la unción y los frailes se quejaban de que demasiado a menudo las dos acudíamos a este sacramento.

Entonces yo quedé muy amargada por esos comentarios. Mientras yacía enferma y afligida, me fueron dirigidas estas palabras: "Yo te ungiré con todos mis sacerdotes, y recibirás la unción". Durante la misma enfermedad, mientras yacía muy débil y físicamente dolorida, un día se me apareció el Dios-Hombre Jesús en la actitud del que viene a consolar y a alegrar. Ante todo, me dio ese consuelo con que ordinariamente se complace a los enfermos, es decir, mucha comprensión y compasión. Después me dijo: "He venido para servirte y quiero hacerlo". El servicio que me prestó era éste: se sentó junto a la cama y se mostró tan amable que de ninguna manera podría describirlo. Menos todavía puedo describir las delicias y los gozos inefables que experimentaba al verlo tan amable y al escucharlo. Lo veía con los ojos de la mente mucho más claramente que todo lo que se pueda ver de material con los ojos del cuerpo. De esta luminosísima y deliciosísima visión brotaba para mi alma una tal felicidad y un tal júbilo de espíritu que es del todo indescriptible. Después me mostró al bienaventurado Francisco y me dijo: "¡He aquí a aquél al que después de mí tanto amaste! Quiero que te sirva."

Entonces en ese momento se me apareció San Francisco tan complaciente y me mostró tanta amabilidad, intimidad y confianza, que sobrepasó toda medida. Yo me sentía colmada de felicidad por la confianza y la amabilidad que el santo me manifestaba. Y me dirigió palabras sublimes y secretas y luego concluyó: "¡Tú eres mi única hija!"

La libertad del alma.- ^[56] En una ocasión, hablándome la sierva de Cristo de la libertad que Dios concede al alma, me dijo: Cuando Dios concede al alma la libertad, ella lo comprende en plena verdad y sin ninguna falsedad. Y no sólo lo comprende, sino que lo ve y lo siente, y a veces aprende de la voz divina que le es otorgada la libertad de poder hacer lo que quiere. Dios dice al alma: "Yo no quiero más que lo que tú quieres". Entonces la voluntad de Dios y la voluntad del alma se juntan en una sola cosa. Y se le dice y se le concede que diga y haga todo lo que quiere decir y hacer y no queda cosa alguna que Dios no le confíe totalmente.

Esta es la libertad de obrar exteriormente. Pero acerca de la libertad concedida al alma en esas elevaciones que Dios obra en ella, no se puede hacer ninguna descripción.

El que la eleva, la aferra y la mantiene asida y la llena de una absoluta seguridad para que pueda decir y hacer todo lo que quiere con el cuerpo y con el alma. En esta operación y en modo milagroso Dios otorga al cuerpo y al alma un ordenamiento de sabiduría. Este ordenamiento de sabiduría regula el cuerpo para que no pueda desviarse hacia alguna cosa desordenada. No es que el cuerpo esté retenido por algún temor o amor, sino que, dado que el alma no forma más que una sola voluntad con Dios, él también no quiere sino lo que quiere Dios.

Por eso, cuando Dios da un común ordenamiento a los enfermos y pecadores, ofrece también la libertad; y cuanta mayor libertad concede al alma que se ha elevado hasta él, tanto más la ata y la retiene con un ordenamiento más estrecho, más sabio y más grande.

Ángela confiesa sus culpas.- Hay una humildad en la cual me hallo abismada, y el abismo comenzó a atraerme el segundo domingo de cuaresma, pero no me retuvo durablemente.

El lunes siguiente, a la hora de Completas, esta humildad me hizo ver en modo tan completo y sobreabundante mis malicias, mis iniquidades y mis pecados que no sabía de qué modo manifestarlos y revelarlos a alguna creatura de este mundo. No experimentaba vergüenza de confesar delante de todos las culpas que yo cometí, sino que gozaba imaginándome algunas maneras para hacer conocer a los otros mis falsedades, iniquidades y pecados. Hubiera querido marchar desnuda por las plazas y las ciudades, llevando colgados de mi cuello pescados y carnes y gritando: "Mirad a esta vilísima mujer, llena de malicia y de simulación, y cloaca de todo vicio y de toda maldad." Observaba las cuaresmas en mi celda, para gozar del aprecio de los hombres, y hacía decir a todos los que nos invitaban: "No como carne ni pescado", mientras era golosa y glotona y comilona y ebria.

Hacía entender que no quería recibir más que lo necesario, mientras hacía poner en reserva para el otro día. "También hacía ostentación de pobreza exterior y de dormir mal, mientras sobre mi camastro hacía tender un montón de paños que a la mañana hacía quitar para que la gente no lo advirtiera. ¡Mirad, pues, la diabolicidad de mi alma y la malicia de mi corazón! "Escuchad qué soberbia e hija de la soberbia soy, y cómo vivo en el engaño y soy hipócrita; peor aún, ¡soy la abominación de Dios! Daba muestras de ser hija de la oración, mientras era hija de la ira, del orgullo y del diablo. Fingía tener a Dios en el alma y gozar de consuelos divinos en la celda, mientras tenía al diablo en el alma y en la celda. Debéis saber que durante toda mi vida sólo busqué ser adorada y venerada y gozar fama de santidad. En fin, habéis de saber con toda verdad que por mis maldades y falsedades que se anidan en mi alma, engañé a mucha gente y soy homicida de muchas almas y de la mía".

Colgando sobre el abismo, me dirigía a los que son llamados hijos míos y les decía:

"No me debéis creer más. ¿No os dais cuenta de que estoy endemoniada? Vosotros que os llamáis hijos míos, implorad de la justicia de Dios, que salgan los demonios de mi alma y pongan de manifiesto todas mis perversidades, para que Dios ya no sea ofendido por causa mía. "¿No os dais cuenta de que todo lo que os dije es falso? Y ¿no os dais cuenta de que si en todo el mundo no hubiera más maldad, bastaría mi maldad para abastecer con ella toda la tierra? ¡No me debéis creer más! No debéis adorar más a este ídolo, porque en este ídolo habita el demonio. Todas las palabras que os he dicho, están cuajadas de simulación y de diabolicidad. Suplicad a la justicia de Dios que este ídolo caiga y se despedace, para que sean manifiestas mis obras mentirosas y engañosas, y desenmascaradas las enseñanzas que os dirigía.

Yo me disfrazaba de palabras divinas, para ser venerada y adorada como un dios. Implorad que los diablos salgan de este ídolo, para que la gente no se deje engañar más por esta hembra. Por eso suplico al Hijo de Dios, al que no me atrevo ni a nombrar, que si no quiere descubrir El mismo mis infamias, las haga descubrir por la tierra de modo que ésta se agriete y me trague, y digan los varones y las mujeres: "¡Oh! ¡Mira cómo estaba disfrazada exteriormente, mientras en lo íntimo era todo engaño!". "Y quisiera que se me arrojara al cuello un lazo, y que se me arrastrara por las plazas y las ciudades, y que los muchachos me condujeran cantando: ¡Mirad a la mujer que durante toda su vida ostentó lo falso en lugar de lo verdadero!".

Quisiera que los varones y las mujeres dijeran: " ¡Oh! ¡Qué gran milagro hizo el Señor! ¡La obligó a confesar y a cantar por su boca sus iniquidades y maldades y engaños y los pecados que ocultamente había cometido durante toda su vida!". Todo esto era muy poco y no satisfacía mi alma. Habéis de saber que caí en una desesperación como jamás tuve igual, porque desesperé totalmente de Dios y de sus dones y me puse en contraste con El. Por eso estoy segura de que en el mundo no existe una creatura tan llena de maldad y tan merecedora de la condenación como yo, porque todo lo que Dios me ha dado y regalado, me lo ha dado para mi mayor condenación y desesperación ^[57].

Os pido, pues, a todos vosotros que supliquéis a la justicia de Dios que no tarde más en sacar de este ídolo al diablo, para que se hagan patentes las infames maldades que tengo escondidas. La cabeza se me parte, el cuerpo desfallece por las muchas lágrimas y todos los miembros se desarticulan, porque no soy capaz de manifestar todas las maldades y las mentiras de mi alma. Mi alegría es que en algo ya comienzan a ser conocidas. Todas estas cosas las veía en la verdad, sin ninguna humildad. Y tú que has escrito estas cosas, has de saber que no hiciste más que balbucear en comparación de todas mis maldades, de mis iniquidades y de mis abusos, porque ¡ya desde pequeña comenzaba a cometer el mal! ^[58]

Coloquio con el Niño Jesús.- En el día de la Purificación de la Virgen María, cuando

por la mañana se distribuían las velas en la iglesia de los frailes menores de Foligno, me fue dirigida esta palabra: "Esta es la hora en que la Virgen llegó al templo con su Hijo". Cuando mi alma entendió esto, lo escuchó con tanto amor que de ningún modo se puede hablar o comprender algo.

Entonces el alma fue arrebatada y vio a la Virgen entrar en el templo y salió a su encuentro con gran reverencia y afecto. Y la Virgen dio al alma gran certeza de sí y tendiendo hacia mí a su Hijo, dijo: "Recíbelo, oh enamorada de mi Hijo". Y mientras hablaba extendió sus brazos y puso entre los míos al Hijo suyo que tenía los ojos cerrados, como si durmiera: estaba envuelto en pañales y en fajas. La Virgen, como cansada por el camino, se sentó. Y tenía tan hermosas maneras, y su semblante y sus gestos resplandecían de tanta gracia que el verla y el mirarla constituían un mar de dulzura y de felicidad. A menudo dirigía mis miradas para contemplar al Niño, al que estrechaba entre mis brazos, y más a menudo me dirigía hacia esa Señora tan bella y la contemplaba.

Y de improviso, el Niño quedó completamente desnudo entre mis brazos, abrió sus ojos, los alzó y me miró. Entonces al mirar esos ojos, tuve y experimenté tanto amor que naufragué. Acerqué mi rostro a su rostro hasta posar mi mejilla sobre su mejilla. Y fui penetrada como por un fuego al ver que se abrían y se alzaban los ojos de Aquél que había quedado desnudo entre mis brazos. Y la bondad que emanaba del Niño y de sus ojos era tan indecible, que soy absolutamente incapaz de describir lo que experimenté.

De improviso se me apareció una inmensa Majestad que dijo: "El que no me vea pequeño, no me verá grande. Yo he venido y me he entregado a ti. Ofrece tú también. Pero no me dijo qué debería ofrecer ni cómo ni a quién. Enseguida, el alma de un modo maravilloso e inexplicable se ofreció toda a Él; luego ofreció a algunos de sus hijos de manera especial y nombrándolos; y se ofreció y los ofreció de manera perfecta y total, sin reserva alguna ni de sí ni de los otros. Después ofreció a todos los hijos juntos. Y el alma vio y entendió que Dios aceptaba ese ofrecimiento y lo acogía con gran alegría. Pero nada sé decir de la totalmente inefable felicidad y dulzura que disfruté, al ver que Dios aceptaba y acogía con tanta complacencia mi ofrecimiento.

El viernes siguiente a esa fiesta, por la mañana oraba así a Dios: "Sé que tú eres mi Padre, que tú eres mi Dios, que tú eres mi Señor. Enséñame lo que quieres que haga. Instrúyeme en las cosas que te agradan. Estoy dispuesta a obedecer" —Y mi ferviente oración se prolongó hasta las nueve—. Me fue contestado así: "Yo sé bien lo que me agrada". Entendí bien esas palabras, pero lo que vi y comprendí y lo que El me mostró, no lo sé ni lo puedo decir. Más bien, preferiría decir lo que comprendí en lugar de las palabras que oí. Y lo que oí era un abismo absolutamente inexpresable.

Dios me hizo ver lo que tú eres, y quiénes son los que viven en El y quiénes viven lejos. Y dijo: "En verdad te digo, no hay otro camino recto más que aquel que sigue mis

huellas, porque en mi camino no hay engaño". Ésa expresión: "En verdad", me la repitió en muchos coloquios. ¡Sean dadas gracias a Dios!

Coloquio con los Ángeles.- En la fiesta de los Ángeles del mes de setiembre, me hallaba en la iglesia de los frailes menores de Foligno y deseaba comulgar. Antes de hacerlo, dirigí mi plegaria a los Ángeles y en especial a San Miguel, diciendo: "Oh ministros de Dios, que tenéis el oficio y la autoridad de servirlo y de manifestarlo a los demás, mostrádmelo al Dios-Hombre y manifestádmelo como el Padre lo dio a los hombres. Mostrádmelo ante todo viviente, pobre, dolorido y despreciado; luego en el momento en que está por ser matado, llagado y crucificado; y en fin hacédmelo ver muerto en la cruz". Y los Santos Ángeles me contestaron con indecible complacencia: "¡Oh alma, tú alegras y agradas con todo tu ser a Dios! Mira: te ha sido concedido. Y hasta lo tienes a El delante de tus ojos. Y te ha sido dado de más, para que tú puedas manifestárselo y dárselo a los otros".

Y de veras lo tenía presente, como lo había pedido a los Santos Ángeles, y lo veía con los ojos de la mente con toda claridad, vivo, cargado de dolores y ensangrentado y crucificado, y luego lo veía muerto en la cruz. Entonces tuve y sufrí un dolor desgarrador, tanto que el corazón parecía estallar ante una visión tan dolorosa. Pero contemporáneamente experimentaba un deleite y una alegría tan grandes por la presencia de los Ángeles y por las palabras tan dulces que ellos me dirigían que jamás había probado deleite semejante a ese diálogo angelical.

Jamás habría creído que los Ángeles fuesen tan amables y pudiesen dar a mi alma tanta felicidad como me la dieron. Y ya que había suplicado a todos los ángeles, y sobre todo a los serafines, entonces los Santos Ángeles me dijeron: "He ahí que te ha sido concedido y comunicado lo que tienen los serafines".

"Dios te quiere todo".- La sierva de Cristo una vez me dijo que las tribulaciones de esta vida son una preparación para la felicidad eterna. Por eso no hay que afligirse tanto por las tribulaciones temporales, que van a tener un término. Queridísimo, yo miserable, te pido una cosa que tengo gran vergüenza de decir, ya que tú durmiendo sabes más cosas que yo despierta. Tú me hablas de tribulaciones. Pues bien, yo, si fuera buena cristiana, consideraría toda tribulación como una bendición.

Te pido también que no te afanes por las cosas exteriores que tanto te solicitan y a las que el mundo por su parte constantemente te invita. Sabes mejor que yo que una cosa hacen los que son hijos de Dios sólo por la creación y otra los que son hijos de Dios por la gracia. No hay duda: el que mucho ama, mucho quiere ser amado; y el que todo da, todo pide. Por eso te suplico, hijo amadísimo, que todo lo que hagas, lo hagas según su voluntad. Y ya que creo que tú eres un hijo querido de Dios y que Dios te quiere todo, no una parte, sino todo, te ruego encarecidamente que ni la pérdida ni el logro de honores o de ventajas terrenales te distraigan, sino que obres siempre según la voluntad

del Sumo Bien.

Soporta, querido, que se te haga el mal en lugar de que tú lo hagas a los otros. Esto nos lo enseña el Maestro que todo lo soportó y no quiso hacer el mal a nadie. Llena tu alma delicada con el Dios increado, y obra teniendo delante de los ojos la noble vocación a la que Dios te ha llamado. Si Dios increado clavó sobre ti sus ojos, te pido que claves los tuyos en El. ¡Crece, crece, crece! Todos mis augurios hallen su cumplimiento en Aquél que es toda salvación. Ayúdame a realizar el insaciable deseo que tengo por tu bien. Suplico al Sumo Bien que sacie el hambre que tengo de tu perfección. ¡La luz, el amor y la paz del Altísimo estén contigo! No soy digna de dar bendiciones, ni lo merezco. Pero si Dios en su bondad quisiera concederme alguna bendición, me privaría de ella y te la daría como Dios la quiere.

ÚLTIMA CARTA DE ÁNGELA.

Esta es la última carta dictada por nuestra santísima madre Ángela de Foligno antes de su enfermedad mortal. Ella misma declaró que sería su última carta. Mucho tiempo antes le había sido revelada su muerte feliz. Por eso dictó sus pensamientos con el más entrañable amor, y casi obligó a su tibio secretario a escribir.

Así habló: Oh Dios mío, hazme digna de conocer el altísimo misterio que brota de tu abrasado e inefable amor comunicado a nosotros por la misma Trinidad: el misterio de tu Santa Encarnación, que realizaste por nosotros y que fue el principio de nuestra salvación. La Encarnación obra en nosotros dos cosas: la primera es que nos llena de amor; la segunda, que nos hace seguros de nuestra salvación. ¡Oh incomprensible caridad! ¡Oh amor por encima del cual no hay amor mayor! ¡Mi Dios se hizo carne para hacerme Dios! ¡Oh amor excesivo! Al revestirte de nuestra carne, ¡tú te has deshecho para hacerme a mí! Pero te has deshecho sin perder nada de tu realidad ni de tu divinidad. ¡El abismo de tu humana concepción me arranca palabras de fuego! ¡Oh incomprensible, hecho comprensible! ¡Oh Increado, hecho creatura! ¡Oh impensable, hecho pensable! ¡Oh impalpable, hecho palpable!

Oh Señor, hazme digna de contemplar la profundidad de ese sublime amor que nos has comunicado en tu Santa Encarnación. ¡Oh feliz culpa ^[59], que nos has merecido ver el abismo del amor de Dios, antes impenetrable a nuestros ojos! De veras yo no puedo imaginar una contemplación más grande que ésta. ¡Oh Altísimo, hazme capaz de comprender tu sublime e inefable amor! Oh Señor, Tú nos has entregado los cinco misterios de tu vida. ¡Haz que seamos capaces de comprenderlos! El primero es el misterio de la Encarnación, el segundo es el del Nacimiento del Hijo de Dios, el tercero es la Muerte del Hijo padecida por nosotros, el cuarto es la Resurrección, el quinto es la Ascensión al cielo.

En el Nacimiento del Hijo de Dios debemos considerar tres cosas. La primera es el amor. ¡Oh amor sumo y transformado! ¡Oh visión divina! ¡Oh misterio inefable! Cuando tú, Jesús, me haces comprender que has nacido por mí, ¡oh cómo enardezco de orgullo al saberlo! ¡Oh qué de veras yo pueda ver y comprender que tú has nacido lleno de todo deleite! La misma certeza que nos deriva de la Encarnación emana también del Nacimiento, ya que por el mismo fin para el que se ha encarnado, ha nacido. ¡Oh Dios admirable, qué maravillosas son las obras que has hecho por nosotros!

La segunda cosa es que nos da la certeza: es bien cierto que por el mismo fin por el que se ha encarnado ha nacido.

La tercera es que en el Nacimiento de Jesús tenemos un claro testimonio de la pobreza, del dolor y del desprecio en los que El nació, vivió y murió.

El tercer misterio es el de su muerte. El nació para morir por nosotros. En la muerte de Jesús debemos considerar cinco cosas. La primera es la declaración de la certeza de nuestra salvación; la segunda es la fortaleza y la victoria contra nuestros enemigos; la tercera es la sobreabundante plenitud del amor de Dios que se manifestó en la misma muerte; la cuarta es la profunda, total, y altísima verdad de que nos llena: es decir, el conocimiento, la visión y la comprensión de cómo el Padre nos mostró, nos enseñó, nos ilustró y nos atestiguó a su Hijo en la Encarnación, en el Nacimiento y en la Muerte. La quinta cosa es considerar cómo el Hijo de Dios nos manifestó al Padre a través de la obediencia que El guardó durante toda su vida hasta la muerte y con la cual respondió a su Padre por todo el género humano. Oh Dios increado, hazme digna de tu profundo amor y de tu ardiente caridad, hazme digna de comprender la inefable caridad que nos comunicaste, al mostrarnos al Hijo tuyo en la Encarnación y al hacer que tu Hijo te manifestara a ti, oh Padre, a todos nosotros. ¡Oh amor admirable y gozoso, porque verdaderamente hay en ti todo sabor, toda suavidad y toda dulzura! Tal es la contemplación que eleva del mundo al alma y la pone por encima de sí y le da paz y serenidad.

El cuarto es el misterio de la Resurrección, en la que debemos considerar dos cosas. La primera es que la Resurrección de Cristo nos da la verdadera esperanza de nuestra resurrección; la segunda es que nos hace conocer la resurrección espiritual que se cumple en el alma, cuando, por la gracia, Dios hace de un muerto un viviente y de un enfermo un sano. ¡Oh misterio altísimo, maravilloso y desconocido! ¡Oh misterio inefable y sagrado: tú colmaste todas nuestras aspiraciones! ¡Hazme digna, oh Señor, de penetrar tan alto misterio!

El quinto es el misterio de la Ascensión. ¡Oh Señor, hazme digna de conocer el sublime misterio de tu Ascensión! ¡Hazme digna de conocer y ser capaz de comprender este misterio en el cual halla cumplimiento y perfección toda nuestra salvación! ¡Oh Jesús, tú nos has introducido en la posesión de tu Padre! Estos cinco misterios

constituyen la escuela de los que se consideran auténticos discípulos; y la escuela verdadera donde se enseñan estos cinco misterios es la escuela de la oración continua.

Hazme digna, oh Señor, de conocer y comprender tu amor hacia nosotros por el cual me has creado. Hazme capaz, oh Dios incomprensible, de conocer y comprender tu inconmensurable y ardentísima caridad y esa abismal predilección por la cual elegiste desde la eternidad al género humano para que gozara de tu visión, y tú, oh Altísimo, te dignaste querer ver la nuestra. Haz, oh Señor, que seamos dignos de conocer nuestros pecados, para que por medio de ese conocimiento podamos conocer al Amado que se ha hecho Hombre, al que tú has enviado para borrar nuestras culpas.

Después habló de los siete dones o especialísimos beneficios que nos han sido concedidos por la bondad de Dios: Oh Señor, hazme capaz, hazme digna de comprender los siete dones que nos has brindado entre los muchos otros beneficios recibidos.

El primer don es el de habernos creado; el segundo es el de habernos admirablemente elegido y llamado a tu presencia; el tercero —¡don inestimable!— es el de haber enviado a la muerte a tu Hijo para darnos la vida. Este es el don de los dones.

El cuarto es el don altísimo de tu bondad con que te has dignado crearme con sentidos y con razón y no una bestia irracional. ¡Oh estupenda razón que has puesto en mí! Ella obra de tres maneras: a) me hace conocer que tú eres admirable; b) me hace conocer mis pecados; c) con ella por el libre albedrío me defiende del mal. ¡Oh Dios incomprensible, no hay nada más grande que este don que tú nos has dado! ¡Oh Ser existente sin forma ni modelo, al crearnos racionales, nos formaste según tu imagen! ¡Oh admiración: tú nos vestiste de ti mismo y de tu razón!

El quinto es el don de la inteligencia. Hazme digna, Señor, de comprender este don. ¡Nos has dado la inteligencia para poderte conocer, oh Dios mío!

El sexto es el don de la sabiduría. Oh Señor, hazme digna de conocer y comprender el ardentísimo amor con el cual nos has regalado el don de tu sabiduría. ¡Oh, en verdad, éste es el don de los dones: gustar de ti en la verdad!

El séptimo don es el amor. Oh Ser Sumo, hazme digna de comprender este don que supera cualquier otro. Todos los Ángeles y los santos no experimentan otra felicidad, que la de contemplarte, de amarte y verte amado. ¡Oh don que está por encima de todo don, porque tú eres el mismo Amor! ¡Oh Sumo Bondad, tú te dignaste darte a conocer como Amor y nos haces amar ese Amor! Todos los que lleguen a tu presencia, quedarán satisfechos según el amor que poseyeron. Ninguna otra cosa conduce a las almas contemplativas a la contemplación, sino el verdadero amor. ¡Oh Ser admirable, tú obras maravillas en tus hijos! ¡Oh Bondad suprema! ¡Oh ardentísima e incomprensible caridad! ¡Oh potencia de Dios, tú te has dignado sostenernos en medio de tu substancia! ¡Todo lo que obras en tus hijos es maravilloso sobre toda maravilla! Ciertamente, no hay inteligencia humana que no desfallezca ante esa divina substancia: sólo con la inteligencia

divina podemos sentir la divina substancia ^[60].

Esta es la prenda reservada a los verdaderos solitarios. En ella están arrobados todos los coros de los Ángeles. Y a tal ocupación se entregan todos los verdaderos contemplativos, los que luego serán verdaderamente solitarios y separados de lo terrenal. ¡Su ciudadanía está en los cielos!

MUERTE DE ÁNGELA.

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, Crucificado, cuyo nombre sea eternamente bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

Estas son las últimas palabras pronunciadas por la verdadera esposa de Cristo, Ángela de Foligno, cuando llegó la hora de su dichosa muerte. Al principio de su enfermedad, en la fiesta de los Ángeles del mes de setiembre, dijo: Tenía un gran anhelo de comulgar en esta fiesta, pero no había sacerdote que me trajera el santo Cuerpo de Cristo; por eso comencé a afligirme profundamente. Hallándome en este dolor y deseo, comencé a meditar, a propósito de la fiesta, sobre el oficio particular que tienen los Ángeles de cantar las alabanzas de Dios. Súbitamente mi alma fue arrebatada, y apareció una gran multitud de Ángeles que me condujeron a un altar y me dijeron: "Este es el altar de los ángeles". Sobre el altar mostraron a mi alma a Aquél que es la alabanza de los ángeles y que es todo alabanza. Y dijeron al alma: "En Aquél que está sobre el altar está la perfección y el cumplimiento del sacrificio que tú buscas". Y añadieron: "Prepárate a recibir a Aquél que te ha desposado con el anillo de su amor. La unión ya fue hecha, pero Él quiere ahora renovarla". El alma experimentaba de veras todas estas cosas, y más plenamente que todo lo que se pueda expresar con palabras. Sólo la sombra de lo que vi —la memoria es como la sombra de esa visión que mi alma disfrutó—, pues bien, basta sólo esa sombra para que mi alma sea feliz de manera indescriptible.

Más adelante, Ángela, atormentada por la última enfermedad y con el espíritu más absorto que nunca en el abismo de la divinidad, hablaba poco, de vez en cuando, y con frecuentes interrupciones. Sin embargo, sus palabras, por lo que podíamos captar los que la rodeábamos, fueron recogidas, si bien someramente, y son las siguientes: Durante la fiesta del Nacimiento del Señor, que fue el tiempo de su tránsito a Cristo, una vez dijo: "El Verbo se hizo carne". Después de una larga hora, como viniendo de lejos, añadió: "¡Oh! ¡Toda creatura desfallece!... ¡Oh! ¡Toda la inteligencia de los ángeles no basta!". La interrogamos: "¿En qué desfallece toda creatura? ¿Y para qué no basta la inteligencia de los ángeles?" Ella respondió: "Para comprender". Después dijo: "¡Oh! He ahí a mi Dios, que ha cumplido la promesa. Cristo, su Hijo, ahora me presenta al Padre".

Momentos antes había dicho: "¿No sabéis que Cristo estuvo en la barca, mientras se

levantaban recias tempestades? En verdad así sucede a veces al alma. El permite que lleguen las tempestades, y parece dormir." Y añadió: "En verdad, hasta que la persona no sea enteramente pisoteada y aplastada, a veces Dios no permite que la tempestad acabe. Así obra de manera particular con sus hijos legítimos".

TESTAMENTO DE ÁNGELA.

En otra ocasión dijo: "Hijos míos, con mucho gusto les diría algunas palabras, si estuviera segura de que Dios no me va a engañar". Se refería a la promesa de su muerte, ya que por el deseo de morir, temía mucho que Dios la quisiera curar de la enfermedad. Y aclaró: Lo que quiero deciros, no lo digo más que para exhortaros a seguir lo que yo no he seguido. Lo digo sólo para dar gloria a Dios y para vuestro bien. No quisiera llevar conmigo a la tumba cosa alguna que podría seros útil. He aquí que Dios dice al alma: "Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío". ¿Quién podría merecer semejante intercambio, que todos los bienes de Dios fueran suyos, y que todos nuestros bienes fueran de Dios, y que todos los bienes de Dios fueran nuestros? En verdad nadie puede merecerlo, sino la caridad. Hijos míos y hermanos y padres, procurad amaros recíprocamente y poseer entre vosotros la caridad divina, porque es por esta caridad y por el amor recíproco que el alma merece heredar los bienes de Dios. No hago otro testamento que éste: os recomiendo el amor recíproco. Os dejo en herencia todo lo que poseo: la vida de Cristo con su pobreza, con su dolor y con su desprecio. Luego posó la mano sobre la cabeza de cada uno diciendo: Que la bendición de Dios y mía, hijos míos, descienda sobre vosotros y sobre todos los que aquí no están presentes. Como me fue significada y mostrada por Cristo esta bendición, así os la imparto a vosotros con todo mi corazón, tanto a los presentes como a los ausentes. Y que Cristo en persona os la dé a vosotros con esa mano que fue clavada en la cruz. Los que reciban en herencia la vida de Cristo, son y serán verdaderos hijos de la oración y más adelante, sin duda alguna, tendrán en herencia la vida eterna. Dijo todavía: En lo que os digo, yo no tengo nada que ver, todo pertenece a Dios. A la bondad de Dios le agradó confiarme el cuidado y la solicitud de todos sus hijos e hijas, que hay en el mundo y que viven aquí y más allá de los mares; y los he guardado y por ellos he sufrido; y mis dolores fueron más numerosos de lo que podáis suponer. Oh Dios mío, ahora los entrego a ti, para que los protejas y los preserves de todo mal. Hijos amados, esforzaos por tener la caridad hacia todos los hombres, porque en verdad os digo: mi alma recibió del Señor más gracias cuando lloré y sufrí con todo mi corazón por los pecados del prójimo, que cuando lloré por mis pecados. Y en verdad no hay en la tierra mayor amor que sufrir por los pecados del prójimo. El mundo se ríe de lo que estoy diciendo, porque le parece contra la naturaleza que uno pueda llorar y dolerse por los pecados del prójimo, como si fueran suyos, y hasta más que por los suyos. La caridad que así obra no es de este mundo. Procurad, hijos queridos, tener esta caridad.

Y no juzguéis a nadie, aunque lo veáis cometer un pecado mortal. No digo que el pecado no os disguste y que no lo debáis aborrecer. Digo sólo que no juzguéis al que peca, porque no conocéis los juicios de Dios. Muchos que a los ojos de los hombres

parecen condenados, a los ojos de Dios son salvados. Y muchos que a los ojos de los hombres parecen salvados, delante de Dios son condenados. Y quisiera añadir que hay algunos a los que vosotros despreciáis, porque destruyen el bien que ya comenzaron; en cambio yo tengo la firme esperanza de que Dios los atraerá a su camino."

En otra ocasión nos dijo que su alma fue lavada y purificada y sumergida en la sangre de Cristo, que era tan viva y caliente, como si brotara de su cuerpo crucificado. En ese momento fue dicho al alma: "He aquí lo que te purifica". El alma preguntó: "Oh Dios mío, ¿sufriré un engaño?". Y le fue contestado: "¡No!" Entonces el alma escuchó estas palabras: "Oh esposa, oh hermosa, oh amada por mí con todo amor, ven. Todos los santos te esperan con gran alegría. En verdad no quiero que tú vengas a mí, agobiada por estos dolores, sino con júbilo y gozo inenarrables, como conviene al Rey que quiere acompañar a su esposa por tanto tiempo amada y vestida con su vestido real". Me mostró entonces el vestido que el esposo destina a aquella que fue por tanto tiempo amada. El vestido no era de púrpura ni de carmesí ni de seda, sino que estaba hecho de la misma luz deslumbradora con que se viste el alma. Me mostró entonces al Verbo, así que ahora entiendo qué es el Verbo y qué significa la palabra Verbo". Entonces me dijo: "Este es el Verbo que quiso encarnarse por ti". Y el Verbo se me acercó, me tocó, me abrazó.

Mucho tiempo antes me había dicho: "Ven a mí, mi querida, mi hermosa, mi predilecta, ven; todos los santos te esperan con gran alegría". Y añadió: "Yo no te confiaré a los ángeles ni a los santos, para que te conduzcan, sino que yo personalmente vendré a ti y te tomaré conmigo".

Mucho tiempo antes me había dicho: "Tú has sido modelada a mí gusto: eres altísima en mi Majestad".

En otra ocasión dijo: Malditos sean los bienes que llenan de orgullo el alma, como el poder, los honores y los cargos. ¡Hijos míos, procurad ser pequeños! Luego exclamó: ¡Oh nada desconocida! ¡Oh nada desconocida! En verdad el alma no puede tener mejor visión de este mundo que contemplando la propia nada y habitar en ella como en una cárcel. Hay mayor engaño en los bienes espirituales que en los temporales, como en el saber hablar de Dios, en el hacer grandes mortificaciones, en el comprender las Escrituras y en el tener el corazón ocupado en las cosas espirituales. Por estos bienes uno cae a menudo en el error, y su corrección es más difícil que la de los que tienen bienes temporales. Nuevamente gritó: ¡Oh nada desconocida! ¡Oh nada desconocida!

Ya próxima a morir, exactamente el día antes, suspiraba a menudo: "Padre, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu" (Lc. 23, 46). Después de haber pronunciado estas palabras nos dijo: Ahora a mi oración ha llegado esta respuesta: "Todo lo que se ha grabado en tu corazón durante toda tu vida, es imposible que tú no lo conserves en la muerte" Nosotros le dijimos: "¿Quieres entonces irte y abandonarnos?" Ella respondió:

Os he ocultado una cosa que ahora no puedo ya ocultar: de veras he de partir.

Desde ese momento cesaron todos los dolores que en los días anteriores la habían agobiado, atormentado y desgarrado interior y exteriormente todos los miembros. Yacía en una paz física y en una serenidad espiritual tan grandes que ya parecía estar pregustando algo de la prometida beatitud. En esa paz y en esa serenidad de espíritu y resplandeciendo de gozo quedó hasta la tarde del sábado después de Completas, rodeada por numerosos frailes que le ofrecían los consuelos de su ministerio. En el mismo día, siendo la octava de los Santos Inocentes, hacia el atardecer, se quedó dulcemente dormida y descansó en paz.

Su santísima alma, libre de las ataduras de la carne y sumergida en el abismo del amor de Dios, recibió de Jesucristo, su esposo, la estola de la inmortalidad y de la inocencia, para reinar eternamente con El. Que el mismo Cristo Crucificado nos introduzca también a nosotros en ese reino por la virtud de su cruz, por los méritos de su bendita Madre y por la intercesión de Ángela, nuestra santa madre; Él que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, por los infinitos siglos de los siglos. ¡Amén!

La venerable esposa de Cristo, Ángela de Foligno, de las tempestades de este mundo pasó a los gozos celestiales que ya mucho tiempo antes le habían sido prometidos, el año de la Encarnación del Señor 1309, el 4 de enero, siendo Papa Clemente V.^[61] ¡Sean dadas gracias a Dios! Para que la hinchazón de la sabiduría mundana, animal y terrena de mucha gente, que diabólicamente hinchada, habla de cosas grandes y no hace ni las más pequeñas, quedara confundida, Dios en su eterna sabiduría suscitó a una mujer de estado seglar, ligada al mando, al marido y a los hijos, solicitada por afanes familiares y económicos, de poca ciencia, y débil de fuerzas. Esta mujer, por la virtud que Dios le infundió por los méritos de la Cruz de Cristo, Dios-Hombre, cortó los lazos del mundo y ascendió hasta la cumbre de la perfección evangélica. Siguiendo la santa necesidad de la cruz, renovó una sabiduría más perfecta y mostró a todos que el camino del buen Jesús —casi olvidado y que algunos soberbios gigantes ya de palabra, ya de obra juzgaban impracticable— no sólo podía ser practicable y fácil sino que constituía la suprema felicidad del alma virtuosa.

¡Oh sabiduría de la celestial perfección evangélica, con la ayuda de Dios tú has mostrado lo necio de la sabiduría de este mundo! Y tú, oh eterno Dios, en ella has querido suscitar contra los varones una mujer, contra los soberbios una humilde, contra los astutos una simple, contra los doctos una ignorante, contra la hipocresía religiosa el santo desprecio y la condenación de nosotros mismos, contra los habladores perezosos y las manos ociosas un estupendo fervor de obras y silencio de palabras, y contra la prudencia de la carne la prudencia del espíritu que es la ciencia de la cruz de Cristo. Así en una mujer fuerte se puso de relieve lo que había quedado sepultado en tantos hombres, encandilados por los atractivos carnales.

Alejaos, pues, hijos de tan santa madre de toda mancha vergonzosa, y aprended de Ángela, mujer de gran sabiduría, el camino de la cruz, con todas sus riquezas: la pobreza, el dolor y el desprecio; camino que fue del bueno y amado Jesús y de su dulcísima Madre. Este camino enseñadlo a los varones, a las mujeres y a cualquier otra creatura a través de la elocuencia de las obras concretas. Y para que podáis gloriaros de la vocación de ser sus discípulos, habéis de saber, oh amadísimos, que ella es la maestra de la ciencia de Dios y la animadora de sus obras. Con toda verdad. Ángela es un esplendor de luz, un espejo sin mancha de la majestad de Dios y una imagen de su bondad. Aun siendo una, todo lo puede; y aun permaneciendo en sí, todo lo renueva; y a través de las naciones llega a todas las almas santas; y a todos sus hijos convierte en profetas de la verdad, y en amigos de Dios (extractos de los capítulos VII y VIII del libro de la Sabiduría). Son incapaces de amar al prójimo los que son contrarios a Ángela, o más bien, al camino, a la vida y a la doctrina de Cristo.

Recordad, queridos, que los apóstoles, que fueron los primeros en hablar de la pasión de Cristo, aprendieron de una mujer que Él había resucitado de entre los muertos. Así, amados hijos, aprended ahora conmigo la regla de esta santa madre: regla muerta para los hombres carnales; profesada por nuestros primeros padres, el bienaventurado Francisco y sus compañeros; y ahora proclamada inmortal por la observancia de nuestra madre. No va en contra de los designios de la Providencia el que, para humillar a los varones, haya sido escogida como maestra una mujer, de la que, por lo que conozco, no hay igual sobre la tierra. El mismo San Jerónimo hizo una idéntica consideración en relación con la profetizada Hulda ^[62], a cuyo alrededor se apretaba el pueblo judío, dado que, para vergüenza de los varones y de los doctores de la ley que eran transgresores de los mandamientos, a una mujer había sido concedido el carisma profecía.

[1] La iglesia de San Francisco de Foligno estaba cerca de la casa de Ángela. Allí se desarrollaron los encuentros de Ángela y Arnaldo: la primera dictaba sus confidencias, el segundo transcribía. Pero ese día el fraile predicaba en San Feliciano, la catedral de Foligno.

[2] La fecha de la conversión de Ángela ha sido fijada en el año 1285, cuando la santa tenía treinta y siete años.

[3] "Cárcel" tiene aquí el mismo sentido que las famosas Cárceles de Asís, donde san Francisco solía retirarse con sus compañeros para orar y hacer penitencia. Significa no un lugar penal por delitos cometidos, sino un lugar cerrado y angosto donde uno se retira voluntariamente por mortificación durante un período de tiempo. Las mujeres que se sometían a esa penitencia se llamaban encarceladas

[4] Hay que admirar el equilibrio ascético de Ángela. Ese sentido de discreción, que guía sus actos, la aleja de todo extremismo. La mortificación no está hecha para matar el cuerpo, sino para dar mayor libertad al espíritu.

[5] Esos gritos incontrolables, como más tarde los de Asís, eran fenómenos místicos que obligaban a Ángela a proclamar su amor, ya por el gozo en sí ya por la violencia que experimentaba.

[6] Este Pedrito es el Beato Pedro Crisci de Foligno, terciario franciscano. Inspirado por Dios, renunció a todas sus riquezas para llevar vida pobre y humilde. Por su simplicidad, la gente se burlaba de él. Murió en el año 1325 y su cuerpo se venera en la catedral de Foligno.

[7] Se conoce perfectamente este cruce de caminos, junto al cual se levantó una capilla dedicada a la Trinidad.

[8] Tal vez aquí se hace alusión a la conversión de san Pablo en el camino de Damasco (Hech. 9, 4...)

[9] El Señor a veces condiciona la concesión de ciertas gracias, según los méritos de las personas con las que se convive. Es uno de los aspectos de la solidaridad y comunión entre los miembros del Místico Cuerpo de Cristo.

[10] En la basílica superior de San Francisco, en un vitral cerca de la puerta, se admira aún hoy en día una gran figura de Cristo que aprieta entre sus brazos a San Francisco, de tamaño menor. Delante de este cuadro sucedieron los hechos y las palabras que nos relata Ángela y que terminaron en una crisis clamorosa, en el momento en que el Espíritu Santo se alejaba de ella.

[11] "*Dios está lleno de*" ¡Asombroso intercambio o trasvasamiento divino! Dios llena el alma y a su vez el alma llena a Dios. Es una paradoja que sólo el amor explica. El amor de Dios llena el alma; y el amor del alma llena, o sea, alegra el corazón de Dios. ¡No en vano Dios es Padre y el hombre es hijo!

[12] Sírico es un santo desconocido. Los comentaristas piensan que Ángela quiso referirse a uno de los dos santos patronos de Spoleto, Serenidico y Serenedo, que vivieron en el siglo VII, de los que se decía que el aceite de la lámpara que ardía en sus tumbas tenía propiedades milagrosas.

[13] Este fraile fulano sería Francisco Damiani, hermano de Santa Clara de Montefalco, quien en el año 1309 fue guardián de San Francisco de Foligno.

[14] 12 de agosto de 1292: es pleno verano y hace calor en Foligno. Ángela, como todos los habitantes, se abandona a un momento de pereza. El diablo aprovecha la ocasión para provocar en ella con engaño una inquietud interior que dura diez días. La prueba es mucho más severa, si pensamos que el 15 de agosto, Asunción de la Virgen, pasa sin que ella reciba el prometido acrecentamiento de la certeza. ¡Qué duramente ha sido castigada esa pereza momentánea! (Lecléve, p. 73).

[15] Aparentemente hay contradicción entre la expresión de unas líneas antes: "¡No puedo hallar más alegría!", y la de ahora: "Estoy contenta de cualquier cosa". En otros momentos, el alma de Ángela "languidece hasta la muerte o está sumergida en la felicidad". En todo el libro abundan estas aparentes contradicciones. La explicación se halla en que Ángela está describiendo los estados de su alma en forma absoluta, sin matices y sin distinguir tiempos ni etapas, según los impulsos místicos que la animan. Esos estados oscilan entre el amor y el dolor, entre la tristeza y la alegría, entre los abismos de la contemplación de Dios y del conocimiento del propio yo.

[16] En el período es evidente cierta oscuridad. Los conceptos son vertidos en su incandescencia, sin ser debidamente pulidos. Intentamos una aproximación al pensamiento de Ángela. Entre el amor Divino, que encandila el alma y la llena del fuego del amor, y los espasmos del amor humano, que a veces ahoga el amor divino y del que el alma ascéticamente se libera para elevarse hasta Dios, hay un tercer amor o el amor sobrenatural, que Dios concede al alma. A través de ese amor sobrenatural, Dios asume en sí a la creatura, la hace suya y la sublima hasta divinizarla. La primera carta de San Juan 3, 2 nos afirma; "Seremos semejantes a Él y lo veremos tal cual es".

[17] No nos extraña la actitud de universal amor de Ángela hacia todos los seres y también hacia los demonios. Los demonios en cuanto al ser son obra de Dios. Todo ser viene de Dios y en cuanto tal es amable.

[18] El horror al pecado es el elemento esencial de toda verdad y de toda santidad, ya que el pecado es "aversión de Dios y conversión a las creaturas". Ángela está viviendo en un estado místico de trascendencia. Tanto en el cielo como en el infierno ve el orden absoluto y la manifestación de la verdad, de la justicia y del amor de Dios, y adora a Dios tanto por haber creado el cielo como por haber excavado el abismo infernal (E. Helio, p. 92).

[19] Esta expresión, como la otra precedente: "Tú no me recibirías, si antes no me hubieras recibido", indican los distintos títulos de la presencia de Dios en el alma. Dios puede estar presente por la creación, por la gracia o divina inhabitación, o sacramentalmente, en cuanto se recibe a Cristo bajo las apariencias eucarísticas.

[20] En la época de Ángela era común la costumbre de hacer beber un sorbo de agua también a los adultos después de la Comunión.

[21] Es evidente que el Peregrino, del que aquí se habla, es Dios, el gran Huésped del alma. San Pablo a menudo destaca esa divina inhabitación para comprometer al cristiano a una vivencia más plena: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, el cual mora en vosotros?" (1 Cor. 6, 19).

[22] Si bien implica limitaciones y renunciamentos, la pobreza no es un mal, ya que Cristo mismo la abrazó y la inculcó a sus discípulos. Ante la mirada fascinada de Ángela, aquí como en otros lugares, se ofrece el anonadamiento del Verbo encarnado. Siendo Dios, Él se hizo hombre; siendo rico, se hizo pobre; siendo gloria del Padre, se hizo humillación; siendo la felicidad se hizo dolor; siendo la santidad, se hizo pecado; siendo la bendición, se hizo maldición, como con dramáticos acentos lo subraya san Pablo.

[23] El gran maestro de la vida espiritual, San Juan de la Cruz, divide las supremas etapas de purificación del alma antes de llegar a la plena unión con Dios o abrazo místico, en dos momentos: noche oscura de los sentidos, que está orientada a purificar la parte inferior del hombre; y noche oscura del espíritu, que está enderezada a sacudir, desapegar y renovar lo más íntimo del alma. Ésas etapas pueden repetirse, para que el alma esté siempre alerta y en disponibilidad; y pueden ser sucesivas o simultáneas. Ángela las experimentó todas. En ella los estremecimientos de la carne y los embates del espíritu llegan a un clímax de inaudita violencia.

[24] El Papa Celestino V fue elegido en Perusa el 5 de julio de 1294. Como se sabe, poco después, viéndose excedido y abrumado por la magnitud del pontificado, renunció al cargo y retornó a su querida soledad. Por sus heroicas virtudes fue declarado santo.

[25] La "visión de Dios en las tinieblas", que es el término supremo al que llegan los místicos, representa para Ángela el penúltimo peldaño de su ascensión hacia su unión plena con el Señor. El último peldaño será la "visión de Dios sobre las tinieblas", que es ya un anticipo de la felicidad eterna. Esas "tinieblas místicas" son provocadas por la desproporción entre la sobreabundancia de la luz y del amor de Dios y las limitadas capacidades del corazón humano. Encandilada por el Todo Bien y por el Todo Amor, al alma no le parece ver más al Amor —¡y justamente está contemplándolo cara a cara!—. Y ante ese Amor que la deslumbra, se siente aplastada en su miseria humana y llega a decir que se siente convertida en no-amor, ¡mientras está experimentando en el grado más sublime a ese mismo Amor! En todo ello no hay contradicción, sino maravillosa paradoja, expresada gráficamente por la misma Ángela, más adelante: "¡Mi alma no ve nada, y lo ve absolutamente todo!"

[26] Las partes de que habla Ángela, se han de entender en relación a la manifestación de Dios al alma, no en relación a Dios en sí mismo, realidad absolutamente simple e indivisible. Dios se da a conocer por partes —

parcialidad de manifestación—, mientras en la visión intuitiva el alma ve con clara evidencia como en Dios Todo es uno, ni puede haber partes en El. Por eso cuanto más a Dios se lo capte directamente, tanto más se descubre su indivisible unidad y perfecta simplicidad.

[27] Aquí como en otros lugares, al hablar de Dios, Ángela dice que le parece "blasfemar". Su planteo nos intriga. Se debe distinguir entre enunciado teológico o conceptual y enunciado místico o experimental. Evidentemente podemos y debemos reconocer que si la revelación ha sido hecha con palabras humanas, y si Dios mismo se ha hecho hombre y ha hablado con palabras humanas, una alabanza con palabras no puede ser blasfemia. Pero, como la realidad divina experimentada supera todos los modos de existencia de las realidades creadas, de las que sin embargo no tenemos más remedio que tomar nuestras expresiones, los místicos, después de arrojar en el océano infinito de la divinidad, nos hablan de sus experiencias con atrevidas y brillantes ideas, pero a la vez ponen en realce que todo está más allá de lo humanamente concebible o expresable; y a veces niegan valor a sus afirmaciones en el mismo momento en que se sirven de ellas. Una vez más la paradoja campea en estos altos vuelos del espíritu.

[28] La Escritura, a que se hace alusión, dice (Jn. 3, 34): "El Enviado de Dios habla Palabras de Dios, que le comunica su Espíritu sin medida". La expresión de Ángela no es clara, ya que no puede concebirse la medida con la sin medida. Se trata sin duda de aspectos diversos. Nosotros pensamos que Ángela, al hablar de medida, quiere decir capacidad. Y ciertamente Dios da a cada uno según su capacidad, o acrecienta esa capacidad para que pueda recibir más.

[29] La anterior visión de Dios en las tinieblas es superada por un mayor grado de visión, de arrobamiento y de felicidad, que mucho se asemeja a la visión intuitiva de los bienaventurados en el paraíso. Esta visión puede ser llamada: "Visión de Dios sobre las tinieblas". En ella el campo visual tiene mayor amplitud, los sentimientos son más intensos, la disponibilidad del espíritu es total, ya que descansa y nada en el seno de la Trinidad, fuente y cumbre de toda felicidad y de toda eternidad.

[30] La genuinidad, la sublimidad y la incandescencia del amor de Ángela vibran en estas palabras. Hay dos maneras de buscar a Dios: la mayoría busca los consuelos o los beneficios de Dios; pocos, en cambio, buscan al Dios de los consuelos. El amor de Ángela al Todo Bien es un amor personal, total y desinteresado: busca apasionadamente a la persona, no al contorno de la misma.

[31] La relación del alma con Cristo no es una relación espacial —interior o exterior—, sino espiritual, y se cumple en la unidad de su Cuerpo místico a través de la adhesión de la fe, la conformidad de la voluntad, el gozo del amor y el entusiasmo del servicio.—Esa apoteosis de la unión con Cristo eleva al alma a cierta ubicuidad mística, realizando en algún modo ya desde esta tierra la oración de Jesús: "Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo esté" (Jn. 17, 24).

[32] La mayor parte de la redacción de los escritos se debe atribuir no tanto a Fray Arnaldo, sino a otros colaboradores.

[33] Según los críticos, esta carta está dirigida a Fray Libertino de Cásale, el más conocido de los hijos espirituales de Ángela. Fray Libertino, fogoso orador, escritor de fama y líder de la corriente franciscana más intransigente, confiesa que debe su conversión a Ángela, de la cual traza un alto elogio: "Dios me hizo conocer a Ángela, de la manera más maravillosa y le reveló los repliegues más secretos de mi corazón. Dios me habló por la boca de ella. Ella me restituyó centuplicados los dones de antaño que mi maldad había disipado, tanto que desde ese momento yo fui otro hombre. Mi espíritu se renovó al contacto con los esplendores de la verdad que ella me expuso. Mi tibieza espiritual y mi fragilidad corporal desaparecieron. Gracias a mi encuentro con ella, el espíritu de Cristo volvía a ser engendrado en mi corazón. Dios ha constituido a Ángela madre del amor hermoso, del temor salvador, de la grandeza de alma y de elevadas esperanzas para muchos hijos espirituales" (E. Helio, p. 343).

[34] Ángela nos habla de dos plenitudes: la del Dios-Hombre encarnado y la del Dios-Hombre crucificado. Una es continuación de la otra y las dos admirablemente se integran. Con su Encarnación, el Hijo de Dios incorpora en sí a la humanidad para salvarla, elevarla y divinizarla. Es el fin de la Encarnación. El dolor, la humillación y la cruz

son medios o caminos que el corazón misericordioso de Dios eligió para realizar la salvación del hombre. El cristiano por el bautismo se incorpora a Cristo muerto y resucitado, para vivir la nueva vida de hijo de Dios: de adorador del Padre y de salvador de sus hermanos. La vocación cristiana rechaza toda mediocridad y ambigüedad. Es vocación de santidad. Su meta es la "conformidad con Cristo".

^[35] Fray Juan Minio de Morrovalle fue ministro general de la Orden franciscana desde el año 1296 al 1304.

^[36] Esta segunda carta está dirigida a un grupo de religiosos, a los que alienta en las tribulaciones que están sufriendo. Sucesivamente los escritos de Ángela circulaban entre todos sus hijos espirituales.

^[37] Los conceptos de Ángela son nítidos y precisos. Si bien transportada en alas del amor hacia los más sublimes éxtasis y si bien sigue vibrando de encendida admiración por la transformación del alma, no hay en ella desbordes panteístas. La divinización del alma deja intactos su ser humano y su personalidad. "Dios perfecciona al alma elevándola, y no la eleva destruyéndola." Dios es un Padre amante, no una fuerza oscura abrumadora y totalizadora.

^[38] Por ciencia bíblica y por experiencia personal, Ángela sabe que la contemplación infusa, o sea el conocimiento íntimo, directo y sabroso de Dios, es un don del Espíritu Santo. Pero el alma puede predisponerse a ella a través de la oración.

^[39] El texto latino dice: "Christus factus est comprehensor statim et viator". Es una expresión técnica de los teólogos y significa que, gracias a su unión con la Persona divina del Verbo, el alma de Cristo, desde el primer instante, comenzó a disfrutar de la visión beatífica, a la vez que emprendió la dura marcha de la existencia humana, cargada de dolor, humillación y desprecio, cuya perspectiva final sería la cruz. Como el lector adviene, éstos son los temas dominantes de las meditaciones de Ángela.

^[40] Era el primero de agosto. Ángela estaba en Asís para lucrar al día siguiente la indulgencia plenaria conocida como el Perdón de Asís, junto a algunos hijos de su numerosa familia espiritual, un cenáculo de altas vivencias espirituales formado por religiosos y religiosas.

^[41] Hay estudiosos que perciben en esta visión de Ángela una profecía de la futura y amplia basílica de Santa María de los Ángeles, erigida bajo el pontificado de Pío V, para custodiar como un estuche la joya de la pequeña capilla, tan querida al corazón de Francisco y de Clara. Pero. Quizás más interesante sería relacionar la visión de Ángela con el templo espiritual de piedras vivas, de que nos habla san Pedro (1,2,4) o con la Jerusalén celestial del cap. 21 del Apocalipsis.

^[42] Al tiempo de Ángela, la paz religiosa de Umbría estaba turbada por una secta de religiosos, llamados "Hermanos del espíritu de libertad". Estos pseudo-místicos profesaban aparente rigidez, pero en realidad favorecían la corrupción de las costumbres a través de la derogación de la moral. Proclamaban que cuando uno llega a cierto grado de perfección, todo le es lícito, sin peligro de pecado. Tanto Ángela como su vecina y contemporánea santa Clara de Montefalco refutaron con palabras mordaces y contundentes la doctrina y las actitudes de esos ricos tipos.

^[43] El texto es oscuro. Su sentido nos parece ser éste. Los que siguen a Cristo, podrían tener amplios márgenes de libertad, pero ellos a través de la mortificación y del sacrificio, inspirados por el Espíritu Santo, se coartan y prefieren cargar con la cruz y llevar una vida austera.

^[44] Ahora se dice oración vocal. Pero para Ángela, como lo aclara más adelante, la oración corporal implica toda manifestación de culto que se tributa a Dios, tanto rezos como genuflexiones o inclinaciones de la cabeza o elevaciones de brazos. Todos los santos como todos los maestros del espíritu han insistido con fuertes acentos acerca de la necesidad de la oración. San Alfonso acuñó un lema, sencillo pero de gran trascendencia: "El que reza, se salva; el que no reza, se condena".

^[45] Modernamente los teólogos llaman contemplación infusa, a la que Ángela llama sobrenatural, porque no se realiza sin la infusión divina. Se la llama también oración pasiva, a diferencia de la activa o adquirida, porque el alma no la logra con sus esfuerzos ni según sus deseos, sino que la recibe de lo alto como don gratuito de Dios

[46] Excepcional profesión de fe de Ángela en la Inmaculada Concepción de María, mientras aún entre los máximos teólogos reinaba la incertidumbre. Duns Scoto, contemporáneo de Ángela, fue el primer paladín que en la Universidad de París levantó la bandera de la Inmaculada Concepción. Fue tenue alba que llegó al esplendor meridiano del año 1854 en que Pío IX proclamó el dogma. Cuatro años más tarde, Bernardita en la gruta de Lourdes vio a la bella y blanca Señora. Pero ya Ángela, gracias a sus visiones y meditaciones, la había vislumbrado con toda nitidez.

[47] La beatitud de la incomprendibilidad (*gaudium incomprehensibilitatis*) que los santos gozan en el cielo y la Virgen experimentó en esta tierra de manera transitoria, corresponde a la visión beatífica de Dios. Dios se ve todo pero no totalmente, por la radical incapacidad de la mente humana de agotar la infinita cognoscibilidad de Dios. Pero esa impotencia de comprensión no causa tristeza sino gozo. El alma, que comprende que no puede comprender, porque se ve desbordada por las abismales fuentes del Ser, de la Luz, de la Vida, del Amor y de la Felicidad, se siente sumergida en un gozo total.

[48] Este capítulo y el siguiente no han sido dictados por Ángela ni transcritos por Arnaldo, sino por otro discípulo el cual reelaboró y amplificó algunas experiencias de la sierva de Dios. El estilo es distinto. Faltan la sencillez, la espontaneidad y la claridad que hemos admirado hasta ahora.

[49] La frase es oscura. El mismo autor confiesa su incapacidad de expresar con claridad el pensamiento de Ángela. La procesión, de tantas resonancias místicas en el corazón de Ángela y que será detallada unas líneas más adelante, partía —y sigue partiendo aún hoy en día— la tarde del 1 de agosto de la basílica de San Francisco y entre cantos y rezos se dirigía en un recorrido de unos tres kilómetros hacia la capilla de Santa María de los Ángeles o de la Porciúncula.

[50] La insistente exhortación de Ángela refleja la lucha muy vivaz en su tiempo entre los franciscanos acerca de la interpretación de la Regla, particularmente con respecto a la pobreza. La sierva de Cristo quedó al margen de esos debates, si bien profesó una pobreza muy estricta. Para ella lo que más importaba eran la caridad y la humildad, sin las cuales nadie puede agradar a Dios.

[51] Además de las extravagancias ya señaladas, los "hermanos del espíritu de libertad" profesaban cierto quietismo espiritual. Ángela rechaza sus doctrinas engañosas con afiladas palabras, no exentas de acento burlón. Los santos tenían por lema: "Reza como si todo dependiera de Dios, y obra como si todo dependiera de ti", que el refrán popular ha vertido así: "¡A Dios rogando y con el mazo dando!"

[52] Es una inexactitud. San Francisco pronunció estas palabras no en fin de vida, sino durante una enfermedad (Celano, *Vita Prima*, II, c. 6).

[53] Así como en la contemplación infusa el alma es pasiva, porque todo lo recibe como don gratuito de Dios, así en las demás actividades místicas, el alma bajo la acción de Dios es pasiva, ya que es movida por el Amor increado, como lo reconoce Ángela con gozo y gratitud. Pero el alma no es inerte sino sumamente activa, porque coopera, con su deseo y con su entrega al amor de Dios. Así se comprende la expresión de Ángela: "El alma obra y no obra nada". La comparación clásica es muy ilustrativa: "El alma se deja tomar y mover por Dios, como el niño que se deja llevar en los brazos de su madre con libre y gozoso consentimiento" (Tanqueray)

[54] Vámonos a intentar una aproximación a estas frases brillantes y sintéticas, pero algo oscuras, de Ángela. La visión de Dios llena el alma de secretos deliciosos, para cuidar los cuales está el amor. Como éste tiende a expandirse, necesita la ayuda del santo celo el cual, provocando en el alma noches oscuras, inquietudes espirituales, y hasta dudas, como le pasó a Ángela, hace que no se enorgullezca. Pero al final las nubes se disipan y en el cielo del alma sólo brilla el sol de la contemplación.

[55] La tercera parte recoge algunos rasgos biográficos de Ángela, el relato de algunas visiones, su testamento espiritual y su santa muerte. Termina sus días, confiando, como lo hizo Jesús antes de su muerte, a sus hijos espirituales a la bondad del Padre.

[56] "Donde está el Espíritu, ahí está la libertad", según la bella expresión de san Pablo (2Cor. 3,17); pero libertad de opciones constructivas, y no comeción de caprichos y antojos, y menos de desórdenes y pecados. Por eso el

Amor, que evita todo lo que desagrade al Amado y busca todo lo que le agrada, es la máxima libertad. Pero justamente porque ama, el amante se vuelve exigente consigo mismo. Cuanto más un alma ama a Dios, tanto más se exige, se sacrifica, se mortifica, para asemejarse al Dios-Hombre crucificado.

^[57] La expresión de Ángela es fuerte. A semejanza de otras expresiones bíblicas, el sentido es el siguiente: el alma que abusa de los dones de Dios, se hace tanto más culpable y merecedora de castigos, cuanto más ha sido favorecida.

^[58] Le haríamos un grandísimo servicio a Ángela, si minimizáramos el valor de su confesión, tachándola de exagerada. Es un rasgo común a todos los hombres manifestar sus culpas, para descargarse de su peso abrumador. Pero los santos lo hacen a la luz incandescente de la santidad de Dios, que descubre todo recoveco y destaca el polvo más nimio y la mota más escondida. Ante esa luz eneguedora, los santos se reconocen los más grandes pecadores y abrazan gustosamente todos los sufrimientos, los cuales a la vez que los purifican, les hacen merecer nuevas luces y nuevas gracias.

^[59] Es el mismo grito de san Agustín, que se canta en la Vigilia Pascual: "¡Oh feliz culpa, que nos has merecido un Redentor tan grande y bueno!" Este grito no es aprobación de la culpa en sí misma, sino grito de júbilo y de gratitud por el amor misericordioso de Dios que se manifestó en la obra de Cristo.

^[60] En la vida sobrenatural, el alma participa del conocimiento y del amor que Dios tiene por sí mismo. Para que el alma lo logre, Dios la eleva y le da nuevas potencias. "Seremos semejantes a Él" (I Jn. 3, 2).

^[61] El papa Francisco extendió su culto a toda la Iglesia y la proclamó santa el 9 de octubre de 2013.

^[62] Profetisa del tiempo del rey Josías y guardiana de las vestiduras del templo. A ella acudieron el sacerdote Helcías y otros, para que les interpretara los Libros Sagrados que los ministros del templo no sabían ya explicar (2R. 22, 14).

Índice

PRIMERA PARTE. DE LA CONVERSIÓN Y EXPERIENCIA DE ANGELA	5
PRÓLOGO	6
LOS PASOS ESPIRITUALES.	7
PEREGRINACIÓN A ASÍS	17
TESTIMONIO DEL ESPÍRITU SANTO.-	22
LA VISIÓN DE CRISTO.	24
OMNIPOTENCIA DE DIOS	26
LA VISIÓN DEL VERBO DE DIOS.-	29
EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DEL ALMA.	31
LAS ENFERMEDADES DEL ALMA Y EL MÉDICO DIVINO.	33
LA BENDICIÓN DE DIOS SOBRE LAS LIMOSNAS.	34
DIOS PADRE Y SUS HIJOS LEGÍTIMOS.	37
LA POTENCIA DE DIOS.	43
GOZOS Y TRIBULACIONES	43
ENSEÑANZAS Y VISIONES.	48
JESUCRISTO	50
EL CALVARIO	52
PRESENCIA DE DIOS EN EL ALMA	58
DIÁLOGO ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO	59
CÓMO LAS PERSONAS ESPIRITUALES PUEDEN CAER EN ENGAÑO.	61
VISIÓN DE DIOS EN LAS TINIEBLAS	68
EL GOZO EN DIOS.	71
LOS TRONOS	75
VISIÓN DE DIOS SOBRE LAS TINIEBLAS.	76
SEGUNDA PARTE. ESTA SEGUNDA PARTE RECOGE LAS CARTAS, LAS ENSEÑANZAS	83

LLAMADO A SUS HIJOS ESPIRITUALES.	84
CARTA A UN HIJO ESPIRITUAL	85
CARTA ACERCA DE LAS PRUEBAS DEL ALMA	87
LA "COMPAÑÍA" DE CRISTO	91
SERVIR PARA AMAR.	96
LOS DOLORES DE CRISTO.	97
LA LUZ DE DIOS.	100
LA POBREZA Y SAN FRANCISCO	104
DONES DE DIOS	107
REVELACIONES Y CANSANCIOS.	111
MANSEDUMBRE Y HUMILDAD	113
LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE AMOR.	120
OPERACIONES DEL VERDADERO AMOR.	126
LA ENCARNACIÓN. CARTA DE NAVIDAD.	130
LOS SIETE DONES DE DIOS.	131
EL AMOR Y SUS PELIGROS.	133
LAS CULPAS Y LAS PENAS.	140
EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE NOSOTROS MISMOS.	143
EL LIBRO DE LA VIDA, LA CRUZ.	144
TERCERA PARTE. OTRAS DE SUS VISIONES, SU TESTAMENTO Y MUERTE	147
ÚLTIMA CARTA DE ÁNGELA	152
MUERTE DE ÁNGELA	155
TESTAMENTO DE ÁNGELA.	157